El Lenguaje Secreto de los Símbolos

Una Clave Visual para los Símbolos y Sus Significados

DAVID FONTANA

El Lenguaje Secreto de los Símbolos

Título y edición original:
The Secret Language of Symbols,
Pavilion Books Limited, 1993

Este libro ha sido ideado,
diseñado y editado por
Duncan Baird Publishers,
Londres

Editor: Marek Walisiewicz
Diseño: Jeniffer Harte
Encargado de maquetación: Hannah Firmin/Sharp Practice
Investigación fotográfica: Julia Brown
Traducción: María José García Ripoll

© Duncan Baird Publishers, 1993
© Del texto, David Fontana, 1993
© Del material gráfico y diseño, Duncan Baird Publishers 1993
© De la traducción, María José García Ripoll
© De la versión castellana, Editorial Debate, S.A.
Gabriela Mistral, 2, 28035 Madrid
Círculo de Lectores, S. A., Valencia, 344, 08009 Barcelona
1357949078642

Foto de cubierta: Victoria and Albert Museum, Londres/E.T. Archive

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

I.S.B.N.: 84-74444-818-2 Editorial Debate, S.A.
I.S.B.N.: 84-226-4883-0 Círculo de Lectores
Fotomecánica: Colourscan, Singapur
Fotocomposición: Monofer, S. A. L.
Impreso en Imago, Singapur
(Printed in Singapore)

N.° 30213

«La verdad no vino al mundo desnuda, sino que vino en forma de tipos e imágenes. No existe otra forma de recibir la verdad... El novio debe entrar en la verdad a través de la imagen.»

Evangelio de san Felipe

Sumario

8
INTRODUCCIÓN

11
La visión jungiana

13
Los arquetipos

18
Perspectivas culturales

20
EL PODER DE LOS SÍMBOLOS

22
Los símbolos en la prehistoria

26
Dioses y mitos

30
Ritual, magia y oración

32
Masculino y femenino

34
Oposición y unidad

36
Cruce de corrientes

38
UTILIZACIÓN DE LOS SÍMBOLOS

40
Los símbolos en el arte

44
La búsqueda de la visión interior

46
Los símbolos de los sueños

50
EL MUNDO DE LOS SÍMBOLOS

52
Formas y colores

54
Geometría sagrada

60
Mandalas y yantras

62
Laberintos

64
Números y sonidos

66
Los colores

68
Objetos

70
Realeza, mando y consagración

72
Guerra y paz

74
Instrumentos musicales

75
Nudos, cuerdas y anillos

76
Edificios y monumentos

78
Animales

80
Dragones y serpientes

83
Animales heráldicos

84
Perros y lobos

85
Los gatos

86
Las aves y el vuelo

88
Peces y conchas

90
Monos y elefantes

91
Corderos y cabras

92
Toros, ciervos y osos

93
El Cerdo

94
Criaturas menores

95
Criaturas híbridas

98
El mundo natural

100
Loa árboles

104
Flores y plantas

106
Alimentos y bebidas

108
Los elementos

109
Aire

110
Fuego

112
Agua

114
Tierra

115
El arco iris

116
El trueno y el rayo

117
El día y la noche

118
Joyas y metales preciosos

120
El sol, la luna y las estrellas

122
Símbolos humanos y espirituales

124
El sexo y la fertilidad

126
El cuerpo, la juventud y la senectud

129
El bien y el mal

130
Halos, máscaras y sombras

132
Dioses y diosas

136
Brujas, sacerdotes y magos

137
El cielo y el infierno

140
SISTEMAS DE SÍMBOLOS

144
Sistemas ocultos

146
La alquimia

152
La cábala

156
La astrología

168
El tarot

180
El tantra

182
Los chakras

184
El I Ching

186
Glosario/Bibliografía

188
Agradecimientos

190
Índice

Introducción

Los símbolos son expresiones profundas de la naturaleza humana. Han estado presentes en todas las culturas y en todos los tiempos, y desde su primera aparición en las pinturas rupestres del Paleolítico han acompañado el desarrollo de la civilización. Empero, los símbolos son algo más que meros artilugios culturales: en su contexto correcto, siguen teniendo para nosotros un fuerte poder evocador, ya que se dirigen simultáneamente a nuestro intelecto, a nuestras emociones y a nuestro espíritu. Su estudio es el estudio de la humanidad misma.

La comunicación humana depende en gran parte de signos, ya sea en forma de palabras escritas o habladas, imágenes o gestos. Estos signos son meras representaciones de la realidad: ecos conscientemente emitidos e inmediatamente reconocibles de objetos, acciones y conceptos del mundo que nos rodea. Están concebidos para ser precisos en su significado: los mapas, las señales de tráfico, las palabras de los libros de texto y los sonidos que producimos para dar instrucciones están todos ellos diseñados para transmitir información sucinta e inequívoca. Pero hay otro aspecto del simbolismo que es igualmente importante aunque menos explícito: el aspecto relacionado con nuestro mundo interior, psicológico y espiritual. En ese mundo interior, un símbolo puede representar algún profundo saber intuitivo que escapa a la expresión directa.

Las antiguas civilizaciones reconocían el poder de los símbolos y los utilizaban profusamente en su arte, sus religiones, sus mitos y sus rituales. Pese a haber sido frecuentemente rechazado por el racionalismo occidental, el significado interno de los símbolos conserva hoy toda su carga y sigue apareciendo frecuentemente en el arte, la literatura y el cine, y en los cuentos que han entusiasmado a generaciones sucesivas de niños. La publicidad utiliza cínica y subliminalmente símbolos de raíces profundas, como también lo hacen las campañas políticas en su retórica y sus imágenes. La mayoría de la gente percibe los símbolos más profundos sobre todo en sus sueños; también se aprecian en las pinturas y dibujos espontáneos producidos por los niños y por los pacientes en psicoterapia.

El doctor Carl Gustav Jung, psicólogo y psicoterapeuta suizo a quien debemos gran parte de nuestro saber sobre la importancia de los símbolos en nuestra vida psíquica, distinguía los símbolos de los signos conscientemente inventados de la vida diaria, definiéndolos como «términos, nombres o incluso imágenes que pueden resultarnos familiares en la vida cotidiana, pero que también poseen connotaciones específicas además de su significado obvio y convencional. Implican algo vago, oculto y desconocido para nosotros». El símbolo se genera en el subconsciente como expresión espontánea de alguna profunda facultad interna de la que

somos conscientes, pero que no podemos encerrar totalmente en palabras. Como tal, el símbolo se convierte, según las palabras de Jung, en «un constante desafío a nuestras ideas y sentimientos. Ello explica probablemente por qué el trabajo con los símbolos es tan estimulante, por qué nos capta tan intensamente...». Algunos tipos de símbolos constituyen un lenguaje universal, porque las imágenes y sus significados se presentan en forma similar —y contienen un poder similar— a través de las culturas y de los siglos. Los símbolos que constituyen este lenguaje son la expresión natural de fuerzas psicológicas internas.

Tal vez gracias a la conciencia intuitiva del papel que juegan en nuestra vida interior, y a su consonancia con nuestras emociones, la gente tiende a sentirse atraída por los símbolos y a mostrar un interés inmediato en ellos. El objetivo de la presente obra es responder a ese interés, estimulándolo mediante un acercamiento a la psicología, a la espiritualidad oriental y occidental, a la antropología y a la historia, hacerles penetrar sin dificultad en el mundo de los símbolos.

Jeroglíficos
La forma más antigua de escritura egipcia, los jeroglíficos, son una enigmática mezcla de signos y símbolos. Sus caracteres son dibujos estilizados pero reconocibles de objetos naturales o creados por el hombre, algunos de ellos en su sentido propio, y otros con un valor fonético. Aunque parezca primitivo, el jeroglífico es capaz de transmitir el mismo nivel de significado que nuestro lenguaje actual. La escritura era considerada sagrada y se utilizaba principalmente en la religión y en contextos ceremoniales.

Emblemas
Los símbolos pueden incluirse en signos o emblemas, cuyo principal propósito es proporcionar un distintivo de identificación. En esta pintura del siglo XV, el símbolo cristiano de los tres peces (véase p. 88) aparece como emblema heráldico.

La visión jungiana

Las teorías modernas sobre los significados y la utilización de los símbolos proceden en gran parte del trabajo pionero de Carl Gustav Jung. Al analizar los sueños de diferentes pacientes —normales, neuróticos y psicóticos—, Jung advirtió la recurrencia de ciertas imágenes profundamente simbólicas, tales como «el símbolo al parecer universal... (del) mandala» (véase p. 60). También le llamó la atención la similitud entre las imágenes que surgían durante el análisis y los símbolos que aparecen en las religiones, los mitos, las leyendas y los rituales orientales y occidentales, particularmente los de los movimientos esotéricos, tales como la alquimia (véase p. 146). Jung llegó a la conclusión de que no sólo algunos símbolos tienen un significado universal, sino de que también el simbolismo juega un papel importante en los procesos psíquicos que influyen en todos los aspectos del pensamiento y la conducta humanos.

Jung pensaba que la psique humana —la suma de la actividad mental consciente e inconsciente— poseía una estructura real y discernible. La conciencia comprende las ideas y las acciones que están bajo el control de la voluntad. Bajo ésta subyacen el *preconsciente*, las facultades mentales y los recuerdos que se pueden fácilmente extraer hasta la conciencia, y el *subconsciente personal*, una vasta reserva de recuerdos individuales (percepciones, experiencias y deseos reprimidos) a los que tenemos ocasionalmente acceso cuando emergen en la consciencia a través de los sueños o mediante recuerdos repentinos. Más profundamente soterrado en la psique humana está el *subconsciente colectivo*, sede de esos modelos instintivos de pensamiento y comportamiento que a lo largo de los milenios la experiencia humana ha configurado como lo que ahora reconocemos como emociones y valores. Estas imágenes primordiales no pueden ser extraídas hasta la consciencia: sólo pueden ser examinadas de forma simbólica, personificadas en hombres o mujeres, o como imágenes proyectadas por nuestras mentes en el mundo exterior. Jung llamaba a estos símbolos primordiales *arquetipos* y pensaba que eran un legado común a todos los hombres y mujeres.

Según Jung, un individuo es psicológicamente «sano» cuando la mente consciente e inconsciente están en equilibrio dinámico. Sostenía que la energía psíquica (la «fuerza vital») fluía desde el subconsciente hasta la consciencia para satisfacer las demandas de la mente consciente, y en dirección opuesta para satisfacer la mente inconsciente. Cualquier interrupción de esta *progresión* o *regresión* constituye una incapacidad de reconciliar las fuerzas opuestas que conforman la psique humana y provoca conflicto interno. Al igual que la división entre la consciencia y el subconsciente mismos, estas fuerzas consisten en otros «opuestos», tales como intuición e irracionalidad, emoción y pensamiento, instintos y espiritualidad, y los distintos aspectos duales de la personalidad tales como la extroversión y la

Carl Gustav Jung
Nacido en Kesswil, Suiza, el 26 de julio de 1875, Jung creció en un ambiente dominado por las tradiciones de la Iglesia suiza. Su padre y ocho de sus tíos eran clérigos, y el propio Jung parecía destinado a convertirse en pastor. En su juventud, Jung se esforzaba por encontrarle a Dios y a la existencia humana una explicación en términos de la fe cristiana, pero se sentía insatisfecho con las respuestas que obtenía (principalmente porque la propia fe de su padre estaba debilitada). La inquietud y la curiosidad de Jung le condujeron hasta la filosofía de Platón, Pitágoras y Heráclito, que contribuyeron a su decisión de estudiar medicina y psiquiatría. Frecuentó la Universidad de Basilea y en 1900 entró a formar parte del personal del Hospital Mental Burgholzli de Zurich, donde sus trabajos con tests de asociación le granjearon una reputación internacional. La amistad de Jung con Sigmund Freud —el inventor del psicoanálisis— se inició en 1907, y durante un período de cinco años ambos colaboraron estrechamente, época en que Jung ocupó una posición importante en el movimiento psicoanalítico. Sin embargo, Jung se volvió cada vez más crítico respecto al enfoque de Freud y centró su atención en la descripción de los tipos psicológicos (fue Jung el primero en acuñar los términos «introvertido» y «extrovertido»), y en la exploración del subconsciente colectivo a través del mito y del simbolismo. Este acercamiento histórico le ayudó a Jung a desarrollar un sistema de psicoterapia particularmente adecuado para los pacientes de edad avanzada y de mediana edad cuyas vidas habían perdido sentido. Jung dedicó prácticamente todo el resto de su vida a estudiar su propio material subconsciente y el de sus pacientes, analizando los mitos y símbolos de diferentes culturas, y construyendo sus propias teorías psicológicas. Murió en Kusnacht, Suiza, en 1961.

introversión, el autoritarismo y la solidaridad, la negatividad y la conformidad. El hallazgo de Jung de que los símbolos arquetípicos pueden utilizarse para explorar los vínculos entre la mente consciente y la inconsciente tuvo una influencia decisiva en sus técnicas clínicas. Analizó los símbolos generados en los sueños de sus pacientes, viéndolos como claves vitales de sus problemas psicológicos y como indicadores de los progresos de su curación. Las técnicas de Jung son ampliamente utilizadas hoy en psicoterapia: por ejemplo, se puede incitar al paciente a meditar sobre un símbolo o a asociar palabras con él para intentar descifrar su significado. Una vez que ese significado se vuelve claro, el paciente no sólo obtiene nuevos conocimientos sobre su propia mente, sino que a menudo se encuentra con que empiezan a presentársele con más frecuencia símbolos significativos, como si cada símbolo abriera en el subconsciente una puerta por la cual pueden entonces aparecer otros símbolos.

Fue debido en gran parte a sus ideas sobre el simbolismo por lo que Jung se vio forzado a romper con su amigo y mentor, Sigmund Freud. Freud también concedía una gran importancia a la utilización de los símbolos para la comprensión de la mente humana, pero para él representaban la sexualidad reprimida o cualquier otro contenido mental definido. Por ejemplo, cualquier cosa erecta o eréctil, o que pueda penetrar, es considerada en la teoría freudiana como símbolo de los órganos sexuales masculinos, mientras que todo aquello que pueda ser penetrado es un símbolo de los femeninos. Freud identificó innumerables símbolos de los genitales masculinos y femeninos, desde las agujas de las iglesias hasta los palos de billar para los masculinos, y desde las grutas hasta los bolsos de mano para los femeninos. Para utilizar la terminología de Jung, Freud veía los símbolos como meros signos, expresiones concretas de una realidad conocida. En cambio, para Jung, tanto la sexualidad masculina como la femenina eran sólo expresiones de unas fuerzas creativas más profundas. Así pues, aunque el intelecto nos diga que un símbolo es manifiestamente sexual, es posible ir más allá de esa interpretación y descubrir en el símbolo un espectro más amplio de implicaciones diversas y una representación metafórica y enigmática de las fuerzas psíquicas.

Jung y los alquimistas
La aparición de símbolos alquímicos en los sueños y fantasías de sus pacientes condujo a Jung a creer que esos símbolos eran poderosas expresiones de energías arquetípicas. Jung veía el desarrollo de las creencias religiosas como un proceso continuo de crecimiento de la conciencia humana, en que los trabajos de los alquimistas eran especialmente significativos porque exponían el subconsciente colectivo.

Los arquetipos

El género humano siempre ha utilizado símbolos para expresar su conciencia de las fuerzas dinámicas y creativas que sustentan la existencia, diversamente identificadas como los elementos, los dioses o el cosmos. A un nivel más consciente, los símbolos, particularmente los relatos simbólicos tales como los mitos y leyendas, han sido utilizados para expresar cualidades abstractas tales como la verdad, la justicia, el heroísmo, la clemencia, la sabiduría, el valor y el amor. En términos jungianos, todos hemos nacido con predisposiciones instintivas hacia esas cualidades, como una serie de anteproyectos internos de lo que significa ser plenamente humano. Estos anteproyectos, o arquetipos, poseen un aspecto dinámico: se pueden considerar como una carga de energía psíquica que influye en nuestra comprensión de la vida y en la forma en que reaccionamos ante ella, y mediante la cual desarrollamos motivaciones, ideales y ciertas facetas de la personalidad. Aunque residen muy profundamente en el subconsciente, los arquetipos pueden ser estimulados para salir a la conciencia, donde se expresan en forma de símbolos y de sistemas de símbolos.

Según Jung, avanzamos hacia la salud psicológica cuando reconocemos y reconciliamos nuestras energías arquetípicas en conflicto. Ello se puede conseguir con la psicoterapia, mediante el estudio detenido del simbolismo de los sueños, o mediante la alternativa de utilizar los propios símbolos como punto de partida. En lugar de esperar que los símbolos arquetípicos surjan del subconsciente, se pueden utilizar los símbolos existentes como objeto de meditación, abriendo así caminos hacia el subconsciente. La búsqueda del autoconocimiento mediante los símbolos no es territorio exclusivo de la psicología jungiana; conocerse a sí mismo es un aspecto de la iluminación de la que hablan todas las grandes tradiciones filosóficas y religiosas. En el evangelio de san Felipe, un antiguo texto cristiano descubierto en Nag, Egipto, se consignan estas palabras de Cristo: «La Verdad no vino al mundo desnuda, sino que vino bajo la forma de tipos e imágenes. No existe otra manera de recibir la verdad... El novio debe entrar en la verdad a través de la imagen.»

Identificación de los arquetipos

Basándose en los conocimientos obtenidos mediante los estudios clínicos y la observación del mito y la tradición, Jung identificó las principales influencias arquetípicas del pensamiento y la conducta humanos. El *ánima* es el arquetipo femenino, la imagen colectiva y universal de la mujer contenida en el subconsciente masculino. Se manifiesta como sentimentalismo y una tendencia a la melancolía, la compasión y la ternura (en la tradición china, se decía que cuando un hombre se hallaba de mal humor estaba exhibiendo su alma femenina). El *ánima* aparece simbólicamente en leyen-

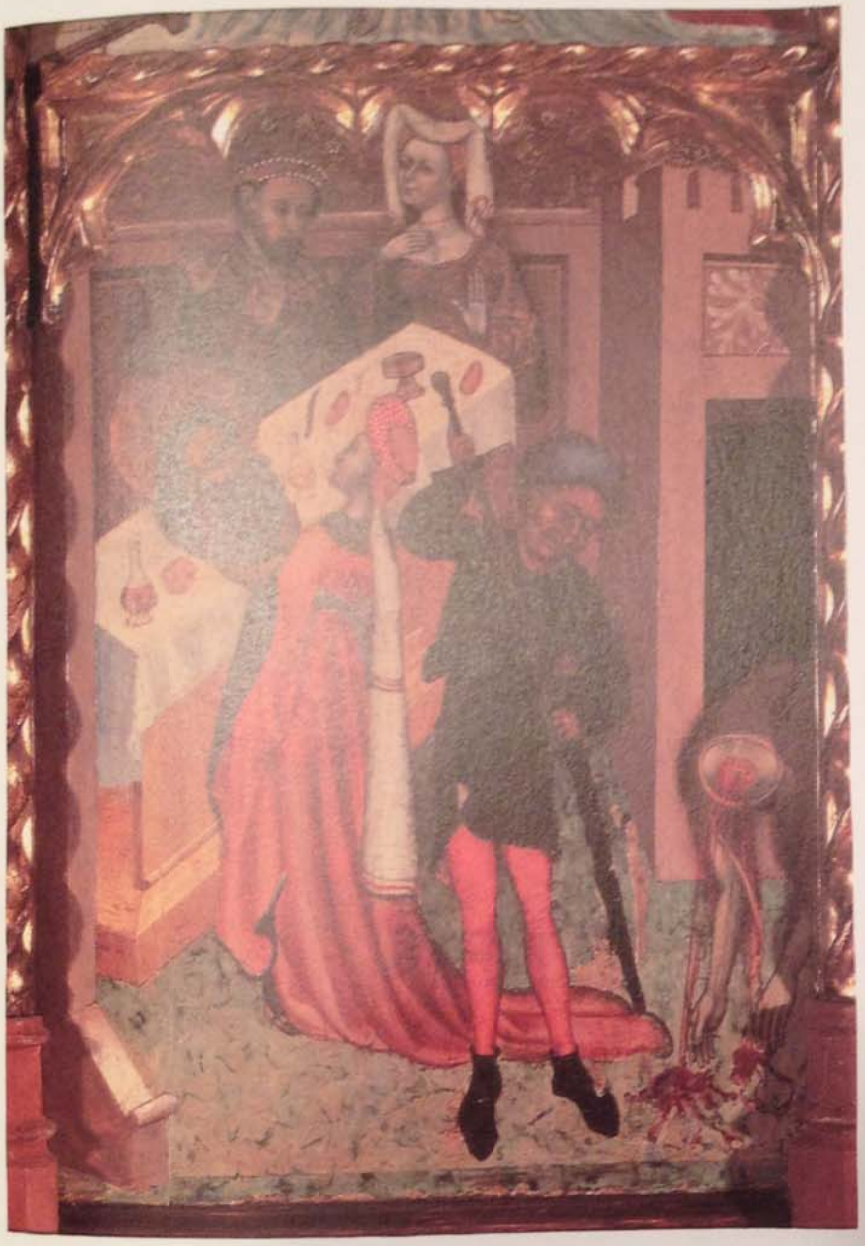
El *ánimus*
El carácter del *ánimus* de la mujer —el aspecto masculino de su psique— está fuertemente influenciado por el contacto que tiene con los hombres (especialmente con su padre) en el transcurso de su vida, y a menudo cambia conforme la mujer se desarrolla psicológicamente. En sus primeros años el *ánimus* suele estar encarnado por un hombre intensamente físico y atlético. Luego se convierte en un hombre de acción e iniciativa, una figura romántica («el caballero de brillante armadura») en el que se proyectan los deseos de la juventud. Más adelante, el *ánimus* se convierte en un modelo de la realidad objetiva: el portador de la «palabra», a menudo personificado en el líder espiritual o la figura del padre.

das y sueños como la princesa prisionera en un castillo o la misteriosa hechicera urdiendo sus encantamientos mágicos. En su aspecto negativo, el *ánima* puede aparecer como la mujer despiadada y calculadora que seduce al hombre sólo para rechazarlo cuando está irremediablemente cautivado. El *ánimus*, la imagen colectiva del hombre en el subconsciente femenino, surge simbólicamente como el ideal de la virilidad, el héroe en su brillante armadura, el aventurero que se convierte en príncipe o vence a las fuerzas del mal; y en su aspecto negativo, como el hombre cruel y destructivo que trata a la mujer como objeto sexual y la rechaza una vez que la ha despojado de su virginidad y se ha cansado de ella. Ése es el lado agresivo, terco y sediento de poder de la mujer.

Aunque reflejan unos modelos universales en la psique, el *ánima* y el *ánimus* conforman la experiencia individual, y a su vez son conformados por ella. Por ejemplo, un chico que tenga una relación deficiente con su madre puede tener en el subconsciente una imagen predominantemente negativa de la mujer, o *ánima*. Algunos aspectos de ese *ánima* pueden proyectarse posteriormente en sus futuras relaciones con las mujeres, o pueden afectar su bienestar psicológico en otras formas menos directas. Similarmente, en el proceso del enamoramiento, una mujer puede (a menudo contra su propio juicio racional y el consejo de sus amigos) proyectar en el hombre todas las cualidades de fuerza y valentía que residen en su *ánimus*.

También se dan otros procesos importantes con los demás arquetipos. Mientras el arquetipo de la *madre*, el aspecto nutricio y solícito de la naturaleza humana, empieza a expresarse desde el nacimiento en el acto de mamar del niño y en la conducta afectiva, el arquetipo del *padre* surge típicamente más tarde (los estudios demuestran que el bebé prefiere la voz de mujer a la de hombre en sus primeros meses de vida). El padre es el amo del mundo material y temporal, mientras la madre es la que rige el mundo invisible de las emociones y los sentimientos. En su aspecto positivo, el arquetipo del padre es la presencia protectora, el rey sabio de la leyenda, el legislador y juez justo. En su aspecto negativo es el tirano, el monstruo malvado, el dios Cronos que devora a sus propios hijos.

Dos otros arquetipos importantes son el *tramposo* y la *sombra*. El primero es la energía rebelde de la vida psicológica, que se complace en negar o cuestionar el *statu quo*, el que mete el palo en el más ajustado de los engranajes, e incluso ante el triunfo evidente se ríe de nuestros logros y profetiza desastres futuros. El tramposo no tiene moral lógica, no está ligado por ningún código consecuente más allá de su necesidad de desbaratar y ridiculizar. En el peor de los casos, el tramposo puede destruir nuestra confianza en nosotros mismos y socavar nuestras creencias más preciadas, pero también puede cumplir objetivos positivos, al despojarnos de nuestra auto-



El *ánima*

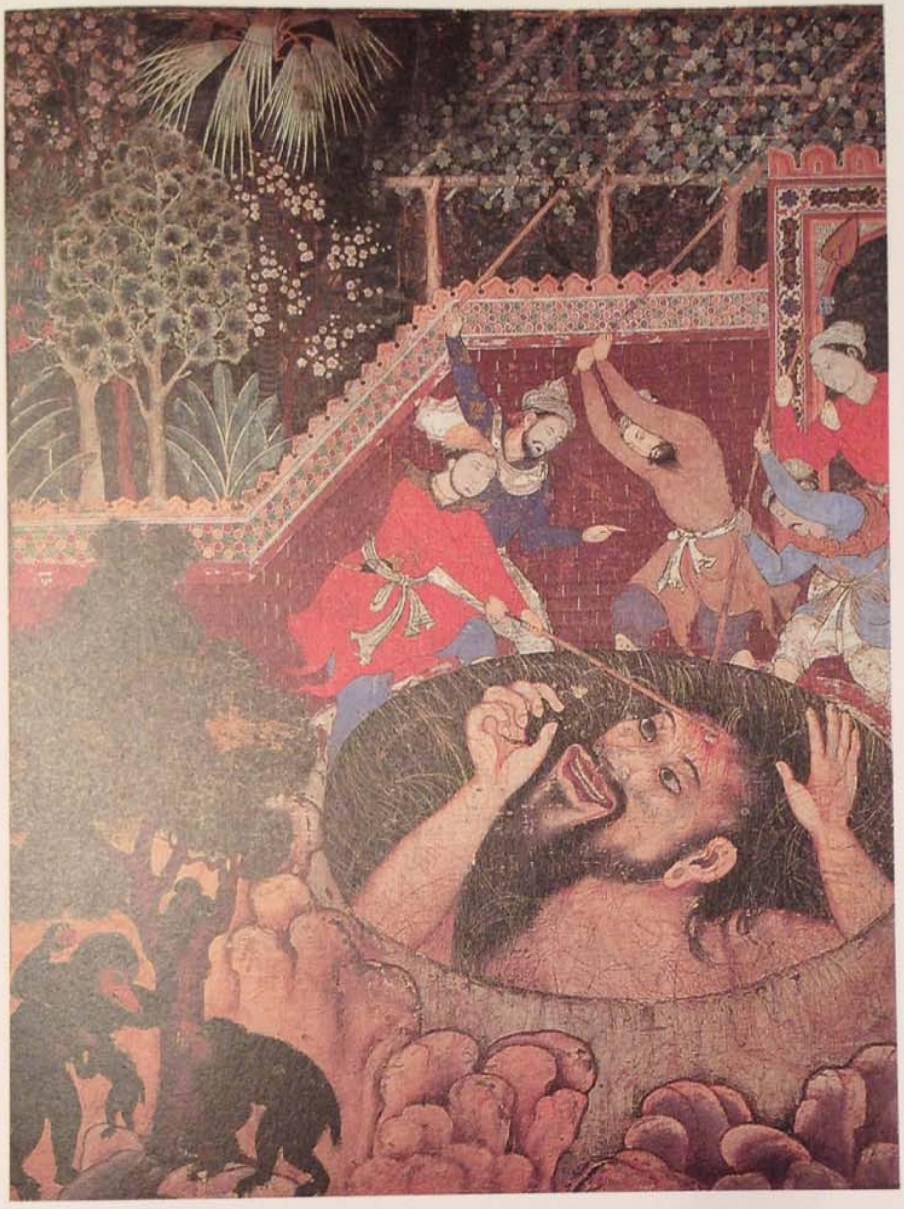
El *ánima* —la encarnación de los elementos femeninos en la psique masculina— aparece en la mitología como diosa, prostituta, hada o bruja. En su aspecto negativo, el *ánima* suele ser personificada como una seductora que utiliza sus ardides para provocar la humillación o la muerte del hombre. Aquí está encarnada por Salomé, la figura bíblica que persuadió a Herodes de decapitar a san Juan Bautista seduciéndolo con su danza.

En su aspecto positivo, el *ánima* está dotada de poderes espirituales y posee la sabiduría secreta de la tierra, de los elementos y los océanos: estas características del *ánima* se proyectan en los barcos (en inglés, por ejemplo, la palabra barco, *ship,* es de género femenino) y se incorporan a los mascarones de proa de los navíos.

La madre
En los mitos y leyendas la madre aparece bajo el aspecto de la Madre Naturaleza, la profusa madre tierra, las diferentes diosas de la fertilidad o incluso animales nutricios, tales como la vaca o la loba. El aspecto destructivo del arquetipo de la madre (la mano que da el alimento puede igualmente negarlo) también se encarna en la mitología, por ejemplo en la terrible Lilith de la mitología hebrea, representada como un demonio que ataca a hombres y niños por la noche, o como la osa que extravía a sus oseznos y los deja morir de hambre en el páramo.

satisfacción y forzarnos a replantearnos nuestras metas. En la mitología, quien mejor simboliza al tramposo es el dios noruego Loki, que ayudaba o burlaba a los demás dioses, según su antojo.

La sombra es también energía subversiva, pero de distinta índole. Es la parte obstinada y egoísta de la naturaleza humana, que en la moralidad occidental se considera inequívocamente mala. Proyectada al exterior, la sombra es la urgencia de encontrar un chivo expiatorio y de hacer víctima a la gente menos capaz de defenderse. Pero también juega un papel positivo, al establecer una tensión creativa dentro de nuestros aspectos positivos, sustentadores y arquetípicos, proporcionándonos algo con lo que enfrentarnos en la vida, un obstáculo interior que hemos de superar. Aunque la sombra es una parte esencial de la psique (según la superstición occidental, un hombre sin sombra es el mismo diablo), solemos reprimirla en los primeros años de la vida, en el proceso de socialización, para ser más dignos del amor de nuestros padres. Aceptar la sombra posteriormente requiere un gran esfuerzo moral y la renuncia a algunos de nuestros ideales más queridos.



La sombra
La sombra es una expresión de los deseos básicos y antisociales de los que nos avergonzamos y que tratamos de ocultar en el subconsciente: es ese terror interno que sentimos que podría impulsarnos a cometer oscuras acciones si perdiésemos nuestro estricto control sobre él. En su peor aspecto, la sombra es responsable de las crueldades que la gente ha infligido a los demás desde los albores de la historia. Está personificada, en esta pintura india del siglo XVI, por el gigante Zamurrad, que es obligado a permanecer en un pozo. La sombra también está encarnada por Satanás y Ahriman (el espíritu maligno de la doctrina de Zoroastro). En la leyenda moderna es Fausto, que se aburrió de su vida académica e hizo un pacto con el diablo; o el doctor Jekyll, cuya poción le convertía en el malvado mister Hyde.

Perspectivas culturales

El escarabajo
El significado simbólico de los animales y las plantas está asociado a su distribución, y suele reflejar algún aspecto de sus hábitos de comportamiento y crecimiento. El escarabajo era un poderoso símbolo en la civilización del Mediterráneo oriental, y particularmente en el antiguo Egipto, donde se creía (erróneamente) que ponía sus huevos en bolas de estiércol que hacía rodar hasta su agujero. Llegó, por tanto, a representar la renovación y la regeneración, y más tarde, le resistencia del alma humana. En las tumbas egipcias se encuentran numerosos escarabajos muertos, y se utilizaban escarabajos tallados en piedras como amuletos y como sellos.

Las ideas de Jung sobre el simbolismo sólo dan cuenta de una parte del rico y variado vocabulario simbólico de las diferentes culturas. Si presumimos que los símbolos más poderosos proceden de los arquetipos —aspectos del subconsciente colectivo—, ¿por qué sus usos y significados no son constantes por encima de las fronteras entre diferentes culturas? Por ejemplo, los órganos genitales nunca se utilizan simbólicamente en el arte cristiano, pero en Oriente son símbolos espirituales muy venerados. En Occidente, un vientre prominente es símbolo de glotonería, mientras que para los chinos es un atributo de Shen Yeh, el dios de la riqueza; en la India está asociado con Ganesha, el dios elefante de la sabiduría sagrada; y para los japoneses representa la energía y el conocimiento. Hasta los colores pueden representar diferentes significados simbólicos: el amarillo, que en el norte de Europa tiene una connotación de fraude y cobardía, es el color imperial en China; en la tradición budista, el amarillo representa la humildad y la renunciación, mientras que en la civilización maya de Centroamérica se asociaba con el oeste.

La razón profunda de estas diferencias es que los símbolos utilizados para representar las energías arquetípicas están sujetos a las limitaciones creativas de la mente humana. Dos individuos que observen las mismas nubes verán en ellas formas diferentes; igualmente, es raro que dos personas tengan una opinión idéntica a la de un tercero. En cada caso el estímulo es el mismo, pero la respuesta que se le da depende del observador. A nivel cultural, este proceso de diferenciación recibe también estímulos del entorno natural. Por ejemplo, en ciertas zonas áridas del Oriente Medio la arena puede simbolizar la pureza, pero en los países húmedos de Europa se asocia con la inestabilidad y la mutabilidad. Las distintas identidades de los dioses de una cultura —a menudo encarnaciones de los arquetipos jungianos— también fueron configuradas por el entorno. Los dioses nórdicos mostraban las cualidades requeridas para sobrevivir en un clima frío y crudo: ferocidad, determinación, extroversión y una intensa presencia física. En cambio, los dioses hindúes, aunque siguen representando los mismos arquetipos, eran más sutiles y espiritualizados, reflejando con ello el ritmo más lento del subcontinente indio.

La naturaleza humana se complace en la oposición y la diferencia. Los grupos étnicos vecinos entre sí solían exagerar deliberadamente las pequeñas variaciones en los atributos de sus dioses y diosas creando discrepancias mayores, y cada grupo proclamaba su derecho a la verdad exclusiva. Cuando una raza o una religión vencía a otra, o bien asimilaba a los dioses del grupo vencido, adaptándolos a sus propias creencias e iconografía, o bien los anatematizaba.

Cuando el cristianismo penetró en Europa, suplantó en gran parte a las

religiones paganas persiguiendo sistemáticamente a sus adeptos. Por su parte, cuando el budismo se introdujo en el Tíbet en el siglo VII, propiciado por el rey Sangsten Campo, incorporó muchos de los símbolos y prácticas de la religión indígena chamánica Bon, convirtiendo algunas de las deidades nativas en bodhisattvas y otras divinidades budistas menores. Esto se evidencia al comparar la rica simbología del budismo tibetano con la parquedad de las antiguas formas del budismo practicado en Sri Lanka y en el sureste asiático.

En definitiva, los símbolos se modifican frecuentemente con el paso del tiempo. Conforme avanza una cultura, hay una tendencia a considerar las creencias de las generaciones anteriores como primitivas o supersticiosas. Sus símbolos son racionalizados y depurados (al igual que los emblemas de las compañías incorporan a veces antiguos símbolos en su diseño), interpretados literalmente, o simplemente abandonados sin más por la élite cultural (como ha ocurrido con gran parte del simbolismo religioso y místico en el Occidente científico).

Separados de su contexto, dichos símbolos pierden su poder y han de ser redescubiertos, al igual que Jung redescubrió el poder de los símbolos arquetípicos cuando los pacientes los generaban espontáneamente en sus sueños, en sus dibujos y sus pinturas.

El dragón
El dragón posee connotaciones opuestas en Oriente y en Occidente. En Occidente simboliza la naturaleza más elemental y primitiva de la humanidad, que debe ser vencida por la fuerza y la autodisciplina, y en la mitología cristiana encarna a Satán y las fuerzas del inframundo. En Oriente, en cambio, el dragón se ve como un símbolo de alegría, de dinamismo, de buena salud y de fertilidad, y se piensa que su imagen protege de los malos espíritus. En China se creía que las representaciones de dragones *(izquierda)* con perlas en sus garras —símbolos del trueno— provocaban la lluvia.

天照大神

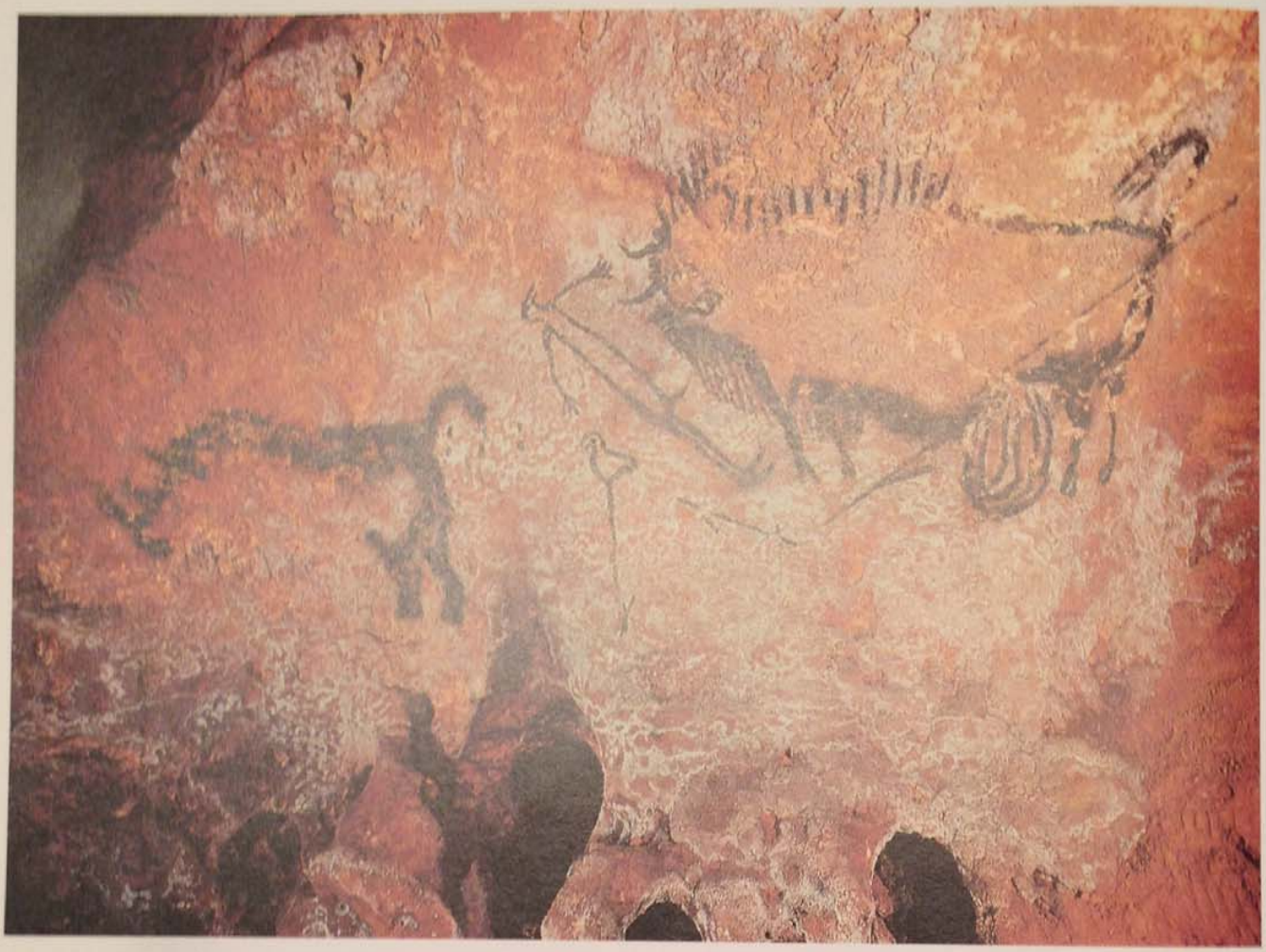
El poder de los símbolos

Los símbolos tienden a acumular lentamente sus significados a lo largo de cientos de años. Al igual que sucede con las lenguas, sus connotaciones proliferan y se ramifican, dividiéndose y tomando distintas direcciones según su contexto cultural, y a veces vuelven a su origen siguiendo distintas líneas de influencia. Sin embargo, algunos símbolos o tipos de símbolos son tan universalmente poderosos, están tan cerca de la verdadera materia de la vida, que sus significados tienden a ser constantes o a variar dentro de un espectro limitado.

No es sorprendente que la mayoría de las veces el poder de los símbolos esté en función de su antigüedad. Las sociedades primitivas habitaban un mundo en que las necesidades más básicas de la vida —calor, comida, abrigo, fuego, sol, lluvia, sexo— cobraban una gran importancia. Junto al instinto de supervivencia y de reproducción estaba el instinto de buscar significados, de encontrarles un mayor sentido a las necesidades de las que dependía la vida. El sol, según creemos, era objeto de grandes especulaciones, y ciertamente en su debido momento se convirtió en el tema de algunos de nuestros mitos más poderosos. Si el sol era crucial para la vida, entonces quizá las estrellas también lo fuesen, y desde ese punto de vista no es difícil comprender la evolución de la astrología. Conforme se desarrollaban las civilizaciones a lo largo de los siglos, esas primeras preocupaciones conservaron toda su fuerza, e incluso en nuestros días, en las culturas más opulentas, los símbolos relacionados con ellas están presentes en las mentes y tienen una fuerte resonancia.

En la época actual, pese a que lo racional sigue teniendo prioridad sobre lo sobrenatural en muchos aspectos de la vida pública, a nivel personal seguimos creyendo que otras realidades profundas existen fuera del alcance de la razón objetiva. Estamos dispuestos a reconocer que esas verdades son eternas y sentimos instintivamente que el lenguaje del simbolismo nos dará acceso a ellas. Esto explica en parte por qué incluso los símbolos antiguos parecen plenos de energía potencial, como si estuvieran dirigidos a algún centro oculto dentro de nosotros.

Esas profundas y transcendentales connotaciones son el objeto del siguiente capítulo, que traza el desarrollo de los símbolos en la religión, el mito, el ritual, la oración y la magia, y contempla algunos temas claves en el lenguaje del simbolismo.



El arte paleolítico en las cuevas de Lascaux

Llamadas por algunos «la capilla Sixtina del arte paleolítico», las grutas de Lascaux contienen probablemente el conjunto más hermososo de pintura prehistórica. Cientos de imágenes cubren los muros de la cueva principal y las distintas galerías que conducen a ella: muchas de las pinturas están a gran altura de los muros, y su ejecución debió requerir algún tipo de andamio. Se piensa que los artistas que trabajaron en las grutas debieron ser «profesionales» dentro de su comunidad, porque muchas de las pinturas de animales son anatómicamente exactas y están correctamente ejecutadas, con la utilización de innovadores procedimientos artísticos para representar la perspectiva.

Al parecer, la cueva fue escenario de primitivos rituales de iniciación. Esta teoría se apoya en las observaciones de los primeros arqueólogos que examinaron la gruta, que encontraron huellas de pisadas de niños y de jóvenes adultos en los rincones más oscuros del laberinto.

Los símbolos en la prehistoria

La capacidad de inventar, manejar y comprender los símbolos a un nivel abstracto es una de las principales características que distingue a la humanidad de nuestros parientes los primates. La lógica, la creatividad y la estética proceden todas ellas de esa capacidad, que es la piedra angular de la noción antropológica de «cultura». Las primeras manifestaciones conocidas de este atributo exclusivamente humano son las pinturas rupestres del período paleolítico (la antigua edad de piedra), algunas de ellas con más de 30.000 años de antigüedad.

Los pueblos paleolíticos eran nómadas cazadores y recolectores, cuyas necesidades de alimentos y ropas eran abastecidas principalmente por la caza —ciervos, mamuts, bueyes salvajes y caballos—. Les atraían los salientes de rocas y las aperturas de las grutas, donde plantaban sus tiendas de pieles, pero las pruebas arqueológicas demuestran que no vivían en el interior de las cuevas, que eran oscuras, húmedas e inseguras. Las pinturas paleolíticas más famosas se encuentran en las profundidades de las cuevas laberínticas de Lascaux (Francia) y de Altamira, lo cual sugiere que ese arte primitivo no estaba concebido para ser contemplado, y que su función no era simplemente decorativa. Muchos antropólogos piensan actualmente que las pinturas rupestres tenían un profundo significado simbólico para nuestros lejanos ancestros, y que la cueva en sí era un lugar sagrado de iniciación, que representaba el vientre de la tierra o la morada de los espíritus que regían la imaginación primitiva.

Los símbolos hallados en las pinturas rupestres pertenecen a dos categorías: representaciones realistas de animales y formas abstractas, a veces geométricas, tales como cuadrángulos, espirales y grupos de puntos o líneas. Las interpretaciones de estos símbolos son primordialmente especulativas. Las pinturas de animales suelen mostrar a un chamán que salta a gran altura por encima de caballos, bisontes y mamuts. Los primeros estudios antropológicos consideraban que esas pinturas eran una forma de magia invocatoria basada en la creencia de que la representación del éxito en la caza lo convertiría en realidad. Pero otras explicaciones posteriores sostienen que la disposición espacial de las imágenes dentro de las grutas tenía un significado cosmológico y reflejaba los modelos según los cuales los pueblos paleolíticos ordenaban su mundo.

Los símbolos abstractos de los pueblos prehistóricos son particularmente fascinantes porque muestran poca variación en su forma a lo largo de más de 20.000 años. Esta extraordinaria continuidad, única en la historia del arte, sugiere que eran de una gran significación. Sin embargo, el sentido de estos símbolos sigue siendo poco claro. Pueden haber cumplido una función mágica o de efemérides, o pueden haber expresado unos modelos fundamentales de la psique humana. La explicación más reciente es super-

El poder de las máscaras
En muchas sociedades primitivas, llevar una máscara era invocar a un ser sobrenatural. En África, las máscaras se utilizaban para rechazar al enemigo, para invocar a los ancestros, y en los rituales y ceremonias que marcaban alianzas entre tribus. Las máscaras, en particular las que representaban animales, también se utilizaban como forma de negar la propia identidad, y así acercar a quien la llevaba al estado paradisíaco.

Los dioses del antiguo Egipto
Muchos antiguos dioses, tradiciones y cultos egipcios tienen sus raíces en creencias africanas prehistóricas. Ciertos animales se consideraban manifestaciones sagradas de los dioses sobre la tierra. Por ejemplo, el ibis se creía que encarnaba las cualidades de Thoth, el dios de la sabiduría. Los ibis solían embalsamarse y enterrarse junto con los reyes fallecidos, en la creencia de que les conferirían sabiduría en la otra vida.

El simbolismo de los elementos
En el mundo antiguo, los elementos (el aire, la tierra, el agua y el fuego) estaban según se creía bajo el control de los dioses. En la tradición azteca, los dioses destruían periódicamente el mundo desencadenando sobre él la fuerza de un elemento distinto, antes de volver a crearlo bajo una nueva forma. El poder destructor de los elementos también se utiliza como símbolo de castigo divino por los defectos humanos. El simbolismo de la inundación aparece en los mitos de muchas culturas, pero el más conocido es probablemente el relato bíblico del diluvio universal, donde el arca de Noé *(derecha)* representa la salvación a través de la Iglesia.

ficialmente atractiva: un motivo recurrente en el arte paleolítico consiste en un grupo de siete puntos o líneas paralelas, y el número siete es universalmente considerado como sagrado, incluso en nuestros días (véase p. 64).

Al carecer de conocimientos científicos, los pueblos primitivos respondían ante el mundo natural a un nivel intuitivo. Quizá pensaban (al igual que otras culturas ulteriores) que la conciencia era común a todas las cosas, animadas e inanimadas, y que a esa conciencia sólo se podían dirigir mediante símbolos. A partir de esa creencia nacieron rituales tales como la danza de la lluvia, en la que el sonido de la lluvia cayendo sobre el suelo era imitado por el golpeteo de los pies, y las danzas de la fertilidad, que según se creía propiciaban el retorno de la vida en primavera. El papel predominante de la fertilidad en los antiguos sistemas de símbolos se evidencia también en lo que los arqueólogos llaman estatuillas de Venus: pequeñas figuras de marfil o de piedra de mujeres con voluminosos pechos. Halladas en toda Europa, desde la costa atlántica hasta Siberia, estas figuras simbolizaban la fertilidad en todos sus aspectos y fueron probablemente las precursoras de los cultos a la tierra madre de las primeras civilizaciones europeas.

Durante el período neolítico (la segunda edad de piedra, hace unos 10.000 años), la gente adoptó una existencia más sedentaria, vivía en grandes comunidades modificando y cultivando la tierra según sus necesidades. Este cambio de estilo de vida precipitó el desarrollo de rituales públicos más organizados, que abarcaban prácticamente todos los aspectos de la vida. Por ejemplo, existen pruebas arqueológicas (vasijas, alimentos y ornatos encontrados en túmulos funerarios de aquella época) que apuntan a una proliferación del simbolismo funerario en el neolítico. La muerte se veía como un viaje, en el que los muertos (los viajeros) eran simbólicamente acompañados por provisiones básicas y preciadas pertenencias. También se creía que mediante la muerte simbólica (entrando en estado de trance o siendo simbólicamente desmembrado), un chamán, un sacerdote o una sacerdotisa podían viajar al país de los muertos para conversar con los espíritus y regresar al mundo de los vivos en estado de conocimiento esotérico. Los estados de trance fueron utilizados de esa forma por culturas posteriores: aparecen en el culto a Dionisos de la antigua Grecia y entre las tribus indígenas de Norteamérica.

El tótem
Entre los indígenas de Norteamérica, en la costa noroccidental de los Estados Unidos y Canadá, el tótem tenía una función similar a la de los emblemas heráldicos en la Europa medieval. Los animales, espíritus u otros símbolos tallados a todo lo largo de esos postes significaban la identidad de una familia o tribu o servían de relato pictórico de su historia. Los tótems también se utilizaban para señalizar las tumbas y como elementos decorativos en la estructura de las casas.

Dioses y mitos

No hay símbolos más poderosos que los propios dioses. Son capaces de provocar una emoción intensa y de liberar reservas de energía que a lo largo de los siglos han dado pábulo tanto al arte más elevado como a las más encarnizadas batallas. En términos jungianos, los dioses y los mitos que establecen su relación con el género humano son expresiones conscientes de energías subconscientes y arquetípicas (véase p. 13). Las deidades y sus símbolos correspondientes surgen realmente de nuestra propia vida psíquica, que les da forma, pero se remiten a un nivel tan profundo del subconsciente que *parecen* proceder de alguna fuente espiritual exterior a nosotros. Son, según Jung, encarnaciones de la «función religiosa natural» del ser humano, un aspecto de la psique que debe ser desarrollado para proporcionarnos salud y estabilidad psíquicas.

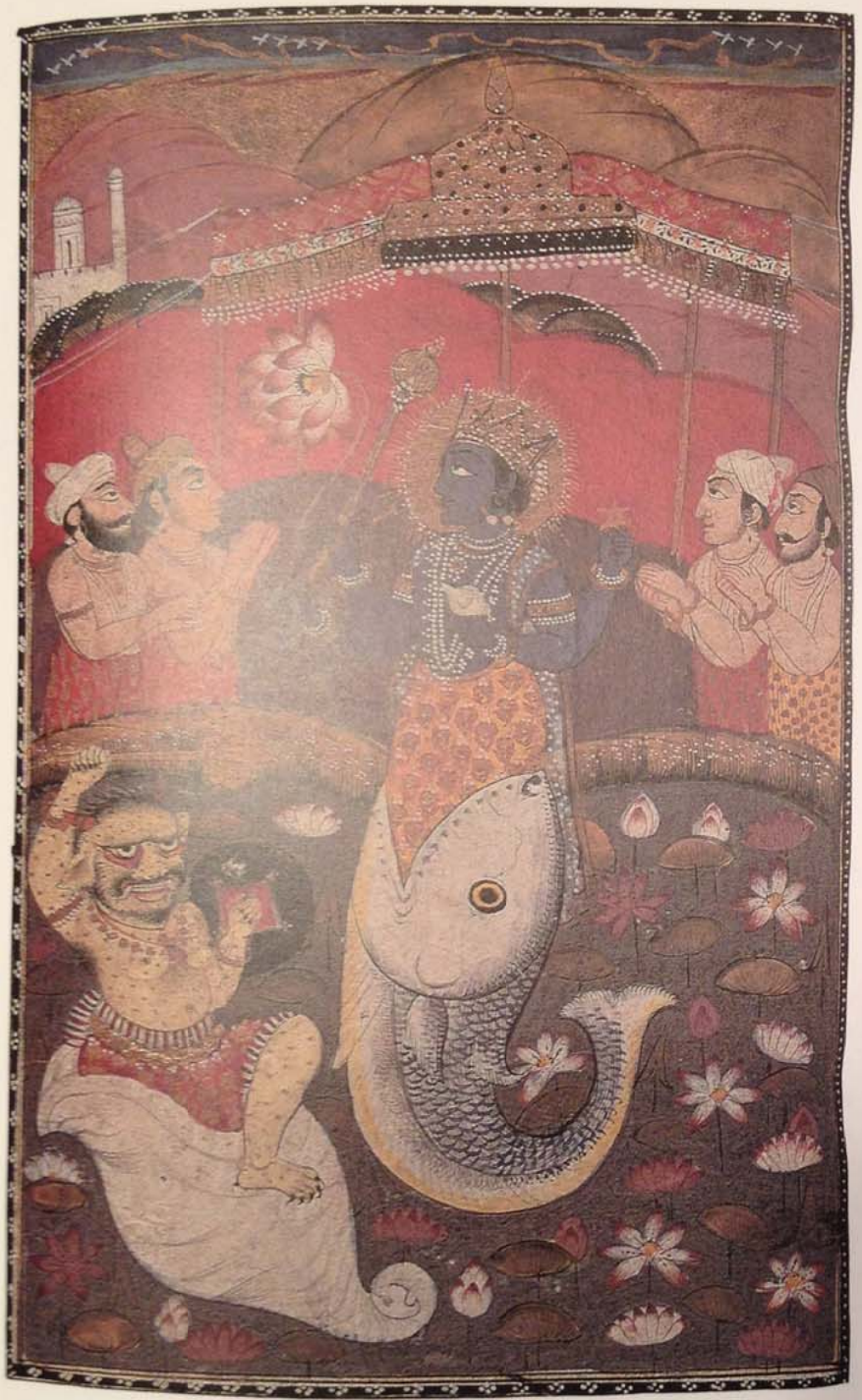
Si esta explicación parece reducir a los dioses —o a Dios— a invenciones de nuestra imaginación colectiva, nada más lejos de la realidad. Pues no niega que el subconsciente colectivo pueda estar en comunicación con un sustrato todavía más profundo de la realidad, el que representa la verdadera fuente creadora de nuestras vidas individuales. Lo que dicen los jungianos es que debemos reconocer que esa fuente, cuando la descubrimos, sólo puede revelarse a nosotros en forma simbólica. Como dice la Biblia, no podemos ver el rostro de Dios mientras vivimos. Sólo podemos conocerlo en forma simbólica, limitada y limitativa.

Aunque se originen en la psique humana, los dioses de la mayoría de las culturas han sido exteriorizados y sus energías proyectadas al mundo exterior, con el fin de hacer su presencia más inmediata y tangible. En el panteón hindú, por ejemplo, Brahma representa el poder creativo que da su ser al universo; Visnú, el poder sustentador que preserva y protege, y Siva, las fuerzas del cambio. Y en el antiguo Egipto, los dioses eran simbolizados por los animales que mejor ejemplificaban sus poderes. Así pues, el halcón, planeando muy arriba en los cielos y con una agudeza de visión a la que nada puede escapar, simbolizaba al dios Horus, señor de los cielos; la rana, con su gran fecundidad, simbolizaba a Heket, la diosa del nacimiento; la vaca representaba a Hathor, la diosa madre; y el cocodrilo representaba a Ammit, que devora el corazón de aquellos que están cargados de pecados.

Los dioses del calendario azteca
Procedentes del norte de México, los aztecas se asentaron alrededor del lago Texcoco, en el México central, en el siglo XII. A lo largo de los cuatro siglos siguientes construyeron un poderoso imperio basado en la agricultura intensiva. La religión y la mitología azteca incorporaron elementos de las culturas sometidas o absorbidas, y su panteón era por consiguiente muy vasto y diverso. Los dioses estaban estrechamente relacionados con el complejo calendario azteca, que combinaba dos ciclos: un ciclo solar de 365 días y un ciclo ritual de 260 días. Este último estaba dividido en 13 períodos de 20 días, y cada día estaba regido por una divinidad concreta, que determinaba el destino en ese día. Las representaciones de dioses tales como la que aparece aquí eran utilizadas por los sacerdotes aztecas para fines adivinatorios basados en el calendario.

El papel del mito

Los mitos son relatos simbólicos —cuentos de dioses, de humanos con poderes sobrehumanos y de acontecimientos extraordinarios— que fueron de vital importancia en todas las culturas. Era a través de esos cuentos alegóricos como una sociedad podía definir y explorar su identidad; y en muchas culturas, los mitos proporcionaban un modelo estilizado para la



Los avatares de Visnú
En la tradición hindú, Visnú —el protector del mundo, de la humanidad y del *dharma* (el orden moral)— es reverenciado como una de las principales divinidades. Se le conoce por medio de sus diez avatares (descensos al mundo), que son formas adquiridas por Visnú para combatir una forma concreta de mal. Visnú tomó forma de pez para avisar a Manu, el primer ancestro de la humanidad, de un diluvio inminente. Envió a Manu un gran navío, ordenándole que lo llenara con dos ejemplares de todas las especies vivientes y con semillas de todas las plantas. Manu acababa de terminar su tarea cuando el océano sumergió todas las tierras. De esa forma, Visnú salvó a todos los seres vivos de la destrucción.

Eos, diosa del alba
Los elementos, el tiempo y los movimientos de los cuerpos celestes solían atribuírseles a los dioses. Los mitos de muchas culturas trataban de las hazañas y las relaciones de esas deidades, confiriendo así un sentido a fenómenos que serían inexplicables de otra forma. Los griegos personificaron el amanecer como la diosa Eos: cada mañana, abandonaba sigilosamente el lecho de su esposo Tithonus, surgía del océano y se elevaba en el cielo en un carro conducido por dos caballos. El rocío de la mañana era su llanto de dolor por su hijo Memnon, que fue muerto por Aquiles.

conducta humana. Basándose en sus estudios de los pueblos amerindios de Norte y Suramérica, el antropólogo francés Claude Lévi-Strauss sugirió que el propósito del mito era proporcionar un modelo lógico capaz de explicar las aparentes contradicciones de la vida. Comparando y contrastando facetas opuestas de la existencia —la noche y el día, el hambre y la saciedad, la unidad y la diversidad— de forma narrativa, los creadores de mitos eran capaces de encontrarle un sentido al mundo que les rodeaba. Aunque esta interpretación da cuenta de algunos componentes del mito, no puede explicar completamente las distintas formas en que podemos observar que funciona el mito en la sociedad.

Algunos mitos explican el estado de las cosas, como en numerosos mitos de Norteamérica que describen el origen del maíz, o le dan un sentido a los rituales practicados por un grupo concreto de gente. En Siria, el mito del triunfo de Baal (el dios de la fertilidad) sobre sus enemigos se interpretaba en rituales dirigidos a asegurar un triunfo similar de la fertilidad sobre la aridez de la tierra. Otros mitos relatan la creación del mundo o de la humanidad: por ejemplo, en el mito de la creación entre el pueblo shilluk del Sudán, Juok (Dios) fabrica al hombre con arcilla. Viaja hacia el norte para encontrar arcilla blanca, con la que moldea a los europeos, y utiliza arcilla negra para crear al pueblo africano. Dota a las gentes con largas piernas para correr en los vados donde pescan y largos brazos para manejar la azada. El mito de la creación del pueblo carabaulo de Timor incluye una justificación del orden social: cuenta que los ancestros de la población actual de la isla surgieron de un agujero de la tierra en forma de vulva: los primeros en surgir fueron los aristócratas y terratenientes, seguidos por los plebeyos y campesinos. De igual forma, las familias gobernantes de muchas civilizaciones antiguas —desde Egipto hasta la China imperial— invocaban mitos de su origen divino para legitimizar su posición.

Los mitos también abordan la cuestión de la mortalidad (en algunos mitos la muerte se interpreta como un error divino) y describen el destino final del individuo: en Egipto, el *Libro de los muertos*, una recopilación de textos mágicos y religiosos que data del siglo XVI a.C., describe el paso simbólico del alma hasta el más allá con meticuloso detalle, dando instrucciones precisas sobre cómo los que parten deberán enfrentarse a los retos y oportunidades que encontrarán allí.

Freud veía el mito como la forma que tiene la sociedad de liberar ideas y experiencias reprimidas. Por ejemplo, consideraba que los sentimientos eróticos reprimidos del hijo hacia su madre y los consiguientes sentimientos de antipatía hacia su padre aparecían en el mito de Edipo. En la leyenda griega, Edipo fue un héroe tebano que mató sin saberlo a su padre, Layo, y se casó con su madre, Yocasta: al darse cuenta de lo que había

Ma-Ku
Según la mitología china, Ma-Ku era una hechicera benévola que personificaba la bondad de todas las personas. En su primer avatar *(izquierda)* recuperó del mar una amplia franja de tierra y la sembró de moreras. En otra de sus encarnaciones, Ma-Ku convenció mediante estratagemas a su cruel padre para que les diera más descanso a sus esclavos. Su padre se encolerizó violentamente y Ma-Ku huyó para hacerse ermitaña. Su padre fue presa de remordimientos y se quedó ciego de tanto llorar; Ma-Ku regresó para consolar a su padre y lavarle los ojos con una poción curativa.

hecho, se quitó la vista. Para Freud, el mito expresaba el sentimiento de culpa colectivo de la humanidad por haber albergado esos sentimientos hacia sus progenitores.

En la psicología jungiana, los mitos son viajes simbólicos a través de la vida, y sus protagonistas son encarnaciones de arquetipos subconscientes. Por ejemplo, en los mitos que narran las acciones de los héroes, el héroe simboliza el ego, y los cuentos relatan cómo el héroe se vuelve consciente de su fuerza y de su debilidad (desarrolla su conciencia del ego). Una vez que el héroe es dueño de su ego muere, generalmente en un acto de autosacrificio, que simboliza su paso a la madurez. En muchos mitos el héroe es guiado por un consejero o tutor, que en términos jungianos corresponde a la psique en su totalidad, la identidad humana completa, que proporciona los recursos de que carece el propio ego.

Ritual, magia y oración

Los ritos y los rituales son un rasgo importante de todas las sociedades, pasadas y presentes. Ayudan a mantener la integridad de una comunidad y preparan a cada individuo para el papel que tiene que jugar en ella. No es sorprendente que los rituales tengan mayor preponderancia en grupos tribales pequeños y estrechamente emparentados, aunque subsisten en las ciudades occidentales, donde, por ejemplo, los ritos del bautizo, del matrimonio y del funeral siguen siendo generalmente observados.

Los rituales son representaciones físicas de viajes espirituales —o, en términos jungianos, de viajes al subconsciente colectivo— en que el cuerpo se utiliza como símbolo del espíritu. Pueden simbolizar una progresión hacia la iluminación, o a los dioses (las danzas rituales de los antiguos mesopotámicos, por ejemplo, imitaban simbólicamente el viaje de la diosa Ishtar al inframundo), o el viaje de la muerte y el renacimiento ulterior, en que sacrificamos nuestra identidad y pasamos renovados a la siguiente etapa de la vida. En muchas religiones, los rituales reflejan el orden supuesto del reino sagrado, y establecen así un vínculo más estrecho entre el mundo humano y el divino. La Iglesia católica romana, por ejemplo, sostiene que los siete sacramentos —el bautismo, la confirmación, la eucaristía, la penitencia, las órdenes sacerdotales, el matrimonio y la extremaunción— fueron instituidos por el propio Jesucristo. Numerosas religiones realizan rituales de purificación para sacar del cuerpo una suciedad que se cree ofensiva para los dioses. Un cuerpo poluto por haber estado en contacto con la enfermedad, la muerte o el pecado puede ser limpiado simbólicamente lavándolo en un arroyo de rápida corriente o en sangre (que se asocia tanto con la vida como con la muerte y, por tanto, representa la renovación), o en rituales que utilizan armas o petardos.

En las sociedades tribales, los rituales de iniciación se utilizaban para marcar el paso de la adolescencia a la edad adulta. Con frecuencia entrañaban un dolor deliberadamente infligido (como en la circuncisión o en el tatuaje), pruebas de fuerza y resistencia, o un largo período de ayuno, con el fin de añadir una dimensión física a la invocación simbólica de la muerte y el renacimiento. Igualmente, la joven entraba en la madurez a través de ritos de fertilidad que comportaban movimiento y danzas, o mediante golpes simbólicos que representaban su pasividad y sumisión a las exigencias físicas de la condición de mujer (menstruación, embarazo y crianza de los hijos). Estos ritos de transición implican una ruptura irrevocable con el mundo de la infancia, durante la cual, según Jung, los arquetipos paternos son quebrantados (mediante la muerte simbólica) y el ego se consolida con el grupo más amplio (a menudo representado por un tótem, un animal u objeto que encarna la unidad tribal). El matrimonio es otro tipo de ritual de iniciación. Como en los ritos de transición descritos antes, utiliza tatua-

Ritos funerarios en el antiguo Egipto
Los antiguos egipcios elaboraron complejos rituales funerarios en la creencia de que el alma inmortal de los fallecidos mantenía vínculos con este mundo a través de su cuerpo enterrado. El cuerpo era preservado indefinidamente mediante la momificación, y se le proporcionaban alimentos y ofrendas para su sustento en el otro mundo.

Conforme a las creencias egipcias, el muerto era ceremonialmente juzgado por un tribunal de divinidades, que incluían a Anubis (el dios del embalsamamiento, con cabeza de chacal) y Thoth (el dios de la sabiduría, con cabeza de ibis), y presidido por Osiris, el señor del inframundo. El corazón del fallecido, que se tenía por ser el centro de las emociones, era puesto en la balanza con una pluma, símbolo de justicia *(arriba)*. Si ambas cosas estaban en equilibrio, el muerto o muerta pasaba a la otra vida de bienaventuranza. Si fallaba la prueba, el muerto era devorado por Ammit, una espantosa criatura híbrida, en parte cocodrilo, en parte león y en parte hipopótamo.

jes, anillos y atavíos especiales para significar la nueva condición social. El propio ritual a menudo implica una representación simbólica de las nuevas responsabilidades de ambos contrayentes entre sí y para con sus familias. Para el hombre en particular, el matrimonio representa una pérdida de independencia —en términos jungianos, el sacrificio del arquetipo del héroe— que en algunas culturas es compensada con el rapto o la violación simbólicas de la novia.

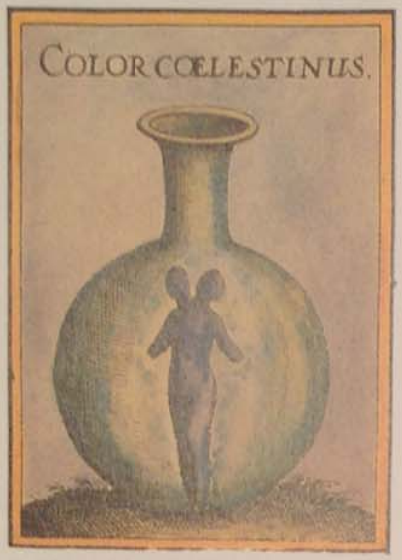
La idea del sacrificio como forma de propiciar la renovación también subyace bajo los rituales de fertilidad realizados en los cortos días de invierno para asegurar el retorno de la vida en primavera. Al igual que la tierra tuvo que morir en invierno para asegurar su renacimiento en la floración y la fructificación del verano, el rey —o más probablemente alguien que había sido nombrado rey para esa ocasión— debía morir para asegurar la vida de su pueblo. Los aztecas creían que sin ofrendas de sangre y corazones humanos, el sol dejaría de brillar y el universo desaparecería. Los sacrificios rituales eran, por tanto, muy importantes en la cultura azteca, hasta el punto de que todas las guerras eran oficialmente libradas con el propósito de obtener víctimas para los sacrificios.

La creencia de que la naturaleza y la voluntad de los dioses podían ser influidas por rituales y símbolos también era el principio fundamental de la magia. La meta del mago era avanzar progresivamente por los planos que según se creía conformaban la existencia, para finalmente fundirse en la inefable realidad de la que en su vida mortal hombres y mujeres permanecen exiliados. Al elevarse hacia los dioses, el mago o la maga tenían la responsabilidad de influenciarlos de forma beneficiosa. En todos los sistemas ocultos, desde los misterios egipcios y griegos hasta la tradición indígena americana, pasando por los trabajos de los alquimistas y cabalistas europeos, el auténtico mago estaba comprometido con una búsqueda muy seria que no tenía nada que ver con el poder personal o la mala voluntad hacia los demás.

La oración puede ser un acto personal o colectivo de comunicación con lo sagrado. En ambos casos, suele estar rodeada de simbolismo y ritual. En muchas religiones, la postura del cuerpo y la posición de las manos indican sumisión y homenaje. A veces se utilizan objetos para enfocar la oración o para continuar la súplica al dios mientras el suplicante está dormido u ocupado en otra cosa: en el budismo, por ejemplo, el mantra del banderín de oración según se cree es activado por el viento. La oración del culto islámico, el *salat*, está regida por un ritual. Se realiza cinco veces al día, al igual que en tiempos de Mahoma, y va precedida de unos ritos de ablución. Durante la oración, los fieles se ponen frente a La Meca y ejecutan los *rakahs*, las posturas físicas que acompañan las recitaciones del Corán.

La eucaristía
El sacramento de la eucaristía es el acto central del culto en la fe cristiana. Consiste en la consagración del pan y el vino (simbólica, figurada o efectivamente equiparados con la carne y el cuerpo de Cristo) y su distribución entre los fieles por medio de la comunión. El sacramento está rodeado de un simbolismo esotérico: por ejemplo, el cáliz que contiene el vino (o la sangre) es en términos jungianos una matriz espiritual. En esta descripción simbólica de la pasión de Cristo del siglo XVI, el cáliz lleno de sangre está rodeado de tres clavos (el número tradicionalmente utilizado en la crucifixión de Cristo).

Masculino y femenino



El matrimonio filosofal
Los alquimistas se consideraban artistas y científicos, cuyas operaciones químicas estrictamente controladas podían conducir la naturaleza hacia la perfección (proceso simbolizado por la transformación del metal común en oro). El alambique del alquimista era un microcosmos —un universo en miniatura—, en que tenía lugar esa transformación. Las operaciones alquímicas se describían en términos sumamente simbólicos, en parte para asegurarse de que sus secretos no cayeran en manos equivocadas. Una etapa crucial del proceso consistía en unir los principios masculino y femenino de la materia, que a veces se simbolizaba mediante un hermafrodita *(arriba)* o en el matrimonio entre un rey y una reina.

Las imágenes del hombre y de la mujer tienen por derecho propio un profundo significado simbólico. En la psicología jungiana se consideran expresiones conscientes de los arquetipos del *ánimus* y el *ánima* (véase pp. 13-15), y en muchas culturas aparecen juntas como símbolo de fertilidad y de la infinita renovación de la vida. A un nivel más esotérico, el tema de la masculinidad y de la feminidad pueden adquirir distintas connotaciones. Tomados por separado, el hombre y la mujer simbolizan lo incompleto: cada uno de ellos es estéril e infructífero, una mitad de un todo preexistente. Es como si el primer ser humano universal hubiese sido dividido en dos en algún momento del desconocido pasado, y estuviese condenado a atravesar la historia sufriendo la angustia de la separación, añorando constantemente reunirse con su mitad perdida.

Este tema aparece en numerosos mitos y leyendas, desde la de Isis y Osiris hasta la de Orfeo y Eurídice, en que el hombre y la mujer luchan contra fuerzas abrumadoras para unirse. En la leyenda de Tristán e Isolda, los amantes sólo logran la verdadera unidad después de muertos, al crecer dos árboles desde sus tumbas y entrelazarse sus ramas de forma que no pueden ser separadas jamás.

En las cosmologías antiguas, el cielo y la tierra (de los que se pensaba que en algún momento habían estado unidos) solían representarse como el hombre y la mujer: en el antiguo Egipto, el cielo era personificado por la diosa Nut y la tierra por el dios Geb.

Aun cuando el hombre y la mujer se unen en el acto de amor, su unión sigue siendo en última instancia incompleta. Limitada por las necesidades del cuerpo humano, se interrumpe antes de llegar a la plena fusión de los amantes. Así pues, muchas de las principales tradiciones espirituales y ocultas han enseñado que la plenitud sólo se puede lograr internamente, en la unión de los principios masculino y femenino que todos llevamos dentro: las fuerzas creativas contrapuestas de lo activo y lo pasivo. En Oriente, esta idea de unión interior encuentra su expresión en el símbolo del Tai Chi (véase p. 129), y en el Tantra hindú y budista, en que las deidades masculinas y femeninas se muestran entrelazadas en un abrazo tan intrincado que parecen habitar un solo cuerpo. Las tradiciones occidentales ocultas y alquímicas encarnaban el logro de la reconciliación interior (y, por tanto, la verdadera sabiduría) en el hermafrodita (o andrógino), que es a la vez macho y hembra. En la leyenda judía, el propio Adán era hermafrodita hasta que Eva fue separada de él, y en algunos relatos griegos Zeus era simultáneamente varón y hembra. En las religiones chamánicas, el sacerdote se viste muchas veces de mujer para recrear simbólicamente el estado primigenio de perfección que existía antes de que los sexos fuesen separados.

Krisna y Radha
Krisna, el octavo avatar (encarnación) de Visnú, es una de las más populares de todas las divinidades hindúes. Numerosos mitos hablan de sus travesuras y sus hazañas amorosas. Se cuenta que en forma de joven muchacho, Krisna encantaba a las *gopis* (las lecheras) de la región de Brindaban tocando la flauta en las noches de otoño, y apartaba con engaños y ardides a las jóvenes esposas de sus maridos dormidos para bailar extáticamente con él en el bosque. Aunque cada *gopi* creía que Krisna era su compañero exclusivo, él concibió un profundo amor por Radha *(arriba)*, cuya dorada belleza complementaba la oscura tez de Krisna (su nombre significa «oscuro» u «oscuro como una nube»).

Oposición y unidad

Todas las grandes fuerzas de la naturaleza y las emociones humanas tienen sus opuestos, por los cuales se definen en parte. Sin luz, no existiría el concepto de sombra; sin la pena, el concepto de alegría resultaría menguado, y sin mujer no podría existir ningún hombre. Al igual que lo masculino y lo femenino se pueden unificar a nivel esotérico (véase p. 32), también los opuestos se pueden reconciliar para recrear el estado paradisíaco.

Muchas tradiciones orientales sostienen que los opuestos aparecieron cuando la única realidad verdadera se fragmentó en una aparente desunión para crear el mundo de las formas (según la fe hindú, «el uno se convierte en dos, el dos se convierte en tres, y del tres surgen diez mil cosas»): cada fragmento es incompleto en sí mismo y aspira a unirse de nuevo con el todo del que procede.

El dicho budista de que «cuando surgen los opuestos, se pierde el Buda-mente» se refiere a las limitaciones de una percepción basada en la oposición. Al hacer distinciones tajantes nos cegamos al hecho de que todos los opuestos en realidad nacen de la misma fuente, y que la totalidad de la creación sigue verdaderamente siendo una. Los opuestos, y el mundo material que constituyen, son una realidad subjetiva, y la mente esclarecida puede ver más allá de ellos la unidad que es su verdadera auténtica naturaleza.

La unidad que subyace bajo la diversidad y la interdependencia de los opuestos se expresa simbólicamente en numerosos objetos y formas. La copa, por ejemplo, ilustra que la forma no puede existir sin el espacio, y viceversa. Los lados de la copa pertenecen al mundo de la forma, mientras que el espacio que contienen pertenece al mundo del vacío. La forma y el espacio juntos son expresiones de la unidad fundamental de la copa. Un símbolo como el círculo ilustra aspectos más amplios de esa verdad. Por ejemplo, aunque consideramos opuestos conceptos como «principio» y «fin», cada punto de la circunferencia de un círculo puede ser a la vez principio y fin. Por ello, en el budismo zen el círculo representa la iluminación y la perfección de la humanidad en unidad con el principio primigenio, y el símbolo chino del Tai Chi (véase p. 129) está encerrado en un círculo. A un nivel más complejo, los mandalas y los yantras (véase p. 60) simbolizan la naturaleza ilusoria de las diferencias que observamos, y su aparición espontánea en la meditación y a través de la culturas sugiere que en el subconsciente colectivo reconocemos la verdad que representan. En el hinduismo y el budismo se dice que «la vida y la muerte son lo mismo»: esto expresa la creencia de que incluso esos dos opuestos fundamentales —la existencia y la no existencia— son interdependientes y son dos facetas de la misma unidad.

Dos reinos
Muchas culturas creían que el cosmos estaba dividido en dos reinos —el celeste y el terrenal—. Los cielos eran la morada de los dioses y de los poderes superiores, y estaban asociados con el espíritu y el intelecto, mientras la tierra era la sede de la materia y de lo físico. La organización del reino terrenal (microcosmos) se consideraba un reflejo de la de los cielos (macrocosmos): la correspondencia entre ambos es el tema de esta representación alquímica del siglo XVII *(arriba)*. Se pensaba que la humanidad gozaba de una situación única en el universo, ya que tenía acceso a los dos reinos.

El bien y el mal
En este grabado de William Blake que data el siglo XVIII, las figuras que aparecen como ángeles del bien y del mal luchan por la posesión de un niño, símbolo de la inocencia perdida del hombre íntegro. Blake elaboró su propia mitología para explorar, mediante el arte y la literatura, su creencia de que las dificultades del ser humano procedían de su incapacidad de reconciliar los elementos de su yo dividido. En términos de la mitología de Blake, el ángel «bueno» es Los, símbolo de la imaginación, y el ángel «malo» es Orc, símbolo de energía y revuelta. Blake pensaba que los conflictos internos humaninos podrían resolverse con la imaginación, más que con el intelecto.

Cruce de corrientes

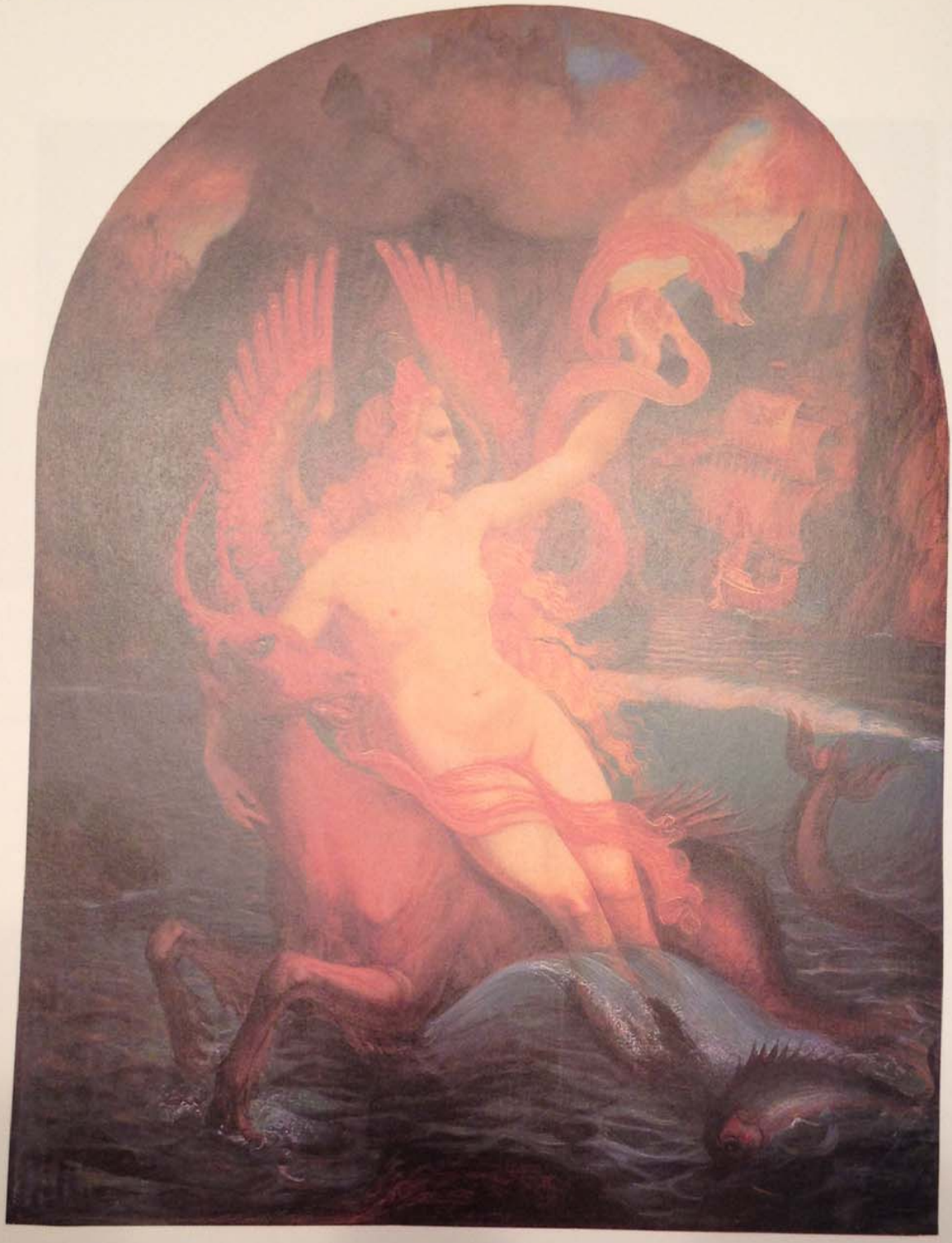
De Egipto a Roma
La migración geográfica de los símbolos está ilustrada en este fresco del siglo I de la villa de los Misterios en Pompeya, que muestra a las diosas egipcias Isis y Neftis flanqueando a un cocodrilo sagrado.

Cuando distintos pueblos entran en contacto a través de relaciones comerciales, conflictos o migraciones, sus significantes culturales —o símbolos— rara vez permanecen inalterados. Los símbolos de un grupo suelen enriquecer, modificar o suplantar a los del otro, y los consiguientes cambios en la expresión artística, el mito y la tradición son testimonios duraderos del encuentro de las dos culturas. Por ejemplo, el paralelismo obvio entre el panteón romano y el griego no es accidental. Cuando conquistaron Grecia en el siglo III, los romanos adoptaron infinidad de cosas de la mitología más rica y más desarrollada de los griegos, añadiendo las características de los dioses griegos a sus propias deidades. El griego Dionisos fue incorporado al romano Baco; y los mitos relativos a Artemisa, Zeus, Hermes y Afrodita fueron proyectados en Diana, Júpiter, Mercurio y Venus respectivamente. Algunos dioses griegos, por ejemplo Apolo, fueron adoptados por los romanos conservando incluso tanto su nombre como su función, y también algunos de los héroes griegos, tales como Heracles (Hércules).

Un proceso similar de absorción tuvo lugar cuando el budismo penetró en China a lo largo de la ruta de la seda en el siglo I. Su fusión con la religión taoísta, primordialmente orientada hacia la naturaleza, produjo el ch'an (que más tarde se desarrolló en Japón como budismo zen). El ch'an rechazaba la idea del culto mediante imágenes, ritos y rituales: la naturaleza era considerada el símbolo de la realidad fundamental, y la conciencia y la experiencia del mundo natural era tenida por el verdadero camino de la iluminación.

La «exportación» organizada de la religión (y, por tanto, de los símbolos) no se inició sino a principios del siglo IV, tras la adopción del cristianismo como religión oficial en Roma. Practicando el proselitismo desde el principio, el cristianismo anatemizó y suprimió activamente todas las formas de paganismo. Pero las creencias y los símbolos autóctonos resultaron difíciles de erradicar, y los cristianos se vieron obligados a contemporizar, tolerando tácitamente aquellos símbolos que podían ser fácilmente cristianizados y reconociendo otros como manifestaciones parciales de una realidad espiritual que alcanzaba su consumación final en el advenimiento de Cristo. En particular, muchas de las leyendas que rodean las oscuras vidas de los primeros santos cristianos parecen basarse en mitos precristianos. San Cristóbal, que suele representarse como un gigante que lleva al niño Dios en brazos para cruzar un río, es un reflejo de Caronte, que en la mitología griega estaba encargado de transportar en su barca las almas de los muertos por el río Estigio. Santa Catalina de Alejandría, por cuyas venas se dice que fluyó leche después de su martirio, tiene reminiscencias de la diosa egipcia Isis, uno de cuyos atributos era la leche.

Motivos cristianos y precristianos
La veneración a la Virgen María tiene un origen precristiano en el culto a las divinidades femeninas, tales como el de Artemisa y Diana, de gran relieve entre los pueblos precristianos del Mediterráneo. En este cuadro del siglo XIII la media luna a los pies de la Virgen María es un símbolo adoptado del antiguo Egipto, donde era un atributo de la diosa Isis, Reina de los Cielos. Las grandes festividades del calendario cristiano, tales como la Navidad y la Pascua, coinciden con festividades paganas, y muchos de los objetos estrechamente asociados a la Navidad, tales como el leño, el muérdago y el propio árbol de Navidad, fueron todos ellos adoptados de tradiciones precristianas.



Utilización de los símbolos

A través de los siglos, los símbolos, en su infinita variedad, han enriquecido la vida de la mente. Las culturas del mundo entero han desarrollado y perfeccionado una comprensión de los símbolos y de los sistemas de símbolos para fomentar el bienestar espiritual, físico e intelectual. El siguiente capítulo trata de tres formas muy distintas en que puede decirse que los símbolos son *utilizados* por la mente o la imaginación: el arte, la meditación y el sueño.

El simbolismo nutre los esfuerzos artísticos tanto consciente como inconscientemente. En muchas culturas tradicionales, gran parte del arte es puramente simbólico en su contenido y expresa en términos visuales las creencias y aspiraciones de la comunidad. En la civilización oriental, el arte empezó a perder algunos de sus propósitos simbólicos más explícitos con la aparición de la noción de individualismo artístico: el simbolismo, al fin y al cabo, es una actividad esencialmente colectiva. Sin embargo, el simbolismo siguió siendo corriente en el arte de distintas maneras: como expresión de temas arquetípicos, como explotación consciente de la imaginería tradicional o como medio de comunicar mensajes privados. En la época moderna, el interés por el funcionamiento de la mente ha preparado el terreno para una tradición de un arte expresamente simbólico, que ha seguido resistiéndose a la seducción de la abstracción.

La meditación refleja una creencia profundamente arraigada en muchas culturas, según la cual la disciplina mental correctamente aplicada puede conducir a una forma de realización psíquica, espiritual o corporal, o incluso a una realidad fundamental que no podría alcanzarse de otra manera. Entrar en contacto con el yo interior, y silenciar las distracciones que perturban nuestra paz, son dos aspectos del proceso. En las formas místicas de meditación, algunos símbolos tales como la rueda o el loto permiten el acceso a una realidad más elevada.

El simbolismo de los sueños es un vasto tema en sí mismo, y en el capítulo siguiente podemos hacer poco más que generalizar. La interpretación del simbolismo de los sueños se complica por la necesidad de tener en cuenta las circunstancias individuales y la personalidad del sujeto que sueña. Empero, el conocimiento de los arquetipos jungianos es útil, y registrando y cuestionando nuestros sueños durante cierto período de tiempo podemos vislumbrar valiosos significados de los mensajes que nos traen desde el subconsciente.

Los símbolos en el arte

La historia del arte es un compendio de los símbolos más significativos y emocionantes de la humanidad. Desde el período paleolítico (véase p. 22) hasta nuestros días, los artistas han utilizado símbolos esotéricos y exotéricos para expresar las creencias y las preocupaciones de su tiempo. En todas las civilizaciones existen objetos que son testimonio de la estrecha relación entre la religión y el simbolismo. En el antiguo Egipto, los canteros solían inscribir en las estatuas de reyes y nobles los nombres de sus propietarios con la creencia de que las estatuas proporcionarían un lugar de descanso eterno a su espíritu después de la muerte. Las estelas (losas de piedra erigidas en las tumbas de los próceres egipcios) tenían una función similar. Decoradas con relieves que mostraban al fallecido ante una mesa cargada de ofrendas para los dioses, y con inscripciones de símbolos mágicos y oraciones rituales a Osiris (señor de los dos mundos), estaban concebidas para asegurar la salvación del alma del muerto.

Aunque se ha descubierto un arte funerario y ornamental que data de la Edad de Bronce (3000-1100 a.C.) en el norte de Europa, las realizaciones más significativas del arte occidental en ese período se dieron en los florecientes pueblos y ciudades del Mediterráneo. La civilización minoica de Creta, que recibió un gran legado de las anteriores culturas de Egipto y Mesopotamia, utilizaba profusamente la espiral, las líneas onduladas y otros motivos geométricos en su alfarería y objetos de metal.

La Anunciación
En este cuadro de la Anunciación del arcángel Gabriel a la Virgen María de que concebiría un hijo por obra del Espíritu Santo, el artista renacentista Domenico Venezianno utiliza el simbolismo del color y de la geometría para enfatizar la solemnidad del momento. El lirio que sostiene Gabriel es el símbolo cristiano del amor virginal, de la inocencia y de la Virgen María. La blancura representa su pureza; el tallo recto su divinidad, y las hojas curvadas hacia abajo su humildad.

Se cree que estos símbolos, que aludían al mar y a los elementos, eran expresiones del sentido de una existencia compartida con la naturaleza, y también pudieron ser utilizados en talismanes para propiciar la seguridad de los marineros y los viajeros. Los frescos minoicos suelen describir rituales, ceremonias religiosas y batallas, y representaban frecuentemente toros, grifos y otros animales, que pueden haber tenido un valor simbólico de protección.

Tras la caída de los grandes reinados minoicos y micénicos en el siglo XIII a.C., los griegos adoptaron y perfeccionaron el estilo geométrico de las culturas anteriores, y el simbolismo de las formas abstractas —diseños en zigzag, triángulos, grecas y esvásticas— dominó el arte griego durante cuatro siglos. No fue sino hasta el siglo VIII a.C. cuando el simbolismo en el arte griego alcanzó nuevos niveles de expresión y claridad pictórica. En ese momento empezaron a aparecer los temas de animales y figuras humanas estereotipadas, rituales y batallas en la cerámica y otros objetos; y el arte de la narrativa, que relataba las acciones de dioses y héroes, empezó a surgir en el siglo VII a.C. Las figuras de esas narraciones eran vívidas encarnaciones de arquetipos subconscientes. En el arte, así como en la filosofía y la mitología, simbolizaban la búsqueda del autoconocimiento y servían de metáforas para todos los aspectos de la vida pública y privada. Los artistas griegos adoptaron gran parte de las culturas siria, fenicia y egipcia. Las criaturas míticas de Oriente —gorgonas, quimeras y arpías— fueron helenizadas, volviéndose más elegantes y menos aterradoras. Por otra parte, la influencia egipcia empezó a estimular la creación de grandes estatuas de bulto redondo, que con el tiempo evolucionaron hasta alcanzar la armonía y la belleza de la escultura clásica griega.

Un énfasis similar sobre el poder visual de los símbolos para alterar la conciencia se manifiesta en el arte oriental y de la India. Los eróticos apareamientos de los dioses hindúes simbolizan la diversidad de la creación, así como las técnicas tántricas que permiten la unión sexual como camino hacia la iluminación. El linga de Siva (véase p. 125) simboliza no sólo la energía creativa, sino también el número uno (la unidad primera), mientras que otras esculturas eróticas utilizan la sexualidad para representar los gozos celestiales y el éxtasis eterno. En la pintura aparece comúnmente el tema de las aventuras amorosas de Krisna con las lecheras, que simbolizan la entrada del amor divino en el mundo, o los cinco placeres universales encarnados en la carne, el alcohol, los cereales, el pescado y las relaciones sexuales.

El arte chino siempre ha tenido un propósito elevado, esforzándose por inspirar y educar al observador, y por transmitir conocimientos sobre la naturaleza humana y la Gran Finalidad. Los mensajes espirituales y morales eran transmitidos mediante ciertos temas «nobles», especialmente los paisa-

Los evangelistas
Las representaciones medievales de los cuatro evangelistas mediante la figura humana, el león, el buey y el águila fueron inspiradas por las cuatro criaturas de Ezequiel, y por un antiguo simbolismo oriental, según el cual esta tétrada representaba los cuatro guardianes de la tierra o los cuatro pilares del cielo.

jes y el mundo natural, que evolucionaron para adquirir formas estilizadas de expresión simbólica. Por ejemplo, cada elemento del paisaje se utilizaba para simbolizar un aspecto de la humanidad: el agua era la sangre de las montañas, la hierba y los árboles su cabello, las nubes y las nieblas sus ropas, mientras que el sabio solitario y errabundo que solía aparecer en tales pinturas era su alma. El bambú representaba el espíritu del sabio, que podía inclinarse pero no romperse, y el jade representaba la pureza. Un simbolismo tan explícito era también un rasgo característico de la arquitectura china. Por ejemplo, los aleros curvos tan típicos de las casas chinas no eran simples elementos decorativos, sino que según se creía rechazaban a los demonios enviándolos al espacio si éstos intentaban deslizarse por el tejado para visitar a los ocupantes.

Perseo y Andrómeda
Esta pintura del siglo XVII obra del artista holandés Joachim Utewael está ejecutada según el estilo exagerado y los vivos colores de la escuela manierista. Muestra al héroe griego Perseo rescatando a Andrómeda (la hija del rey de Etiopía) de las garras de un monstruo marino enviado por Poseidón (el dios del mar) para aterrorizar al pueblo de Etiopía. Perseo, que aparece volando por encima del monstruo marino y blandiendo una espada, es una representación del *ánimus* (véase p. 13). Las conchas del primer plano simbolizan no sólo viajes por mar, sino el principio femenino y la pasión sexual.

En la Europa medieval, los iconos cristianos —representaciones de Cristo, de la Virgen María y de los santos— funcionaban como focos de veneración. Los cuadros narrativos, con sus múltiples niveles de simbolismo, servían para instruir a las masas analfabetas sobre las sagradas escrituras y los misterios de la fe, y también para explicar la relación de la humanidad con Dios y con el cosmos. En la Edad Media, los elementos artísticos utilizados para expresar la esencia de la fe cristiana enfatizaban la inmaterialidad de Dios, la distancia entre el reino de los cielos y la tierra, y la idea de que la salvación sólo se conseguiría mediante la elevación del espíritu. Esta visión mística del universo se reflejaba en todas las formas del arte visual y la literatura, pero quizá donde más espectacularmente se mostraba era en las altas catedrales góticas, cuya altura a menudo se destacaba además mediante la hábil manipulación de la perspectiva.

La naturaleza del arte y del simbolismo cristianos sufrió un cambio fundamental durante el Renacimiento. El creciente racionalismo y el conocimiento del mundo natural, junto con la revalidación de los textos cristianos y clásicos, tuvo por resultado un mayor naturalismo en las artes visuales. La naturaleza, el cuerpo humano y la mitología grecorromana volvieron a convertirse en temas respetables en la pintura y la escultura religiosas. Por ejemplo, en su famoso cuadro del *Juicio Final,* Miguel Ángel representó al Cristo en el papel de Apolo o Hércules en lugar de representarle como el Salvador crucificado. En la Logia de Rafael, en el Vaticano, los temas míticos de sátiros, esfinges, ninfas y arpías se entremezclan con el simbolismo más ortodoxo que representa a Dios como un patriarca de barba blanca separando las aguas de la tierra en el momento de la creación.

Incluso cuando los temas bíblicos cesaron de dominar el arte europeo, el simbolismo siguió jugando un papel importante debido a sus estrechos vínculos con la propia creatividad. Tanto el simbolismo como la creatividad nacen de un proceso inconsciente.

Los dioses hindúes en el arte

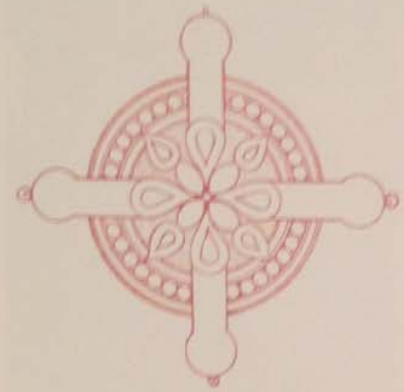
Las deidades hindúes pueden identificarse fácilmente por sus atributos. Kali, el aspecto aterrador de Devi (la gran diosa), cuya tarea es destruir a los demonios que amenazan el orden cósmico, está representada como una bruja de rostro negro con un collar de cráneos o cabezas. Está salpicada de sangre y lleva un cinturón de brazos cortados: en sus cuatro manos sostiene una espada, un lazo corredizo, un escudo o una cabeza cortada. En esta pintura Kali está sentada sobre su consorte, Siva, una de las principales deidades hindúes. Siva suele representarse como un hombre (o un hermafrodita) de piel blanca. Posee un tercer ojo (que simboliza su sabiduría interna) y una media luna en la frente. Brahma, el dios creador *(a la derecha en el cuadro)* suele representarse con cuatro caras. El origen de su aspecto está descrito en la mitología: Brahma creó una hermosa mujer a partir de su propio cuerpo y quedó anonadado por su belleza. Mientras ésta caminaba en torno a él en señal de respeto, el deseo de Brahma por contemplar su belleza provocó la aparición sucesiva de las cuatro caras.

La búsqueda de la visión interior

Los pacientes del análisis jungiano son invitados a identificar y concentrarse en símbolos que posean un significado especial para ellos. Al principio estos símbolos pueden aparecer espontáneamente en sus sueños y sus garabateos, pero con el tiempo se personalizan, alcanzan niveles más profundos de significado y llegan a representar aspectos de la psique que anteriormente habían permanecido inexpresados o que eran difíciles de formular con palabras. Al abrir caminos hacia la psique, los símbolos pueden ayudar al paciente a reconciliar las demandas de la mente consciente e inconsciente y, por tanto, proporcionar salud y estabilidad psicológicas. Esta utilización de los símbolos no es terreno exclusivo de la psiquiatría moderna. Todas las principales tradiciones religiosas han utilizado el poder de los símbolos, a través de la meditación, en su búsqueda de paz interior y visión espiritual.

El elemento esencial de la técnica de la meditación es evitar que la mente se pierda en pensamientos erráticos concentrándose en un solo símbolo (que puede ser auditivo, visual o táctil) sin intentar reflexionar racionalmente sobre su significado. El símbolo estimula las ideas y las intuiciones, que son simplemente observadas a su paso por la consciencia sin retenerlas. El objetivo de la meditación es ir más allá de las interpretaciones lingüísticas (aunque éstas pueden tener su valor cuando se analizan después conscientemente) y descubrir un nivel de comprensión intuitiva más allá del lenguaje, que cambia profundamente nuestra manera de experimentar el mundo y experimentarnos a nosotros mismos.

En teoría, cualquier cosa, desde un garabato sin sentido hasta un picor en la nariz, puede servir como foco de meditación, pero en la práctica la mayoría de las meditaciones tradicionales utiliza símbolos arquetípicos como punto de partida, porque constituyen una vía más segura hacia el subconsciente colectivo del que surgieron originalmente. En la tradición indígena norteamericana y otras tradiciones chamánicas, la propia naturaleza es la que proporciona estos símbolos: así pues, la persona que medita puede observar las montañas lejanas, escuchar el sonido del viento o concentrarse en sentir la tierra bajo su cuerpo sentado. Los cátaros —una secta cristiana herética del siglo XIII— meditaban sobre el reflejo de la llama de una vela en el agua, y la llama sigue utilizándose como foco en ciertas formas de yoga. En la práctica tibetana del *tumo*, el adepto se concentra en sentir un calor creciente en las profundidades del vientre, haciéndolo circular por los chakras (véase p. 182) y desde allí por el resto del cuerpo. En ciertas formas de meditación hindú y budista se visualiza una deidad o una imagen de Buda con meticuloso detalle, revestida de colores y adornos simbólicos, y luego se la representa descendiendo por la coronilla del meditador y llegando a descansar en su corazón.



Los símbolos y la meditación
Para utilizar un símbolo arquetípico, tal como la rosacruz, como soporte de meditación, contémplese sin pestañear hasta que los ojos empiezan a escocer. Trátese de evitar cualquier juicio sobre los pensamientos que surgen al concentrarse en el símbolo, y permítale entrar en la consciencia como si estuviese comunicándose con otra rosacruz que ya está en su interior. Conforme transcurre la meditación y su imagen interior de la cruz se vuelve más clara, cierre los ojos e imagínese ahondándose más y más en su visualización, como si realizase un viaje al interior de sí mismo. Con tiempo y paciencia, la imagen empezará a liberar un alud de ideas intuitivas.

Manteniendo esta imagen en la mente cuando esté al borde del sueño, puede suscitar que aparezca en sus sueños, donde su significado interno se le revelará a través de sus relaciones con aspectos del subconsciente (véase pp. 46-49).

El bardomandala tibetano
En algunas formas avanzadas de meditación tibetana sobre un mandala (véase p. 60), cada sector del dibujo geométrico simboliza un significado distinto, al que se suelen referir como a una «deidad». Estas simbolizaciones no están arbitrariamente superpuestas a los diseños, sino que representan visiones que surgieron en la mente de maestros espirituales. Estas deidades pueden ser consideradas personificaciones de las energías (emocionales y psíquicas) que vienen a ser las que conforman la vida; pero, como todos los símbolos verdaderos, son «reales» en la medida en que representan una realidad profunda más allá de simples figuraciones de la persona que medita.

Los símbolos de los sueños

Interpretación del simbolismo de los sueños

Un sueño es un relato, a menudo sumamente condensado, que abarca una imponente cantidad de material por medio de su propia escritura simbólica especializada. Aunque muchos símbolos oníricos están asociados a arquetipos universales, su significado concreto es mutable, ya que depende de la psicología del soñador y del contexto en que aparecen en el sueño. Por esa razón, los llamados diccionarios de los sueños, que pretenden dar interpretacionses objetivas de cada escena de un sueño, tienen un valor limitado.

Para entender el lenguaje de los sueños necesitamos en primer lugar estudiar los significados que corresponden en cada cultura a los símbolos que aparecen más frecuentemente. La relación de «El mundo de los símbolos» de este libro (véase pp. 50-139) es un buen elemento para empezar. A continuación necesitamos registrar los símbolos que se presentan en nuestros sueños e identificar esos rasgos del sueño —personas, objetos, colores o animales— que nos producen el mayor impacto. También necesitamos anotar las emociones que esos rasgos suscitan en nosotros, y los acontecimientos dentro de los cuales aparecen. Muchos símbolos son ambivalentes, y pueden presentarse en nuestros sueños en un papel tanto positivo como negativo. Nuestra respuesta emocional a ellos es un buen indicador del papel que juegan. Llevando un diario de nuestros sueños, podemos identificar los símbolos recurrentes y buscar pautas en nuestros sueños, lo que será de mucho más valor que preguntarnos por el significado de un sueño aislado. El diario de los sueños nos permite analizar conscientemente las intuiciones logradas mediante nuestros sueños en el contexto de nuestra vida social y psicológica, y avanzar en la comprensión integrada de la relevancia de los símbolos de nuestros sueños.

Los sueños son productos involuntarios de la psique. Se nos presentan con un desconcertante despliegue de imágenes y sentimientos, familiares y menos familiares, pero todos ellos tienen algo que enseñarnos. El poder comunicativo de los sueños ha sido reconocido desde hace milenios: los antiguos les conferían un poder profético, y en Egipto se creía que los dioses hablaban a través de los sueños de los faraones. Sin embargo, la interpretación de los sueños siempre ha estado impregnada de inseguridad, porque los mensajes que transmiten suelen aparecer en forma simbólica, ambigua y confusa.

Algunos sueños funcionan a un *nivel no simbólico* (nivel 1) y se pueden tomar por lo que son, ya que representan en forma fácilmente identificable las experiencias y preocupaciones del día o los días anteriores: es un material que procede principalmente del preconsciente (véase p. 11). Los sueños que funcionan al *nivel simbólico mundano* (nivel 2) van mucho más profundo y utilizan símbolos para expresar elementos que se originan principalmente en el subconsciente personal (véase p. 11). Tales sueños están relacionados con preocupaciones físicas básicas, tales como la comida, el bienestar físico y la salud, las emociones y la autocompasión (necesidades de conservación individual), así como preocupaciones sexuales, tales como la sensualidad, el orgasmo y el dominio o la sumisión sexual (necesidades de conservación de la especie). Aunque estos temas podrían explorarse lingüísticamente en un sueño, a menudo son tan emocionantes y alarmantes que si la mente los confrontara directamente, el resultado sería el despertar inmediato. Al disfrazar el material que nos presenta bajo símbolos y metáforas, la actividad onírica puede ser, como decía Freud, «el guardián del sueño», permitiéndonos disfrutar de los beneficios físicos y psicológicos que proporciona el acto de dormir. Los sueños del nivel 2 suelen ser confusos tanto en su contenido como en su presentación, reflejando con ello el embrollo que constituye gran parte de nuestra vida psicológica.

Los sueños que operan al *nivel simbólico superior* (nivel 3) atañen a nuestro deseo de encontrarle un sentido a la vida más allá de lo físico, lo emocional y lo sexual, y surgen principalmente del subconsciente colectivo (véase p. 11). Jung se refería a ellos como a los «grandes sueños», porque llevan una poderosa y generalmente edificante carga emocional, y permanecen claramente en la mente del soñador durante muchos años. En la mayoría de los casos estos sueños contienen imágenes arquetípicas, que son parte del lenguaje simbólico universal que los antropólogos y los psicólogos han identificado a través de diferentes culturas. Es típico que se presenten claramente como «escenificados», como si algún director hubiese decidido que el teatro del sueño no dejara la menor confusión en nuestra mente. Los sueños del nivel 3 operan según se cree simbólicamente porque están aso-

La lógica de los sueños
En algunos sueños, los símbolos se acumulan y parecen increíblemente confusos. Estos sueños pueden en realidad contener varios relatos entretejidos: sus significados terminarán por aparecer si los observamos con la suficiente atención. Yuxtaposiciones oníricas, absurdas e ilógicas, aparecen en las obras de los surrealistas, como en la del artista belga René Magritte, cuyo cuadro *Le joueur secret* reproducimos aquí.

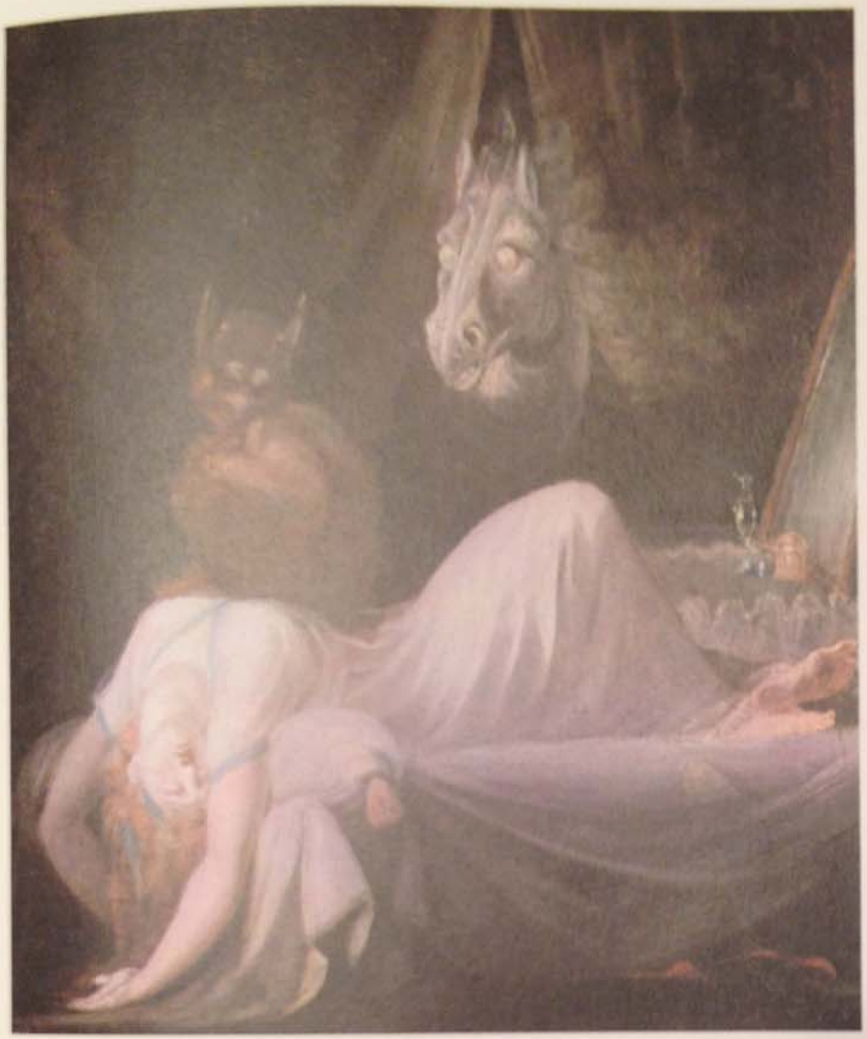
Contenido y contexto
Los símbolos oníricos deberían siempre relacionarse con el contexto en el que aparecen. Por ejemplo, un parasol, que es un símbolo universalmente positivo, puede indicar la pérdida de protección o de posición si en el sueño aparece arrebatado por el viento. A la inversa, un esqueleto, que es normalmente un símbolo más bien siniestro, puede representar el fin de una ansiedad o de una relación infeliz.

ciados con una parte del subconsciente que evolucionó antes de que la humanidad adquiriera el habla y, que por tanto, funciona a nivel prelingüístico. Contienen un material psicológico que no puede formularse con palabras, y aunque las imágenes arquetípicas que contienen pueden hablar en el sueño, sus palabras están más asociadas con esas zonas de la conciencia que permanecen activas durante el sueño que con aquello directamente expresado por los propios símbolos. Es como si el significado contenido en los símbolos fuese reconocido y hasta cierto punto traducido en palabras por la mente, incluso mientras dormimos.

Los sueños poseen una forma peculiar e idiosincrásica de presentar su material. En los sueños, los símbolos suelen sufrir rápidas y enigmáticas transformaciones. Saltamos a lomos de un caballo y entonces nos damos cuenta de que se ha transformado en una hamaca colgada bajo un árbol. Entramos en una cueva y de repente nos vemos en la nave de una gran catedral. Abrimos un libro que se transforma en un tablero de ajedrez con sus figuras y todo. Y así sucesivamente. Sin embargo, esas transformaciones aparentemente estrafalarias son aceptadas sin el menor cuestionamiento por la mente que sueña. O bien hemos dejado nuestras facultades críticas en la puerta del sueño, o bien reconocemos en ese momento que esas transformaciones tienen algún tipo de significado propio.

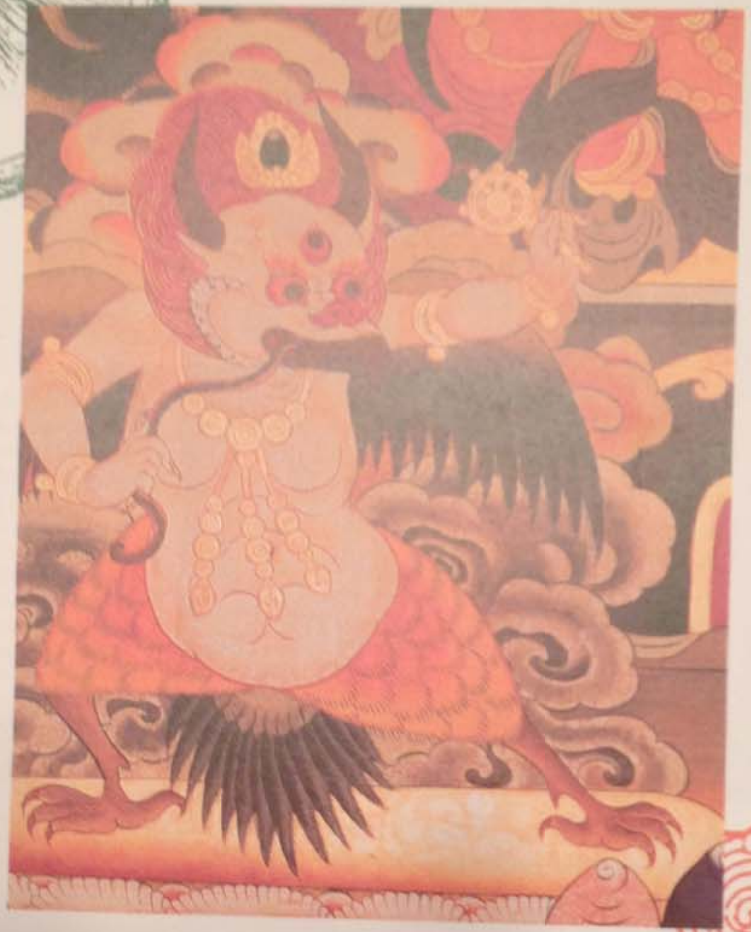
Si así es, ¿qué clase de significado puede ser? La respuesta es que los símbolos y los acontecimientos del sueño se relacionan entre sí por su significado más que por su apariencia. Por ejemplo, el caballo que se transforma en hamaca bajo un árbol puede indicar que si ejercitamos un aspecto de nuestra poderosa naturaleza instintiva (el caballo), podemos hacernos la vida no sólo más fácil a nosotros mismos (la hamaca), sino también más creativa (el árbol). La posición de la hamaca, a mitad de camino entre las raíces y las ramas del árbol, puede sugerir el deseable equilibrio entre nuestro lado animal (la tierra) y nuestro lado espiritual (la cima del árbol). Asimismo, la cueva que se transforma en la nave de una catedral puede representar la necesidad de entrar más profundamente en el yo subconsciente (la cueva) con el fin de encontrar no sólo el espacio que podemos estar anhelando en la vida (la inmensidad de la nave), sino también dirección y guía espiritual (la propia catedral). Y el libro que se convierte en tablero de ajedrez puede mostrar que necesitamos poner nuestro saber teórico (el libro) en práctica (el tablero de ajedrez).

Podemos soñar con un tren que espera en un cruce y se convierte de repente en un elefante que se abalanza sobre nosotros, o con un fusil que empuñamos para defendernos y se transforma en una botella vacía. Este sueño parece ofrecernos una nueva apertura en nuestra vida (el tren en espera) con tal de que estemos preparados para cambiar de dirección (el cruce de la



Terrores nocturnos
Por muy aterrador o irritante que pueda parecer el contenido de un sueño, vale la pena recordar que está tratando de ayudarnos. Los sueños llaman nuestra atención sobre aspectos de nuestra vida psicológica que en cierto modo estamos utilizando mal o pasando por alto cuando estamos despiertos. Nos estimulan, nos avisan, nos motivan o nos recuerdan cosas mediante imágenes que llevan la suficiente carga emocional como para alertarnos de su importancia. Las imágenes oníricas inspiraron visiblemente a este artista suizo del siglo XVIII, Heinrich Fuseli, en esta obra titulada *La pesadilla*.

carretera con la vía). En ese punto, la ansiedad penetra en el sueño. El elefante que ataca (símbolo de la autoridad superior) amenaza con aplastarnos a menos que nos defendamos. Sin embargo, nuestra arma (el fusil) resulta ser inservible (la transformación en botella vacía). Estos ejemplos muestran la claridad con que la narración del sueño puede surgir libremente, con tal de que estemos preparados para dedicar cierto tiempo a analizar conscientemente los símbolos de nuestros sueños. La experiencia nos permite familiarizarnos cada vez más con el lenguaje de los sueños y con la forma en que a través de ese lenguaje nuestra vida psicológica subconsciente permite que se hagan conscientes sus esperanzas, sus advertencias y sus miedos.



El mundo de los símbolos

Los símbolos han sido objeto de estudio por parte de historiadores, arqueólogos, etnógrafos y psicólogos. Sin embargo, hasta la fecha no ha surgido ninguna teoría unificada que trate del lenguaje de los símbolos de la misma forma que la teoría gramática explica el marco fundamental del lenguaje hablado y escrito. Los símbolos, a diferencia de las palabras escritas, no están limitados por cuestiones prácticas: su abundancia y variedad sólo está constreñida por las limitaciones de la imaginación humana. Aparecen bajo todas las formas que se puedan concebir: en imágenes, metáforas, sonidos, gestos, olores, mitos y personificaciones, y se inspiran en todo tipo de fuentes, materiales o no.

Jung sostenía que los símbolos constituyen un idioma universal. Las formas abstractas, que surgen directamente del subconsciente sin ninguna alusión al mundo natural, pueden encontrarse en efecto en el mundo entero. El símbolo «cristiano» de la cruz era utilizado por los asirios para representar al dios del cielo, Anu, y por los chinos como símbolo de la tierra. Cuando los españoles, conducidos por Hernán Cortés, desembarcaron en México en 1519, encontraron en los templos indígenas numerosas representaciones de la cruz: el símbolo tolteca de los dioses Tláloc y Quetzalcóatl. Pero los invasores no consideraron que la cruz pudiese representar algo distinto al símbolo cristiano y sacaron la conclusión de que había sido llevada a los toltecas por una misión conducida por santo Tomás, el apóstol legendario de todas las Indias. Esta historia ilustra el hecho de que aunque los símbolos son un rasgo característico de la humanidad en general, también están sujetos a una amplia diferenciación según las distintas culturas. Las culturas y las religiones se definen en gran parte por los símbolos que utilizan y veneran, y la iniciación a un sistema de símbolos particular ayuda a conformar la identidad del individuo. Al negar que la cruz pudiese ser un símbolo tolteca, los españoles estaban de hecho protegiendo la integridad de sus propias creencias religiosas.

Pero los símbolos son algo más que meros indicadores históricos y culturales. Pueden constituir una ayuda en el camino hacia una mayor comprensión de nuestra propia mente. Los apartados de las siguientes páginas exploran los significados, esotéricos y exotéricos, de los símbolos: representan un ejemplo del enorme despliegue de formas simbólicas y abren una puerta hacia ese mundo fascinante.

Formas y colores

Las formas y los colores son las piezas de construcción de todos los símbolos visuales, pero también poseen un hondo significado en sí mismos. Las religiones como el judaísmo y el islam, que prohíben la representación directa de la persona de Dios, han desarrollado un gran número de formas abstractas para representar diferentes aspectos de la energía divina. Sin embargo, las formas simbólicas también aparecen frecuentemente en las culturas del antiguo Egipto y la antigua Grecia, y en las del norte de Europa, en que el arte naturalista religioso está altamente desarrollado, y los símbolos abstractos, tales como cuadrángulos, círculos y filas de puntos, eran un tema común en el arte ya desde el período paleolítico (véase pp. 22-25).

La ubicuidad de las formas simbólicas se debe en parte al hecho de que son fácilmente reproductibles y reconocibles, pero también sugiere que comportan niveles de significado difícilmente transmisibles por medio de imágenes figurativas. A través de los años, las formas más sencillas se fueron elaborando y embelleciendo, adquiriendo nuevas derivaciones en su significado.

La utilización del color en la psiquiatría moderna para tratar los desórdenes mentales refleja la creencia de que el color puede influir en la psique directa y profundamente. El lenguaje simbólico del color se puede descifrar más fácilmente en relación con los tonos del mundo natural. Por ejemplo, los emperadores chinos de la dinastía Han (206 a.C.-200 d.C.) eligieron el color de sus trajes rituales según el aspecto concreto de la naturaleza al que dirigían sus oraciones. Se vestían de blanco cuando se dirigían a la luna y de rojo cuando invocaban al sol. Igualmente, el rosa era considerado por los chinos como el símbolo del éxito venidero, porque se asociaba con el color de la aurora.

Las formas se pueden combinar para generar nuevos niveles de significado. Por ejemplo, un triángulo hacia arriba y otro hacia abajo (símbolos de la energía masculina y femenina respectivamente) forman el diábolo, símbolo de unión sexual si se juntan por la punta. Igualmente, las combinaciones de colores tienen connotaciones específicas: por ejemplo, asociado con el blanco, el rojo representa la mortalidad, porque el derramamiento de sangre provoca la palidez de la muerte.

Los colores del arco iris
En la tradición cristiana, los siete colores del arco iris simbolizan los siete dones del Espíritu Santo a la Iglesia: los sacramentos, la doctrina, los oficios, la forma de gobierno, la oración y los poderes de unir y desunir.

Los círculos concéntricos
Una serie de círculos situados uno dentro de otro aparece con frecuencia como símbolo del cosmos. Este mapa simbólico del universo según un texto del siglo XVI, *Florilegio de historias,* muestra al sol, con sus siete esferas, en el centro del mundo. El mapa combina la astrología con la ciencia de las letras, y era utilizado para la adivinación.

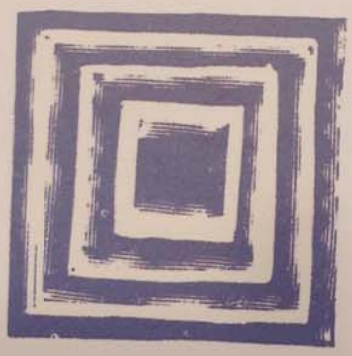
Geometría sagrada

Algunas formas geométricas tienen el poder de calar muy hondo en el subconsciente y de efectuar sutiles cambios en el ánimo del observador. Esta propiedad es quizá más evidente cuando la aplica un hábil arquitecto. Por ejemplo, quienes visitan monumentos griegos clásicos, tales como el Partenón, a menudo experimentan una sensación de paz interior que puede durar días o incluso semanas. También la altura y la magnificencia de las catedrales góticas europeas encuentran resonancia en cierta potencialidad profundamente interiorizada por el observador y evocan un sentimiento de ilimitadas posibilidades espirituales.

La explicación más directa del poder psicológico de las formas abstractas es que simbolizan ciertas emociones humanas. Una forma irregular con bordes desiguales y dentados simboliza para muchos la ira o la ansiedad, mientras que una forma simétrica redondeada representa sentimientos de relajación y paz interior. Es posible que el significado casi universal de ciertas formas refleje alguna habilidad para generar modelos de la propia mente. Existen contundentes pruebas de que algunas formas geométricas son por definición más agradables que otras: desde luego los bebés se sienten más fuertemente atraídos por las formas simétricas y armoniosas que por las desequilibradas e irregulares.

Esta preferencia puede tener su origen en la simetría del rostro humano y en los sentimientos de bienestar y de consuelo asociados con la cara de los padres desde una edad muy temprana. Además, cuando el niño observa objetos inanimados y empieza a experimentar sus propios movimientos, es profundamente consciente de la sensación de equilibrio, y con el tiempo esa conciencia puede traducirse en términos visuales. Nuestras sensaciones respecto a la geometría pueden también estar relacionadas con el equilibrio intrínseco a la propia naturaleza, ya que cada estado de ánimo tiene su contrapartida, y en parte se define por su opuesto. El tema del equilibrio es particularmente evidente en los significados simbólicos de la cruz, quizá el más extendido y antiguo de todos los símbolos. En muchas culturas representa el cosmos: la línea vertical significa el principio espiritual, masculino, y el horizontal el terrenal y femenino. La intersección es el punto en que se encuentran el cielo y la tierra, y el resultado de su unión es la humanidad, simbolizada por la propia cruz.

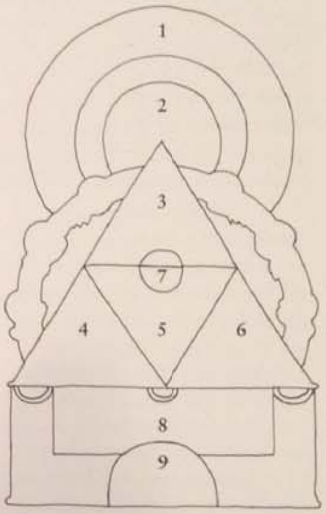
El círculo
Desde tiempos remotos el círculo ha venido siendo un símbolo de divinidad masculina, apareciendo más tarde como la aureola que nimba la cabeza de los ángeles. Sin principio ni fin, representa lo infinito, la perfección y la eternidad. Utilízase como símbolo de Dios.



El cuadrado
Esta forma representa la solidez: una perfección que es estática, terrenal y material. Denota fiabilidad, honestidad, refugio, seguridad. Es la forma más frecuente en la simbología hindú, y representa el orden del universo y el equilibrio entre los opuestos.

El triángulo
El número mágico tres representa a la Santísima Trinidad. Con la punta hacia arriba, el triángulo indica ascensión al cielo, fuego, principio masculino activo; a la inversa, simboliza la gracia que desciende del cielo, el agua, el elemento femenino pasivo.

Los tres reinos
En este dibujo del siglo XVII, las formas básicas del círculo, el cuadrado (o rectángulo) y el triángulo se utilizan para representar los reinos de Dios, de la humanidad y de Satanás. El círculo superior (1) es Jehová, la infinita causa primera, con los rayos triangulares de la creación fluyendo tanto hacia afuera como hacia dentro; el círculo inferior (2) representa el mundo de los ángeles y los elementos espirituales superiores que actúan en sujeción a Dios. Los cuatro triángulos representan el cielo (3), indicado por las estrellas, los ángeles y el símbolo del planeta



Mercurio, que se eleva sobre los elementos tierra (4: azufre, piedras y animales), aire (5: meteoros, planetas y aves) y agua (6: metales, peces y sal). La humanidad está simbolizada por el círculo (7), que une el cielo y la tierra. El rectángulo (8) de la base representa los reinos del infierno y en su interior el fuego y el caos. Satanás es el semicírculo (9), símbolo de lo incompleto.

La media luna
Como la luna crece hasta ser llena y vuelve a menguar, la media luna simboliza el cambio dentro del mundo de las formas. Representa al recién nacido, y también el poder mágico que puede transformar la forma. Dado que la luna creciente recorre el cielo nocturno, también ha llegado a simbolizar el navío de luz que transporta el alma a través de la oscuridad hasta la luz del nuevo amanecer. La media luna es un emblema del islam. Asociado a una estrella, representa la soberanía y la divinidad.

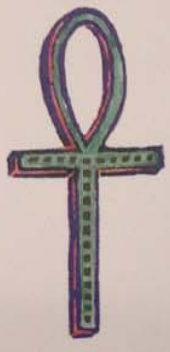
La rueda de la vida budista
Uno de los significados simbólicos del círculo es el constante ciclo del cambio, y esto lo demuestra gráficamente la rueda de la vida del budismo. Encima de la rueda está el reino de los cielos, seguido por los reinos de los titanes (dioses envidiosos), los fantasmas hambrientos (espíritus ligados a la tierra), los animales y la humanidad. El que sostiene la rueda es Yama, señor de la muerte, que todo lo devora. En el centro aparecen los símbolos de los tres engaños que mantienen a los humanos en la rueda de la vida y alejados del nirvana: un gallo rojo (la lujuria), una serpiente verde (el odio) y un cerdo negro (la ignorancia).

El óvalo
Es símbolo de los genitales femeninos y, por tanto, del principio femenino en sí. Horizontal, se convierte en el ojo que todo lo ve, más conocido en su forma de ojo de Horus (el señor de los cielos egipcio). Aparece en las culturas paganas como símbolo del dios del sol y en la iconografía cristiana representa a Dios Padre.

La esvástica
Este símbolo es especialmente venerado por los jainistas, los budistas y los seguidores de Visnú. Es una cruz que gira desde su centro, y los ángulos en el extremo de los brazos representan la luz que fluye al girar la cruz. Si gira en sentido de las agujas del reloj, simboliza la energía masculina, y en sentido contrario, la femenina. En el jainismo, los cuatro brazos representan los cuatro niveles de la existencia. La que gira en sentido contrario a las agujas del reloj ha degenerado en símbolo de magia negra y de energías negativas.

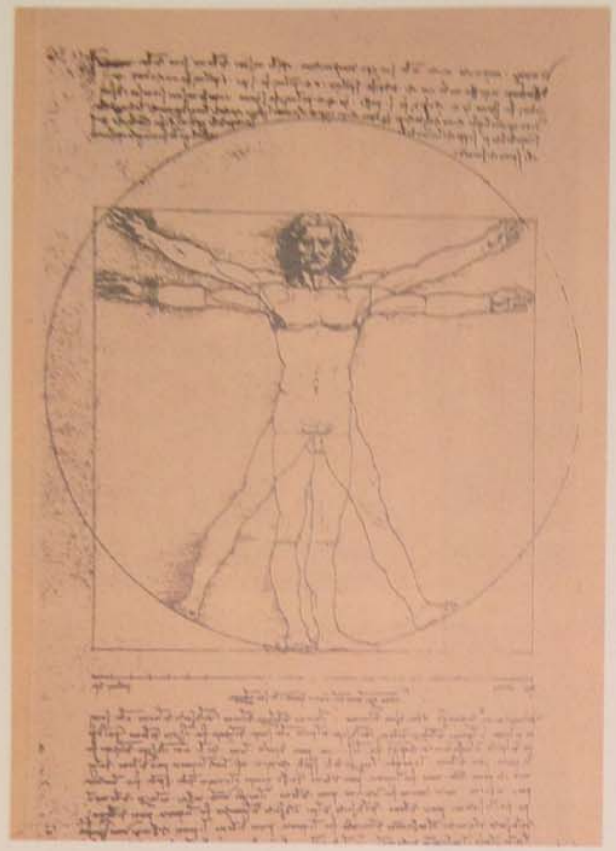
La cruz celta
La cruz celta, que reúne la cruz y el círculo, precedió en varios siglos al cristianismo. Su simbolismo original estaba asociado con la fertilidad, ya que la cruz indica el poder generador masculino y el círculo el femenino. Dentro del cristianismo representa la unión del cielo y la tierra.

La cruz invertida
Según la leyenda, san Pedro fue crucificado cabeza abajo, ya que se sentía indigno de ser crucificado en una cruz igual a la de Cristo. La cruz invertida pasó, pues, a representar la humildad. También comparte el simbolismo del árbol de la vida invertido: la idea de que la espiritualidad tiene sus raíces en el cielo y desciende sobre la tierra.

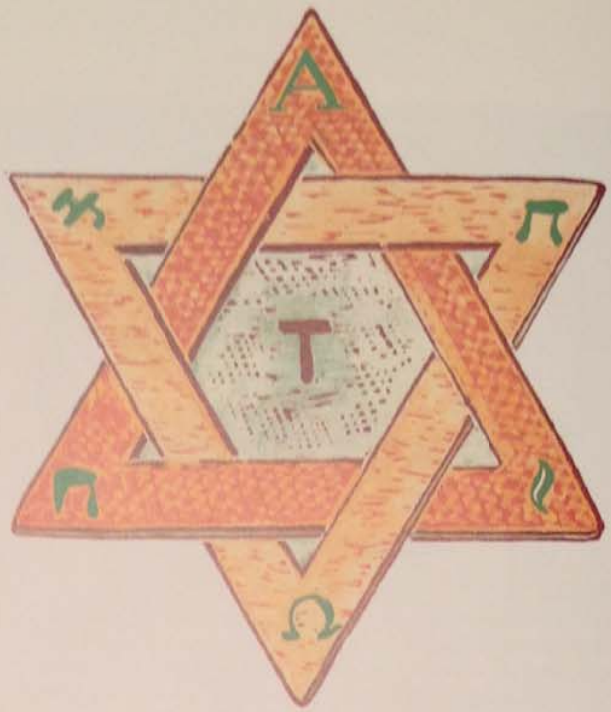


La cruz egipcia (Ankh)
Muy frecuente en el simbolismo del antiguo Egipto, esta cruz posee algunos de los significados de la cruz celta, y también la idea de una llave para penetrar en los misterios del cielo y de la tierra. Combina los símbolos de Osiris (el *tau* o cruz en forma de T) y de Isis (el óvalo), y es símbolo de inmortalidad, representado, a menudo en la mano de los dioses.

La rosacruz
Este símbolo evoca a la cruz céltica, y sus primeros significados también estaban relacionados con el poder regenerador. Su utillización por parte de los rosacruces, más esotérica, sugiere la sangre de Cristo derramada en la cruz y las siete etapas de la iniciación, representadas por las siete filas de siete pétalos que forman la flor.



El hombre universal
La forma del cuerpo humano encierra un importante significado simbólico. Incluso los dioses son representados la mayoría de las veces en forma humana, y la Biblia nos dice que Dios hizo al hombre «a su imagen y semejanza». El cuerpo humano se considera como un reflejo de la estructura del universo, en que están incluidos todos sus componentes y características.

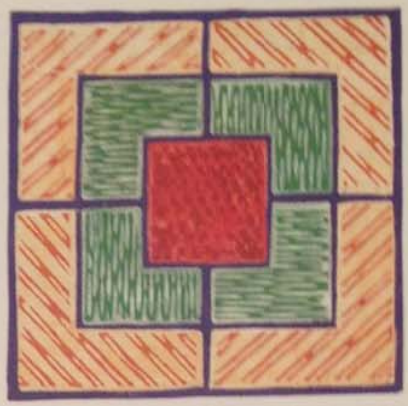


El sello de Salomón
De una gran antigüedad, el sello de Salomón aparece en los escritos y las prácticas de los magos, y posee fuertes asociaciones con el misticismo hebreo: de ahí su aparición como estrella de David. El triángulo con la punta dirigida hacia arriba, el del fuego y la energía masculina, se entrecruza con el de la punta hacia abajo, el del agua y la feminidad, fundiéndose los dos en perfecta armonía. La base de cada triángulo corta al otro justo bajo el ápice, formando los símbolos del aire y de la tierra. El sello representa, pues, los cuatro elementos, que se combinan con el número tres (el triángulo) para producir el número mágico siete. Pero como el sello sólo tiene seis puntas, se considera que la séptima es invisible, por lo que representa el elemento espiritual de la transformación, que surge de la visión interior del mago cuando medita sobre el sello.

El ojo en la geometría
Además del simbolismo de su forma oval (véase p. 57), el ojo comporta otro tipo de significados geométricos. Esta ilustración, según un manuscrito árabe del siglo XVIII, muestra el ojo como un óvalo que contiene dos círculos, de los que el interno encierra un mandala de sabiduría divina. El ojo lleva el mundo exterior al interior, y también puede proyectar el mundo interior hacia fuera. Algunos seres míticos, como la Medusa (véase p. 82) tenían el poder de transmitir sus intenciones a través de la mirada: el llamado mal de ojo.

El pentagrama
Al ser infinito, como el círculo, el pentagrama representa la perfección y la plenitud. Al mismo tiempo sus componentes triangulares indican los cuatro elementos más la espiritualidad. Estas propiedades combinadas le confieren al símbolo el poder de inmovilizar o alejar a los malos espíritus y lo convierte en uno de los favoritos de los magos.

La estupa
Construida en su origen para albergar las reliquias de Buda o de sus discípulos, la estupa llegó a utilizarse como un símbolo que lo abarcaba todo. La base cuadrada representa la tierra, el círculo el agua, el triángulo el fuego, el semicírculo el aire y la llama el éter. La energía asciende a través de niveles en que la materia es cada vez menos densa hasta transformarse en espiritualidad.



El triple recinto celta
Este antiguo símbolo céltico representa la conciencia humana. El cuadrado exterior es esa parte de la mente relacionada con el mundo físico a través de los sentidos. El cuadrado interior es la mente subconsciente a través de la cual surgen visiones de los dioses y de otros mundos. El cuadrado del centro es la parte de la mente receptiva tanto al mundo físico como al espíritu.

La pirámide
Uno de los símbolos tridimensionales más evocadores, la pirámide representa el eje del mundo. Su ápice simboliza el punto culminante del logro espiritual, y el cuerpo de la estructura representa la ascensión del hombre por la jerarquía de la iluminación. En el mundo antiguo pudieron ser el escenario de iniciación a los misterios del culto, haciéndole atravesar al iniciado los umbrales de la muerte hasta los reinos del más allá, para devolverle al mundo una vez transformado.

Mandalas y yantras

En los mandalas y yantras, que alcanzan su forma más compleja y evocadora en la iconografía de la India y del Tíbet, el simbolismo de las formas geométricas se utiliza con un máximo efecto. Estos diagramas no son sólo obras de arte sacro, sino que también actúan como focos para la meditación profunda. Cada una de estas complejas formas es esencialmente una descripción del universo y de las formas y dioses que lo rigen. Meditando sobre el símbolo, y acercándose mentalmente a su centro, el aspirante toma conciencia de profundos niveles de significado.

Las formas que aparecen con mayor frecuencia en los mandalas y yantras son los círculos, los cuadrados y los triángulos. La combinación de estas formas puede producir extraordinarios efectos visuales, y transmiten la idea de que nada existe sino como un encuentro entre distintos campos de energía, de la misma manera que el arco iris se forma sólo cuando la luz solar, el agua y la actividad visual del observador se conjugan. Mediante la meditación sobre el yantra, la mente se vuelve gradualmente capaz de «desentrañar» los juegos de relaciones que le dan una sensación ilusoria de permanencia al mundo exterior.

No existe una diferenciación rígida entre los mandalas y los yantras, pero los primeros suelen contener inscripciones o formas humanas (en forma de budas, bodhisattvas o deidades auxiliares), mientras que los últimos son primordialmente geométricos, y cuando aparece la forma humana cumple una función más secundaria. Los yantras proporcionan un foco para la meditación más avanzado, porque representan las realidades subyacentes al mundo de las formas físicas. Los psicólogos han observado que formas similares a los mandalas aparecen espontáneamente en psicoterapia en los dibujos de personas sin conocimientos del misticismo oriental: tales dibujos son considerados como un intento del yo consciente por reconocer e integrar el saber subconsciente.

Om Mani Padme Hum («Salve a la joya del loto»)
Las formas ovoides del círculo exterior representan los pétalos de un loto: a su alrededor están los símbolos tibetanos del mantra *Om Mani Padme Hum*. En el círculo interior se encuentra el símbolo de la iluminación. Forma y letras se combinan para ayudar al meditante a concentrarse en la apertura del «loto interior» y revelar la joya encerrada en el yo.

El Sri Yantra
El Sri Yantra es un poderoso auxiliar para la meditación. De una complejidad creciente desde el centro hacia el exterior, este diseño ayuda a su observador a volver simbólicamente su mirada al momento de la creación, tanto del propio universo como de los actos mediante los cuales la mente da vida al mundo exterior.

Avalokiteshvara
En este mandala nepalés, el bodhisattva de la compasión, Avalokiteshvara, aparece con sus ocho brazos, cada uno de ellos blandiendo un símbolo de su preocupación por la humanidad. Un bodhisattva es un ser iluminado que se niega a entrar en el nirvana hasta que todos los demás seres sensibles no hayan sido salvados. Avalokiteshvara simboliza el lado compasivo de nuestra propia naturaleza, que podemos despertar meditando sobre este mandala. Según se cree, su espíritu se reencarnó en el Dalai Lama, líder espiritual y temporal del Tíbet.

Laberintos

El laberinto ejerce una fascinación universal en el ser humano. Aparece en el simbolismo de los antiguos egipcios y en todas las antiguas civilizaciones mediterráneas. Fue representado por los pueblos celtas en tiempos anteriores al cristianismo y también en la cultura india y tibetana antes de aparecer como motivo en la cristiandad medieval. El significado simbólico del laberinto en muchas de esas culturas refleja la idea de un viaje interior por los caminos confusos y conflictivos de la mente, hasta que el explorador alcanza el centro y descubre la realidad esencial de su propia naturaleza.

Los laberintos se pueden formar con setos, terraplenes, muros o cualquier otro tipo de barreras adecuadas, o pueden simplemente trazarse en el suelo o pintarse en el techo. No todos son enigmáticos: los llamados laberintos de sentido único tienen un solo camino que se enrosca sobre sí mismo hasta llegar al centro, por lo que no hay riesgo de perderse en él. En las antiguas civilizaciones europeas, tales laberintos solían ser el escenario de danzas rituales, en que todos los miembros de la comunidad se daban la mano y avanzaban uno tras otro hasta el centro: este ejercicio era de gran valor para intensificar la cohesión social mediante esa experiencia compartida. En cambio, el recorrido de un laberinto de caminos múltiples, en que el camino se divide repetidas veces y existe el riesgo de desorientarse, es un ejercicio mucho más individual y potencialmente amenazador.

El laberinto simboliza la forma en que la mente puede confundirse fácilmente y desviarse de su camino en sus intentos por encontrar el camino de regreso a la fuente de su propio ser.

Para los antiguos egipcios el laberinto pudo significar el camino que seguían los muertos a través del inframundo, con Isis como guía y Osiris esperando en el centro para juzgarlos. En una abstracción de esa idea, el laberinto llegó a representar el misterioso poder femenino y creativo que actuaba a la vez como dador de vida y, en el papel de la reina de la oscuridad y de la noche, portador del sueño de la muerte.

El camino de la verdad
El cristianismo consideró inicialmente el laberinto como el camino de la ignorancia que aparta de Dios, pero hacia el siglo XIV recuperó su simbolismo positivo y representó el verdadero camino de la fe. Fue profusamente utilizado en la arquitectura, por ejemplo en el suelo de la catedral de Chartres *(arriba)* y en el techo del Palacio Ducal de Mantua *(derecha)*.

El reloj laberinto
Al no ofrecer escapatoria a su tiranía ni descanso hasta llegar a su centro (la vida eterna), el laberinto es un símbolo adecuado para el tiempo mismo. La vida humana está ligada al tiempo, y dondequiera que nos dirijamos, no encontramos otro destino más que el centro, símbolo del retorno místico a la matriz.

El laberinto y el Minotauro
Un ejemplo de laberinto de recorridos múltiples es el laberinto de Creta, donde Teseo persiguió y mató al Minotauro. Teseo representa al viajero guiado por el instinto divino (un hilo de oro) a través del laberinto de la vida, y que supera el lado animal y envilecido de su propia naturaleza.

Caminos
En los sueños aparecen frecuentemente los laberintos, muchas veces en forma de caminos confusos que atraviesan un bosque o una extraña ciudad, ante los cuales el durmiente vacila, temeroso y perplejo. Aquí el simbolismo es el de la confusión o indecisión en la vida del sujeto que está soñando, cuando éste se ve confrontado a muchas opciones, cada una de ellas con un resultado incierto.

Números y sonidos

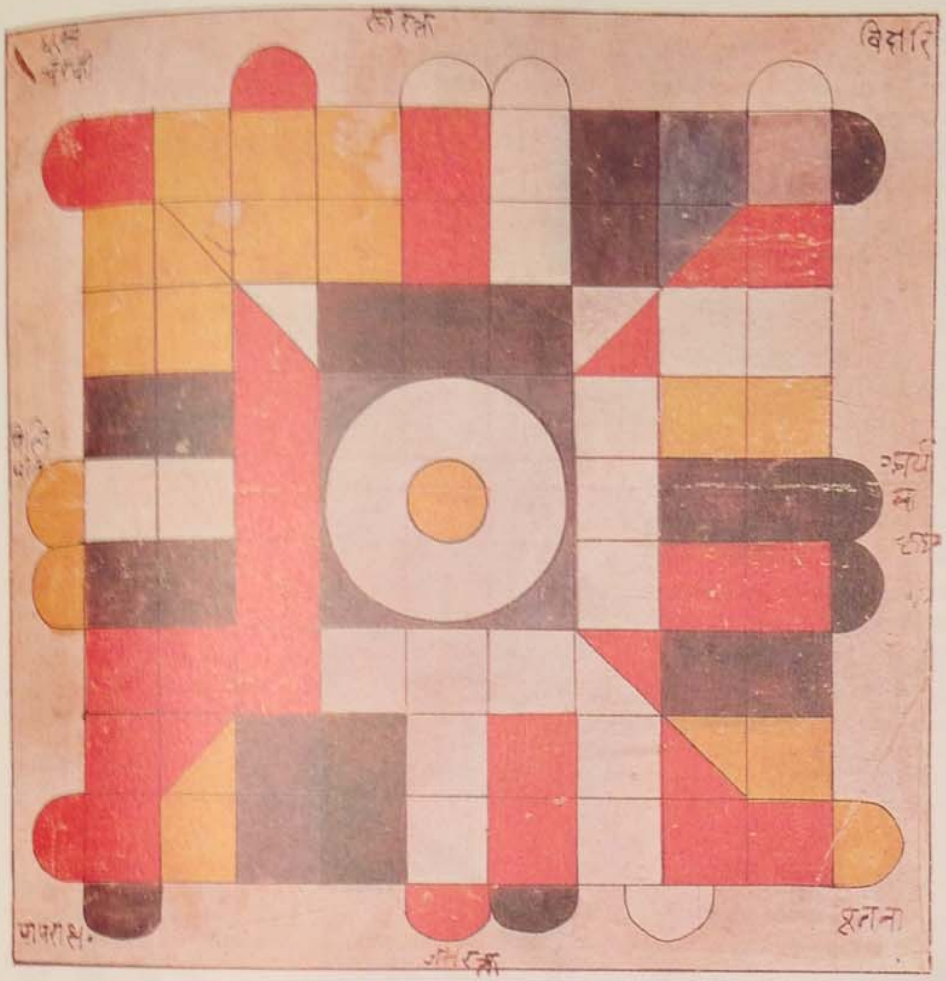
Los números son mucho más que una medida práctica del mundo físico. En muchas tradiciones se consideran como el primer principio organizador que conforma la estructura del universo. La vida de los animales y las plantas, las estaciones y los movimientos de los planetas son todos ellos gobernados por relaciones numéricas; también las formas de los cristales y la armonía musical están determinadas por leyes numéricas. Los números son tenidos por plantillas universales de la creación, y por ende como símbolos de la perfección y de los dioses. En los alfabetos griego y hebreo se le asignaba un número a cada letra y se le concedía una gran importancia al significado numérico de un nombre o de una frase: la idea de que todas las cosas se pueden expresar en términos numéricos persiste hoy en la seudociencia adivinatoria de la numerología.

El sonido es una experiencia evocadora y, por tanto, creadora. Muchas culturas confieren a sus dioses el poder de emitir sonidos, ya sea por medio de elementos naturales, tales como el viento, el agua o los animales, o a través de instrumentos musicales. En la mitología, el sonido puede ser embrujador (las voces de las sirenas), o destructivo (el grito con que Josué y los israelitas destruyeron los muros de Jericó). Muchos mitos de la creación hablan de un sonido que perturba el silencio preexistente y así da vida al mundo.

El tres
El número tres está presente en todos los aspectos de la creación: la mente, el cuerpo y el espíritu; el nacimiento, la vida y la muerte; el pasado, el presente y el futuro. La trinidad aparece en muchas religiones y simboliza la unidad dentro de la diversidad. Los tres Reyes Magos *(arriba)* simbolizan la divinidad, la majestad y el sacrificio de Cristo.

El cuatro
Es el número de la humanidad (los cuatro miembros), y está asociado con la plenitud y la realización: los cuatro elementos, los cuatro puntos cardinales, las cuatro estaciones, las cuatro edades del hombre. Para los chinos, era el número de la tierra.

El siete
Como suma del número de la divinidad (el tres) y del número de la humanidad (el cuatro), el siete representa el macrocosmos y el microcosmos, y expresa la relación entre Dios y la humanidad. Por eso el mundo fue creado en siete días, hay siete pecados capitales que separan a la humanidad de Dios y siete etapas de iniciación (siete cielos) que debemos atravesar con el fin de retornar a Dios. Este número estaba consagrado al dios griego Apolo y a la diosa babilónica de la fertilidad, Ishtar.



El nueve
El número divino tres multiplicado por sí mismo da el nueve, el número incorruptible de la realización y la eternidad. El nueve está asociado con el círculo, el cuadrado y el triángulo. Para los chinos era el número celeste, el más propicio de todos, y había nueve grandes leyes sociales y nueve clases de oficiales. En el hinduismo, nueve al cuadrado representa el mandala de 81 cuadrados, que simboliza el universo y se utiliza como auxiliar en las profecías y en los cálculos astrológicos.

M
La letra «M» indica la unión entre el hombre y la mujer, que aquí se muestran cobijados bajo sus arcos.

Om
El sonido «Om» (pronunciado aa-oo-mm) es considerado por los hindúes como el sonido que originó la creación.

El mantra
En el hinduismo y el budismo, el mantra es un sonido sagrado, que expresa simbólicamente una energía divina en particular. Los mantras se pueden pronunciar en voz alta o sólo en el pensamiento. En ciertas sectas, la iniciación consiste en que el gurú le susurre el mantra al oído al iniciado.

Los colores

El color es uno de los elementos de la vida diaria en que el simbolismo es más obviamente aparente. Esto se debe a que los colores tienen un impacto inmediato en nuestras emociones, ya que poseen la propiedad de estimular o tranquilizar, de alegrar o deprimir. Los psicólogos sugieren que los efectos de los colores en la mente provienen de sus asociaciones con el mundo natural (el azul del cielo, el rojo de la sangre, el dorado del sol y así sucesivamente), mientras que los ocultistas proponen explicaciones más esotéricas, y vinculan los siete colores del espectro con el número mágico siete y con el número de notas de la escala musical. A un nivel más profundo, el color simboliza una cualidad creativa esencial dentro de la vida misma, y así la muerte se ve como negra o blanca, siendo ambos la ausencia de un color determinado. El simbolismo del color puede afectar incluso a su utilización con propósitos claramente prácticos. Por ejemplo, según algunos, en la heráldica se incorporó la interpretación cabalística del negro como color de la sabiduría.

El rojo
Símbolo de la fuerza vital tal y como se expresa en el mundo animal, el rojo es la energía que corre por el cuerpo, el color que enciende la cara y que inyecta los ojos bajo una violenta excitación emocional. El rojo es el color de la guerra y de su dios Marte, así como del principal dios de los romanos, Júpiter *(izquierda)*. Es el color de la virilidad y de la actividad. Para los chinos, el rojo representa la buena suerte; para los cristianos, simboliza la pasión de Cristo.

El dorado
Como color del sol, el dorado es el símbolo de la majestad y del principio divino expresado a través de la materia. Para los egipcios, estaba asociado a Ra, el dios sol, y al trigo, del que dependía la vida. Para los hindúes era el símbolo de la verdad. Los griegos veían el color del oro como un símbolo de la razón y de la inmortalidad; esta última representada en la mitología por el Vellocino de Oro *(derecha)* que Jasón encontró colgado del Árbol de la Vida.

El azul
El azul es el tono del intelecto, de la paz y de la contemplación. Representa agua y frescor, y simboliza el cielo, el infinito, el vacío del que surge y al que retorna la existencia. Para los cristianos, el azul es el color de la Virgen como Reina de los Cielos *(derecha)*, denota fe y compasión y representa las aguas bautismales. Los antiguos griegos y romanos le atribuían el color azul a Venus, la diosa del amor.

El verde
Símbolo de la vida de las sensaciones, el verde también representa la naturaleza —no sólo el crecimiento, sino también el deterioro—. También asociado a los celos, es un color ambivalente. Una de sus connotaciones positivas es su vinculación a *Tir Nan Og*, la isla celta de los bienaventurados *(arriba)*, hacia la que volaba el alma atravesando la niebla de la muerte.

El negro
En Occidente, el negro es el símbolo de la muerte, de las penas y del inframundo. El gato negro *(arriba)* como portador de buena suerte es una noción relativamente reciente. Para los hindúes el negro representa al tiempo y a Kali, la diosa destructiva. Para los egipcios era el color del renacimiento y la resurrección.

El blanco
El blanco representa la pureza, la virginidad y lo transcendente, pero también sugiere la palidez de la muerte, y en Oriente es el color del luto. Para los tibetanos, el blanco es el color del monte Meru, la montaña «del centro del mundo» *(arriba)*, que encarna la ascensión hacia la iluminación.

El violeta
Como combinación del poder y la autoridad del rojo con la santidad y la sabiduría del azul, el violeta es el más místico de todos los colores. Como soporte de meditación puede elevar la conciencia a niveles superiores. El violeta también denota pena y duelo. Aquí *(derecha)* lo luce la ninfa Ekho, que languidecía por el amor de Narciso.

El amarillo
Al tiempo que apunta a algunas de las cualidades del dorado, el amarillo también sugiere deslealtad y traición. En Occidente se utilizaba una bandera amarilla para simbolizar la enfermedad y la cuarentena. Pero en China éste era el color nacional, consagrado al emperador *(derecha)*. Para los budistas, el amarillo es el color de la humildad, de ahí su utilización en los hábitos azafranados de los monjes.

Objetos

En tanto que fragmentos del mundo físico, los objetos están a veces impregnados de un significado especial porque cruzan la línea divisoria entre la realidad interna e inexpresable que cada individuo se forja a partir de su instinto, su intuición y su experiencia, y el mundo exterior de las formas. Los significados simbólicos más profundos los tienen objetos en contacto con las preocupaciones de gente de todas partes y de todos los tiempos: la comida, el sexo, y los dioses, etc.

Las primeras esculturas conocidas, las estatuillas de Venus del período paleolítico (véase p. 25) fueron probablemente amuletos de fertilidad. Tocando esos amuletos (muchos están pulidos y gastados por el manoseo), los antiguos rogaban en silencio a los espíritus que según se creía regían el nacimiento y la regeneración. Tales talismanes aparecen en casi todas las culturas, y en Occidente subsisten todavía, aunque en forma degenerada, como amuletos de la suerte. Los talismanes suelen ser representaciones de un dios o una diosa: sirven de recordatorios permanentes para la deidad de la existencia del suplicante, pero también encarnan los poderes de los dioses y son en sí mismos capaces de influir en los acontecimientos. Otros objetos tienen un significado espiritual porque ayudan a concentrarse en la oración y la meditación. Hacer girar la rueda de oraciones budista es una forma de ofrecer la oración o mantra inscrita en ella. Igualmente, las cuentas del rosario cristiano y el *mala* que llevan los musulmanes le proporcionan al devoto una estructura para sus oraciones. Los abalorios poseen el simbolismo del círculo (véase p. 54) y también tienen un significado numérico. Por ejemplo, las noventa y nueve cuentas del *mala* islámico representan los nombres divinos: la centésima cuenta es silenciosa y representa el nombre que sólo se puede conocer en el paraíso.

Al modelar un objeto de madera, piedra o metal, el artesano se eleva al rango de creador. En la creencia de que el objeto contiene la energía del creador, los artesanos de civilizaciones pasadas solían realizar rituales de meditación y purificación antes de empezar su trabajo. Esta práctica sigue todavía viva en el Japón moderno entre los herreros que fabrican armas ceremoniales.

El reloj de arena
Símbolo de la mortalidad y del paso del tiempo, el reloj de arena también representa la naturaleza cíclica de la existencia (debido a que los relojes de arena deben ser invertidos repetidas veces), y la gracia de los cielos descendiendo sobre la tierra.

El Grial y la Tabla Redonda
Según la tradición cristiana medieval, la mesa circular representa el universo, la totalidad y la perfección. El Santo Grial (el cáliz legendario utilizado por Jesucristo en la Última Cena, y posteriormente receptáculo de su sangre) aparece en el centro de ese todo y es la llave de la salvación.

Realeza, mando y consagración

Muchas de las galas inherentes al mando son altamente simbólicas, y expresan ya sea el rango, el saber superior, el acceso a poderes secretos, la riqueza y la opulencia o la autoridad temporal o espiritual. Tales atributos contribuyen a mantener la mística de quienes ostentan una alta posición y recuerdan constantemente hasta qué punto esas personas están separadas de los demás mortales.

Un fuerte símbolo del mando es la llave, una señal de iniciación: es uno de los atributos del papa, y del dios romano de dos caras Jano, poseedor de la llave que a la vez vincula a la humanidad con los dioses y nos libera del yo inferior. El cayado de pastor ostentado por Osiris y los reyes egipcios, y también metafóricamente por Cristo, denota mando y protección. El mayal, otro de los atributos de Osiris, simboliza el juicio: subsiste hasta nuestros días en forma del matamoscas que llevan los jefes de las tribus africanas.

La pila bautismal
El bautismo es una limpieza simbólica de los pecados —el renacer en el fluido sustentador de la matriz de la madre tierra—. Las pilas suelen tener ocho caras (el número de la regeneración). Situadas a la entrada oeste de la iglesia, simbolizan la entrada en la vida cristiana.

El trono
Poderoso símbolo de la monarquía, la sabiduría y la divinidad, el trono puede representar la relación entre Dios y la humanidad. En el budismo y en el cristianismo ortodoxo el trono vacío simboliza al Altísimo, cuyos rasgos son demasiado gloriosos para ser reproducidos.

El escudo de armas
Partiendo de su origen en el siglo XII como signo de identificación en la batalla, el escudo de armas llegó a representar la identidad, el rango y los honores conferidos a su portador. El diseño de las armas está sujeto a estrictas convenciones: sólo ciertos colores y símbolos (o blasones) están permitidos, y el estado del portador —soltero, casado, hijo primogénito, etc.— se indica mediante modificaciones específicas. El escudo es el componente más antiguo e importante de las armas: la cimera y los soportes (a menudo animales) se añadieron en el siglo XIV.

La corona
El simbolismo de la corona tiene dos componentes: su circularidad representa la perfección y lo infinito, y su altura indica majestad. Una corona de oro indica un poder masculino y solar, y una de plata el poder lunar y femenino. La Virgen María (reina de los cielos) lleva una corona de estrellas.

La esfera
Ostentada por el monarca en su coronación, la esfera representa el poder temporal: la cruz que la remata representa la autoridad espiritual. La esfera y el cetro ceremoniales sugieren el dominio sobre las energías femenina y masculina, que juntas simbolizan las fuerzas creativas del mundo material.

La lámpara de aceite
En el mundo grecorromano y más tarde en el mundo cristiano, la unción con aceite era símbolo de consagración, dedicación y sabiduría.

La flor de lis
Adoptada como emblema real por los reyes de Francia, el triple lis indica la triple majestad de Dios, su creación y la realeza. El lirio también representa la trinidad del espíritu, el cuerpo y el alma, que sólo se reúnen en el género humano.

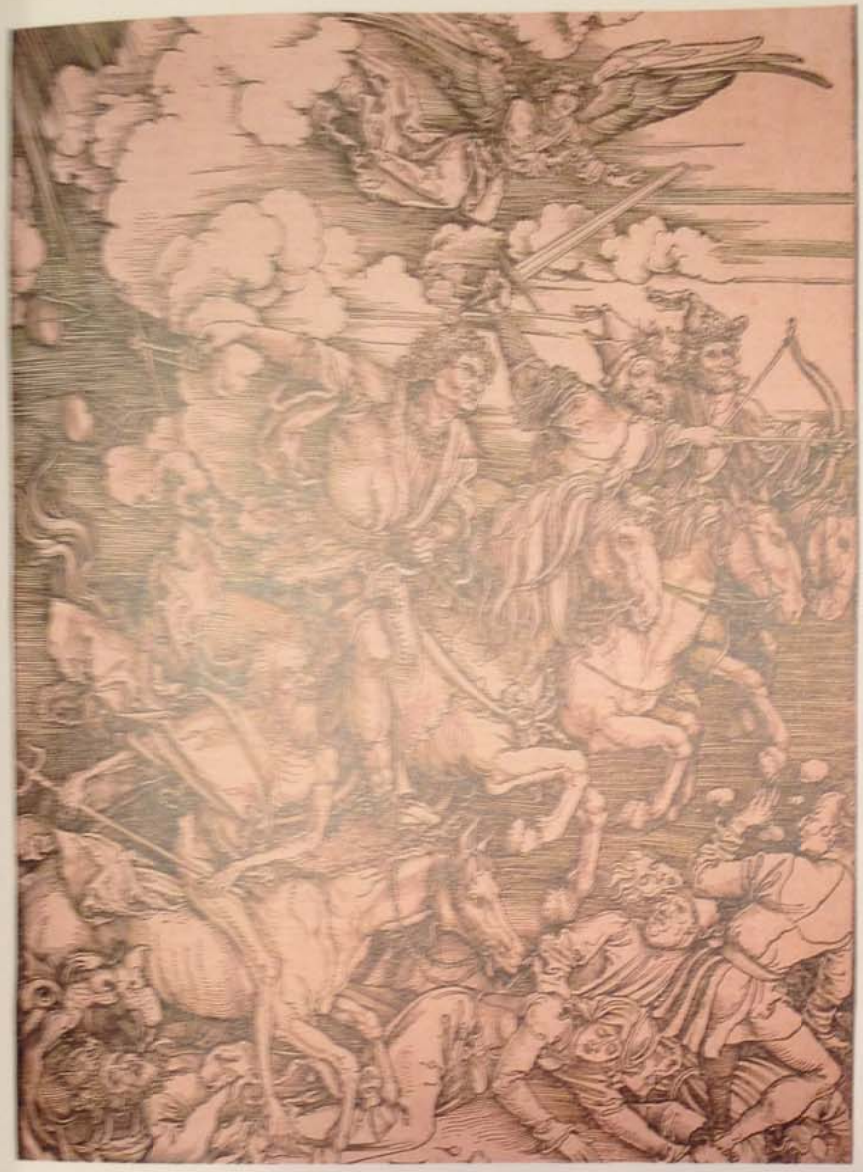
Guerra y paz

La importancia de la guerra y la paz en los asuntos humanos se refleja en un rico vocabulario simbólico. La guerra se representa convencionalmente como la destrucción y perturbación del equilibrio, como la violación de la belleza o como un castigo del infierno sobre la tierra. La paz se ve como curación y fertilidad: la tierra asolada retorna al arado y las armas de guerra se transforman con propósitos constructivos. Sin embargo, estas descripciones no son en ningún modo universales. Por ejemplo, la guerra se puede presentar como una cruzada, como un proceso purificador o como la victoria del bien sobre el mal, y la paz se representa a veces como pereza, complacencia o degeneración del vigor de la juventud. A nivel psicológico, la guerra puede sugerir desorden mental y lucha entre los deseos de la carne y los dictados del espíritu. También representa las fuerzas destructivas de la locura y de la fragmentación psicológica. Por identificación con la energía agresiva, la guerra también puede simbolizar la virilidad (en todas las culturas, los dioses de la guerra son predominantemente de sexo masculino) y la iniciación a la edad viril. La paz puede representar la madurez mental y la reconciliación de todos los opuestos: asociada con la energía pasiva y receptiva, a veces denota feminidad, el poder que crea y nutre la vida.

Las armas estaban a menudo ornamentadas con formas simbólicas en la creencia de que podían intensificar su poder. En la cristiandad, a la empuñadura de la espada se le daba forma de cruz y los arietes solían tener una cabeza de carnero esculpida en su extremo. Igualmente, las dos cabezas del hacha de guerra simbolizaban el poder divino y el material. Las armas y los ejércitos solían ser bendecidos antes de la batalla, y antes de convertirse en caballero, el señor pasaba toda la noche velando ante el altar de la iglesia, con sus armas y su armadura a sus pies, de tal forma que por la mañana estarían consagradas para servirle y él consagrado a Dios.

La paloma y la ramita de olivo
Símbolo del fin del diluvio universal, cuando la paloma volvió trayéndole a Noé la ramita de olivo. La paloma es la representación clásica de la paz, y encarna al Espíritu Santo.

Marte, dios romano de la guerra
Marte es representado en un carro, que es en sí símbolo de batalla cuando los ejércitos se movilizaban tras el invierno. Marzo le debe su nombre.



El Apocalipsis
Los cuatro jinetes, quizá las representaciones más conocidas del Apocalipsis, han sido representados en distintas formas a lo largo de los siglos. Este grabado de Durero titulado *El Apocalipsis (arriba)*, que data del siglo XV, muestra a la Guerra blandiendo una espada, al Conquistador armando un arco y acompañado por un ángel, a la Hambruna con su balanza, y a la Muerte armada de un tridente y cabalgando en un escuálido jamelgo.

Las armas de la guerra
Como la propia guerra, las armas pueden ser símbolos positivos. La espada representa a menudo la justicia y la autoridad; el arco y la flecha representan la luz del sol y las punzadas del amor; la daga representa el falo y la virilidad en general.

Instrumentos musicales

La música y el canto evocan estados profundos de consciencia, y pueden efectivamente estimular las experiencias místicas. La música se asimilaba al sonido primigenio que creó el universo, y muchas tradiciones ocultas enseñan que las siete notas de la escala musical básica (y los siete colores del espectro) corresponden a los siete rayos que sustentan la existencia. La música simboliza así el orden y la armonía que encierra la creación, y parecía natural utilizar la música para invocar a los dioses. En el hinduismo, Lakshmi, consorte de Visnú, residía según se creía en los instrumentos musicales, y la propia alma iluminada era simbolizada por los sonidos que producían los instrumentos.

La lira
Conocida principalmente como símbolo de Orfeo, cuya música hechizaba a los pájaros. La lira es también atributo de Apolo, dios de la profecía y de la música. Representa la sabiduría y la moderación.

El tambor y la danza
El ritmo y la danza están considerados como imitación del proceso de la divina creación y se piensa que acercan al hombre y a la mujer a sus naturalezas instintivas. Ejemplo de ello son las danzas desinhibidas de las bacantes (las devotas de Baco, dios del vino) y las amaneradas danzas de los templos hindúes, en que cada gesto está meticulosamente establecido. La muerte también se representa como una danza febril, a la que están obligados a unirse gentes de todas las clases sociales.

El arpa
Daghda, dios celta de la abundancia, utilizaba un arpa para invocar a las estaciones. También simboliza el paso al otro mundo.

El cuerno
El sonido del cuerno anuncia el fin del mundo o, en la tradición judaica, al enemigo que se acerca.

Nudos, cuerdas y anillos

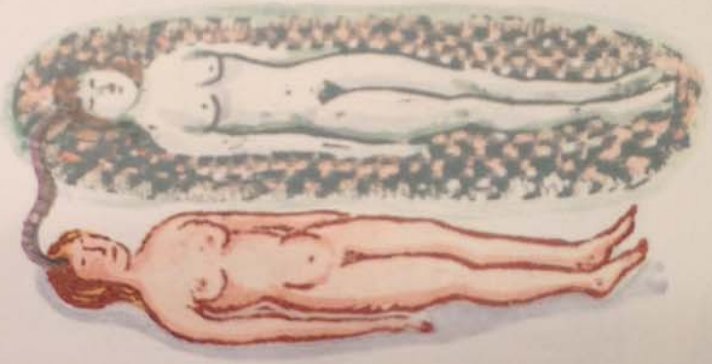
Como símbolos del vínculo que liga entre sí personas u objetos, los nudos, las cuerdas y los anillos pueden tener connotaciones negativas de encierro y limitación, o connotaciones positivas de unidad e iniciación. Por ejemplo, la cuerda sagrada del brahmán hindú representa su vínculo con Brahma, el absoluto; por su parte, el budismo alude a los mortales como «atados» a la rueda del devenir. Los nudos, al igual que el laberinto, pueden representar los tortuosos caminos hacia la iluminación, mientras el anillo sugiere protección, eternidad y absoluto.

La espiral
Los antiguos creían que la energía, tanto física como espiritual, fluía en forma de espiral. La espiral representa tanto la energía solar o masculina como la lunar o femenina.

La trenza
Representación de la alianza entre Dios y el hombre, la trenza aparecía en el arte y la arquitectura cristianos. Esta llave de bóveda es de la catedral de Southwark, en Londres.

El nudo infinito
En el arte céltico, chino e hindú, el nudo infinito representa la continuidad, la longevidad y la eternidad. Este diseño se incorpora frecuentemente a trajes y joyas nupciales.

El hilo de la vida
Según la mitología griega, las Tres Parcas —Cloto, Láquesis y Átropos— hilaban, medían y cortaban respectivamente el hilo de la vida, controlando así el destino de las personas desde la cuna hasta la tumba.



El cordón de seda
Según las tradiciones ocultas, el cuerpo etéreo estaría unido al físico por medio de un cordón de seda. En la mitología griega, la naturaleza precaria de la existencia está simbolizada por un solo cabello que sostiene la espada sobre la cabeza de Damocles.

Edificios y monumentos

Desde la época del neolítico, la arquitectura ha satisfecho las necesidades emocionales y espirituales, así como prácticas, de la humanidad. De ahí que los edificios escriban la crónica de la evolución de nuestras ideas respecto a nosotros mismos y al mundo y reflejan nuestras más altas aspiraciones. Las dimensiones de muchas estructuras, en especial de las sagradas, han recibido fuertes influencias del significado simbólico de las formas. Los arquitectos creían que siguiendo ciertas pautas geométricas, sus obras se impregnarían de un poder sagrado.

Las enseñanzas tradicionales de muchas religiones proponen la idea de que el cuerpo es el templo del espíritu, creado por el arquitecto divino. En la creencia de que la forma humana refleja de algún modo las proporciones del macrocosmos, los arquitectos terrenales la han utilizado como modelo de sus diseños. Gran parte de las iglesias cristianas, por ejemplo, están construidas a partir de la forma de un cuerpo humano con los brazos extendidos. Asimismo, muchos templos poseen un patio exterior, un patio interior y un sanctasanctórum que corresponden respectivamente al abdomen (los órganos de reproducción), el tórax (los órganos de la vida y de la vitalidad) y la cabeza (los órganos de la percepción espiritual).

La tumba
Los pueblos antiguos veían la tumba como la entrada a otra vida, y enterraban a sus muertos con los objetos que podían necesitar en su viaje entre los dos mundos. En Europa, las tumbas de los ricos eran adornadas con efigies que simbolizaban las cualidades terrenales (tales como el valor o la imparcialidad) del fallecido.

El castillo y el foso
El castillo se utiliza simbólicamente sólo en Occidente: era importante durante las Cruzadas como lugar de refugio físico y espiritual. Representa el baluarte tanto del bien como del mal, o el lugar en que se guarda un tesoro o donde una princesa (utilizada a menudo como símbolo de iluminación) se mantiene cautiva.

El puente
Símbolo de transición, en particular entre la vida y la muerte, o entre lo secular y lo divino, el puente puede también representar peligro en el camino del desarrollo psicológico o espiritual.

El círculo de piedra *(derecha)*
La función de estas grandes estructuras megalíticas aún no se ha elucidado. Pueden haber sido lugares de culto, simbolizando su estructura circular el ojo cósmico de la Gran Diosa, la madre universal. De algunos se sabe que fueron señales astronómicas, mientras que otros pudieron representar un vínculo con los muertos.

El templo
Símbolo evidente de esfuerzos y logros espirituales, la mayoría de los templos fueron construidos para reflejar al universo como un todo, tal y como entonces se percibía.

La puerta
Representa una barrera que sólo los iniciados (los que poseen la llave) pueden atravesar. También puede simbolizar una oportunidad, o la transición a un nuevo estado del ser, tal como el sueño o la muerte. En la simbología cristiana, las tres puertas de las catedrales representan la fe, la esperanza y la caridad.

La ventana
Es símbolo de la forma en que nuestra conciencia observa e interpreta el mundo. La ventana deja pasar la luz de Dios (en una iglesia o templo), por lo que también puede representar una persona o una cosa que actúa como vehículo de Dios.

Animales

Los antiguos egipcios creían que ciertos animales encarnaban las grandes fuerzas creativas (los dioses) que forman y sustentan la vida. Al tener acceso a *todas* esas fuerzas, la posición del ser humano era superior a la de los animales, aunque ello nos hacía vulnerables a la confusión y al conflicto interno. Sólo observando el mundo animal los humanos podían aprender a desarrollar o modelar las fuerzas creativas que llevaban dentro para conseguir efectos óptimos.

Unas ideas similares se encuentran en las tradiciones chamánicas que antiguamente impregnaban gran parte de Asia, de Europa y de las Américas, y que aún encuentran expresión viva entre los indígenas de Norteamérica y los pueblos de Siberia y del Ártico. Los animales se tenían por fuente de sabiduría y de poder, no por ser superiores a los hombres, sino porque estaban iniciados en los secretos de la naturaleza como no puede estarlo el hombre, impedido por su intelecto. Los animales podían, pues, servir de guías para otros mundos, como profetas o como iniciadores del saber secreto. Para el chamán, la capacidad de comunicarse con animales y el porte de pieles de animales simbolizaban el retorno del estado paradisíaco.

En las sociedades modernas, ciertos animales se tienen por agüeros de buena o de mala suerte, y algunas tradiciones mantienen que los humanos deberían informar a los animales de los acontecimientos importantes, como el nacimiento o el matrimonio. Los dioses son representados como animales en el arte hindú y budista, y en la iconografía cristiana. Cristo y los cuatro evangelistas aparecen en forma animal (véase p. 41). Empero, hoy día es más habitual que los animales simbolicen los elementos más bajos de la naturaleza humana, tales como la lujuria, la violencia y la codicia, que deben matarse o domeñarse. Por ejemplo, Satanás suele ser representado con cuernos y cola de cabra, nariz de buitre, cascos de caballo y alas de murciélago, y en la rueda de la vida tibetana (véase p. 56) el gallo, la serpiente y el cerdo ejemplifican esos bajos instintos que nos mantienen atados a los reinos del nacimiento y de la muerte, impidiéndonos salir de la rueda para entrar en el nirvana.

El ratón
Los ratones, que a veces representan la humildad, suelen tener símbolos negativos: la hipocresía en la tradición judaica, la destrucción en la cristiana (pueden aparecer royendo el Árbol de la Vida).

La libélula
Símbolo del verano para los chinos, también se consideraba una representación de la inestabilidad, debido a su vuelo aparentemente desordenado. Para los indígenas norteamericanos representaba la actividad intensa.

La mariposa
La mariposa suele ser un símbolo positivo: representa los poderes de transformación e inmortalidad, y la belleza que surge de la muerte y la corrupción aparentes (el capullo, aparentemente sin vida).

Símbolos de animales
La profusión de animales simbólicos en la mitología, el arte y la religión en todas las sociedades es un reconocimiento de la poderosa influencia del instinto y de las emociones en la conducta humana.

Dragones y serpientes

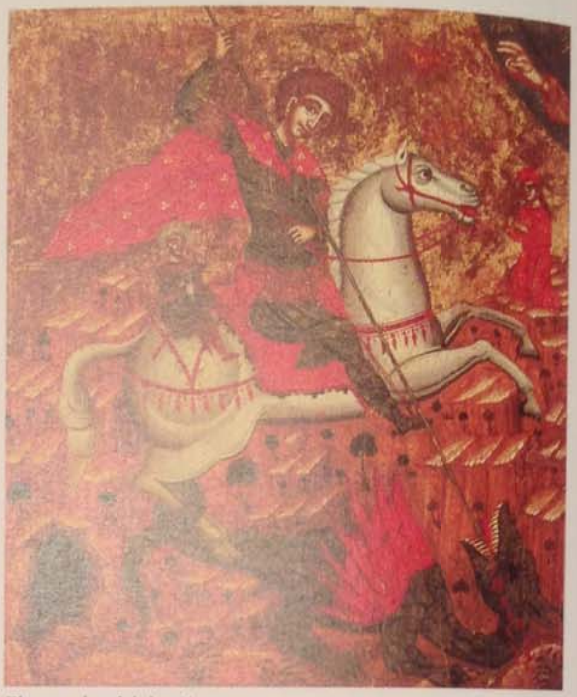
Morador de las oscuras cavernas de la tierra, con pulmones de fuego, alas de ave y escamas de pez, el dragón contiene los cuatro elementos del mundo antiguo, unificándolos en una sola presencia que puede exaltar la imaginación y poblar nuestros sueños o pesadillas. El dragón posee significados opuestos que representan la paradoja central de nuestro ser: la dependencia mutua entre la luz y la oscuridad, la creación y la destrucción, lo masculino y lo femenino. Pero más que cualquier otro símbolo, el dragón personifica la fuerza unificadora subyacente en estos opuestos. En sí mismo no es ni bueno ni malo, pero simboliza la energía primigenia que sustenta al mundo material y no puede ser desviada para propósitos buenos o malos.

En Oriente, la tradición ha enfatizado generalmente los aspectos positivos de esta energía primigenia. El dragón se representa como la unión entre los poderes beneficiosos de los elementos. Al unir el agua (la serpiente) con el aire (el ave, el soplo de la vida) representa la unión entre la materia y el espíritu. Esta fuerza positiva se consideraba capaz de animar la tierra por los caminos donde pasaba el dragón, arterias simbólicas por las que fluye la energía terrestre.

En tiempos del paganismo, tanto en Occidente como en Oriente, se ponía el acento en los aspectos benéficos de la energía del dragón, tal y como lo testifica aún el estandarte galés, con su arrogante dragón rojo. En cambio, en la era cristiana, con la relegación de la serpiente al papel simbólico de Satanás el tentador, el dragón empezó a representar cada vez más el caos, el poder bruto de la destrucción, el mal inherente al mundo de la materia. A veces se representa como el obstáculo que nos separa de un tesoro oculto (la sabiduría espiritual) o llevándose a una virgen (la pureza) a su guarida subterránea.

Siguiendo una lógica obvia, el dragón también llegó a simbolizar el mundo interior de las emociones y del subconsciente.

En Occidente, era el animal que acecha en nuestro interior, la energía primitiva que si se deja libre puede reducirnos al nivel de las bestias.

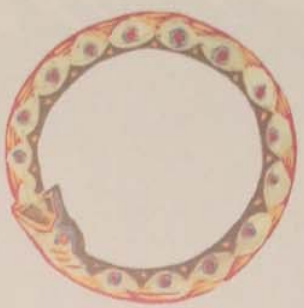


El vencedor del dragón
La imagen simboliza el triunfo del espíritu sobre la materia. La lanza es un símbolo del poder masculino y de los rayos del sol penetrando en el mundo.

El dragón surgiendo del mar
En Oriente estaba vinculado a la erudición y a la mente creativa. En Occidente simbolizaba las profundidades del subconsciente y las extrañas energías que allí moran.

El dragón imperial chino
Las cuatro garras de Mang, el dragón terrestre, representan los cuatro elementos. Lung, el dragón imperial *(arriba)*, recibió el don de una quinta garra, que representaba el éter, el poder espiritual que se manifestaba plenamente en la persona del emperador.

La serpiente de siete cabezas
Este símbolo posee un doble significado. Por una parte es Lotan, destruido por Baal según el mito de los canaanitas, y probablemente el Leviatán original de la Biblia, que sirvió más adelante como símbolo de los siete pecados capitales. Por otra parte, es la combinación del dragón o la serpiente con el número siete, el número del universo. Como tal, representa la fuerza creativa en su forma más resuelta y completa.



La serpiente que se muerde la cola (Ouroboros)
La serpiente que se muerde la cola reúne el simbolismo del círculo y de la serpiente. Es el elemento de agua equivalente al fénix, que representa la totalidad, el renacimiento, la inmortalidad y el círculo de la existencia. Aparece en la antigua Grecia y en el antiguo Egipto.

La Medusa
En la mitología griega, Medusa fue hermosa en su día, pero por haber hecho el amor en el templo de Atenas fue transformada por la diosa en una bruja, con serpientes por cabellos, que podía convertir a un hombre en piedra con su mirada. Simboliza el miedo, especialmente el miedo de los hombres a los cambios bruscos de humor de las mujeres. La cabeza de la Medusa aparecía frecuentemente como talismán protector en armas y escudos.

Las serpientes entrelazadas
Símbolo de las fuerzas creativas duales (el bien y el mal) dentro del mundo de las formas. Enroscadas alrededor de una vara, las dos serpientes forman el caduceo, símbolo del mensajero de los dioses, Hermes (el Mercurio de los romanos). Según la mitología, el caduceo se formó cuando Hermes utilizó la varilla para separar a dos serpientes enfrascadas en combate, y de ahí que significara la paz. Actualmente se utiliza como símbolo de la medicina homeopática, reflejando la noción de que la naturaleza puede curarse a sí misma.

Animales heráldicos

La heráldica se desarrolló en el medioevo europeo como una manera de formalizar los diferentes emblemas que las familias nobles habían adoptado para proclamar su identidad ante la población analfabeta. Algunas familias utilizaban diseños geométricos, pero muchas preferían los animales que en cierto modo evocaban el apellido de la familia o representaban algunas de las cualidades que creían poseer. Algunos de esos animales eran míticos y debían su existencia al conocimiento incompleto de la historia natural del mundo medieval; otros, aunque basados en animales exóticos, tales como leones, leopardos y tigres, tenían un estrecho parecido con otras criaturas más familiares en Europa, tales como lobos o perros. Los animales heráldicos aparecieron en escudos, en las cimeras de los cascos y grabados en madera o en piedra.

El unicornio
Esta criatura mítica siempre ha tenido una función puramente simbólica: representa el aspecto lunar y femenino, y también, por su cuerno erguido, la victoria del macho sobre la hembra. En la heráldica suele contrarrestar el poder extravertido del león.

El caballo
El caballo aparece profusamente en la heráldica en actitud encabritada (invicta), simbolizando velocidad, poder y nobleza. En la tradición cristiana representa el valor, mientras que en Oriente representa el fuego y el cielo. El caballo negro es emblema de la muerte.

El águila
Junto con el halcón, el águila representa al dios del cielo, el poder que se eleva sobre el mundo de los hombres, y que gracias a su aguda visión, ve y comprende todas las cosas.

El grifo
Guardián simbólico del camino hacia la salvación o del Árbol de la Vida, el grifo representa la vigilancia y la venganza. Combina los atributos del águila (aire) y del león (fuego).

El gallo
En la heráldica, representa el orgullo y el valor. Por despertarse al alba, es un símbolo solar, un signo de resurrección.

El león
Emblema de valor, realeza y poder protector, el león encarna la sabiduría y la energía del reino animal.

Perros y lobos

En muchas culturas el perro es un símbolo propicio, y representa la lealtad, la vigilancia, el valor y la destreza en la caza. Los perros también simbolizan la masculinidad, el sol, el viento y el fuego, y en la tradición céltica se asocian con la curación. Fieles en vida, los perros eran a menudo sacrificados y enterrados en la tumba junto con sus amos: los egipcios y los griegos creían que compartían la vida de ultratumba con los humanos. Los lobos y los zorros son simbólicamente ambivalentes. El zorro suele simbolizar la astucia y el engaño, aunque los indígenas de Norteamérica le confieren una gran sabiduría instintiva. En la tradición cristiana, los lobos representan la crueldad, como devoradores de aquellas ovejas que rechazan la protección del buen pastor; pero para los romanos la loba que amamantó a Rómulo y Remo se tenía por símbolo del cuidado materno.

El zorro
En la mitología oriental, el zorro era un símbolo sumamente positivo: representaba la longevidad para los japoneses y servía de mensajero mágico al dios del arroz, Inari. Los chinos le atribuyen al zorro el poder de cambiar de forma e incluso de adoptar figura humana.

Anubis
Guardián de los muertos en Egipto, Anubis tomó forma de chacal. Bajo su protección, el muerto podía realizar a salvo el paso hasta el asiento del juicio de Osiris, señor del inframundo y de los cielos.

El hombre-lobo
Hombre de día, bestia y devorador de los imprudentes de noche, el hombre lobo —cuyos orígenes se remontan a la Europa medieval—, es un potente símbolo del miedo y de la violencia que acecha bajo la aparente civilización.

El Can Mayor
Los pueblos antiguos veían un perro en el cielo nocturno en la constelación del Can Mayor: la llamada «canícula» se refería a los días lánguidos de pleno verano en el mundo mediterráneo, anunciados por la elevación de la estrella del can.

Los gatos

Nocturno e independiente, el gato es un símbolo menos viril que el perro, ya que es más lunar que solar, y está imbuido de los misterios ocultos de la mujer más que de las fuerzas manifiestas del hombre. El gato fue domesticado por los antiguos egipcios alrededor del 2.000 a.C. y llegó a representar a Bastet, la diosa de la luna, así como a otras deidades. Los chinos le atribuían al gato la capacidad de alejar los malos espíritus, aunque su entrada en la casa era vista como un augurio de pobreza. En Occidente, el gato representó a Satanás, la lujuria y la oscuridad, y su símbolo más conocido es el clásico gato negro de la bruja. En su aspecto más favorable, los gatos propiciaban la lluvia, quizá debido a su aguda sensibilidad al agua.

Bastet
Con su mirada fija, el gato simbolizaba la vigilancia para los egipcios. Representaba a Bastet, la diosa de la luna, que vigilaba fría y tranquilamente las acciones de hombres y bestias.

Los ojos del jaguar
Los indígenas de Suramérica creían que los ojos reflectantes del jaguar eran un conducto hacia el reino de los espíritus. Los chamanes pretendían ver el futuro a través de sus ojos.

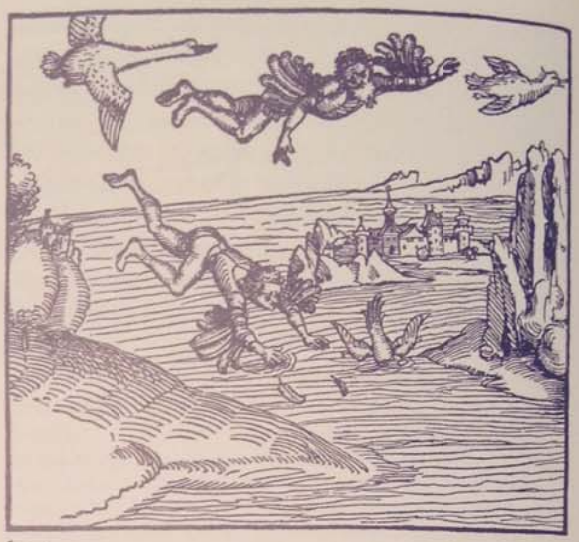
Los gatos
Los gatos pueden representar la domesticidad, pero también se utilizan para representar la crueldad (quizá debido a sus hábitos de caza) y la libertad (ya que son difíciles de capturar). En el mundo celta, los gatos simbolizaban el mal y se utilizaban en sacrificios rituales.

El tigre
Especialmente venerado en China, el tigre simbolizaba la ferocidad y la protección, y sus imágenes solían adornar los cercados y las entradas de los edificios. Considerado el rey de los animales, representaba la vitalidad y la energía animal.

Las aves y el vuelo

El vuelo siempre ha representado la liberación de las restricciones físicas de la vida terrenal y la ascensión del alma hacia los dioses, ya sea mediante la experiencia mística o mediante la muerte. Las aves comparten algo de ese mismo significado simbólico, pero dado que provienen de los cielos también pueden asumir el papel de mensajeros de los poderes superiores, para bien o para mal. Están asociados al simbolismo del árbol. Un pájaro de color claro y otro de color oscuro en las ramas del árbol de la vida representan la naturaleza dual de la realidad (la oscuridad y la luz, la vida y la muerte). En una variante hindú de esta imagen, uno de los pájaros come el fruto del árbol, mientras el otro observa, con lo que simbolizan el enfoque activo de la vida en contraste con el contemplativo.

Asociados con serpientes, los pájaros significan conflicto, la lucha entre el cielo (abierto, espacioso) y el mar (profundo, oculto). Los psicólogos interpretan esto como el conflicto entre la conciencia y el subconsciente o entre el conocimiento exotérico y el esotérico.



Ícaro
En la mitología griega, Ícaro y su padre Dédalo huyeron de su encierro en Creta volando con unas alas pegadas a su espalda con cera. Desoyendo el consejo de su padre, Ícaro voló demasiado cerca del sol, con lo cual la cera se fundió y él encontró la muerte al desplomarse. Representa la caída en desgracia de quienes se dejan llevar demasiado por la ambición.

El pelícano
La creencia de que el pelícano alimentaba a sus pequeños con su propia sangre lo convirtió en un símbolo de autosacrificio (y, en la cristiandad, de Jesucristo). En la alquimia es la antítesis del cuervo (que representa la etapa de la muerte en el mundo) y, por tanto, representa la resurrección.

Las plumas
Para los celtas, el penacho de plumas le confería a su portador algunas de las cualidades del pájaro: la ligereza, la velocidad y la capacidad de volar a otros mundos. Para los indígenas de Norteamérica, las plumas eran el símbolo del Gran Espíritu y del sol.

El pájaro de mal agüero
Al cuervo se le atribuye el don de la profecía, a menudo de tipo funesto. En la Edad Media, era símbolo de mortalidad; entre los indígenas de Norteamérica se le tenía por sabio y astuto.

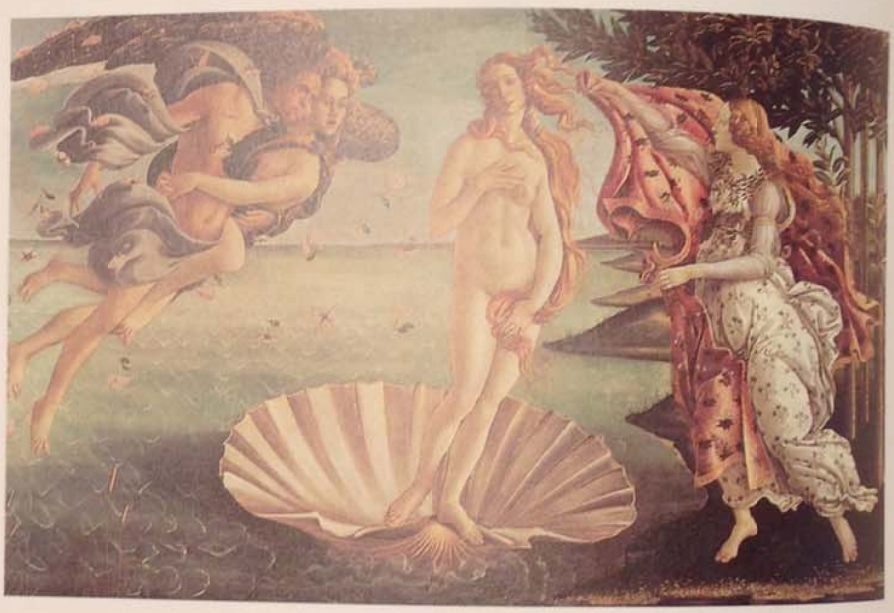
El Ba
Los pájaros suelen verse como símbolos del vuelo del alma desde la tumba. Los egipcios, que combinaban la imaginería humana y animal, lo describieron como el Ba, un gavilán con cabeza humana.

Leda y el cisne
Según el mito griego, Zeus adoptó la forma de un cisne para seducir a Leda, reina de Esparta *(arriba)*, de ahí que el cisne llegara a simbolizar el amor y los dioses. También representa la soledad, la música y la poesía, y su blancura representa la sinceridad.

El pavo real
En el arte cristiano representa la inmortalidad. El simbolismo persa afirma que dos pavos reales alrededor del árbol de la vida representan la dualidad psíquica del hombre. En la tradición budista, la «cola de cien ojos» del pavo real es símbolo de vigilancia compasiva.

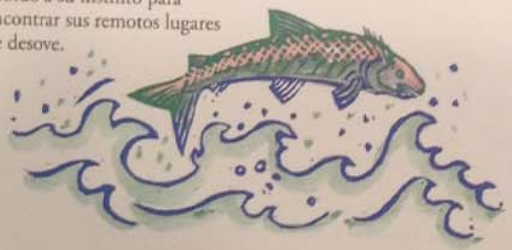
Peces y conchas

Los peces y las conchas suelen tener universalmente un significado positivo. Muchas culturas ven el pez como símbolo de la fecundidad y de las propiedades vivificantes del agua. Los peces representan la vida en las profundidades (el agua profunda se considera símbolo del subconsciente) y, por tanto, representan la inspiración y la creatividad. Las primeras letras de las palabras *I*esous *Ch*ristos *T*heou *Hu*ios *S*oter (Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador) forman la palabra *Ichtus*, que significa pez en griego, y a través de toda la tradición cristiana hay una fuerte asociación simbólica de Cristo con los peces. Por ejemplo, los apóstoles eran llamados «pescadores de hombres». En el budismo, el pez simboliza la liberación de las limitaciones del deseo y de las ataduras. Los dioses hindúes Brahma y Visnú aparecían a veces en forma de pez. Al contrario del pez, que es fálico y masculino, la concha es femenina, y representa el nacimiento, la buena fortuna y la resurrección.



El nacimiento de Venus
La asociación entre la venera y la diosa Venus es el tema central de este cuadro de Sandro Botticelli. Según el mito, Venus nació de la espuma producida cuando los genitales de Urano fueron cortados y arrojados al mar, y alcanzó la orilla sobre una venera. Junto con otras conchas bivalvas, la venera representa los genitales de la mujer y el principio femenino. La venera es también el símbolo de la peregrinación cristiana (especialmente a Santiago de Compostela) y de la iniciación, ya que era utilizada para verter las aguas bautismales.

El salmón
Asociado en la mitología celta con la profecía y la inspiración, debido a su instinto para encontrar sus remotos lugares de desove.



Los tres peces
A veces entrelazados, y otras compartiendo una misma cabeza, los tres peces simbolizan la Trinidad en la fe cristiana. Al igual que el pez se mueve en las aguas sin ser visto más que por aquellos que poseen una aguda visión, las fuerzas divinas son visibles sólo para quienes tienen buena visión espiritual.

La pesca milagrosa
Símbolo de abundancia y sabiduría: el relato de san Lucas de la pesca milagrosa prefigura el papel posterior de Pedro como pescador de hombres. La red también se utiliza como símbolo de los intentos humanos por alcanzar la iluminación.

Jonás y la ballena *(arriba)*
La ballena simbolizó inicialmente el poder de las aguas cósmicas: sólo más tarde adquirió connotaciones negativas, y representó los dientes y el vientre del Infierno. Jonás, después de ser tragado por la ballena, salió a los tres días, simbolizando el renacimiento a través de la conversión espiritual.

El pulpo *(derecha)*
Uno de los símbolos más comunes en las civilizaciones mediterráneas, el pulpo está relacionado con la espiral y representa el despliegue de la creación desde su centro místico. Junto con el cangrejo, a veces se asocia con el signo astral de Cáncer.

La caracola *(arriba)*
En el budismo, el sonido de la caracola simboliza la voz de Buda. Según la fe hindú, la caracola está consagrada a Visnú y simboliza la llamada al despertar de la ignorancia.

Monos y elefantes

Los monos y los elefantes figuran profusamente en el simbolismo oriental. El mono, que parece parlotear incesantemente sin objeto, representa a la mente distraída que debe concentrarse mediante prácticas como la meditación: una vez adiestrado, el mono es capaz de una gran lealtad e inteligencia.

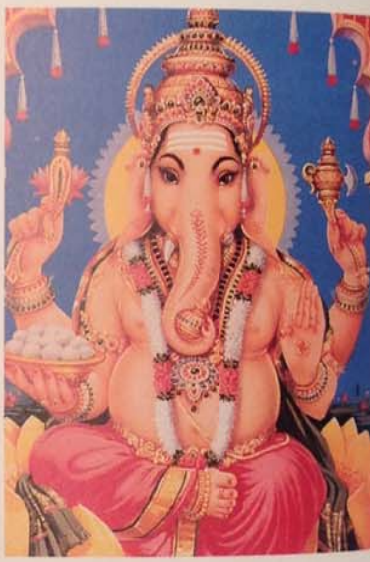
El simbolismo del elefante procede del importante papel de este animal en la vida civil y comercial. Tradicionalmente vehículo de príncipes y maharajás que cabalgaban sobre él, el elefante representa rango, fuerza y previsión.

También, debido a su longevidad, representa la victoria sobre la muerte, y la sabiduría y dignidad de la edad avanzada.

Los tres monos místicos
Los monos representan nuestra tendencia a difundir habladurías y a regocijarnos de los infortunios de los demás. Los tres monos místicos —No ver el mal, No oír el mal, No decir el mal— simbolizan nuestra capacidad de elevarnos por encima de ese estado de envilecimiento y de controlar y disciplinar nuestra mente.

El elefante blanco
El elefante blanco es sagrado en el budismo porque se dice que Buda entró en la matriz de su madre bajo esa forma: el animal representa, pues, la paciencia, la sabiduría y la buena memoria de Buda. Para los chinos, el elefante es uno de los animales de poder y simboliza la energía cósmica.

Hanuman *(izquierda)*
El dios mono hindú, héroe del *Ramayana* (donde es un aliado de Rama, una de las encarnaciones de Visnú), representa la astucia y la fuerza. Si se le enfrenta con el fuego, él domina, simbolizando así el poder tántrico de transformar las emociones más violentas en energía espiritual.



Ganesha *(arriba)*
En la religión hindú, el elefante es el vehículo de Ganesha, dios de la sabiduría sagrada, la invencibilidad y la prudencia. Ganesha es el patrono del estudio, y que escribió el *Mahabharata*. Se representa como un elefante, generalmente erguido y con cuatro brazos para prodigar dones y protección al género humano.

Corderos y cabras

Para muchos occidentales, la cabra es principalmente un símbolo de Satanás y de la magia, pero fuera de la tradición judeocristiana goza de una imagen más positiva. En la antigua Grecia era consagrada a Zeus (que de niño fue amamantado por la cabra Amaltea), mientras que su fecundidad y su astucia la hacían sagrada para Pan y para Artemisa. Quizá debido a que moraba en la montaña, en la tradición hindú la cabra simbolizaba la superioridad y el yo superior. En la leyenda noruega, el carro de Tor era transportado por cabras a través de los cielos.

El cordero suele representar lo opuesto, la ceguera y la estupidez. Sin embargo, su tendencia a seguir incondicionalmente lo ha convertido en símbolo del alumno que sigue atentamente las enseñanzas de un dios o de un maestro espiritual, renunciando a su voluntad individual a cambio de una visión esclarecida de la naturaleza unitaria de la existencia.

El macho cabrío
Esta representación del macho cabrío como el Demonio, de Eliphas Levi, incorpora elementos mágicos. El caduceo se eleva de sus genitales, el pentagrama ocupa el lugar del tercer ojo, la triple corona de fuego adorna la cabeza, la mano señala los símbolos lunares, y los cuernos y el pecho indican la unión de los poderes masculinos y femeninos.

El cordero sacrificado
Símbolo del martirio. En la Pascua judía la sangre del cordero representa obediencia a la voluntad de Dios.

El buen pastor
Símbolo de atención y protección a los desamparados, es común a todas las antiguas culturas nómadas.

Ea (Onnes)
Ea, el dios babilónico de las aguas (también conocido como Onnes) se representa como un mújol (pez-cabra), símbolo de la unión de la fecundidad del mar y de la tierra. Esta imagen de cerámica sumeria muestra a Ea como un grupo de cabras alrededor del símbolo central del agua.

Toros, ciervos y osos

En la mente moderna el toro puede parecer una inequívoca representación de virilidad, fuerza y poder procreador. En la cultura mitraica y romana era sacrificado a fin de año, y su sangre simbolizaba la esencia masculina que fertilizaba la tierra femenina y le devolvía la vida a los campos. Pero el simbolismo del toro no es en realidad tan definido. La forma decreciente de su cornamenta le señala como un animal lunar más que solar, principalmente entre las civilizaciones del Mediterráneo y del Medio Oriente. Como tal, tiene connotaciones femeninas, y los romanos lo consagraban a la diosa Venus.

Europa y el toro
En la mitología griega, Zeus apareció como un toro blanco y raptó a Europa (hija del rey Agenor de Tiro), quien más tarde le dio dos hijos, llegando uno de ellos, Minos, a convertirse en rey de Creta. La interpretación cristiana veía al toro blanco como Jesucristo llevándose el alma al cielo.

El buey
El buey y el búfalo comparten gran parte del simbolismo del toro, pero detienen un poder particular en tanto que representaciones del ego en el taoísmo y el budismo. El sabio taoísta Lao Tzu suele representarse cabalgando sobre un búfalo para indicar la posibilidad de dominar al ego.

El ciervo
Los chamanes han sido a menudo representados disfrazados de ciervo, para indicar el papel del ciervo como símbolo de sabiduría. En las culturas mediterráneas se identificaba con el Árbol de la Vida (por la ramificación de sus astas). Para los chinos el ciervo es un símbolo de virilidad.

El oso
El oso simbolizaba la bravura y la fuerza para los norteamericanos y los chinos. Para los antiguos griegos, la osa estaba consagrada a Artemisa, la diosa de la caza (Diana en la mitología romana).

El cerdo

Aunque explotado y envilecido en el mundo moderno, el cerdo posee una historia honorable, preponderantemente presente en la simbología de muchas civilizaciones. Debido a la gran abundancia de sus camadas y a sus numerosas y productivas glándulas mamarias, la cerda fue un símbolo de fertilidad en todo el mundo antiguo. Los egipcios pensaban que la cerda blanca era sagrada para Isis, la gran madre, mientras que el cerdo negro era atribuido a Set, la siniestra fuerza negativa de la creación. Según algunas leyendas griegas, Zeus fue amamantado por una cerda mientras se ocultaba de su padre Cronos y generalmente se sacrificaban cerdos a Ceres y Démeter, diosas de la fertilidad. Los hindúes también respetaban a la cerda, y para ellos simbolizaba a Vajravarahi, el aspecto femenino del dios Visnú (que a su vez era encarnado por un jabalí).

Los budistas veían al cerdo como un símbolo de ignorancia y codicia, mientras que en la tradición judaica representaba una comida impura (quizá, originalmente, por buenas razones higiénicas). Los cristianos adoptaron al cerdo como símbolo de la sensualidad y de los pecados de la carne: en el Nuevo Testamento Cristo convierte a los espíritus impuros en los cerdos de Gadara, simbolizando así la necesidad de que hombres y mujeres venzan a sus bajos instintos.

El cerdo y la gula
La gula, uno de los siete pecados capitales, era condenada por la Iglesia católica porque reforzaba el aspecto más grosero y material de la naturaleza humana. Injustamente, el cerdo fue elegido para simbolizar la gula, y esto contribuyó indudablemente a la imagen degradada que sufre hoy este inteligente animal.

El jabalí
Símbolo de fuerza y valor: para los celtas representaba la magia y la profecía, por su solitaria vida en el bosque. En la Europa occidental, su cabeza simbolizaba salud y protección contra el peligro: de ahí su presencia en los festines y como cimera en los cascos de los guerreros.

La cerda y su camada
La cerda es un acertado símbolo de la maternidad, tanto en la fecundidad como en los cuidados maternales. Los indígenas de Norteamérica representaban al cerdo como portador de la lluvia, que le daba vida a la tierra para beneficio de todos los hijos del Gran Espíritu.

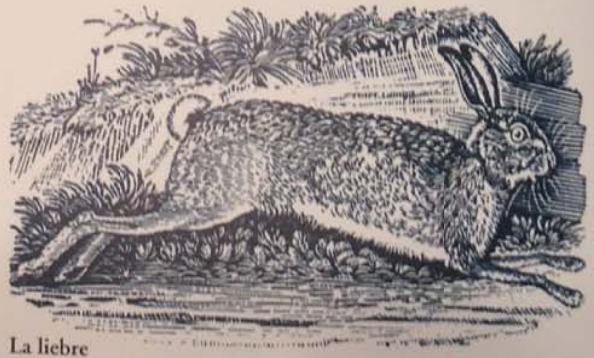
Criaturas menores

Mientras las aves, los animales domésticos y otras criaturas llamativas o de gran tamaño han ocupado la escena central del lenguaje simbólico de muchas culturas, los animales menores también se pensaba que jugaban un papel importante en el mundo mágico que nuestros ancestros veían a su alrededor. Al vivir cerca de la naturaleza, los antiguos sentían que todas las cosas estaban relacionadas entre sí en la intrincada telaraña de la vida y le atribuían un significado a todos los aspectos de la naturaleza. Pensaban que la conciencia impregnaba la totalidad de la creación: las estrellas en el cielo nocturno, el viento en los árboles, y hasta los correteos de las más minúsculas criaturas. Los insectos, cuya conducta y ciclos de vida eran apenas entendidos por los antiguos, eran objeto de asociaciones simbólicas particularmente ricas. Por ejemplo, las moscas eran consideradas como guiadas por fuerzas demoníacas: Belcebú, (Satanás) fue originalmente una personificación siria del poder destructivo de los enjambres de insectos.

La araña
Para los celtas, la tela de araña simbolizaba la telaraña que mantenía la unidad de toda la vida. Para los egipcios y los griegos representaba el destino. Los cristianos creían que la telaraña encarnaba la trampa de Satán. La araña misma simboliza a la Gran Madre en su aspecto devorador.

El murciélago
En muchas culturas el murciélago encarnaba los poderes de las sombras y del caos. Los budistas lo veían como una marca de la mente ignorante y distraída, pero para los chinos representaba la longevidad y la felicidad.

El sapo
A menudo asociado con la brujería y el lado repulsivo de la vida, el sapo es en cambio, al igual que la serpiente, representado a menudo con una joya en la frente, que indica la sabiduría de quien ve lo sagrado en todas las cosas.



La liebre
Símbolo universal de amor y fertilidad y del ciclo menstrual, la liebre ha sido considerada mucho tiempo como criatura mágica: muchos llevaban consigo una pata de liebre para protegerse de las brujas y del mal. Está estrechamente asociada con la luna (algunos ven una liebre en la silueta de la luna).

Criaturas híbridas

Las criaturas híbridas imaginarias han ostentado dos funciones principales: reúnen las fuerzas simbólicas de animales diferentes y, en el caso de los híbridos formados por dos especies pertenecientes a elementos diferentes, representan la unidad fundamental de la existencia. Por ejemplo, la quimera —en parte león, en parte cabra y en parte serpiente— simbolizaba las tres divisiones del año, la primavera, el verano y el invierno. Para sus inventores, los híbridos no presentaban contradicciones intrínsecas, ya que si en la creación todo estaba interrelacionado, no había razón alguna para no permutar ciertos ingredientes y presentarlos de forma nueva y diferente. Existen muchas pruebas de que los antiguos no separaban la imaginación de la realidad en la forma que nos es habitual. Si algo podía ser imaginado, en algún sentido tenía que existir realmente.

En la gran mayoría de los casos, las criaturas híbridas ostentaban un significado simbólico positivo. Habitaban en una dimensión que tendía un puente entre este mundo y los otros mundos, y así podía servir no sólo para ayudar a la humanidad en su lucha contra las fuerzas oscuras, sino para actuar como mensajeros de los dioses y como fuente de sabiduría en sí mismos. Muchos dioses egipcios eran representados como mitad animal y mitad humanos (véase p. 26), y en todo el mundo antiguo existía la creencia en la facultad de los dioses de cambiar de aspecto y de voluntad para influir en el mundo de la humanidad.

Garuda
Mitad hombre y mitad águila, Garuda sirve en el hinduismo como vehículo al dios Visnú, y en el budismo tibetano es un destructor de los *nagas* o hacedores del mal. Los devotos de Visnú utilizan imágenes de Garuda, el enemigo de las serpientes, como emblema. La ferocidad de Garuda tal y como lo representa el arte indio y tibetano está dirigida a servir como advertencia de castigo para los enemigos del orden natural.

La esfinge
La esfinge existía en la mitología egipcia mucho antes de su representación en piedra junto a la gran pirámide de Cheops. Con cabeza humana (a menudo de mujer), cuerpo de toro, garras de león y alas de águila, la esfinge combina las cuatro criaturas que simbolizan los cuatro elementos. La esfinge tenía acceso a todo el saber y simbolizaba el enigma de la existencia humana.

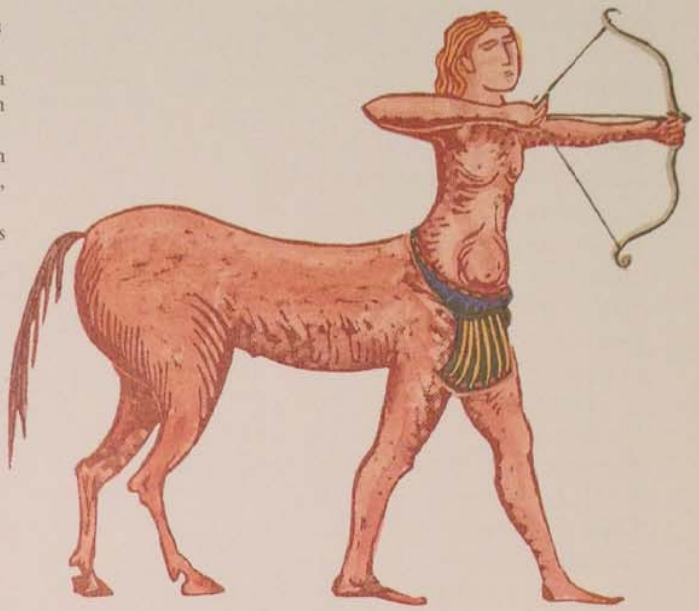
El basilisco
La más aterradora de las criaturas míticas, el basilisco, aparece en leyendas orientales y occidentales como símbolo del mal, de la lujuria y de la enfermedad (especialmente de la sífilis, en el siglo XV en Europa). Su mirada era letal, y cualquiera que lo combatiese había de hacerlo mirando su reflejo en un espejo.

El sátiro
Espíritus de la naturaleza y seguidores de Dionisos (el dios griego del éxtasis, del vino y de la música), los sátiros eran mitad hombre y mitad macho cabrío. Originalmente representaron el lado amoral, perezoso y hedonista de la naturaleza humana, pero más tarde, en la Europa medieval, se identificaron con el Diablo.

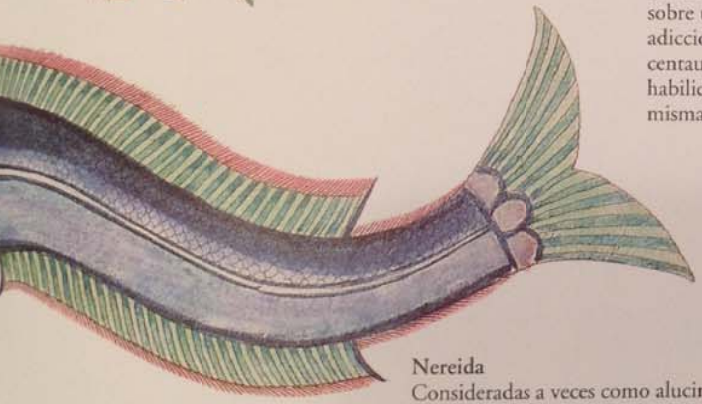
La quimera
La quimera, cuyo origen remonta al siglo V a.C., es un antiguo símbolo del caos elemental y de los peligros de la tierra y el mar. Era presagio de tormentas, de naufragios y de desastres naturales, especialmente erupciones volcánicas, y aparece en el arte cristiano medieval como símbolo de fuerzas satánicas.

La arpía
En la mitología griega, las arpías eran espíritus femeninos del viento, asociadas con el inframundo y el vuelo del alma al abandonar el cuerpo. Tenían la capacidad de invocar a los vientos, causando tormentas en la tierra y torbellinos en el mar, y según se creía eran responsables de muertes súbitas e inesperadas.

La sirena
Hijas de Poseidón, el dios del mar, las sirenas de la mitología griega representaban la belleza femenina en su aspecto más seductor y destructivo. Descritas como pájaros con rostro de mujer, poseían hermosas voces que al ser oídas por encima del susurro del mar conducían a los marineros a su muerte.



El centauro
Mitad hombre y mitad caballo, el centauro representa el aspecto salvaje, rebelde e instintivo de la humanidad. Es la antítesis del caballero, que cabalga (y, por tanto, controla) al caballo de los instintos. En el arte griego, aparece a menudo Dionisos montado sobre un centauro, como alusión a sus hábitos amorosos y su adicción a la bebida. En cambio, Quirón, el más apacible de los centauros, simbolizaba los poderes curativos de la naturaleza, y su habilidad con el arco representaba el poder y la fertilidad de la misma.



Nereida
Consideradas a veces como alucinaciones de los marineros ansiosos de compañía femenina, simbolizan la belleza femenina idealizada y esquiva, pero también la vanidad y la inconstancia. Como todas las criaturas de las profundidades, representan el subconsciente, y en particular el *ánima*, el aspecto femenino de la psique masculina.

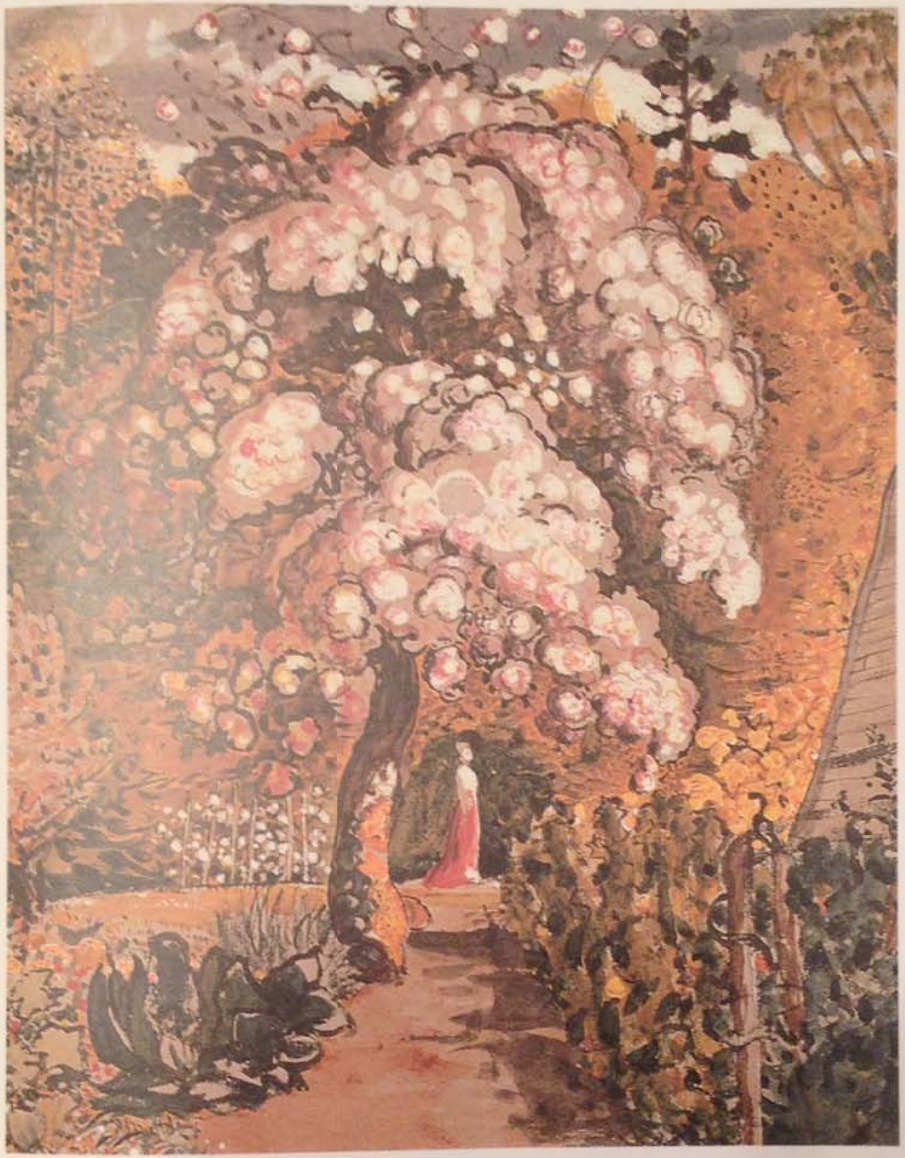
El mundo natural

La experiencia directa de la naturaleza era la más poderosa influencia sobre las percepciones de los antiguos. Sus conceptos de espacio y tiempo, y de su propia posición en el universo, sólo podían ser entendidos en relación al mundo natural, del que cada aspecto, según se pensaba, expresaba un rasgo particular de la energía divina. Los primeros dioses fueron, lógicamente, encarnaciones de la naturaleza. Casi todas las culturas antiguas representaron a la tierra y a la propia naturaleza como una diosa maternal: Aranrhod (celtas), Nekhebet (Egipto), Nokomis (Algonquin) y Gaia (griegos) eran todas ellas versiones de la figura universal de la madre.

También existía la creencia general de que todas las formas de vida eran intercambiables, y que la humanidad era parte de la naturaleza y no su dueña. En las representaciones del dios pastor mesopotámico Dumuzi (Tammuz), la planta, el animal y el hombre se funden unos con otros. En numerosas culturas occidentales aparece la figura del hombre-árbol (véase p. 103).

Aunque los dioses primitivos de la naturaleza fueron a menudo suplantados por otros panteones más vastos y sofisticados, la mitología y los símbolos basados en el mundo natural siguieron siendo preponderantes en todas las culturas y algunos eran de significado universal. La relación entre el ave (símbolo del fuego, la pureza y el espíritu) y la serpiente (la tierra y el inframundo) constituye el tema de numerosos mitos. La tortuga es el símbolo del universo (los cielos, la tierra y el inframundo representados por el caparazón superior, el cuerpo y el inferior respectivamente) tanto en Norteamérica como en el sureste asiático. Las representaciones del Árbol de la Vida (véase p. 102) aparecen en casi todas las culturas de todos los tiempos, y ese antiguo símbolo está presente en la cristiandad moderna como emblema de la Virgen María, que le entregó al mundo su fruto, Jesucristo.

El crisantemo
En Oriente, el crisantemo era un símbolo propicio, y también representaba la contemplación y la llegada del otoño.



El jardín místico
En esta pintura del artista visionario del siglo XIX Samuel Palmer el jardín representa al principio femenino recluido.

Los árboles

El árbol es uno de los símbolos más poderosos de la humanidad. Es la encarnación de la vida, el punto de unión de los tres reinos (el cielo, la tierra y el agua), y un eje del mundo alrededor del cual se organiza todo el universo. Los antiguos pueblos creían generalmente que el árbol estaba imbuido de gran cantidad de energía divina creativa (a menudo personalizada en forma de criaturas sobrenaturales) que podía ser conscientemente utilizada por el adepto, permitiéndole el acceso a otros estados del ser. Los bosques llegaron a simbolizar el misterio y la transformación, y en ellos moraban brujos y hechiceras.

La adoración al árbol estaba extendida en prácticamente todas las zonas del globo en que el clima era favorable al crecimiento de los árboles. Algunos símbolos del árbol son virtualmente universales. Por ejemplo, los árboles de hoja perenne representan universalmente la longevidad y la inmortalidad, mientras que los de hoja caduca simbolizan la regeneración y el renacimiento: cada uno a su manera, ambos sirven para confirmar a hombres y mujeres la continuidad de su propia existencia. Sin embargo, por lo general las especies concretas adquirieron su propio significado específico en cada cultura. El roble era venerado por los pueblos celta y escandinavo, mientras que en la antigua Grecia el saúco se consideraba sagrado para Pan, la hiedra para Baco, la adelfa para Apolo y el laurel para Dionisos. En Egipto, el tamarisco se consagraba a Osiris. En la antigua China, los árboles cercanos a las tumbas o a los templos se protegían en la creencia de que los espíritus de los muertos y de los dioses residían en ellos.

Se estimaba que muchos árboles tenían propiedades curativas porque simbolizaban enfermedades específicas. Así, como el álamo temblón tiembla al viento, se utilizaba en el tratamiento de las fiebres. El avellano se consideraba que tenía poderes mágicos y se utilizaba para descubrir agua y como varita mágica. La propia madera también poseía un significado simbólico, y en el Oriente Medio y en la India se tenía como representación de la *prima materia*, la materia fundamental de la que estaban hechas todas las cosas.

La palmera
Alta, con su follaje radiado, la palmera evoca al sol y, por tanto, pasó a representar la fama, la victoria y la rectitud. Las palmas eran emblemas funerarios que simbolizaban la otra vida.

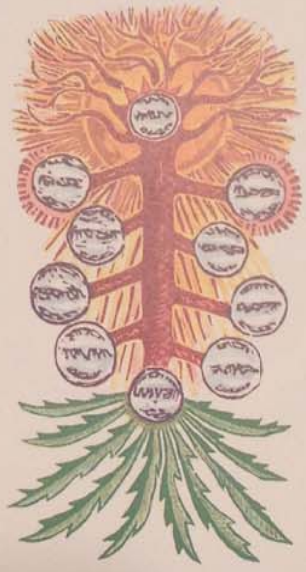
La piña
Con su forma de llama y su posición erecta en el árbol, la piña era para los griegos símbolo de virilidad. Los romanos la tenían por símbolo de pureza, consagrado a Venus.

El árbol de Navidad
En la celebración del solsticio de invierno, en los países escandinavos y del norte de Europa, el abeto decorado simboliza la fuerza vital que persiste incluso en los meses de letargo del año.

El bosque
La interpretación simbólica del bosque es antigua, ya que se remonta a los tiempos en que los paisajes eran primordialmente boscosos y el desmonte para la agricultura era una ardua tarea. El bosque es un lugar de sombras, de caos y de inseguridad, en contraste con el orden de la tierra cultivada y abierta. Para quienes no demuestren temor, en cambio, puede ser un lugar de paz y refugio. Psicológicamente, es un símbolo del subconsciente, donde hay secretos por descubrir y quizá emociones y recuerdos oscuros con que enfrentarse.

El Árbol de la Vida
Situado en el centro del Paraíso, el Árbol de la Vida es una representación de la perfecta armonía. Los doce (o a veces diez) frutos de sus ramas son las recompensas del crecimiento espiritual, —entre ellas la sabiduría, el amor, la verdad y la belleza. Los frutos son manifestaciones del sol. La inmortalidad es un don que reciben quienes los comen, o beben la esencia extraída del propio árbol.

El árbol del mundo
Con sus raíces alrededor de la tierra y sus ramas en el cielo, el árbol del mundo simboliza la potencial ascensión de la humanidad desde el denso reino de la materia hacia las depuradas alturas del espíritu. Una versión interesante de este símbolo es Yggdrasil, el Árbol Cósmico escandinavo, del que estuvo suspendido, sufriendo durante nueve días y nueve noches, el dios nórdico Odín.



El árbol invertido
El árbol invertido tiene sus raíces en el mundo espiritual y crece hacia abajo, hacia la tierra. Simboliza el poder creativo del espíritu, así como la creencia de que la vida humana es el descenso del espíritu a una forma corporal. Este símbolo era utilizado por los magos: este ejemplo es un Árbol de la Vida cabalístico que muestra las séfiras: los diez aspectos de Dios.

Dos árboles, una misma raíz
Las tradiciones esotéricas enseñan que las diferencias del mundo físico proceden de un estado original de unicidad. El aspirante al camino espiritual debe reunir las piezas fragmentadas de su verdadera naturaleza. Los dos troncos que surgen de una sola raíz indican la dualidad que surge de la unidad, manteniendo su unicidad en la realidad que está por debajo de las apariencias.

La mujer árbol
Físicamente, esta imagen simboliza a la Madre Tierra, el principio femenino nutriente. Pero interiormente es también la fuerza vital invisible que duerme bajo la tierra hasta que es inseminada por la energía masculina del viento, de la lluvia y del sol.

El hombre árbol
Este es uno de los más fuertes símbolos de fertilidad: representa la energía masculina que impregna de vida a la tierra pero está a su vez sujeto al ciclo eterno de la decadencia y la renovación. A veces llamado el Hombre Verde, este símbolo se repite en todas las culturas occidentales y aparece en varias figuras, desde el dios Pan hasta Herne el Cazador.

El árbol de la sabiduría *(derecha)*
Este es un símbolo dual, que encarna el conocimiento del bien y del mal. Tentados a probar su fruto, Adán y Eva fueron exiliados al mundo de los opuestos. Además de su conocido papel como Tentación, la serpiente enroscada alrededor del árbol es un antiguo símbolo místico de la energía que se eleva de la tierra. El árbol de la sabiduría también se representa como una vid.

Árboles específicos *(arriba)*
Las distintas especies de árboles poseen sus propios significados simbólicos en distintas culturas. Para los druidas celtas y anteriores a los celtas, el roble representaba a la vez la divinidad y el principio masculino, y para los romanos era el emblema de Júpiter, dios del trueno. La higuera era el símbolo budista de la iluminación. Según la tradición china taoísta, el melocotonero representaba la inmortalidad.

Flores y plantas

Los griegos creían que el paraíso estaba sembrado de asfódelos. Los chinos imaginaban que por cada mujer viviente en este mundo florecía una flor en el otro mundo. Estas dos antiguas creencias ejemplifican los significados simbólicos más comunes de la flor: el estado paradisíaco y la belleza femenina. La transformación del capullo en flor representa la creación (la manifestación de la energía que se expande a partir del centro) y la energía del sol. Las flores son símbolos universales de juventud y vitalidad, pero debido a su carácter efímero también tienen una connotación de fragilidad.

Las plantas representan el ciclo de la vida (fertilidad, muerte y renacimiento), y de muchas de ellas se pensaba que florecían a partir de la fuerza vital (el cuerpo o la sangre) de un dios en particular: los antiguos egipcios creían que el trigo crecía sobre el cuerpo de Osiris. Muchas hierbas se consideraban sagradas, algunas debido a sus propiedades medicinales y otras porque sus hábitos de crecimiento o su apariencia sugerían algún vínculo con los dioses o con el género humano (la raíz de la mandrágora, por ejemplo, se parece al cuerpo humano).

La mandrágora
La raíz de la mandrágora, que tiene forma de cuerpo humano, pasaba por tener grandes poderes curativos y era profusamente utilizada en sus pociones por los hechiceros (ahora se sabe que contiene varios alucinógenos tóxicos). En la tradición hebrea, simbolizaba la fertilidad y se consumía para estimular la concepción.

El muérdago
El muérdago venía a simbolizar a la hembra en relación con la virilidad del roble en cuyas ramas crecía. Ni árbol, ni arbusto, y sin raíces en el suelo, se consideraba que tenía una relación especial con lo divino, ya que representaba un estado superior a las limitaciones terrenales.

La rosa
En la cristiandad, la rosa roja puede simbolizar a la Virgen Madre, o la sangre derramada por Jesús en la cruz. Representa el secreto (muchos confesonarios están adornados con una rosa de cinco pétalos). Las tres rosas son un notable símbolo masónico, que representa la luz, el amor y la vida.

La guirnalda
Como combinación del simbolismo de la flor y del círculo, la guirnalda representa conceptos tan diversos como la buena suerte, la santidad, la fertilidad y la iniciación. También evoca la vinculación entre este mundo y el más allá (significado todavía vigente hoy en la corona funeraria).

El ajo
Como su pariente el lirio, el ajo es un símbolo del mundo superior, en parte debido a su asociación con el rayo (dicen que su olor es parecido al olor causado por la descarga de un rayo).

El loto
Alimentándose del barro del fondo de los estanques, la flor del loto flota sobre el agua revelando su belleza. Por ello representa al alma que se eleva desde la confusión de la materia hacia la claridad de la iluminación.

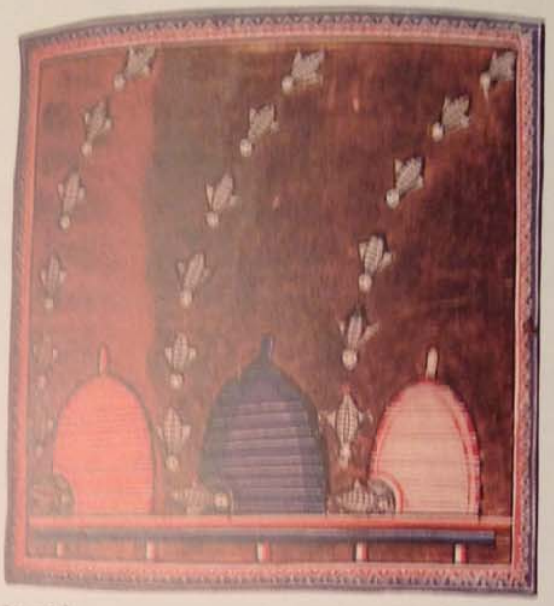
El jardín
Símbolo de la naturaleza controlada y del alma humana, que al igual que el jardín debe ser cuidada y cultivada. El jardín también representa el paraíso y el valle de los Bienaventurados. En la India, los jardines adoptan a veces la forma de mandalas (véase p. 60).

Las hierbas
El significado simbólico de las hierbas, como el de muchas otras plantas, deriva de sus propiedades particulares. Por ejemplo, la ruda, el romero y el tomillo simbolizan el arrepentimiento, la memoria y la pureza respectivamente; la ruda tiene la amargura del arrepentimiento, el romero posee un aroma duradero como la memoria y el tomillo, según se pensaba, contribuía a purificar el sabor de los alimentos.

Alimentos y bebidas

La comida tiene muchas connotaciones positivas: sugiere fertilidad, abundancia y celebración, pero sobre todo se suele asociar con la paz y la resolución de diferencias. Esta asociación surge de la creencia de que la comida está impregnada de una fuerza vital que pone al hombre y a la mujer en contacto con la fuente de la energía primigenia, creando una hermandad universal. Algunos alimentos, tales como los que se hacen con trigo, eran particularmente simbólicos en ese sentido: en muchas culturas se consideraba una violación de las leyes naturales el infligirle daños a una persona con la que se había compartido el pan.

La bebida también es altamente simbólica. El agua, el líquido primordial, sugiere vida y pureza, mientras que la leche representa el compasivo sustento de la tierra y de la maternidad. El vino se asocia con la sangre y el sacrificio: en la eucaristía, la mezcla de agua y vino simboliza la naturaleza dual de Cristo (divina y humana). Debido a su propiedad de alterar la conciencia, el vino también simbolizaba la unión extática con los dioses.



La miel
Junto con la leche, la miel simboliza la abundancia de la tierra prometida de los judíos. Debido a sus cualidades conservantes y afrodisíacas, representa la inmortalidad o la fertilidad.

La gavilla de trigo
Símbolo de la fertilidad de la tierra y de la fertilidad interior de la mente iluminada, las espigas de trigo son, según se cree, el producto de la unión del sol y de la tierra. Los misterios de Eleusis (iniciaciones a la sabiduría divina practicadas en la antigua Grecia) eran simbolizados por espigas de trigo.

Setas y hongos
La seta es el símbolo chino de la felicidad y el renacimiento, y era tenida por el alimento de los inmortales taoístas. En el folclore occidental, los hongos son las viviendas de elfos y duendes, y debido a su forma fálica, se asociaban con la fertilidad y la potencia sexual.

La granada
En la antigua Grecia era el símbolo de Perséfona y del retorno de la vida en primavera. Con sus numerosas semillas, el fruto representaba la fertilidad y la unidad dentro de la diversidad de toda la creación. Según la tradición cristiana, la granada simbolizaba el amor sin límites del Creador.

Dionisos
Dios griego del vino, de la felicidad y de la agricultura, Dionisos significa la unión del cielo y de la tierra, de la espiritualidad y la sensualidad. Según una leyenda, fue muerto y devorado por los Titanes, que a su vez fueron quemados por Zeus. En la humanidad recayó la tarea de encontrar a Dionisos entre sus cenizas, lo que simboliza la búsqueda de nuestra verdadera identidad.

La Última Cena
Muchas tradiciones sacras comportan relatos sobre dioses o reyes que sufren una muerte ritual por su pueblo. La Última Cena eleva este sacrificio al rango de comida espiritual, que se repite en la eucaristía, en que el pan y el vino simbolizan (o para algunos, lo devienen realmente) el cuerpo y la sangre de Cristo.

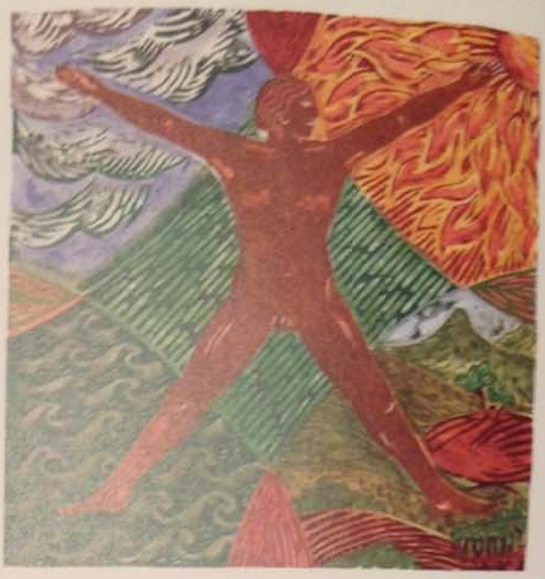
El melocotón
En China, el melocotón está simbólicamente asociado con el matrimonio, la inmortalidad y la longevidad. Shou-lao, el dios de la longevidad, suele representarse con un melocotón en la mano, o surgiendo de él, en un árbol de los jardines del Paraíso que sólo da fruto cada 3.000 años.

La manzana de oro
La manzana de oro representa la discordia, ya que su presentación por Paris a Afrodita en una contienda de belleza provocó indirectamente la guerra de Troya. Freyja, la diosa noruega del amor y la magia, ofreció las manzanas de la inmortalidad de su jardín para rejuvenecer a los dioses.

Los elementos

Para los antiguos, los elementos eran las fuerzas energéticas esenciales que sustentan el mundo. En Occidente son cuatro: el fuego, el agua, el aire y la tierra. Los chinos clasificaban el metal como otro elemento más, mientras en la India y el Tíbet se pensaba que un quinto elemento espiritual (el éter) impregnaba y vivificaba a los otros cuatro. La importancia central de los elementos como principios organizativos del universo es una constante en la simbología de todas las culturas.

Los alquimistas crearon unos ideogramas para representar los elementos basados en la geometría del triángulo *(véase abajo)*: por ejemplo, dado que el fuego se mueve siempre hacia arriba, se representa con un triángulo con la punta hacia arriba. Los elementos se veían como componentes vitales del cuerpo humano, y la conservación de la salud física y psicológica consistía en mantener el equilibrio entre ellos, el mismo equilibrio que era necesario en el mundo exterior.



El cuerpo humano
Compuesto de los cuatro elementos, más la invisible dimensión espiritual, el cuerpo (del hombre) era el símbolo universal de la vida en todas sus formas, el vínculo entre el cielo y la tierra, y la personificación de la energía de los dioses.

La sílfide
Espíritus del aire, las insustanciales sílfides estaban según se creía en comunión con lo divino.

La salamandra
En las tradiciones occidentales, se creía que la salamandra era el espíritu y el guardián del fuego, y que vivía en un volcán.

La ondina
Espíritu del agua, generalmente representada como una hermosa joven, es también cautivadora y engañosa.

El gnomo
Este espíritu malicioso de la tierra, asociado por algunos con el inframundo, necesitaba ser apaciguado con ofrendas.

Aire

Isis
Isis, la más importante de las diosas egipcias, poseedora de inmensos poderes mágicos, es la madre y protectora divina. Es a menudo representada como una cometa, forma que asumía para buscar el cuerpo desmembrado de su hermano Osiris. Una vez que hubo reconstruido el cuerpo, utilizó sus alas para reanimarlo con el soplo de la vida.

El barco de vela
Todas las grandes civilizaciones marineras poseían dioses o santos (Eolo en Grecia, y san Nicolás en el mundo cristiano) que controlaban los vientos y a quienes se ofrecían oraciones antes de emprender un viaje.

El prana
Muchas filosofías orientales sostienen que la energía vital del cuerpo fluye en el aire. Esta energía elemental (simbolizada por la inscripción central en esta imagen) la llaman *prana* los indios, *chi* los chinos y *ki* los japoneses. Circula en el cuerpo por los que ahora se conocen en la acupuntura como los meridianos y se puede controlar mediante ejercicios de yoga para mejorar la salud del cuerpo, obtener poderes psíquicos y transmutar la energía física en espiritual.

Pegaso
Pegaso, el caballo alado que surgió de la sangre de Medusa cuando Perseo la decapitó, simboliza el deseo de volar de la humanidad, así como la naturaleza caprichosa de este elemento. La doma de Pegaso por Belerofonte (gracias a la brida de Atenea) muestra que, con la ayuda de los dioses, la humanidad puede dominar los elementos.

Fuego

El ave fénix
Mitad águila y mitad faisán, el ave fénix aparece en la mitología de Centroamérica, de Oriente y de Europa. Cada cien años arde con el único fin de nacer rejuvenecida de sus propias cenizas, simbolizando la resurrección, la inmortalidad y el espíritu indestructible del ser humano.

Agni
Importante dios hindú de la antigüedad, Agni suele representarse cabalgando un carnero (símbolo de la energía solar) y con siete lenguas (el número místico de la creación). Solía apaciguársele con ofrendas de mantequilla derretida, que según se decía lamía con sus siete lenguas.

El incienso
En Oriente existe la creencia de que el incienso ofrece protección contra los malos espíritus. Está asociado a la pureza y a la ascensión del espíritu hacia el cielo.

El humo
En la cultura de los indígenas de Norteamérica, el humo simboliza la paz y el camino seguido tras la muerte. A veces representa la ignorancia (visión oscurecida).

El barco funerario
En Escandinavia, el cuerpo de los jefes vikingos era cremado en una lancha, y el humo que se elevaba representaba el retorno del espíritu al sol, el dador de vida.

Prometeo
En la mitología griega, Prometeo robó el fuego (símbolo de la sabiduría que diferencia a los dioses de los humanos) de los dioses, lo ocultó en una rama hueca y lo trajo a la tierra. Simboliza el valor requerido para desafiar los preceptos de los dioses.

La linterna
Las sombras proyectadas por la luz de una linterna decorada se consideraban en Oriente como poseedoras de una existencia propia e independiente. Debido a ello se utilizaban las linternas para proyectar símbolos propicios durante las celebraciones.

La carretilla
En China, las carretillas o buscapiés traían suerte y asustaban a los demonios. Se disponen en grupos de tres para honrar a los dioses de la salud, de la riqueza y de la longevidad.

Agua

Los ríos
Como fuente de vida y como rutas de comunicación de las antiguas civilizaciones, los ríos poseen un importante significado. Representan los límites entre países o entre la vida y la muerte. Según la creencia hindú, los ríos simbolizan la purificación (el Ganges puede lavar todas las impurezas). Pueden también indicar el paso del tiempo.

El vapor
El agua que asciende en forma de vapor es la transformación de lo material en espiritual. Las tribus indígenas de Norteamérica pensaban que el vapor poseía los poderes purificadores combinados del fuego y del agua, y lo utilizaban en la ceremonia del baño de vapor, que representaba la limpieza y la revivificación del cuerpo, de la mente y del espíritu.

Barcas y balsas
La barca o la balsa simboliza el paso seguro a la otra orilla. Para los puros de corazón, el agua no representa ningún peligro. Jesucristo caminó sobre las aguas, y muchas culturas poseen leyendas de hombres y mujeres santos que utilizaban las embarcaciones más inverosímiles con total seguridad. Dicen que san Patricio, el santo patrón de Irlanda, utilizó una balsa de piedra, mientras que Bodhidharma *(arriba)*, que introdujo el budismo zen en China, cruzó el Yangtsé en un junco hueco.

Los arroyos
Los arroyos comparten algunos de los significados de los ríos, pero están más cerca de la fuente creadora y representan la vida y la «corriente de conciencia» en que vive la humanidad. Según la creencia, cuatro arroyos fluían desde el Árbol de la Vida en el Paraíso, aportando la fuerza vital a los cuatro confines del mundo.

Los pozos
Generalmente el agua fluye hacia abajo, hacia la tierra. Su surgir *de* la tierra suele representar un don sagrado de la matriz de la propia Madre Tierra. Según la tradición islámica, los pozos pueden representar el Paraíso. Tradicionalmente femeninos, también se les atribuye el poder de curar o de cumplir deseos.

El hielo y la nieve
El hielo simboliza la esterilidad, el frío y la rigidez, tanto en los humanos como en la naturaleza. Por tanto, cuando el hielo se derrite anuncia el retorno de la vida. La nieve comparte algo de ese significado simbólico; sin embargo, al ser blanda y hermosa, también representa la verdad latente y el saber oculto.

Las nubes y la niebla
Las nubes simbolizan el misterio y lo sagrado: en muchas culturas, los dioses aparecen envueltos en nubes. Los chinos creían que las nubes se formaban con la unión del yin y el yang (véase p. 129) y, por tanto, representaban la paz. Para los romanos, las islas Británicas, envueltas en niebla, simbolizaban la tierra mágica del fin del mundo.

La lluvia
Como bendición del cielo dadora de vida, la lluvia siempre ha simbolizado el favor y la revelación divinos, el descenso de la gracia sobre la tierra. En cambio, el diluvio puede ser causado por la ira de los dioses o el deseo de purgar la tierra de la corrupción. Los inocentes, por supuesto, pueden perecer igual que los culpables.

Poseidón
Poseidón (Neptuno para los romanos), hermano de Zeus, simbolizó originalmente el poder cósmico que fertiliza al mar, y por ello siempre aparece con el tridente (que representa al tres, el número de la creación). Posteriormente llegó a significar el poder del mar, y se le atribuía la capacidad de prodigar o negar su protección a los marineros. Era un dios violento, tenido por responsable de los terremotos.

Tierra

El volcán
Para quienes viven a su sombra, los volcanes son ejemplos aterradores de la energía destructiva de la tierra. Los persas los asociaban con Ahriman, la fuerza destructiva del universo, que estaba encadenado en el corazón de la tierra, esperando el día del juicio. En la mitología griega, la actividad volcánica era señal de que Hefaistos, el dios herrero, estaba ocupado en su fragua.

La pagoda
La pagoda japonesa, probablemente una evolución de la estupa de los budistas (véase p. 59), representa la ascensión a los cielos y posee tradicionalmente siete pisos para marcar las etapas de dicha ascensión. También representa al monte Meru, el eje del mundo y centro del universo.

El valle
Este símbolo femenino protector está asociado con la fertilidad, el cultivo y el agua. En la tradición china y en la cristiana, el valle se asocia con la oscuridad y lo desconocido.

La montaña
Lugar donde se encuentran el cielo y la tierra, simbolizan la masculinidad, la eternidad y la ascensión de la naturaleza animal a lo espiritual. Las cimas de las montañas son la morada de los dioses del tiempo.

La cueva
La cueva es un símbolo femenino, y posee múltiples significados. Puede representar el corazón del mundo, el subconsciente, la entrada al inframundo, la iniciación o la visión esotérica.

El arco iris

Para los antiguos, que creían que todos los fenómenos celestes eran signos de la actividad divina, la aparición de un arco iris tras una fuerte tormenta significaba la presencia de una deidad benéfica. Dado que parecía salvar la distancia entre el cielo y la tierra, el arco iris era un símbolo especialmente poderoso de comunicación divina. Los incas asociaban el arco iris con su dios sol, mientras en la antigua Grecia era personificado por la diosa alada Iris, que transmitía mensajes de los dioses del Olimpo a los mortales. Su benevolencia se extendía hasta los dioses (a quienes ofrecía ambrosía y néctar), así como a los mortales (fue Iris la que persuadió a los Vientos para que atizaran la pira funeraria del héroe Patroclo, perecido en la guerra de Troya). En el mundo cristiano, el arco iris simboliza el perdón de Dios y su alianza con la humanidad, ya que apareció en el cielo cuando el arca de Noé alcanzó la tierra firme después del diluvio (véase p. 24). Las asociaciones positivas del arco iris también son evidentes en el folclore europeo, según el cual se puede encontrar una olla de oro en el punto en que se encuentra con la tierra.

En la mitología de numerosas culturas, el arco iris es un puente metafórico entre este mundo y el de los dioses. Por ejemplo, los dioses escandinavos, según se dice, construyeron un arco iris como puente, al que llamaron Bifrost, entre su morada, Asgard, y la tierra. Y en la tradición china, el arco iris es un símbolo del dragón de los cielos, la unión entre el cielo y la tierra.

El cuerpo-arco iris
En la tradición tántrica hindú y budista, el cuerpo-arco iris es el estado más alto que se puede alcanzar con la meditación. Los cuatro elementos que conforman el cuerpo se disuelven simbólicamente en la luz del arco iris, y la vida terrestre aparece como insustancial.

El arco iris
En algunas sociedades africanas, el arco iris se asimila a la serpiente del cielo, un símbolo benéfico de la energía que fluye entre el cielo y la tierra. Los reyes y sacerdotes de los pueblos bantúes de la región del Nilo y del Sahara justificaban su alta posición social inventado mitos, en los que proclamaban ser descendientes del arco iris.

El trueno y el rayo

El trueno y el rayo fueron interpretados casi universalmente como manifestaciones de los dioses, y más comúnmente como expresiones de la cólera divina. La diosa china Tien Mu era la personificación del relámpago, cuya función era la de iluminar a los que actuaban mal para que pudieran ser alcanzados por el dios del trueno, Lei Kung. Los indígenas de Norteamérica atribuían el trueno y el rayo al espíritu universal, el Pájaro del Trueno, y en el folclore europeo se pensaba que el trueno era el sonido de bolas gigantescas que rodaban por los cielos cuando los dioses practicaban deportes. En la mitología griega, cuando Semele le pidió a Zeus que se presentara ante ella sin disfraz, se le apareció en forma de rayo y ella fue consumida por el fuego. Ese simbolismo se incorporó a las creencias judeocristianas, en que el trueno y el rayo significaban la presencia directa de Dios. Sin embargo, esos fenómenos no estaban invariablemente relacionados con la severidad divina: en las regiones áridas, cuando iban acompañados de lluvia, representaban la fertilidad y la vitalidad.

El rayo
El rayo siempre se ha asociado con la intuición y la inspiración. Según la tradición chamánica, ser alcanzado por un rayo era señal de iniciación, y ser matado por él significaba entrar directamente en el cielo. En Occidente algunos creen que al ser alcanzado por un rayo se pueden desarrollar poderes psíquicos latentes.

Tor
El dios noruego del trueno hacía retumbar los cielos al recorrerlos en su carro y arrojaba su martillo para producir los rayos. Según la creencia, el símbolo del martillo protege a las casas del fuego.

El dorje
Es el cetro budista del rayo en el Tíbet, utilizado en rituales y en ceremonias mágicas. Representa la energía masculina y sus dos globos simbolizan el encuentro del cielo y la tierra.

La máscara chamánica
Los chamanes solían vestirse con pieles de animales para reforzar sus poderes, pero también se les representa bajo la forma quebrada del relámpago y el rayo, que simboliza su capacidad para atravesar el puente que divide los mundos.

El día y la noche

En las culturas cristiana, budista e islámica, la luz es un aspecto de la divinidad y la realeza, y el día se asocia con la actividad divina y la creación, como en los «siete días» en que Dios creó el mundo y el «día de Brahma», el ciclo, largo de varios eones, de la manifestación del dios creador hindú. En la religión hinduista, el día (que simboliza el espíritu) y la noche (que representa la materia) se consideran provocados por Siva al abrir y cerrar los ojos. En las culturas europeas, el día suele representar la vida y la noche la muerte,correspondiendo la resurrección y la alegría a la aurora. Algunos pensadores del Renacimiento veían tanto la noche como el día como facetas del mismo proceso: la inexorable marcha del tiempo. En esta tradición, ambos poseían connotaciones negativas, ya que evocaban el envejecimiento, la decadencia y la muerte; a veces se representaban como dos ratas, una blanca y otra negra.

La noche era el momento en que los espíritus de los muertos regresaban a la tierra y los «poderes de la oscuridad» (incluido Satán, el príncipe de las tinieblas) andaban sueltos. En la Europa cristiana, los adeptos de las religiones paganas se veían obligados a realizar sus rituales a escondidas y de noche, para evitar las persecuciones. Esto reforzó el simbolismo negativo de la noche. Todavía en el siglo XVII se pensaba que las enfermedades se contraían más fácilmente durante la noche, y estaba muy generalizada la creencia en relatos de transformaciones de hombres y mujeres en lobos y vampiros. Pero la noche no era universalmente negativa: podía significar el descanso de las fatigas del día, y era el momento en que la matriz de la madre naturaleza se abría para acoger a sus hijos después de la puesta del sol. En la mitología griega, la diosa Nyx era la personificación de la noche. A menudo representada luciendo un velo moteado de estrellas y un manto negro, era ella la que concedía el descanso, los sueños y el placer sexual, ya que era la madre de Moros (la suerte), de Tanatos (la muerte) y de Hipnos (el sueño).

El sueño
Muchas culturas ven el sueño como el momento en que el alma abandona el cuerpo y viaja a otros niveles de realidad, de los que trae los recuerdos soñados. Para los tibetanos, el sueño es un simulacro de la muerte.

El caldero ardiente
Según la fe de Zoroastro, el caldero ardiente es el símbolo de Ahura Mazda, el portador de la luz, que está envuelto en una lucha perpetua contra Ahriman, el creador del mal y de la noche.

La nodriza de los dioses
En la cultura griega y mesopotámica, la nodriza representa a la vez el alba y el fin de los tiempos. Los dos niños que mece en sus brazos simbolizan el vínculo entre el sueño (el blanco) y la muerte (el negro).

Joyas y metales preciosos

Decorativos y duraderos, las joyas y los metales preciosos han sido utilizados durante siglos como talismanes y amuletos, y han adquirido ricas asociaciones simbólicas. La alquimia, por ejemplo, se basa en la búsqueda de la piedra filosofal que convertiría los metales ordinarios en oro (véase pp. 146-151), y en la astrología, cada signo del zodíaco se asocia con una piedra preciosa que simboliza los atributos de ese signo.

Una gran cantidad de oro y joyas ocultos en una cueva guardada por un dragón o una serpiente representa el saber interior oculto en el subconsciente. En muchas religiones una gema representa a una deidad o a un santo en concreto: en el cristianismo, por ejemplo, el cuarzo representa a la Virgen María. Las piedras preciosas talladas simbolizan la revelación del alma después de haber eliminado las impurezas del cuerpo: las facetas brillantes denotan el reflejo en el alma de la luz divina. Pero las gemas también tienen connotaciones negativas. En la mitología cristiana se formaron cuando Lucifer cayó del cielo y su luz angélica estalló en millones de brillantes fragmentos que representan el mal inherente a las posesiones materiales.

El oro y las joyas también pueden representar los ardides de los hechiceros. Las hadas utilizaban el oro y los rubíes para apartar maliciosamente a los mortales de sus hogares y sus familias por la noche; lo trágico para las víctimas era que el tesoro se convertía en las hojas muertas de la vanidad humana al llegar la fría luz del día. Un ejemplo de la ambivalencia del simbolismo de las gemas es la creencia oriental de que las piedras preciosas se formaron con la saliva de las serpientes, lo cual representa a la vez el veneno y la sabiduría espiritual.

En muchas tradiciones orientales y occidentales se creía que el oro y la plata eran solidificaciones de la energía solar y la lunar respectivamente. El oro es inalterable, al igual que el sol, mientras la plata está sujeta a imperfecciones, como la cara de la luna.

El lapislázuli
Particularmente apreciado como marca del favor divino, del éxito y del talento, el lapislázuli también se asocia con el amor desinteresado y la compasión. Para los chinos, esta piedra simbolizaba la visión y el poder de curar las enfermedades de los ojos. En las antiguas civilizaciones de Mesopotamia, el lapislázuli representaba el firmamento y se utilizaba para decorar los techos de los templos.

El ágata
Símbolo de éxito mundano y de felicidad, el ágata también atrae la simpatía hacia su portador. El ágata negra representa el valor, la prosperidad y el vigor, y la roja la salud, la longevidad y la espiritualidad.

La perla
Debido a su brillo y a su palidez, la perla tiene asociaciones lunares, es decir, femeninas. Su origen marino y su procedencia de la concha de una ostra han llevado a asociarla con el saber oculto y la sabiduría esotérica. También simbolizan la paciencia, la pureza y la paz, y debido a su cualidad traslúcida pueden representar las lágrimas, de pena o de alegría.

El oro y la plata
Venerado por su incorruptibilidad, el oro es un símbolo casi universal del sol, de la iluminación divina, de la pureza, la masculinidad, la inmortalidad y la sabiduría. En el antiguo Egipto, era la presencia tangible de los dioses en lo natural. Para los aztecas el oro era el excremento del dios sol, y para los taoístas la esencia del cielo. La plata, símbolo femenino y lunar, representa la virginidad y la elocuencia. Si es pulida, la plata representa al alma limpia de pecado: es ambivalente sobre todo en el cristianismo, donde las monedas de plata simbolizaban la traición a Jesucristo.

El jade
Es la más preciosa de todas las piedras para los chinos, para quienes simboliza la perfección, la inmortalidad y los poderes mágicos encarnados por el emperador: el cielo solía representarse como un disco de jade perforado. A cada color de jade se le atribuían poderes mágicos, pero el verde manzana era el más preciado de todos ya que se creía que confería a quien lo llevase el poder de levitar.

El rubí
Esta gema simboliza la realeza, el poder y la pasión. Debido a su color rojo profundo, el rubí se asociaba con el planeta Marte. Algunos lo consideraban curativo de los trastornos mentales.

La esmeralda
Símbolo de la fertilidad y de la lluvia (por su color verde), los alquimistas asociaban a la esmeralda con la sabiduría, y los cristianos con la fe. En astrología se la vincula al planeta Júpiter.

El diamante
El más duro de todos los elementos, el diamante se asocia con la permanencia y la incorruptibilidad. También simboliza el sol y la luz, y en algunos textos cristianos antiguos representa a Jesucristo.

El zafiro
El zafiro simboliza el azul del cielo y las virtudes celestiales: la verdad, la contemplación y la castidad.
Los alquimistas creían que podía curar las picaduras de animales venenosos.

El sol, la luna y las estrellas

Para los pueblos antiguos, el cielo era una pantalla en la que proyectaban sus especulaciones más profundas y sus necesidades espirituales. Como fuente principal de luz y calor, el sol se combinaba con la lluvia para crear y preservar la vida. Su energía activa y creadora se tenía por un atributo masculino, y debido a su alta posición en los cielos y a la claridad de su luz, se consideraba que el sol lo veía todo, y era venerado como un dios (principalmente masculino) en gran número de civilizaciones. Para los incas, el sol era un ancestro divino, cuyos templos eran profusamente decorados con oro, el color con el que el sol estaba estrechamente asociado. Incluso en la cristiandad el sol se veía como un símbolo digno de Dios, ya que representa la imparcialidad con que derrama sus bienes para todos los pueblos («Hizo el sol para que brillara sobre los malos y los buenos»).

Para los hindúes, el sol simboliza el yo más elevado de la humanidad, y los *Upanishads* (textos hindúes) hablan del alma ascendiendo tras la muerte por los rayos del sol hasta el propio astro, «una puerta para el mundo, una entrada para los sabios, un obstáculo para los ignorantes».

La luna suele considerarse femenina, debido en parte a la correspondencia entre el mes lunar y el ciclo menstrual. Cambiando constantemente de una fase a otra y variando su posición en el cielo, la luna es de carácter caprichoso, pero a su vez simboliza la resurrección, la inmortalidad y la naturaleza cíclica de todas las cosas. Representa el poder del lado oscuro y misterioso de la naturaleza, y la diosa de la luna era percibida casi universalmente como tejedora del destino y controladora del sino de cada uno, al igual que controla las mareas, el tiempo, la lluvia y las estaciones.

Mientras que el sol y la luna simbolizaban a los dioses principales, las estrellas encarnaban a los de menor importancia, cuya influencia en el destino humano era más remota. La luna como reina de los cielos suele representarse rodeada de estrellas para simbolizar la obediencia que le rinden las demás fuerzas de la naturaleza.

La sombrilla budista
El sol posee un aspecto violento y destructivo, que puede resecar la tierra y destruir hombres y cosechas. En el budismo, las personas de alto rango eran protegidas del sol por parasoles, con lo que se convirtieron en símbolos de la majestad de los budas y bodhisattvas. La sombrilla también llegó a representar por una parte al sol (sus varillas son los rayos, y su mango el eje del mundo) y por otra la protección contra el daño.

El disco solar alado
El disco solar alado simboliza la majestad del dios del sol de los egipcios Ra, señor no sólo del sol sino de los cielos. Reconocido como creador del mundo, Ra era venerado por los faraones, que se consideraban sus hijos. Ra residía en la antigua ciudad de Heliópolis, donde era reverenciado bajo la forma de un obelisco, que según se creía era un rayo de sol petrificado.

El Carro (la Osa Mayor)
Los antiguos astrónomos veían un significado en la aparente agrupación de las estrellas (las constelaciones) y distinguían en ellas formas de hombres, de dioses y de objetos. A la constelación del Carro se le atribuyó la representación de la energía que rompió la unidad primigenia de la existencia formando el mundo diversificado de la creación.

La aurora
Aunque el sol tiene correspondencias masculinas, la aurora suele verse como elemento femenino, y en la mitología griega era personificada por Eos (Aurora), hermana del dios del sol, Helios, y de la diosa de la luna, Selene. Suele representársela elevándose del mar o recorriendo el cielo en un carro de caballos. En el budismo, la aurora simboliza la clara luz del vacío (la realidad fundamental) que se vislumbra en el momento de la muerte y que al seguirla nos conduce al nirvana (el éxtasis supremo). En muchas culturas, el sol naciente es un símbolo de esperanza y de renovación.

El cometa
Los cometas tienen tradicionalmente connotaciones negativas. Se veían como manifestaciones de la ira de los dioses del sol o como provocadores de desastres, guerra y pestes. En tanto que fuerzas destructivas, se les consideraba perturbadores de la armonía de la naturaleza.

La luna llena
La luna llena muestra las manchas que son signo de decadencia de todas las cosas cíclicas. La luna llena también refleja los significados simbólicos del círculo, que son plenitud, totalidad y realización.

La luna creciente
Cuando es creciente, la luna simboliza la creatividad, la regeneración, la fertilidad femenina y el embarazo. En las culturas europeas existía la creencia de que sembrar la simiente ayudaba a la germinación.

La luna nueva
Símbolo de ascensión desde el inframundo (los tres días de la luna oscura). La media luna es un atributo de Isis, la Gran Madre de los egipcios, y según la iconografía cristiana, de la Virgen María.

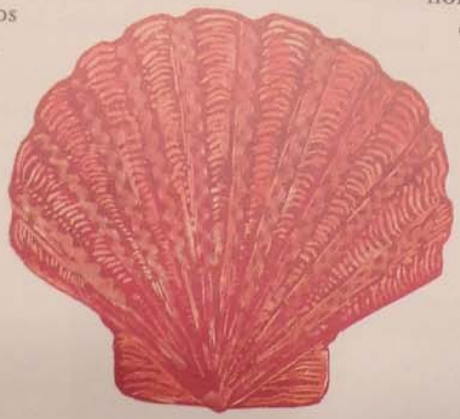
Símbolos humanos y espirituales

La mayoría de las tradiciones esotéricas consideran la materia y el espíritu como dos opuestos que sólo se unen en el género humano. El espíritu humano se considera un fragmento de la energía universal, el principio divino: define la relación especial de la humanidad con Dios y diferencia al ser humano del animal. Las diferentes culturas ven la relación concreta entre el cuerpo y el espíritu humanos de forma muy distinta, y la forma en que esos opuestos se reconcilian se refleja en todos los aspectos de la vida.

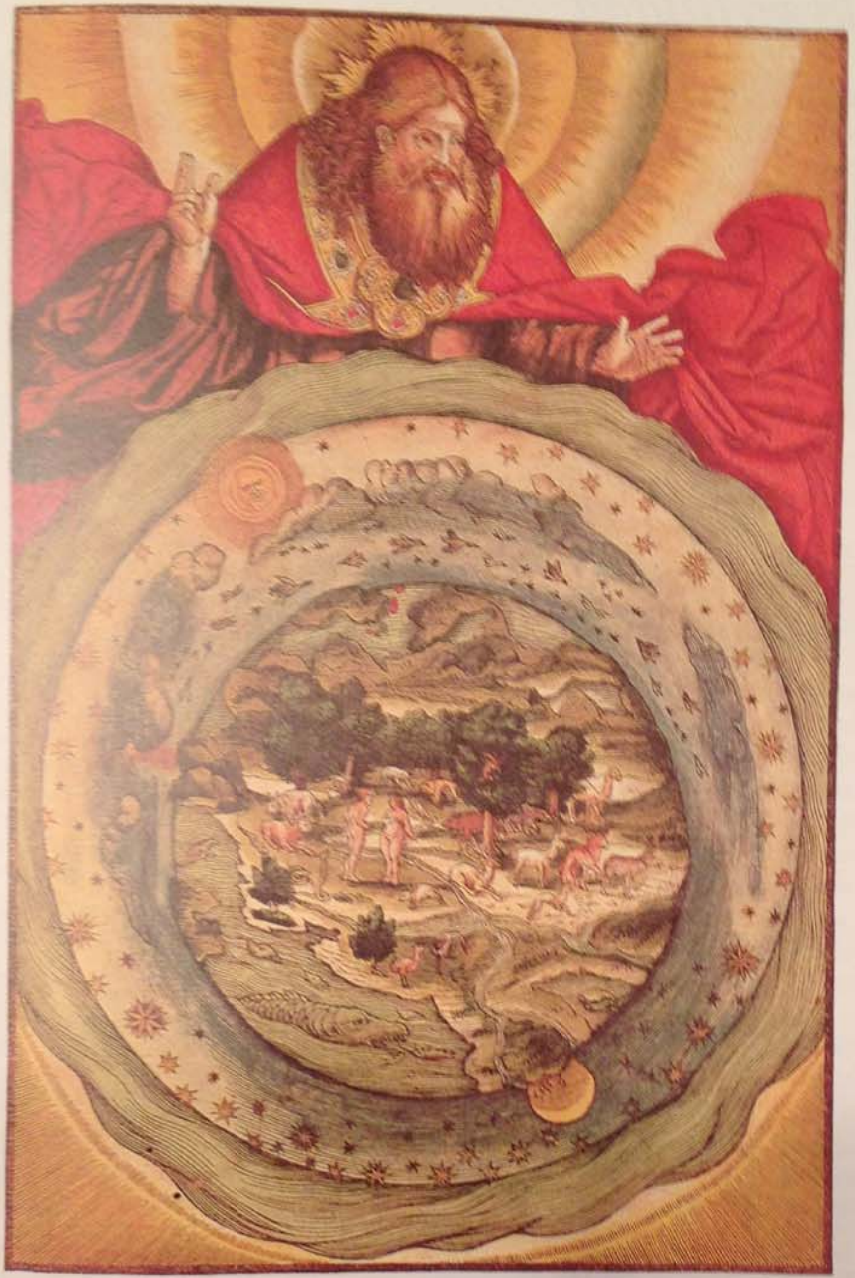
La teología cristiana tradicional enfatiza la división entre la espiritualidad y lo físico: el cuerpo no es más que el vehículo del alma (o del espíritu), que representa a la persona «verdadera». El alma es un don inmortal de Dios, y sólo está unida al cuerpo temporalmente, mientras dura la vida.

Los sistemas de creencias orientales y ocultos, en cambio, enfatizan la interacción entre el cuerpo y el espíritu. La división entre estos opuestos es salvada por cierto número de estados transitorios (o planos de energía): a esos niveles intermedios se refieren los textos hindúes, tales como el *Bhagavadgita*, y corresponden a las *séfiras* del árbol cabalístico de la vida (véase p. 153). Es en esos planos donde se manifiesta la humanidad, y la esencia de la humanidad —el alma— es un producto tanto del espíritu como de la materia. No es sorprendente, pues, que las tradiciones orientales le hayan conferido a zonas concretas del cuerpo un significado espiritual especial. Ciertas formas de hinduismo y de budismo reconocen en el cuerpo ciertos puntos focales o chakras (véase p. 182), en que la energía espiritual y la física se influyen mutuamente. De la misma manera, los acupuntores chinos pueden manipular la fuerza vital (conocida como *chi*) que, según se cree, fluye por el cuerpo por caminos específicos (los meridianos), insertando agujas o aplicando presión en ciertos puntos. El énfasis en la preparación física para perseguir metas espirituales también se evidencia en el yoga, un sistema de filosofía hindú.

Gran parte del simbolismo del cuerpo es común a Oriente y a Occidente. Por ejemplo, la creencia de que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios se refleja en las descripciones del hombre como microcosmos, y en la construcción de las iglesias cristianas y los templos hindúes, ya que ambos reproducen, cada uno a su manera, la forma del cuerpo humano (véase p. 76).



La venera
Al evocar la imagen de la vulva, la venera simboliza el principio femenino, la pasión sexual, el matrimonio y la fertilidad.



La creación
La última etapa de la creación, la creación del hombre, era un tema popular en el arte cristiano medieval. Los mitos de la creación son quizá los más importantes de todas las culturas porque establecen la relación de la humanidad con los dioses y con el cosmos y son, por tanto, la raíz de todos los demás mitos y creencias.

El sexo y la fertilidad

Para los antiguos, la sexualidad no era un mero fenómeno físico, una fuente de placer y una forma de reproducirse las especies. La unión de las energías masculina y femenina para producir la vida era simbólica en todos los actos de la creación, incluida la fertilización de la tierra, e incluso representaba la propia creación.

En el culto indio a Tantra (véase p. 180), la visión del cosmos se basaba en la unión del principio masculino (Siva, a menudo representado por el *linga*) con el femenino (Shakti, simbolizada por la *yoni*, o vulva). Simbolizando esta unión mediante la relación sexual, el practicante podía alcanzar un estado de iluminación extática.

Los símbolos sexuales explícitos también aparecen en el arte y la mitología de las civilizaciones europeas precristianas, aunque están más ligados a la fertilidad o al placer obsceno que a la iluminación espiritual. Por ejemplo, en la antigua Grecia, Príapo, el dios de la fertilidad y la potencia sexual, era representado como la caricatura de un hombre con un enorme falo: en su honor se sacrificaban asnos, símbolos de la lujuria. Su contrapartida femenina, Baubo, que en la mitología griega era la sirviente de la diosa Démeter, era igualmente grotesca, y aparecía como una cara sobre una enorme vulva. Era una figura más bien cómica, representada a veces cabalgando sobre un cerdo. En el mundo céltico, los dioses masculinos solían mostrarse con un falo agrandado o un triple falo para enfatizar su virilidad y su facultad de fortalecer la fertilidad.

El mundo natural es una rica fuente de símbolos de fertilidad: animales fecundos, tales como la liebre, la rana, la tortuga y la langosta, representan la regeneración. El huevo, que a la vez contiene el potencial de una nueva vida y evoca los testículos, representa la continuidad de la vida. En la tradición cristiana, el huevo se asocia con la Pascua, el momento del nuevo crecimiento y de la Resurrección de Cristo, y en las mitologías del Japón, la India, la Polinesia y Escandinavia, se afirma que el mundo mismo se originó en un huevo primigenio.

La muñeca de paja
Modelada con paja y espigas de trigo, la muñeca de paja la utilizaban como talismán de la fertilidad las mujeres que deseaban el embarazo.

Artemisa
Artemisa (Diana para los romanos) era la diosa de la tierra, de la naturaleza, de la fertilidad y del alumbramiento. Simboliza la naturaleza en sus aspectos, benévolos y crueles.

La cornucopia
El cuerno de la abundancia simboliza la unión del macho y la hembra, ya que es a la vez fálico y hueco. En la mitología griega, la cornucopia pertenecía a Amaltea, la ninfa que adoptó la forma de una cabra y que cuidó a Zeus cuando niño.

El mayo
Los rituales de fertilidad de la primavera comprenden en muchas culturas, desde la europea hasta las de Norteamérica, danzas alrededor de un mástil decorado: un símbolo fálico que representa el despertar anual de la naturaleza. A un nivel más profundo, el mayo simboliza el eje del mundo, un soporte que mantiene el cielo alzado, y a través del cual se puede alcanzar el reino de los dioses.

El pastel de bodas
La fiesta y el pastel de bodas simbolizan el vínculo (enfatizado por la psicología freudiana) entre la comida y la sexualidad; también representan el pacto de paz (el partir el pan) entre las dos familias unidas por el matrimonio.

El linga
Símbolo fálico de la energía masculina creativa encarnada por el dios hindú Siva, el linga representa la regeneración, y, asociado con la yoni (símbolo de la vulva, generalmente representado como un anillo en la base del linga), la unión de los dos sexos.

El gigante fálico
En gran parte de Europa, así como en las islas del Pacífico, se esculpían en madera y en piedra, y en los flancos de las colinas, efigies de gigantes y de espíritus de la naturaleza con falos erectos. Representaban la fertilidad y el poder masculino creativo que encierra el universo.

El cuerpo, la juventud y la senectud

Para el Jacques de Shakespeare en *A vuestro gusto*, la vida humana se dividía en siete etapas: la indefensión («el bebé, lloriqueando y vomitando en los brazos de su niñera»), la opresión («el escolar con sus gimoteos»), la locura («el enamorado que suspira como un horno»), el falso orgullo («cuando se anhela una ampulosa reputación»), la complacencia («la justicia, con su panza prominente»), la ineficacia («las calzas torcidas y caídas») y la decadencia y la disolución («el retorno a la infancia y el puro olvido»). La mayoría de las culturas interpretan menos cínicamente el paso de las personas por la vida, y reconocen tres fases en el desarrollo humano: la infancia y adolescencia, la madurez y la vejez.

La alegría de la infancia la simboliza en el hinduismo Krisna retozando con las lecheras, en el cristianismo el niño Jesús haciendo preguntas a los sabios del templo, y en el antiguo Egipto el niño Horus (en la forma de Harpocrates, dios del silencio), que escucha la voz del universo. Los logros y los deberes de la edad adulta se encarnan en san Jorge y en Jesucristo, y en la mitología griega en Teseo, que mató al Minotauro para impedir el sacrificio de jóvenes vidas. La sabiduría de la edad avanzada se expresa simbólicamente en el dios griego Saturno, que gobernaba el universo durante la Edad de Oro, y en las descripciones cristianas de Dios como padre y como anciano. En la mayoría de las tradiciones orientales, la juventud y la vejez se consideran dos aspectos complementarios —la inocencia y la sabiduría— de una sola realidad.

En muchas culturas el cuerpo humano es un símbolo del alma que mora en él. Los antiguos egipcios momificaban el cuerpo para que el alma que lo abandonaba pudiese utilizarlo como contacto con el mundo de las formas. Los budistas, los hindúes y los cristianos medievales reverenciaban los restos físicos de los santos fallecidos. Los indígenas norteamericanos y los chamanes de Siberia son simbólicamente despedazados miembro a miembro en su viaje interior de iniciación, con el fin de revivir como una nueva unidad. Pero el cuerpo es simbólicamente ambivalente. Aunque sagrado, también es profano, porque comparte los apetitos carnales del mundo animal. En muchas tradiciones de Occidente y del Oriente Medio el cuerpo femenino en especial ha sido un símbolo de depravación, debido a su poder de distraer al puro y al fuerte de su propósito, y la figura de la tentadora aparece en numerosos mitos, desde las sirenas de la antigua Grecia hasta la teutónica Lorelei (espíritus del agua cuyos cantos arrastraban a los hombres a la muerte).

Vestidos y adornos
Mientras que la desnudez simboliza la inocencia y la liberación de los vicios terrenales, las vestiduras son algo más ambivalente. La capa evoca el secreto y los poderes mágicos, mientras las ropas finas connotan autoridad y privilegio, así como necedad y orgullo. Este último significado es el que se desprende de esta talla en madera del siglo XVIII, que representa la vanidad y las actitudes mundanas.

Las joyas
Llevar joyas puede verse como la pretensión de superar la obra de Dios, y tiene connotaciones negativas. Sin embargo, cada joya posee su propio sentido, generalmente positivo (véase p. 118).

El medallón guardapelo
El pelo, que sigue creciendo ligeramente después de la muerte, simboliza la fuerza vital y la fortaleza de las personas: llevar el pelo de la persona amada en un medallón es una intensa expresión de lealtad a su memoria.

El juicio de Paris
En la boda de la diosa griega Tetis, Eris (la discordia) ofreció una manzana de oro como recompensa para la mujer más bella entre las presentes. Las diosas Hera, Atenea y Afrodita reclamaron todas ellas el premio. Zeus designó a Paris, el hijo de Príamo (rey de Troya) como juez de ese concurso de belleza. Paris eligió a Afrodita, que le prometió recompensarle con el amor de cualquier mujer que eligiese, y describió la belleza de Elena, la hija del rey de Esparta. Paris raptó a Elena, llevándosela a Troya, acción que desencadenó la guerra de Troya, en la que Paris murió. El mito expresa la idea de que la belleza física, aunque seduzca, puede ser destructiva.

La mano
La mano derecha suele asociarse con la rectitud y la izquierda con la malicia. Los gestos de la mano poseen su significado específico: los pulgares hacia arriba solían representar originalmente la virilidad. Los hindúes y los budistas utilizan un sistema de más de quinientos gestos, o *mudras*, en los rituales y la danza.

El pie y su huella
Los pies representan la estabilidad y la libertad. Se creía que podían captar energía del suelo. Las muescas en las rocas se consideraban las huellas de los dioses. Las huellas de Buda *(arriba)* muestran símbolos de la divinidad: siguiendo sus pasos, la humanidad puede alcanzar la iluminación.

El corazón
El corazón es el símbolo fundamental de la sinceridad, el amor y la compasión, y también representa el centro de las cosas. Atravesado por una flecha, y rematado por una cruz o coronado de espinas, es el símbolo de los santos, mientras que un corazón con alas o en el pecho desnudo simboliza a Jesucristo.

El esqueleto
El esqueleto suele representar la mortalidad y la vanidad de las aspiraciones humanas, pero también puede evocar la renuncia ascética a las comodidades físicas. Según el simbolismo de la alquimia, el esqueleto se equipara al *nigredo* (véase p. 149), la etapa de la muerte que precede a la resurrección.

El Padre Tiempo
Símbolo de la impermanencia de los esfuerzos humanos, el Padre Tiempo se asocia con Cronos, el dios griego de la agricultura, de la que adquirió el atributo de la guadaña. También suele representarse con un reloj de arena.

El bien y el mal

El bien y el mal, dos fuerzas antagónicas tan extendidas como el universo, están característicamente representados por dos opuestos irreconciliables: la belleza y la fealdad, el valor y la cobardía, y así sucesivamente. Según el simbolismo cristiano, pocos eligen el camino recto y estrecho que conduce a la vida eterna, y la mayoría sigue el camino más ancho hacia la perdición. El bien y el mal están encarnados en la Santa Trinidad y en Satanás, el padre de la mentira (que a veces es representado con tres caras para hacer más explícita la comparación entre ambos). En muchas culturas, las recompensas a largo plazo para la bondad son simbolizadas como tesoros que vale la pena perseguir, mientras que los castigos que acompañan al mal son verdaderamente espantosos. La idea oriental del karma es menos categórica en su juicio, ya que permite incontables oportunidades para la redención. Toda acción humana es una causa que provoca un efecto equivalente, en esta vida, en la otra o en otra encarnación en este mundo. No existe escapatoria a esta ley, ya que pertenece al orden natural al mismo título que la senectud o la gravedad.

Sin embargo, muchas de las grandes tradiciones esotéricas rechazan la idea del bien y el mal como opuestos y enseñan que cada acción contiene elementos de ambos. Por ejemplo, al cultivar la tierra una persona puede perturbar el equilibrio de la naturaleza, o salvando una vida puede liberar a alguien que seguirá destruyendo otras. A la inversa, un médico puede infligir dolor para curar una herida, o un soldado puede acabar con una vida para salvar cientos de otras vidas. La existencia diaria depende de la muerte de plantas y animales, sin los cuales no habría vida. Así pues, el bien y el mal no están en conflicto, y de hecho dependen el uno del otro. Esta noción se expresa claramente en el símbolo del tai chi.

El Tai Chi (Yin Yang)
Este antiguo símbolo oriental representa el equilibrio entre las fuerzas opuestas necesarias para producir el mundo de las formas. Cada uno lleva dentro de sí la semilla del otro. Masculino y femenino, derecha e izquierda, el bien y el mal, dependen de sus opuestos para tener su propia expresión.

El demonio
La palabra griega *daimon* (más tarde *daemon*) significaba originalmente dios, antes de degenerar para representar primero un espíritu de la naturaleza y luego un diablo del infierno. Ahora simboliza una fuerza activa del mal, que puede corromper la conducta humana al servicio de su amo Satanás.

El arcángel
Surgidos inicialmente en las religiones occidentales, los arcángeles representan aspectos de la energía divina. En el cristianismo, los arcángeles Miguel, Rafael, Uriel y Gabriel llevan una espada, un bastón de peregrino, un libro y un lirio respectivamente, que simbolizan el juicio divino, la protección, la sabiduría y la clemencia.

El fraile
Los que practican la vida monástica simbolizan la devoción, la austeridad y el retiro del mundo para llevar una vida dedicada al progreso espiritual. El fraile también representa curación (la atención hospitalaria se ofreció inicialmente en los monasterios), refugio de viajeros, erudición y trabajo disciplinado.

Halos, máscaras y sombras

El halo o aureola se conoce sobre todo por su presencia en la iconografía cristiana a partir del siglo II, pero se utilizó como signo de divinidad o santidad mucho antes, y apareció en el arte de la antigua Grecia y de Oriente. Puede representar el aura, el campo de energía que según algunos rodea al cuerpo humano; o puede representar al sol y, por tanto, los rayos divinos que emanan del individuo.

Negativamente relacionada con el halo está la sombra, el aspecto de la humanidad que interrumpe el fluir de la luz desde el cielo hasta la tierra. Es un símbolo de nuestra naturaleza material, de la densidad de la forma como opuesta a la transparencia del espíritu. La máscara puede representar la cara pública y artificial que oculta la verdadera naturaleza de la persona: es decir, un papel más que una realidad. En cambio, en el chamanismo y en el budismo tibetano se cree que la máscara puede ayudar al individuo a ir más allá de los papeles y a renunciar al ego, al permitir a los espíritus, a los animales benéficos o incluso a los dioses entrar y actuar dentro de su persona.

El halo
Símbolo del resplandor divino, de la sabiduría de los dioses y de la emanación de la fuerza vital de la cabeza. En el arte cristiano, el halo suele ser redondo y de color blanco o dorado. En la Iglesia ortodoxa occidental, el halo de Jesucristo suele llevar incorporada una cruz.

La sombra
La sombra es el signo de la materialidad y se pensaba que los espíritus podían ser reconocidos por carecer de ella. En términos jungianos, la sombra es la parte reprimida o mal conocida de uno mismo.

Variantes del halo
En algunas tradiciones, el halo cuadrado o hexagonal indica que su dueño sigue vivo, mientras que el redondo evoca al santo ya fallecido. El halo de Dios Padre suele ser triangular o en forma de diamante.

La mandorla
La mandorla (vocablo italiano que significa «almendra») oval es una variante del halo que rodea todo el cuerpo de una persona santa. Simboliza el poder así como la espiritualidad, y aparece con frecuencia rodeando el cuerpo de Cristo en las pinturas que representan la Ascensión.

La máscara

Las máscaras sugieren ocultación o transformación. Se utilizaban para poner a su portador en estrecho contacto con las deidades, los espíritus y el saber instintivo de los animales. En Oriente, la máscara se considera un símbolo de la gran ilusión de la existencia: la palabra misma es *maya*, la máscara de Dios. En el teatro griego y en el teatro japonés Noh, las máscaras señalan las cualidades individuales de los personajes correspondientes y permiten a los espectadores identificarse con ellos al despersonalizar a los actores.

Dioses y diosas

Algunos textos antiguos, tales como los *Rig Vedas* hindúes (algunos de los cuales datan de alrededor del año 1000 a.C.), indican que los antiguos tenían una apreciación sofisticada de las fuerzas de energía que aparecían para crear y sustentar la vida. Sin embargo, el origen de esas fuerzas estaba más allá de toda descripción o comprensión, por lo que era natural que la gente presentara una imagen racionalizada y simbólica de las realidades fundamentales. En términos psicológicos, los primeros pueblos proyectaron hacia fuera el arquetipo (véase p. 13) de poderes superiores, y así surgió el concepto de dioses: seres agraciados con todas las cualidades a las que la gente aspiraba en su propia vida. En muchas culturas, los dioses proliferaban, simbolizando cada uno de ellos un aspecto concreto de la naturaleza (el trueno, el mar, el fuego, la guerra) o un atributo humano en particular (la compasión, la belleza, la sabiduría). En las formas más sofisticadas de la religión los dioses individuales eran subordinados, o componentes, de un poder esencial superior simbolizado según los casos como el sol, o como el dios del cielo, o menos concretamente, como un infinito potencial o vacío.

Esto no quiere decir que se reduzca a los dioses a meras quimeras debidas a la fecunda imaginación de la humanidad. Se puede argüir que el poder que creó y sustentó el universo se revela de hecho a la humanidad en formas simbólicas adecuadas a la capacidad de comprensión del ser humano, y los dioses son, por ello, una síntesis entre la energía divina y las limitaciones del pensamiento humano.

Jung creía que la psique humana tenía una «función religiosa natural», una necesidad de darle una expresión consciente a unos arquetipos subconscientes. Este deseo, tan potente como la sexualidad o la agresividad, puede explicar las vastas energías canalizadas para construir templos y catedrales, para combatir en las guerras de religión y convertir a fieles de otras fes. Jung argumentaba que los intentos por reprimir esas necesidades (en el transcurso de la vida, cuando las ambiciones de la juventud ya no proporcionan suficiente motivación) pueden provocar inestabilidad o crisis psicológicas.

El Dios Padre
En el arte cristiano, que refleja las actitudes de sociedades predominantemente patriarcales, Dios suele representarse bajo la figura de un padre sabio con una larga barba blanca (símbolo de dignidad). Antes del siglo XV, tales imágenes eran raras, y las pinturas de sucesos bíblicos solían mostrar a Dios bajo la forma de Cristo, reconocible por su halo cruciforme. El islam prohíbe la representación directa de Alá, para evitar conceptos falsos que pueden a la larga obstaculizar la fe.

יהוה

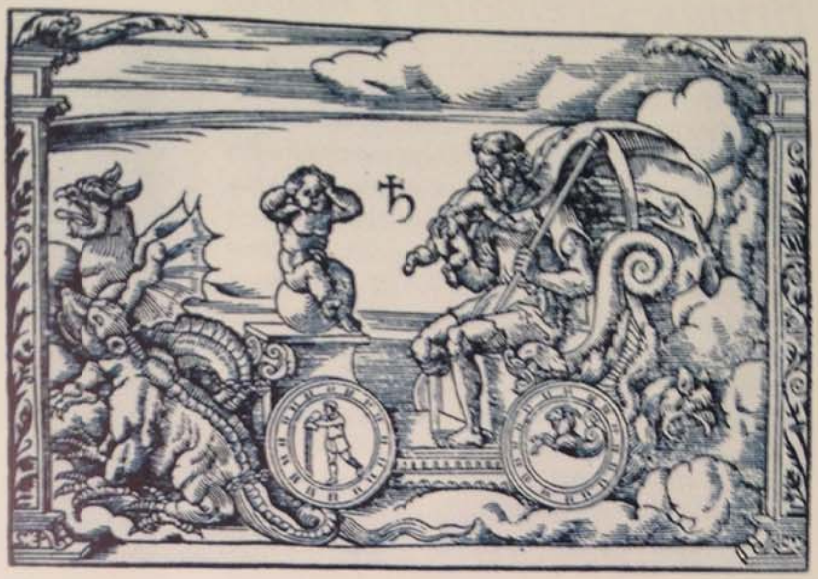
El tetragrama
El nombre de Dios revelado a Moisés mediante las cuatro letras hebreas YHWH se conoce como tetragrama. Esta palabra sagrada deriva según se cree de la afirmación de Dios en el Éxodo: «Yo soy el que soy.»

Kuan Yin
Símbolo chino de la pureza y la sabiduría divinas. Los budistas ven a Kuan Yin como la forma femenina de Avalokiteshvara, el bodhisattva de mil brazos que representa la compasión infinita.

Durga
En la simbología hindú, las energías creativas masculina y femenina siempre están en equilibrio. Por tanto, cada dios o diosa tiene su consorte, igual de importante que él o ella. Durga, la consorte de Siva, es la madre divina del universo, la destructora del mal (en cuyo papel se identifica a veces con Kali), y el símbolo de la perspicacia, la discriminación, la devoción y el éxtasis. A menudo se la representa con diez brazos (símbolo de majestad y de fuerza) y cabalgando sobre un león (poder espiritual).

Quetzalcóatl
Es la Serpiente Emplumada, el dios supremo azteca del viento y del oeste. A menudo asociado por los europeos con los sacrificios humanos, Quetzalcóatl era en realidad un símbolo de bondad, sabiduría y creación de leyes; era el responsable de conquistar a la devoradora serpiente de tierra y volver el mundo habitable. Los sacrificios humanos no eran ofrecidos al propio Quetzalcóatl, sino para apaciguar a la serpiente de tierra, que seguía reclamando sangre.

Saturno
Dios romano de la semilla, la agricultura y la abundancia (equiparado al dios griego Cronos), Saturno gobernaba la tierra en la Edad de Oro: la mítica época paradisíaca que siguió a la creación. Sus festivales, las Saturnalias, celebraciones del solsticio de invierno, eran un período de libertad y de indulgencia, y según se cree fueron el origen de las celebraciones occidentales de la Navidad.



Siva
Una de las tres principales deidades hindúes, señor de la danza cósmica, Siva destruye para que la vida pueda renovarse. En una de sus cuatro manos lleva la llama que consume y en otra la sonaja cuyo sonido inspira la creación. Su tercera mano está extendida en señal de valentía, mientras la cuarta señala al enano de la ignorancia bajo sus pies.

Brujas, sacerdotes y magos

Respetados o vilipendiados, aquellos que estaban familiarizados con los secretos internos de la verdadera sabiduría siempre han ocupado un lugar especial en la sociedad. La idea de la brujería es antigua y extensa, existente en las tradiciones de Europa, de África y de Norteamérica, y según los antropólogos responden a un propósito social bien definido. Poseída por espíritus supuestamente destructivos o malignos, la bruja es de hecho un chivo expiatorio al que se le puede culpar de las calamidades y de los conflictos sociales. Con el advenimiento del cristianismo, las brujas fueron consideradas como instrumentos del diablo, y la invocación bíblica de «no permitir que viva una bruja» aún era tomada al pie de la letra en 1692, cuando diecinueve brujas convictas fueron ahorcadas en la colonia de Salem de la bahía de Massachusetts. Las brujas han sido muchas veces caracterizadas como seductoras o caníbales, o representadas como lechuzas, gatos y sapos en la creencia de que podían transformarse en esas criaturas de la noche.

En contraste con la bruja, el sacerdote generalmente ha simbolizado la utilización autorizada del saber interior, administrando la religión practicada o aprobada por los jefes de la comunidad. En el antiguo Egipto y en algunas culturas suramericanas, los sacerdotes eran también los reyes, y ocupaban su posición temporal gracias a sus poderes espirituales. En pocas culturas era el poder sacerdotal exclusivamente masculino: la energía femenina se consideraba simbólica del lado oculto y secreto de la naturaleza, y en muchas sociedades mediterráneas se creía que las mujeres estaban imbuidas de un mayor poder espiritual que los hombres. Esta creencia se expresaba mediante el culto muy extendido a las deidades femeninas, tales como Isis y Artemisa.

Los magos han ocupado tradicionalmente un lugar intermedio entre las brujas y los sacerdotes, ya que eran capaces de servir tanto al bien como al mal. Primordialmente ocupados en la magia ritual, en su forma más exaltada se preocupaban por elevar su conciencia hacia la comunión con lo divino y por lograr el control sobre las fuerzas de la naturaleza.

El mago
Los magos simbolizan los poderes mágicos del bien (los magos del camino derecho) o del mal (los del izquierdo), pero pueden representar la sabiduría que llega con la edad y la vida solitaria y dedicada al estudio.

La hechicera
Simboliza la destrucción y los poderes oscuros, y se representa como una mujer. En Occidente, suele ser una bruja montada en una escoba, pero en África es un ser grueso de tanto comer carne humana y con los ojos enrojecidos por sus correrías nocturnas.

El cielo y el infierno

Para los antiguos, el cielo era la morada natural de los dioses, que controlaban la luz del sol, la lluvia y demás fuerzas naturales de las que dependía la vida. Se pensaba que los dioses vivían en una bóveda sólida (o firmamento) por encima de la tierra, desde donde observaban y juzgaban las actividades de los mortales. Los cielos, o el cielo (ambas palabras se utilizan en la mayoría de las lenguas) eran, pues, el lugar obvio de recompensa tras una vida buena. Y como opuesto al cielo, el infierno —un oscuro mundo subterráneo— llegó a simbolizar el lugar de la penitencia y el justo castigo.

Las descripciones del cielo varían enormemente según las culturas. En muchas interpretaciones occidentales, el cielo es una simple destilación de los placeres terrenales. Los artistas cristianos solían representar el cielo como un hermoso jardín o vergel, y el paraíso escandinavo o Valhalla era un lugar de constantes festejos y libaciones. En la tradición inca y en la del antiguo Egipto, el cielo tenía una dimensión más espiritual, ya que era un lugar de paz interior y de liberación de los deseos carnales. Las visiones del infierno son igualmente diversas. El arte cristiano vio el infierno como la morada del Demonio guardada por Cerbero, el can de tres cabezas (recogido de la mitología griega) y contenía graves advertencias sobre los castigos infernales por pecados específicos: los fornicadores, por ejemplo, eran castigados con que los insectos y los sapos les devoraran los genitales. En la tradición islámica, los cuerpos de los pecadores se acrecentan para agravar sus sufrimientos en el infierno. Los antiguos griegos creían que el Hades, el inframundo, consistía en tres reinos: la llanura de Asfodelo, un mundo límbico en que las almas estaban destinadas a errar sin objeto; la llanura del Elíseo, que era el destino de unos cuantos afortunados, y el Tártaro, donde los malos eran castigados.

Las religiones orientales ponen generalmente más énfasis en la resurrección, y en la liberación final del ciclo del devenir que en conceptos finitos tales como el cielo y el infierno. En el budismo, por ejemplo, el cielo y el infierno aparecen como lugares en que uno se alivia de los méritos o deméritos que ha acumulado en esta vida antes de volver una vez más al mundo de la encarnación.

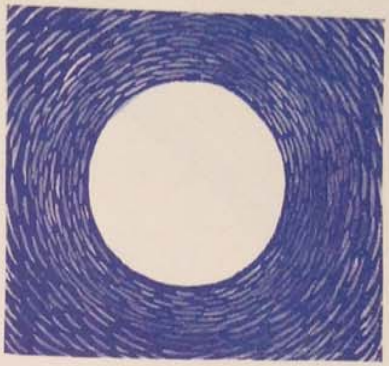
El paraíso
El paraíso se concibe como un lugar de paz, de luz y de belleza, que refleja la perfección primordial de la naturaleza. A veces representa al mismo cielo y a veces es una etapa en el camino que conduce a él. Puede ser representado como un jardín o, como en la tradición cristiana, como la Nueva Jerusalén.

Tsitigarbharaja
El concepto de infierno perpetuo está reñido con las enseñanzas budistas. El budismo personifica el amor duradero y la compasión en Tsitigarbharaja, el bodhisattva que desciende a los infiernos con el fin de enseñar y rescatar a los que allí sufren.

La escala de Jacob
En el Génesis, Jacob sueña con ángeles que suben y bajan por una escala entre el cielo y la tierra. La escala indica que la humanidad puede ascender a los cielos y que lo divino puede descender a la tierra, pero también sugiere que el vínculo entre ambos es inestable.

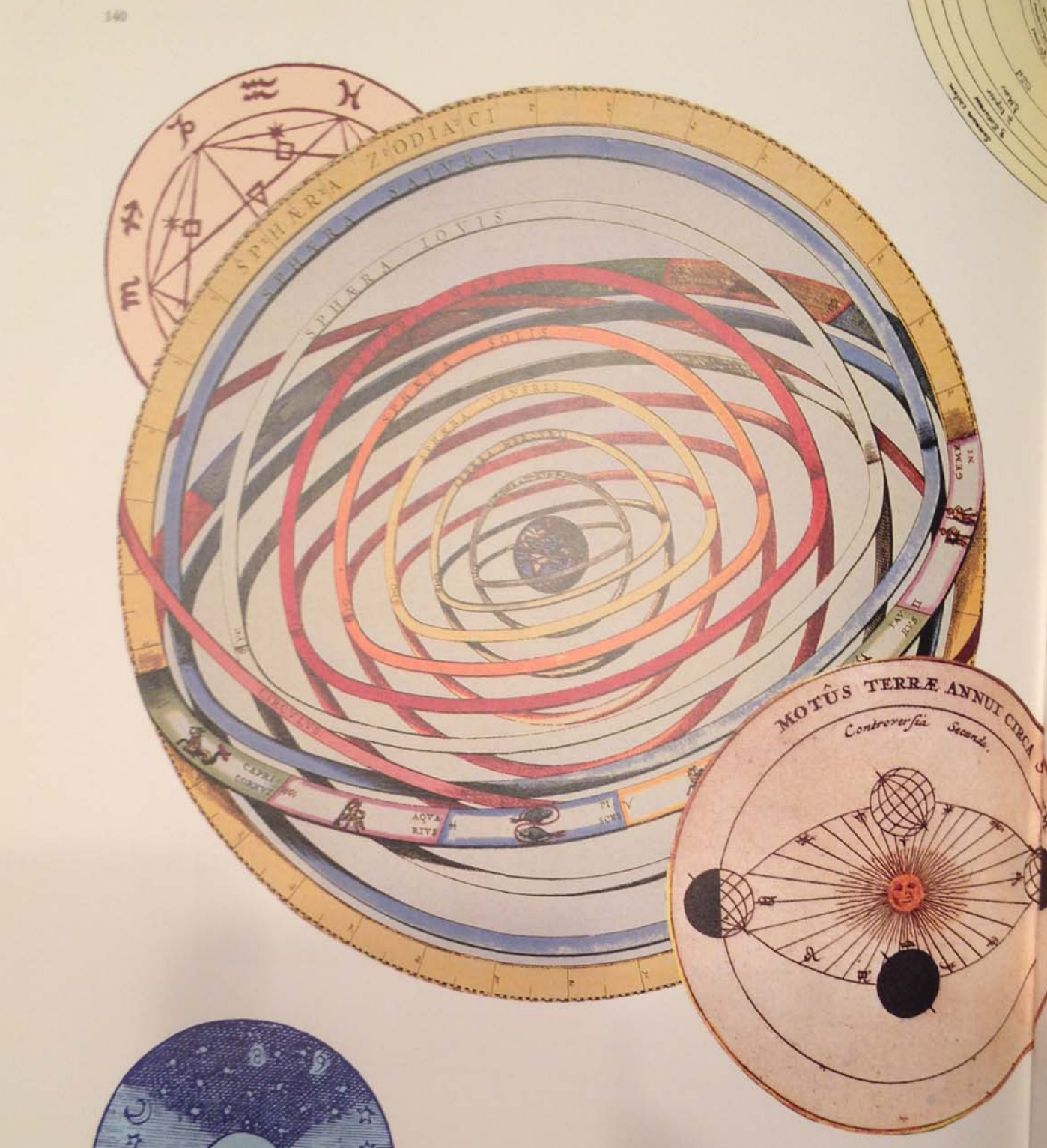
El infierno japonés
Según la visión japonesa del infierno, los pecadores son juzgados por Emma-o, señor del inframundo, que suele representarse con su bastón de mando. Tras el juicio, los pecadores son confinados a una de las dieciséis regiones de fuego o de hielo y sólo pueden ser salvados por los rezos de los vivos.

La espada de fuego
Cuando Adán y Eva fueron expulsados del Edén, Dios puso «una espada de fuego que apuntaba en todas direcciones» al este del jardín. Simboliza el sacrificio que ahora deben hacer quienes deseen volver a entrar en el jardín, la rendición del ego que se siente separado de Dios.



El nirvana
Aspiración suprema de los budistas, el nirvana está más allá de toda descripción: es la tranquilidad fundamental, la liberación de todas las limitaciones de la existencia, y se simboliza sólo bajo las formas más abstractas.

Caronte y el Estigio
La muerte siempre ha sido simbolizada por un viaje: el vuelo del alma hasta la corte de Osiris, la travesía del mar hasta las islas de los Bienaventurados, la cabalgata junto con las Valquirias hacia el Valhalla. Para los griegos, ese viaje se realizaba a por el río Estigio, conducidos por Caronte, el barquero espectral. Para pagar esa travesía, los muertos eran enterrados con monedas en la boca.


SPHÆRA ZODIACI
SPHÆRA SATURNI
SPHÆRA IOVIS
SPHÆRA SOLIS
SPHÆRA VENERIS
MOTÛS TERRÆ ANNUI CIRCA
Controverſia Secunda.

Sistemas de símbolos

En la extraordinaria riqueza y complejidad de los sistemas de símbolos tales como el tarot, la astrología y la cábala, vemos la creatividad humana en toda su extensión. Sin embargo, podemos también detectar algo más profundo que eso. La fascinación de los sistemas de símbolos reside en que están en consonancia con aspectos fundamentales de nuestra propia naturaleza y nos hablan de una sabiduría compartida cuyas verdades reconocemos pero no podemos nunca formular enteramente en palabras. Parece probable que los sistemas de símbolos fueron visualizados por gente que tenía un contacto más estrecho con las realidades profundas que el que tenemos hoy.

Un sistema de símbolos es nada más y nada menos que un mapa simbólico de la realidad. Representa la topografía del reino mental y emocional que se revela ante la mirada interior. Y al igual que una ciudad no se puede apreciar adecuadamente hasta que uno no se toma el tiempo y el espacio para estudiarla en todos sus detalles, de la misma manera un sistema de símbolos sólo puede revelar su pleno significado si nos familiarizamos con todos sus aspectos. Cada símbolo del sistema tiene un significado no sólo en sí mismo, sino también en relación a los otros símbolos. Como en una pieza orquestal compleja, el todo es mucho más que la suma de sus partes individuales.

El místico y filósofo greco-armenio George Ivanovitch Gurdjieff (1872-1949) sugirió que somos como gente que vive en casas hermosas pero que nunca se aventura más allá del sótano. La mente es en realidad análoga a una hermosa casa, y hasta que no exploremos esas partes situadas más allá de los pensamientos diarios, entonces, en un sentido muy real, seguiremos siendo extraños para nosotros mismos. El estudio de un sistema de símbolos puede proporcionar una clave para una mejor comprensión de nuestra propia mente y permitirnos vivir más plenamente dentro de ella.

Quienes desean orientarse en el mapa espiritual que ofrece un sistema de símbolos suelen descubrir que cierto sistema ejerce una mayor atracción que otros. En parte, esto se debe a factores culturales, pero el temperamento individual también juega su papel. Para una persona artís-

tica, o que tiene un sentido visual muy desarrollado, un sistema que utilice imágenes (tal como el tarot) puede ser el más atractivo. Una persona para quien el cuerpo tiene mayor importancia que el intelecto puede inclinarse por un sistema basado en los centros de energía del cuerpo (tal como el sistema yóguico oriental). Por otra parte, algunos sistemas de símbolos le exigen más al estudiante que otros. Por ejemplo, la iniciación a alguno de los sistemas ocultos es un proceso largo, en que las verdades internas que representan los símbolos mágicos se revelan paulatinamente al estudiante, para protegerle del daño psicológico que podría causarle una brusca liberación de energía psíquica. De la misma manera, los símbolos alquímicos son deliberadamente crípticos para probar la resolución y la motivación del aspirante.

Una nueva síntesis

Todos los grandes sistemas de símbolos intentan reflejar verdades paradójicas sobre la realidad fundamental en términos muy alejados de lenguaje de sentido común de todos los días. Comunican en un idioma especializado que les es propio, porque el lenguaje llano no es adecuado para penetrar más allá de la superficie de las cosas, por muy eficiente que pueda ser para los asuntos mundanos. Empobrecido por el uso, nuestro lenguaje común no puede iluminar las realidades más profundas. Además, la lógica racional es incapaz de desvelarnos las formas más importantes del conocimiento. En la edad moderna, debemos aprender a capturar de nuevo las verdades instintivas y precientíficas, las antiguas creencias que los sistemas espirituales de símbolos nos han transmitido.

El estudio paciente del sistema elegido refrescará nuestra mente, cuanto menos sugiriéndonos una forma alternativa de observar el mundo. Por supuesto, sería una locura volver la espalda a los descubrimientos de la ciencia. Pero en los noventa, la ciencia se está volviendo menos segura de sí misma, y con el desarrollo de nuevos campos tales como la mecánica cuántica estamos empezando a recuperar el antiguo sentido del misterio. La teoría cuántica afirma que podemos saber la posición de una partícula, y que podemos conocer su momentum, pero no alcanzar ambos a la vez: nuestro punto de vista limita la comprensión. Las teorías de Einstein, que nos asombró insistiendo en que el espacio es curvo, y que fue capaz de probarlo, ahora parecen perfectamente ortodoxas, incluso curiosas, para quienes están versados en los misterios modernos de la ciencia.

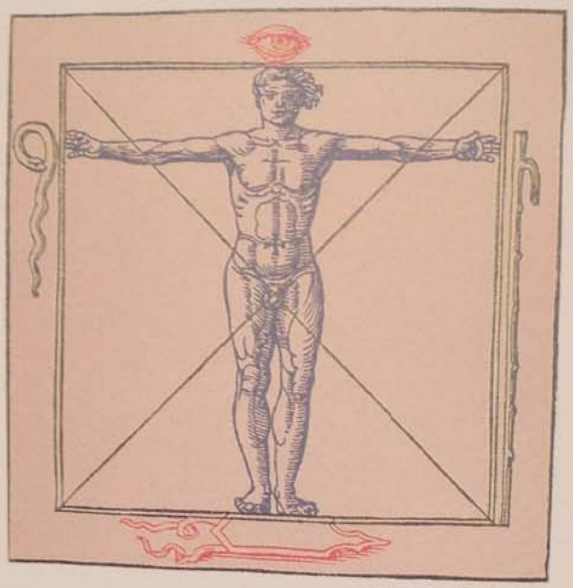
El mundo avanza hacia una síntesis de disciplinas, en que una ciencia informa a otra, hasta que las tradicionales distinciones de conocimientos se disuelvan. Debemos esperar que la sabiduría pasada y presente, las disciplinas materiales y espirituales, se apoyarán entre sí de la misma forma, y que el pasado arrojará una luz espiritual de gran alcance sobre el presente, como ya lo está haciendo para muchos de los que han desentrañado las complejidades del simbolismo tradicional y descifrado los significados ocultos contenidos en él.

Visnú como macrocosmos
Las representaciones del hombre como macrocosmos aparecen en numerosos sistemas de símbolos. En esta pintura hindú, el más amado y el más humano de los avatares de Visnú, Krisna, aparece como símbolo del mundo, conteniendo en su cuerpo a los hombres, los animales y los cielos. En sus cuatro manos sostiene sus atributos: el disco, la caracola, la flor de loto y la maza.

Sistemas ocultos

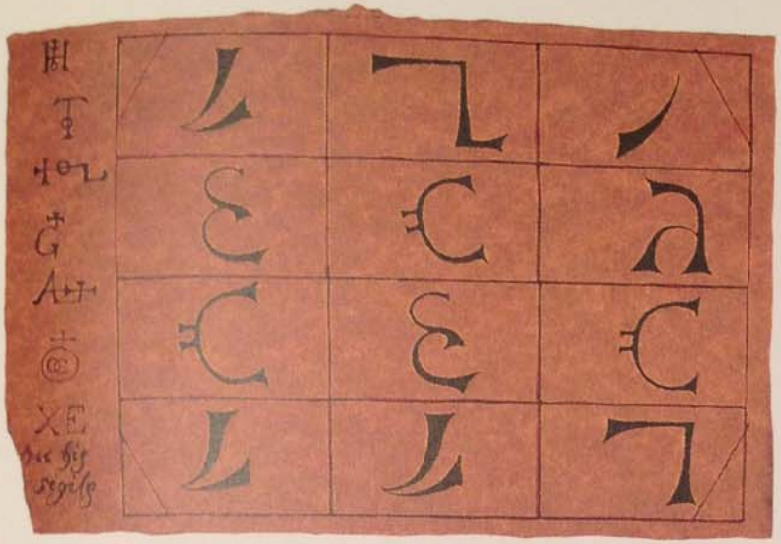
La palabra «oculto», que despierta cierto recelo en muchas mentes, significa simplemente «escondido». Un sistema oculto es un sistema de saber que sus practicantes deben mantener secreto. El hilo común que une los múltiples y variados sistemas de creencias ocultas es su utilización de mecanismos simbólicos para provocar un profundo cambio en la conciencia, que le permita al adepto descubrir verdades sobre su propia naturaleza y sobre la propia realidad.

Los orígenes del ocultismo en Occidente pueden remontarse a los textos de la *Hermetica*, que datan del siglo I al III d.C. Estas obras se presentan en forma de diálogos entre divinidades, entre las que se encuentra a menudo el dios griego Hermes Trismegisto. Encierran cierto número de conceptos que surgen más tarde a lo largo de la hitoria del ocultismo, tales como la dualidad de la materia y el espíritu, y la idea de que se puede alcanzar la salvación más bien a través del conocimiento que a través de la fe. La *Hermetica* describe a la humanidad como a un espíritu inmortal atrapado dentro de un cuerpo mortal, del que podemos lograr la liberación, y por ende la unión con Dios, mediante la comprensión de su verdadera naturaleza. Estos textos también comprenden el relato de cómo los antiguos conseguían dar vida a las estatuas de sus dioses reuniendo alrededor de éstas los emblemas de los dioses y mediante incantaciones de palabras secretas que les eran reveladas por la divinidad correspondiente.



Los *grimorios*, los «libros de recetas mágicas» de la Edad Media (siendo el más famoso de ellos *La llave de Salomón*), establecían un sistema en que el autoconocimiento y, por tanto, la plena evolución espiritual, podía lograrse mediante la utilización de símbolos para invocar a los espíritus. Una vez puestas sus vestiduras y reunidas sus armas mágicas, el practicante dibujaba en el suelo un símbolo complejo (una especie de mandala occidental) que representaba su cuerpo, su espíritu y su alma, y junto a éste una segunda forma triangular. Entonces se invocaba al espíritu para que penetrara en el triángulo y se confrontara con el mago: si éste no lograba dominarlo, el espíritu entraría en el mandala y lo destruiría. Este proceso se puede interpretar en un contexto psico-espiritual, donde los espíritus representan facetas del propio mago que deben ser conquistadas y comprendidas para desarrollar una personalidad plenamente integrada.

Otros sistemas ocultos posteriores, tales como la Orden Hermética del Alba Dorada (fundada en Londres en 1887), estaban fuertemente influenciados por las teorías de Eliphas Levi *(véase p. opuesta)*. Al igual que en muchos otros sistemas, había siete niveles de iniciación (el Neófito, el Celador, el Teórico, el Práctico, el Filósofo, el Adepto Menor y el Adepto Mayor). El adepto del nivel superior tenía tres tareas: la adivinación, la evocación y la invocación. En cada una de esas tareas el simbolismo jugaba un papel esencial. Para practicar la adivinación, el adepto solía utilizar sistemas de símbolos tales como el tarot o el I Ching. Para practicar la evocación, debía rodearse de símbolos del dios (o de ese aspecto de su propia conciencia) con el que quería entrar en contacto. Tras un período de varios días esos símbolos debían poner al adepto en el estado de conciencia adecuado. En el momento oportuno, mediante los rituales apropiados, invocaba a la divinidad y a los poderes que ésta poseyera.



Escritura mágica *(izquierda)*
El ocultista y matemático inglés John Dee (que sirvió como astrólogo en la corte de Isabel I) trató de relacionar los símbolos mágicos con la geometría pitagórica y las proporciones matemáticas. La filosofía que encierra esa escritura mágica fue adoptada más tarde por numerosas fraternidades secretas.

El diagrama mágico *(página anterior)*
En este diagrama extraído de *De Occulta Philosophia*, de Cornelius Agrippa, un texto ocultista del siglo XVI, el hombre está rodeado por cuatro símbolos mágicos: el ojo, el bastón, la serpiente y el escudo.

La rosacruz
El sistema oculto de los rosacruces surgió en el siglo XVII en Alemania con la publicación de un panfleto titulado *La Fama y la Fraternidad de la Meritísima Orden de la Rosa Cruz*. Su supuesto autor, un noble alemán probablemente ficticio, Christian Rosacruz, habría encontrado una fraternidad mística, cuyas prácticas y creencias ocultas estaban estrechamente asociadas con la alquimia y la cábala. El símbolo con el que se asocian más frecuentemente los rosacruces es la rosa colocada entre los brazos de la cruz, que representa el despliegue de las realidades espirituales de su interior. Los brazos de la cruz llevan las cuatro letras hebraicas del tetragrama (véase p. 133).

La magia de Eliphas Levi
Nacido en 1810, Eliphas Levi renunció al sacerdocio y dedicó numerosos años a practicar la magia ritual. Levi, uno de los principales teóricos del ocultismo, formuló tres doctrinas ocultas fundamentales y sumamente influyentes. La *Ley de la correspondencia* declaraba que el hombre era un «pequeño universo» del que cada parte correspondía exactamente a una parte del universo mayor. *El dogma de la Alta Magia* afirmaba que la voluntad humana era capaz de realizar cualquier cosa, si se la ejercitaba y orientaba correctamente. *La luz astral* era, según Levi, una fuerza invisible que impregnaba el universo. En este grabado de la obra de Levi *Magia transcendental* aparecen las herramientas del mago: la lámpara, la varita, la daga y la espada.

La alquimia

La alquimia es generalmente considerada como una seudociencia cuyo objeto es la transformación de los metales comunes en oro: suele reducirse a la categoría de simple curiosidad, notoria principalmente por las contribuciones de sus practicantes a la naciente disciplina de la química. Esa falsa idea es comprensible dado el velo de secreto deliberadamente tendido sobre el verdadero objetivo de la alquimia: alcanzar la iluminación. Al nivel más esotérico, el metal común del alquimista era simbólico del yo no redimido, mientras que el oro, con su naturaleza incorruptible y su capacidad de brillar duraderamente, era simbólico del yo espiritual transformado. La intención era convertir la escoria del pensamiento y la experiencia cotidianos en un estado espiritual puro.

El simbolismo de la transformación alquímica se utilizaba para enmascarar lo que la poderosa Iglesia del medioevo europeo condenaba como práctica herética, ya que se basaba en la creencia de que el individuo podía elevarse hasta la salvación sin la mediación de la religión establecida. Pero la alquimia era algo más que un mero símbolo de transformación interior: proporcionaba los medios mediante los cuales ésta se podía conseguir. Los alquimistas aspiraban a transmutar el material común en la «piedra filosofal», también conocida como elixir o tintura. El convertir los metales comunes en oro era una prueba de su poder, pero el elixir era un objetivo en sí mismo, una esencia más que un simple agente. El viaje hacia la iluminación —conocido por los alquimistas como la Gran Obra— poseía dimensiones físicas y espirituales interdependientes.

Se piensa que la alquimia se originó en el antiguo Egipto, y que formó parte del saber esotérico de los griegos, los árabes, los indios y los chinos. El primer texto alquímico que apareció en la Europa occidental fue una traducción al latín del siglo XII por un inglés, Robert de Chester, de la obra árabe *El libro de la composición de la alquimia*. La teoría que sustenta la práctica alquímica procede de la antigua visión del mundo en que la totalidad de la realidad, incluida la humanidad, fue creada a partir de una *materia prima* no física —el elemento mágico universal—, que adquiere la forma de los elementos tierra, fuego, aire y agua. Dado que estos elementos pueden transformarse el uno en el otro, resulta claro que todas las cosas materiales están basadas en el principio del cambio. Según esta visión del mundo, era posible volver a transformar una materia en la «materia prima», y a la inversa, la materia prima podía ser devuelta al mundo bajo una forma diferente.

La práctica de la alquimia se basa en textos medievales tan oscuros y cargados de simbolismo que son casi incomprensibles. Algunos estudiosos aducen que al desafiar la lógica convencional, estos textos ponen a prueba la determinación del aspirante, que debe confiar en la inspiración y la intuición para guiarlo en el camino de la iluminación. Otros comentaristas más cínicos sostienen que esos tortuosos textos encierran simplemente un engaño. Sin embargo, es evidente que el alquimista comienza la Gran Obra con la *materia prima* de la que se proclama que uno debe descubrir para sí mismo, y que toma la forma de una «piedra» (que no debe con-

Las claves de la alquimia
Este grabado, que pertenece a una serie de doce pinturas del siglo XVII y representa las «claves» del alquimista, contiene símbolos que se refieren a las etapas del proceso alquímico. El sol y la luna son los elementos respectivamente masculino y femenino de la alquimia; las dos rosas, roja y blanca, simbolizan al Rey Rojo y a la Reina Blanca. Entre ambas está el símbolo del mercurio, el agente transformador del proceso alquímico, que se desprende de la *materia prima*, transformada y llevada a la perfección por las operaciones del alquimista. El fuego, una fuerza externa en la alquimia, aparece aquí ardiendo en un brasero de madera; los textos alquímicos se refieren a menudo a un fuego frío, que calienta el contenido del alambique del alquimista suavemente, como una gallina que incuba sus huevos. El león y la serpiente son ambos símbolos de la materia prima, sin refinar.

El ascenso a la iluminación *(página anterior)*
La Gran Obra de los alquimistas se describe aquí como la ascensión a una montaña, el *Mons Philosophorum*. En su cima se halla una perla, símbolo de los colores del arco iris en que se transforma el *nigredo* al final de la primera etapa de la Gran Obra (véase p. 149).

La piedra filosofal
En esta ilustración del *Mutus Liber*, o «Libro silencioso», obra ilustrada del siglo XVII, la piedra filosofal aparece en el atanor (el crisol del alquimista), mientras su arquetipo es personificado por Mercurio *(arriba)* sostenido por dos ángeles. La imagen destaca que las operaciones físicas son el reflejo de una realidad espiritual, creencia resumida en las palabras del alquimista francés Pierre-Jean Fabre: «La alquimia no es simplemente un arte o una ciencia que enseña la transmutación de los metales, sino más bien una ciencia verdadera y sólida que enseña cómo conocer el centro de todas las cosas, que en el lenguaje divino se llama el Espíritu de la Vida.»

fundirse con la «piedra filosofal» misma). Esa piedra, cuya naturaleza exacta no está revelada en ninguna parte, se pulveriza y se mezcla con un «primer agente», enigmáticamente descrito como «agua seca» o como un «fuego sin llama», del que algunos alquimistas sugieren que se prepara según un procedimiento secreto con crema de tártaro. La mezcla resultante de esas dos sustancias se humedece con rocío de primavera y se coloca en una vasija sellada o «huevo filosofal», y se calienta a temperatura constante durante un largo período.

Durante la incubación, los dos principios que componen la *materia prima*, a la que se suelen referir simbólicamente como «sulfuro» (energía roja, masculina, solar y caliente) y «mercurio» (energía blanca, femenina, lunar y fría) luchan encarnizadamente entre sí, venciéndose finalmente el uno al otro y produciendo una putrefacción negra, el *nigredo*, el «negro de los negros». Esto completa la primera etapa de la Gran Obra. En la segunda etapa, la negrura se cubre de los colores del arco iris (a veces descritos como una cola de pavo real o una perla), que a su vez es recubierta por una blancura, el *albedo*. Llegados a ese punto, los dos principios de la *materia prima* reaparecen bajo una nueva forma, al igual que el «rey rojo» (el sulfuro de los sabios) surge de la matriz de la «reina blanca» (mercurio, o la Rosa Blanca). El rey y la reina se unen en el fuego del amor, y de su unión surge la perfección, la piedra filosofal, el catalizador capaz de transmutar los metales comunes en oro y llave de la iluminación.

Para el alquimista, una motivación correcta era esencial para emprender la Gran Obra. La búsqueda de quienes se concentraban únicamente en los procesos químicos estaba abocada al fracaso. Si el aspirante era movido por la codicia, entonces, tal y como lo expresa un texto alquimista, no «cosecharía sino humo». Más bien debía estar motivado «por conocer la naturaleza y sus operaciones, y utilizar su conocimiento... para elevarse hacia el Creador».

La «piedra» original, que el aspirante debe extraer para sí mismo, simboliza la profunda interioridad que aspira a encontrar nuestra verdadera naturaleza espiritual, conocida por los alquimistas como el «principio activo». El «agente primero» representa al «principio pasivo», la energía interna de la que muchos de nosotros no tenemos conciencia en nuestro paso por la vida, pero que contiene el potencial del crecimiento espiritual. Una vez establecido el contacto entre el principio activo y el pasivo dentro del «crisol» de la meditación profunda, se da una lucha cuando el principio activo, acostumbrado a conseguir lo que quiere mediante el ejercicio de la voluntad, se encuentra con que el principio pasivo no puede ser vencido de esa manera. A ello le sigue la noche oscura del alma de la que hablan los místicos, en que tanto el principio activo como el pasivo parecen haber sido aniquilados y el individuo se siente totalmente desamparado. Empero, de esa desesperación surge la revelación del arco iris, de que se necesita amor y no fuerza, y seguidamente se realiza la unión entre los dos principios, el rey rojo y la reina blanca, cuya progenie nace del agua y del espíritu.

¿Cuáles eran las prácticas espirituales reales tras esos procesos simbólicos? La meditación sobre los propios símbolos alquímicos, progresivamente en cada uno de sus niveles, era desde luego un requisito. Pero un texto alquímico chino, *El secreto de la flor de oro*, nos da también otras pistas. Nos cuenta cómo, a través de la meditación, se puede visualizar cómo la energía física se reúne y se concentra en la parte inferior del cuerpo, en el «centro de poder» bajo el ombligo, donde genera un inmenso calor y entonces supera (simbólicamente) «el punto de ebullición [y] asciende como nieve que volase... hasta la cúspide de lo Creativo».

Quizá, en su curioso y oscuro lenguaje, los alquimistas (o algunos de ellos) efectuaban realmente la unión del rey rojo y de la reina blanca, y elevaban el metal común del ser físico al oro puro del yo espiritual superior.

El andrógino
Los dos elementos primarios del azufre (el que quema) y el mercurio (el volátil) están personificados por el andrógino o hermafrodita. La unión de esos principios opuestos es el propósito de la alquimia y del propio esfuerzo humano. El andrógino ostenta la corona de la perfección. Está de pie sobre un dragón —una serpiente con patas de pájaro— que simboliza su dominio sobre las fuerzas de la tierra, del mar y del aire. Las cuatro cabezas del dragón representan los cuatro elementos: el fuego, el aire, el agua y la tierra.

El león devorando al sol
La alquimia está relacionada con muchos otros sistemas de pensamiento. En diferentes períodos, este arte fue practicado en el norte de Europa, en Grecia, en la India, en China y en el Oriente Medio. No es extraño, pues, que los símbolos alquímicos tengan numerosas interpretaciones, a veces contradictorias. Por ejemplo, del león verde *(arriba)*, que representa la materia en su estado primordial, puede decirse que está devorando al principio masculino, o liberando el azufre de los sabios (ambas cosas pueden ser simbolizadas por el sol).

La alquimia y la cristiandad
Muchos alquimistas fueron buenos cristianos, pero prefirieron buscar el saber a través de la experiencia directa más que en la fe ciega. Hombres como Tomás de Aquino e Isaac Newton consideraron la alquimia como un complemento de la filosofía y la religión establecidas. Este detalle del *Pergamino de Ripley* muestra al pájaro de Hermes (Mercurio) bañado por el rocío sagrado. El pergamino fue elaborado por sir George Ripley, un devoto aristócrata inglés, canónigo del priorato agustiniano de Bridlington, Yorkshire.

El Rey y la Reina
En este grabado que ilustra la edición de 1550 del *Rosarium Philosophorum*, el Rey y la Reina, símbolos del principio masculino (solar) y femenino (lunar), son representados en su unión sexual dentro del «mar» arquetípico del espíritu. Según la psicología jungiana, el Rey, la Reina y otros símbolos alquímicos corresponderían a los arquetipos universales del subconsciente (véase p. 13).

La cábala

La cábala es un extraordinario sistema de saber teórico y práctico destinado a proporcionar a sus estudiosos no sólo un camino de crecimiento mental y espiritual, sino también un mapa simbólico de la propia creación. Arraigada en el misticismo del siglo III, la cábala se desarrolló esencialmente en la tradición hebrea, y el texto cabalístico más antiguo que se conoce, la *Sefer Yetzira*, apareció entre los siglos III y VI. El poderoso imán de este sistema condujo a su incorporación en ciertos aspectos del pensamiento cristiano del siglo XV. El erudito italiano Giovanni Pico della Mirandola afirmó que «ninguna ciencia puede convencernos mejor de la divinidad de Jesucristo que la magia y la cábala». Otros escritores cristianos sintieron que la cábala contenía una revelación, perdida ahora, para la humanidad, mediante la cual era posible comprender plenamente las enseñanzas clásicas griegas de Pitágoras, Platón y los órficos.

El Dios Creador
En esta interpretación cristiana de la cábala, Dios aparece estableciendo las leyes que rigen el universo. La forma del trono del Creador refleja la del macrocosmos: el dosel que cubre el trono es un modelo de los cielos y su respaldo es una representación de las esferas planetarias.

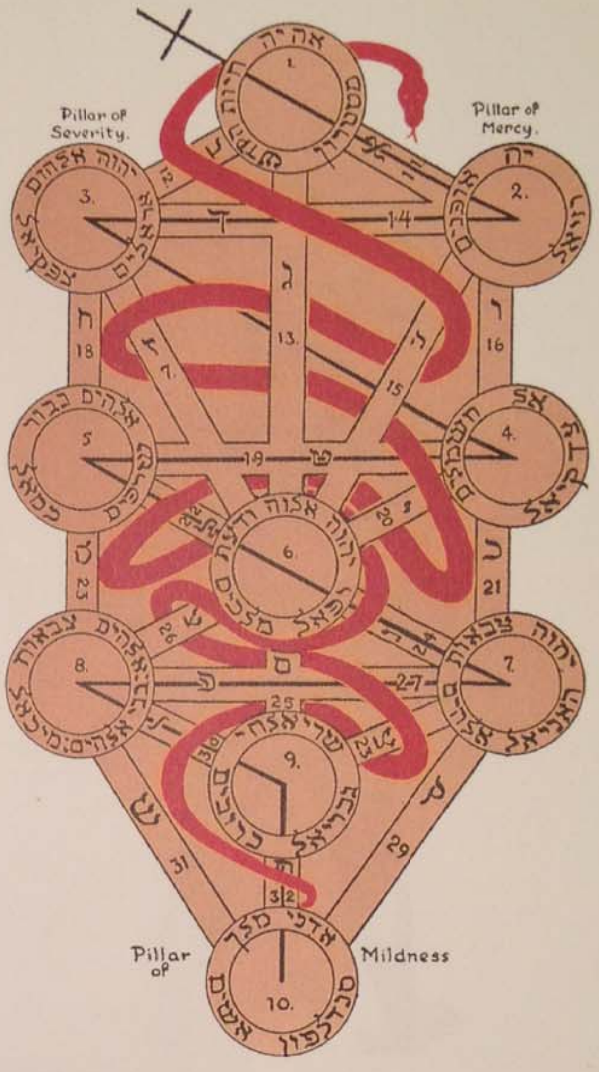
Esencialmente, la cábala consiste en unas enseñanzas esotéricas centradas en un sistema de símbolos, que según se piensa reflejan el misterio de Dios y del universo, y para el cual el cabalista debe encontrar la clave. A nivel teórico, esas claves le permiten al cabalista (tradicionalmente varón) entender las dimensiones espirituales del universo, mientras que a nivel práctico le permiten utilizar los poderes asociados a esas dimensiones con propósitos mágicos (es decir, para los procesos de transformación física, psicológica o espiritual). Las claves de la cábala permanecen ocultas en el significado de las revelaciones divinas que contienen las sagradas escrituras: al igual que Dios es invisible, también lo son los secretos internos de su divino mensaje. Estos secretos deben ser revelados descifrando las escrituras mediante un sistema de equivalencias numéricas o *gematria*, en que cada letra del alfabeto hebreo está asociada con un número, o se puede permutar o abreviar de cierta forma. Por ejemplo, la serpiente de bronce construida por Moisés y sujeta a una vara de tal forma que «si una serpiente mordía a una persona, cuando esta persona contemplaba la serpiente de bronce, podía sobrevivir» (Números 21:9) se convierte por medio de la *gematria* en el número 358, que es también el equivalente numérico de la palabra «Mesías». Así pues, la serpiente de bronce se considera como una profecía de la llegada del Mesías, que salvará a quienes hayan sido mordidos por la aspiración a la verdad espiritual. Esto condujo a los cabalistas cristianos a adoptar el símbolo de la serpiente enroscada en la cruz para representar a Cristo.

Son tan extensas las posibilidades de la *gematria* que es necesario entender el hebreo para estudiar la cábala. En el pasado, los cabalistas insistían en cierto número de condiciones más rigurosas antes de aceptar a sus estudiantes: los candidatos tenían que llevar una vida moralmente pura, poseer un gran poder de concentración y estar totalmente dedicados a la tarea. Por esa razón, la cábala sólo es conocida por la mayoría de

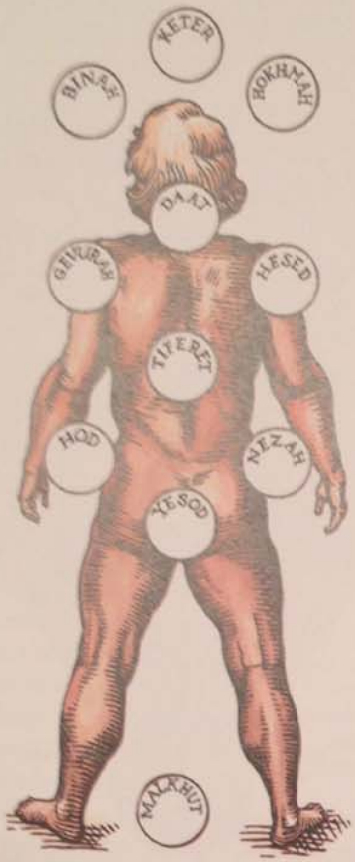
la gente en su forma más accesible: el *sefiroth*, o Árbol de la Vida *(derecha)*. Pero pese a su aparente sencillez, el sefirot es en sí mismo un poderoso símbolo que lo abarca todo.

En su interpretación fundamental, el sefirot explica la creación. La razón de la existencia residiría en que Dios deseó contemplarse a sí mismo: para lograrlo, extrajo su presencia —el Todo Absoluto— de un lugar para poder «contemplar su propio rostro». En el acto de darle existencia al universo, Dios reveló diez de sus atributos, cada uno de ellos representado en el sefirot por una séfira. Las séfiras están unidas entre sí por una serie de relaciones precisas: su recorrido comienza en Keter (la corona), que representa todo lo que fue, es y será, y termina en Malkhut (el reino), que corresponde a la presencia de Dios en la materia. La dirección del camino que va de Keter a Malkhut, a través de los atributos de la sabiduría, el entendimiento, la misericordia, el juicio, la belleza, la eternidad, la reverberación y el fundamento, está gobernado por los tres principios divinos de la Voluntad, la Misericordia y la Justicia. En muchas representaciones del sefirot, el camino adquiere la forma de un zigzag o de un rayo conforme los tres principios divinos, asociados con el equilibrio (Voluntad), la expansión (la Misericordia) y la severidad (el Juicio) operan alternativamente.

Aunque todas las leyes relacionadas con el ser y la creación están incluidas en el sefirot, existen como planos potenciales. Con el fin de dar cuenta de las numerosas manifestaciones de Dios, la cábala contiene el concepto de los Cuatro Mundos o ciclos cósmicos, cada uno de ellos con su Árbol de la Vida. Los Cuatro Mundos —la Manifestación, la Creación, la Formación y la Acción— pueden verse como diferentes aspectos de Dios mediante los cuales el universo cobró existencia. También se refieren a la jerarquía de los Mundos revelada por el profeta Ezequiel en el siglo VI, que contempló en una visión la semblanza de la gloria de Dios (manifestación) en un trono (Creación), montado en un carro (Formación) por encima del mundo (Acción). Cada mundo posee todas las características del inme-



El árbol cabalístico
El diagrama del sefirot fue publicado por primera vez en la Edad Media, y desde entonces ha habido muchas variantes en su estructura básica. En esta versión del siglo XX extraída de un cuaderno de notas de la Orden de la Cruz Dorada (una fraternidad mágica), las diez séfiras están unidas por veintidós caminos, el número de las letras elementales del alfabeto hebreo. A cada camino se le atribuye, pues, una letra, que junto con las propias séfiras constituyen veintidós caminos de saber. La naturaleza de cada camino está determinada a la vez por la letra asociada con él y por las dos séfiras que une. En esta versión ocultista se superpone al sefirot la Gran Serpiente, que está asociada a la energía Kundalini (véase p. 182).



Adam Kadmon
Según la creencia cabalística, el hombre primordial, conocido como Adam Kadmon, fue creado en forma de sefirot. En esta forma humana, dotada de voluntad, de intelecto, de emoción y de capacidad de ser consciente de su divino creador, Adam Kadmon era un reflejo de Dios y una expresión de los divinos atributos, que contienen todo lo necesario para permitir que Dios contemple Su propio reflejo. Suele mostrarse de espaldas, al igual que según el Antiguo Testamento Moisés vio la imagen divina de espaldas; sin embargo, los cabalistas posteriores utilizaron el rostro de Adán como metáfora de la misericordia por medio de la cual irradiaba el resplandor divino. Adam Kadmon es el progenitor del Adán del Génesis, a través del cual la imagen de Dios fue colocada en el Mundo de la Formación (el jardín del Edén).

diatamente superior y, por tanto, es más complejo y está sujeto a más leyes. Los Cuatro Mundos suelen representarse como cuatro sefirot entrelazados: el Árbol de la Vida ampliado.

Los esquemas y las relaciones comprendidos en el sefirot son fundamentales para el ser, y por ello pueden aplicarse a todas las áreas del conocimiento y del esfuerzo. Utilizado y entendido correctamente, el sefirot es un modelo según el cual todos los fenómenos —desde las fuerzas cósmicas hasta las relaciones humanas, desde la ascensión del alma a Dios hasta el destino de la economía mundial— pueden explicarse y en última instancia controlarse.

La cábala es esencialmente una tradición oral, y el iniciado suele ser guiado por un mentor experimentado que suple la conciencia imperfectamente desarrollada del estudiante y le aparta de los peligros inherentes a la experiencia mística. El iniciado suele comenzar por el estudio de las diez séfiras, ascendiendo por el árbol hacia la plena iluminación. Cada séfira representa un aspecto del yo y debe ser plenamente desarrollada antes de que el estudiante pueda pasar a las etapas superiores. Por ejemplo, hasta que no se haya familiarizado convenientemente con Malkhut, el mundo del cuerpo y sus energías, es incapaz de avanzar de forma completa hacia Yesod, el vínculo entre cuerpo y mente. Una vez en posesión de una comprensión teórica de las diez séfiras, a través de más estudios y meditación, y aprendiendo cómo las tareas asociadas con los veintidós caminos entre las séfiras individuales pueden ayudarle a progresar, el cabalista puede empezar seriamente su ascensión por el árbol. Esa ascensión puede constituir una tarea de toda una vida y pocos alcanzan su término, pero una vez en Keter se puede conocer a Dios y avanzar más allá del simbolismo para experimentar el infinito mismo.

La casa semejante al hombre
La dinámica del sefirot puede aplicarse a cualquier organismo, sistema o transacción. En este grabado del siglo XVII, el diseño de una casa y de la anatomía humana son interpretados según los principios del Árbol de la Vida.

La astrología

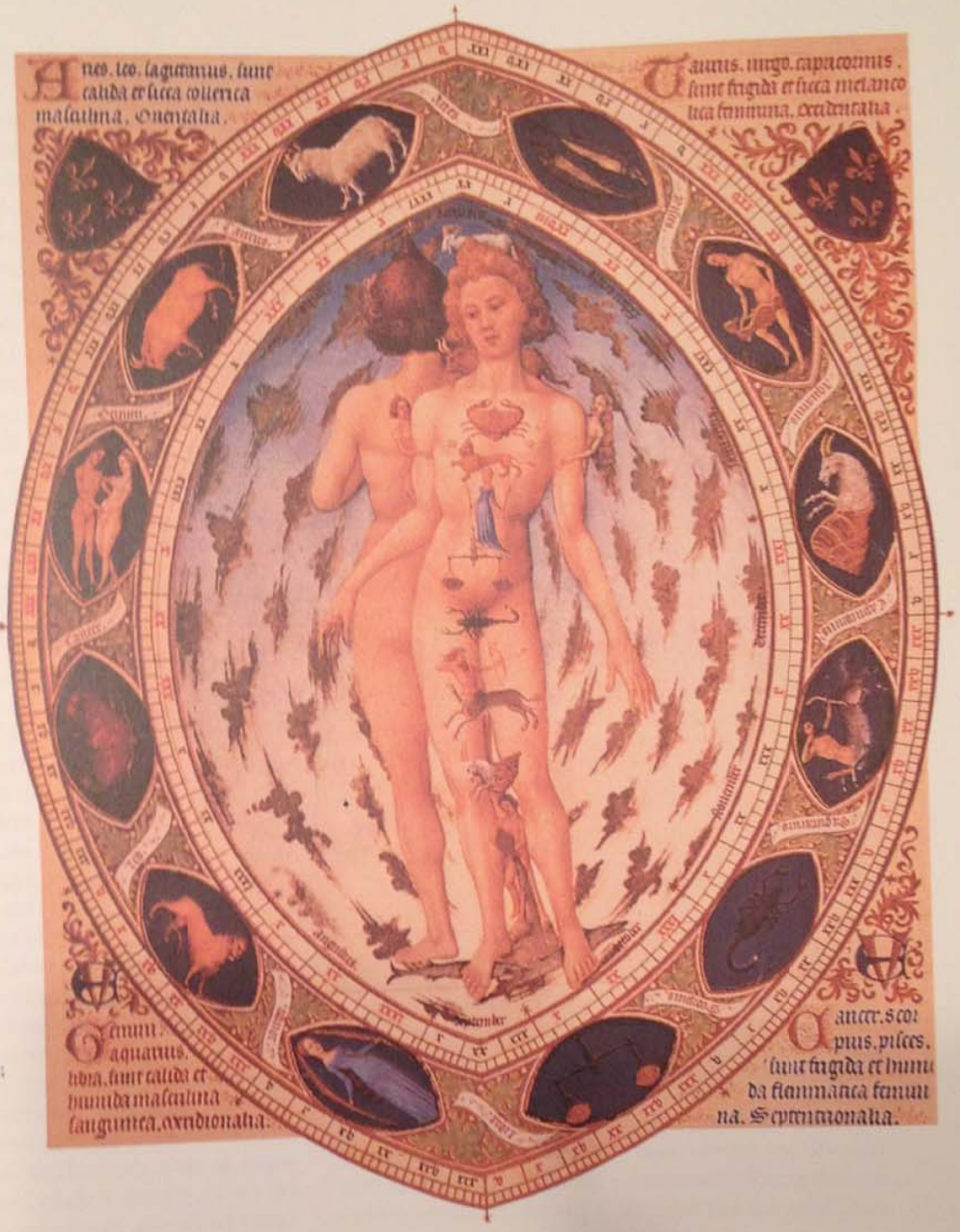
El ser humano siempre ha sentido fascinación por las estrellas. Los antiguos estaban intrigados por los movimientos y configuraciones de los cuerpos celestes, y los asociaban con los poderes místicos que gobernaban el destino humano. En la astronomía moderna, las antiguas visiones deterministas del universo están cayendo en desgracia, y nuestro temor reverencial hacia el cosmos no ha sufrido merma.

En las primeras comunidades tribales los fenómenos celestes eran de un gran significado práctico. Las estaciones se medían por la sucesión de los días más largos o más cortos y los momentos del año en que el día y la noche eran de igual duración. Este sencillo calendario se convirtió en la base de referencia para sembrar y cazar. Conforme se registraban fenómenos celestes cada vez más detallados, las estrellas fueron agrupadas en constelaciones, y se observaron los movimientos de los cuerpos celestes. Con el tiempo, las constelaciones se asociaron a objetos concretos, animales y figuras míticas, y se proyectaron cualidades humanas y divinas en los movimientos del sol, de la luna y de los planetas. Los cielos cobraron vida con la imaginería de dioses, criaturas y héroes, y gran número de historias relacionadas con esta imaginería fueron transmitidas de generación en generación. Estas historias fueron adquiriendo gradualmente un profundo significado místico para explicar el destino de la humanidad y más tarde también para analizar el carácter humano.

Imágenes zodiacales
Las imágenes asociadas con los doce signos del zodíaco estuvieron originalmente vinculadas a las constelaciones. Los signos están simbolizados gráficamente por medios de sigilos (sellos), que acompañan estas imágenes extraídas de una traducción de un texto árabe del siglo XV.

Estos vínculos entre la tierra y el universo se vuelven más creíbles si recordamos que los antiguos veían la creación como una vasta red de fuerzas interrelacionadas. Nada escapaba a la influencia de lo que sucedía a su alrededor, independientemente de la distancia que mediara entre ambos. Las entrañas de un animal sacrificado podían indicar el resultado de una batalla que se libraría en un país lejano; el futuro se entrevería en sueños, y un puñado de guijarros arrojado al suelo podía guiar las acciones de una persona. Las vidas humanas eran un reflejo de las realidades escritas en los cielos.

La astrología —sistema de adivinación basado en la interpretación de las configuraciones planetarias— tuvo sus primeras raíces en la civilización babilónica. Unas tabletas que datan del siglo VII a.C. establecen la influencia en los asuntos humanos de cuatro deidades celestes: Shamash (el sol), Sin (la luna), Ishtar (el planeta Venus) y Adad (el dios del tiempo). A lo largo de los siglos, estos principios adivinatorios de Mesopotamia se expandieron a través del Oriente Medio, la India y China, donde se desarrollaron independientemente, pero no fue sino hasta la época helénica cuando se hicieron avances significativos en la ciencia de la astrología. En el siglo II d.C., Tolomeo les dio a las constelaciones los nombres por los que las conocemos hoy día. Unos métodos de observación más perfeccionados les permitieron entonces a los sabios griegos trazar el mapa de los movimientos de los planetas según unas coordenadas fijas en la esfera celeste (el cielo visible), y no ya en una esfera local (las cuatro orientaciones de la brújula). Las constelaciones formaron así un telón de fondo sobre el que los aparentes movimientos del sol, de la luna y los planetas (de los cuales en ese entonces se podían ver cinco) podían ser trazados. El sol y los planetas parecían



El hombre zodiacal
El cuerpo idealizado del hombre celestial era considerado como un microcosmos de principios celestes y cada signo del zodíaco iba asociado a una función específica del cuerpo. Lo que acontecía allá arriba, como la posición de un planeta en un signo, se reflejaba aquí abajo en el bienestar físico y mental de las personas. El hombre zodiacal era un tema frecuente en toda la literatura medieval (esta imagen es de un manuscrito francés del siglo XV); hacia el siglo XVI la relación entre la astrología y el cuerpo humano estaba totalmente desarrollada, y los «humores» y padecimientos del paciente se diagnosticaban según su signo de nacimiento.

moverse (en relación a las estrellas) dentro de una estrecha banda del cielo, y ese cinturón (o zodíaco) fue dividido en doce arcos de 30°, correspondiendo cada uno de ellos a los doce signos zodiacales. Los signos recibieron originalmente los nombres de las constelaciones más importantes que se encontraban en su zona. Sin embargo, debido a la «oscilación» natural de la tierra sobre su eje a lo largo de los milenios, las constelaciones han quedado fuera de sus signos. Por ejemplo, al principio del año, el sol ya no aparece en Capricornio, sino en Sagitario.

Con el desarrollo de la astrología, los movimientos celestes fueron asociados con ciclos terrestres, y el zodíaco adquirió un sistema de símbolos que denotaban ciertas condiciones en la tierra según la parte del cielo en que aparecía el sol. Por ejemplo, en el punto culminante del verano, Leo (el león) significaba el calor abrasador del sol. A este signo le sigue Virgo (la virgen), que simboliza la cosecha del grano para la siembra del siguiente año. Libra (la balanza) representaba el equilibrio entre el verano y el invierno, el momento del equinoccio de otoño, cuando el día y la noche son de igual duración.

La influencia planetaria
Mercurio, representado aquí en una edición del siglo XVI del *Calendario del pastor*, se consideraba un planeta masculino, que influía en la comunicación. Quienes nacieran bajo Mercurio se consideraban alertas, ingeniosos, elocuentes y con inclinaciones científicas.

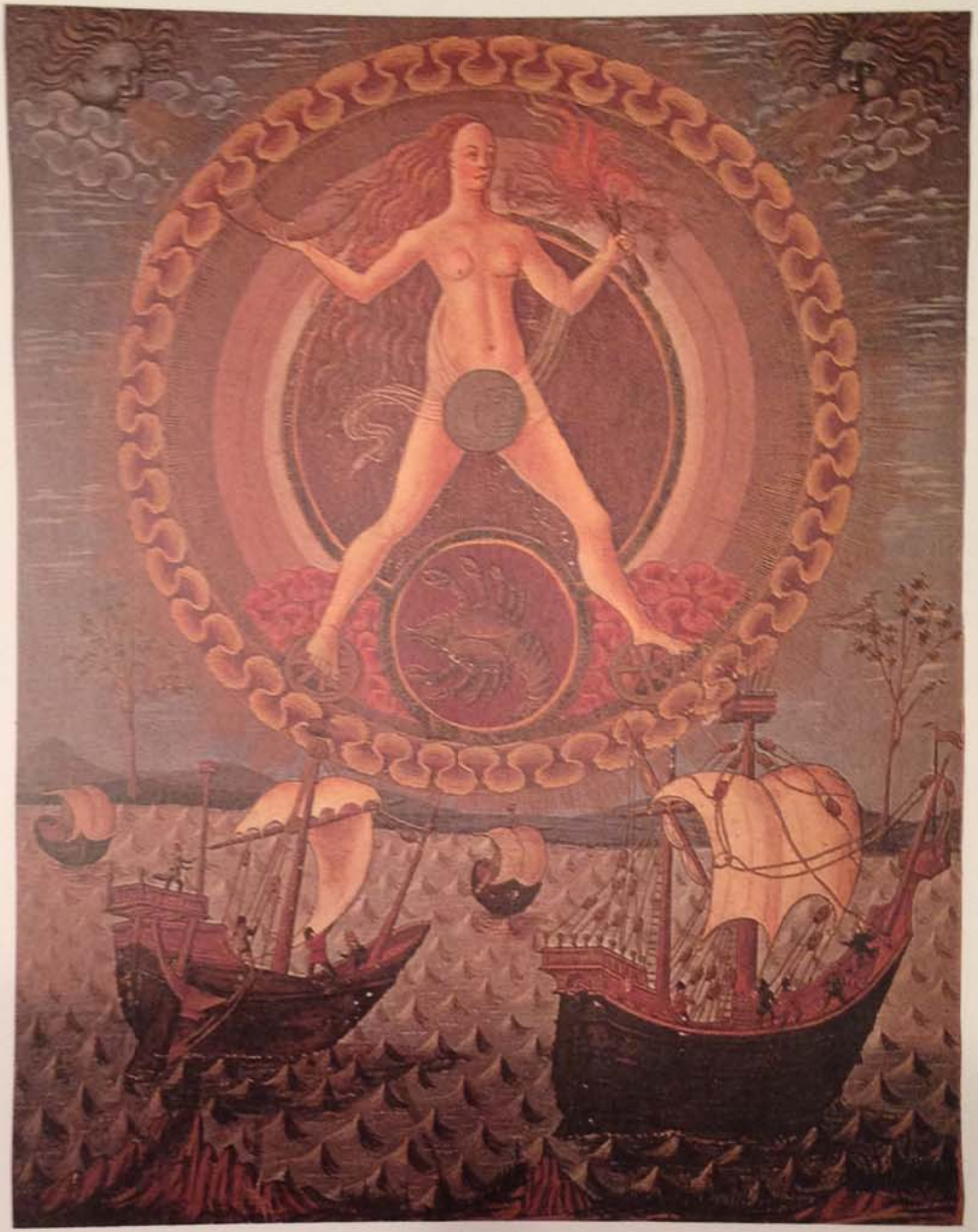
Ya en tiempos de Tolomeo, los griegos advirtieron que al parecer la gente entraba en distintas categorías de personalidad regidas por la estación en que habían nacido. Gradualmente se elaboraron descripciones de doce tipos de personalidad correspondientes aproximativamente a los signos del zodíaco, y de ahí surgió la idea de los horóscopos individuales basados en el momento del nacimiento y en diferentes factores más complejos. La astrología de la predestinación ha subsistido hasta nuestros días prácticamente con la misma forma.

Los doce signos del zodíaco se clasifican en cuatro grupos de tres, y cada grupo está asociado con uno de los elementos (fuego, agua, aire o tierra) y con un género o cualidad particular. A los signos de fuego (Aries, Leo y Sagitario) se les asocian características emprendedoras y enérgicas; a los signos de agua (Piscis, Cáncer y Escorpio), rasgos emocionales e intuitivos; a los signos de aire (Acuario, Géminis y Libra), características de lógica e intelectuales, y a los signos de tierra (Capricornio, Tauro y Virgo) un carácter práctico y fiable. Además, los signos de fuego y aire se consideran extrovertidos y los de agua y tierra introvertidos.

Las cualidades de los signos, o cuadruplicidades, pueden ser cardinales, fijas o mutables, y reflejan esas tres características básicas de la vida: la creación (cardinal), la preservación (fija) y la destrucción (mutable). Los signos cardinales son activos e inician acontecimientos; los signos fijos son pasivos y suelen asir los acontecimientos en su transcurso; los signos mutables le abren camino al cambio. Los signos también se dividen según su género y alternan entre lo «masculino» y lo «femenino». Finalmente, los doce signos se pueden dividir en seis pares o «polaridades» (Aries-Libra, Taurus-Escorpio, Géminis-Sagitario, Cáncer-Capricornio, Leo-Acuario, y Virgo-Piscis), equilibrándose el uno al otro.

La influencia sobre la tierra de los cuerpos celestes, según se creía, dependía de las posiciones de los planetas en los signos, y dado que los planetas eran vistos como las fuerzas impulsoras de las personas y aconteci-

El sol y la luna
Tanto el sol como la luna son considerados como planetas a efectos de la astrología. La luna representa la mente imaginativa y reflexiva, mientras que el sol simboliza la verdadera esencia del ser. El lado oscuro del disco lunar, invisible cuando vemos brillar la media luna, es símbolo del subconsciente. La luna suele asociarse con el mar, y esta miniatura del siglo XV la muestra guiando a los marinos en su viaje.



Los símbolos planetarios

☉ Sol

☽ Luna

☿ Mercurio

♀ Venus

♂ Marte

♃ Júpiter

♄ Saturno

♅ Urano

♆ Neptuno

♇ Plutón

mientos en la tierra, estaban estrechamente vinculados con los dioses. Cada planeta (diez en total, ya que incluyen al sol y a la luna con fines astrológicos) tiene un símbolo y se dice que «rige» uno o más signos. Las posiciones de los planetas en relación unos con otros, tales y como se ven desde la tierra, determinan la interacción de las fuerzas que representan los planetas: estas fuerzas pueden actuar conjuntamente cuando los planetas están aproximadamente en la misma parte del cielo (en conjunción) o antagónicamente cuando los planetas están separados en 90°.

Para calcular un horóscopo, el cielo —es decir, la esfera local y no la celeste— se divide en doce unidades o «casas» relativas al horizonte. Las casas se numeran (no se les da nombre) y proporcionan pistas en cuanto a los aspectos de la vida de un individuo, tales como las relaciones personales, la salud, el trabajo y la creatividad, dependiendo de los signos y planetas que estén situados en ellas.

Las características de cada signo, las influencias planetarias y las zonas divididas por las casas actúan conjuntamente para producir un complejo tejido de interrelaciones, algunas complementarias, otras opuestas, y todas ellas determinarían el destino de la humanidad. La ciencia ha negado estas conexiones durante siglos y ha sostenido que las constelaciones que los antiguos identificaron consisten en cuerpos celestes distantes entre sí por espacios extensísimos, y tan alejados de nuestro propio mundo que la posibilidad de que tengan cualquier vínculo con nuestra vida es impensable. La astrología se ve entonces como una seudociencia, como mucho un tosco predecesor de la astronomía moderna. Pero nuestra creencia en que nuestro destino está de alguna forma ligado a las estrellas sigue viva. Es obvio que el sistema simbólico que representa la astrología ejerce una poderosa influencia sobre nuestra conciencia.

Algunas tendencias recientes del pensamiento científico son menos despectivas. Por ejemplo, la física moderna ya no acepta el concepto de que el universo consiste en un conjunto de trozos de materia separados. La creación se ve cada vez más como un tejido de for-

Mapas estelares
Los mapas estelares datan de las primeras civilizaciones. Los calendarios primitivos se basaban en registros celestes organizados por grupos de estrellas, o constelaciones, que eran fáciles de reconocer. A estos grupos estelares se les superponían representaciones de animales, o personajes mitológicos familiares a esa sociedad en concreto. Tolomeo catalogó más de 1.000 estrellas en 48 constelaciones y la astronomía griega se transmitió a la India por medio de manuscritos sánscritos, que incluían mapas estelares tales como éste. El sistema de Tolomeo forma la base de la representación cartográfica moderna de las estrellas.

La baraja Waite
La baraja Waite revolucionó en varios aspectos el tarot en el siglo XX. Diseñada por Arthur Edward Waite, miembro de la Orden Hermética del Alba Dorada (véase p. 144), e ilustrada por Pamela Colman, la baraja Waite (o «Rider») sirvió de ejemplo para muchas otras barajas posteriores. Las cartas de los arcanos menores muestran escenas en lugar del simple número de los símbolos de cada palo, lo cual amplía las posibilidades del adivinador en su interpretación de las imágenes. Esa es una de las razones de la popularidad de esta baraja en el mundo entero, a pesar de la proliferación de las otras barajas del tarot durante los últimos veinticinco años.

que se hacía llamar Etteila (su verdadero nombre se escribía a la inversa) diseñó su propia baraja del tarot con fines adivinatorios. Esa misma fue retomada a mediados del siglo XIX por Eliphas Levi (el seudónimo secreto de Alphonse Louis Constant), que perfeccionó las ideas de Etteila en un sistema completo, basado en las imágenes egipcias, pero relacionado también con la cábala.

Aunque la interpretación de Levi se basa en premisas dudosas, las reminiscencias cabalísticas del tarot son innegables. Por ejemplo, las veintidós letras del alfabeto hebreo corresponden a los veintidós arcanos mayores del tarot, y puede decirse que los cuatro palos de los arcanos menores reflejan los cuatro «mundos» de la cábala, los cuatro pasos en los que Dios creó el cosmos. Las teorías de Levi ejercieron una influencia significativa en Arthur Edward Waite *(véase arriba)*, que diseñó una de las barajas más populares entre las que se utilizan hoy.

Los arcanos mayores constituyen uno de los sistemas de símbolos más enigmáticos de todos, ya que combinan los misterios del pasado con un complejo y profundo sistema de crecimiento interior. Dedicarle tiempo al tarot e identificarse con sus imágenes es iniciar un viaje de descubrimiento propio que puede cambiar profundamente al individuo. Las veintidós cartas de los arcanos mayores son una sinopsis simbólica de nuestra propia naturaleza. Puede decirse que son un intento por representar los factores destinados a conformar nuestra personalidad, un proyecto que se adelantó a los esfuerzos de los psicólogos modernos en más de quinientos años.

Cómo trabajar con el tarot

Con el fin de utilizar los arcanos mayores como método de descubrimiento de uno mismo, es necesario pasar cierto tiempo reflexionando sobre lo que representa cada una de las veintidós cartas. Lea las descripciones que damos en las páginas siguientes y luego coja cada carta una por una, y durante varios días permita que su mente vuelva a ella cuantas veces pueda. Ponga la carta en un lugar visible y mírela con la mayor frecuencia posible. Permita que la imagen se fije firmemente en su mente, para que sea capaz de visualizarla en detalle y manténgala en mente cuando esté a punto de dormirse cada noche. Pregúntele a la figura o figuras centrales lo que tiene que decirle sobre usted mismo o misma. No debe preocuparle estar hablando con una imagen que tiene una realidad objetiva o simplemente con un aspecto de su propio subconsciente. En todo trabajo con símbolos, los resultados sólo se obtienen cuando cesamos de atormentarnos con la necesidad de explicaciones lógicas. La imagen está simplemente ahí, existiendo en su propia dimensión. Deje que la imagen haga el trabajo por usted. Utilice de esa manera cada una de las veintidós cartas a su vez. Cójalas en el orden en que aparecen en la baraja, desde el Loco hasta el Mundo. No deje que sus preferencias personales por ciertas cartas le influyan indebidamente. Tome nota de esas preferencias y luego hágalas a un lado. No considere algunas cartas como «buenas» y otras como «malas». Cada una tiene un papel que jugar. Puede necesitar pasar más tiempo con algunas cartas que con otras, pero al cabo de cierto tiempo cada carta empezará a estimular intuiciones sobre usted mismo o misma. Algunas de ellas serán muy claras, como si ese aspecto suyo ya le fuese muy conocido y fuese aceptado por usted. Otras serán más oscuras. Observe el hecho de que ése es un descubrimiento importante en sí mismo. Cuando sienta que una carta ya ha revelado todo lo que tenía que revelar por el momento prosiga, pero no precipite las cosas. Siga con cada carta hasta que surja la convicción de que ha captado su mensaje. Dibuje o pinte la carta para ayudarse a hablarle directamente a su subconsciente. Una vez que la pueda visualizar claramente con los ojos cerrados, siéntese en posición relajada pero erguida y medite profundamente, manteniéndola en su conciencia sin hacer caso de cualquier pensamiento extraño. Cuando pueda concentrarse sobre ella a exclusión de todo lo demás, imagínese que el marco de la imagen es el marco de una puerta y que usted está observando la escena que aparece ante sus ojos. Luego cruce la puerta y vuélvase parte de la escena. Advierta cómo en ese punto los acontecimientos pueden adquirir vida propia, como en los sueños. Permita que la escena se desarrolle ante usted y vea lo que ocurre. Una vez que haya trabajado con las veintidós cartas, tendrá una conciencia más profunda y más rica de ciertos aspectos de usted mismo o misma. Analice esa consciencia. ¿Se trata de aspectos suyos que están evidentemente poco desarrollados y necesitan más libertad? ¿Hay algunos otros aspectos que provoquen vergüenza? ¿Hay otros aspectos que sean fuerzas evidentes y a las que se les pueda conceder más espacio para florecer? Puede haber advertido, mientras contemplaba las cartas, un efecto acumulativo de ideas desde las primeras cartas con las que trabajó hasta las últimas. Todas las cartas tienen un papel que jugar, pero el orden en que las enfoca es importante. No puede acercarse correctamente a la carta número uno, el Mago, hasta haber reconocido en usted la inocencia, la «mente que no sabe» (como la llama el budismo zen) de la primera carta, que no lleva número: el Loco. Y no puede seguir adecuadamente con la carta número dos, la Sacerdotisa, hasta que no haya reconocido al Mago dentro de usted mismo o misma, su propio poder interno de transformación y cambio.

La adivinación

Para muchos, la utilización más conocida de los arcanos mayores (algunos sistemas utilizan también los menores) es como medio de adivinación. Las cartas se barajan, se colocan boca abajo en cierto orden y luego se destapan una por una para revelar ciertas cosas sobre la personalidad de alguno de los presentes o para pedir consejo sobre problemas, o visiones del futuro. Sin embargo, es bueno recordar, al utilizar el tarot para la adivinación, que la tradición oculta pretende utilizarlo para otros fines superiores. En la adivinación, cada carta es interpretada por el adivino, en lugar de revelarse a sí misma más plenamente mediante la meditación y el estudio. Al final de cada una de las descripciones siguientes, hemos incluido algunos de los significados de predicción que suelen asociarse con cada carta, pero si desea utilizar la baraja para ese propósito debería primero seguir el proceso descrito arriba, para permitir que cada carta cobre suficiente vida para usted. Huelga decir que es mejor practicar la adivinación para sí mismo que para otra persona. Cuando utilice las cartas para la adivinación necesita invertir algunas girando el mazo que tenga en la mano en noventa grados cada vez que corte la baraja. Cuando coloque las cartas en cierta disposición y empiece el proceso de adivinación, todas las cartas que estén invertidas al destaparlas representan aspectos negativos de las cualidades de que se trate. Dentro de esa disposición, cada carta está también influenciada por las que tiene al lado. Así pues, una carta positiva puede quedar obstaculizada por las cartas negativas (invertidas), mientras que el efecto de una carta negativa puede ser reducido por otras positivas. Sin embargo, dos cartas positivas pueden anularse recíprocamente si ofrecen mensajes claramente contradictorios, y lo mismo puede decirse de dos cartas negativas. Recuerde siempre que al contestar preguntas sobre el futuro las cartas están dando un consejo, no diciendo lo que tiene que pasar. Nada de lo que se ve en las cartas es inevitable y las cartas negativas deberían tomarse como advertencias más que como indicadores seguros de un destino adverso.

0. El Loco
En el mundo medieval el loco no siempre era visto como un simple. En su papel de bufón de la corte, se le veía como poseedor de un saber ingenuo que le hacía ser a veces más perspicaz que quienes le rodeaban. Además, a él se le permitía romper las reglas cortesanas de la etiqueta. Él estaba fuera del sistema, objeto de burla pero curiosamente privilegiado en cierto modo. El Loco, como Sócrates, era lo suficientemente sabio para saber que no sabía nada. Su mente no estaba sobrecargada de ideas preconcebidas y de definiciones. Veía las cosas como eran. En el tarot, el Loco es esa parte de nosotros mismos que es lo bastante sabia para extasiarse ante el misterio de la creación y lo bastante audaz para lanzarse a explorar. El Loco es la única carta de los arcanos mayores que no tiene número, y no tiene una posición fija en el orden de la cartas. Simboliza la parte de nosotros que explora los pensamientos, sentimientos y sueños que actúan en el teatro de sombras de la mente. Llevando consigo un mínimo de pertenencias y el bastón de peregrino, impulsado por un extraño animal (a veces un gato o un perro), símbolo de la motivación interna que nos espolea una vez que hemos empezado a cuestionar la naturaleza de la realidad, el Loco avanza hacia lo desconocido: el yo interior.

Significado adivinatorio: incidente o esfuerzo imprevisto; nuevo inicio inesperado de algún tipo. Puede salir bien si está flanqueado por cartas propicias; si no, puede indicar un movimiento imprudente.
Invertida: imprudencia irreflexiva.

I. El Mago
La magia es un proceso de transformación. Sin algún tipo de magia interna, nuestro yo verdadero está condenado a yacer por siempre oculto bajo el mundo confuso de las emociones, de las necesidades físicas y de los condicionantes sociales. El Mago (llamado también el Juglar) es la parte de nosotros mismos que inaugura esa transformación. En la mesa, frente al Mago, hay una serie de objetos: algunas barajas reproducen el pentáculo, el cáliz, la varita mágica y la espada, que simbolizan respectivamente la existencia, el amor, la sabiduría y la realización interior, y también los cuatro elementos que conforman no sólo el mundo, sino también nuestros propios cuerpos. El pentáculo y la copa representan también el lado femenino, interno y receptivo de la existencia, mientras la varita y la espada representan el lado masculino, exterior y penetrador. Sin su unión no hay creación.

Significado adivinatorio: nuevo comienzo, planeado o previsto. Confianza en sí, fuerza de voluntad, disposición a arriesgarse. *Invertido:* falta de voluntad, incapacidad para experimentar nuevas oportunidades.

II. La Gran Sacerdotisa
Todo sistema de símbolos que tenga algún valor nos recuerda que macho y hembra son iguales, aspectos complementarios de un todo universal. Sólo si comprendemos eso podemos progresar hacia un equilibrio justo, tanto de la sociedad como de nuestro yo individual.
La Gran Sacerdotisa encarna el principio femenino oculto, místico y receptivo que aguarda la energía del principio masculino, abierto y activo. Para los antiguos, el sumo sacerdote, señor del mundo visible, se equilibra con la Gran Sacerdotisa, que rige el mundo invisible. Sólo podemos emprender el viaje de desarrollo de los arcanos mayores si reconocemos lo que la Gran Sacerdotisa simboliza en nosotros mismos. Enigmática y hermosa, está sentada con el libro de la sabiduría en sus rodillas. Es el oráculo y conoce las respuestas a todas las preguntas.

Significado adivinatorio: visión intuitiva, capacidades creativas, revelación de cosas ocultas. *Invertido:* inestabilidad emocional, esclavitud a una mujer, falta de intuición.

III. La Emperatriz
La Gran Sacerdotisa nos muestra un aspecto del poder femenino. Otro aspecto lo muestra la Emperatriz, la portadora de la fertilidad femenina, la madre tierra que preside la creación y el destino de hijos e hijas. En la cabeza luce una diadema que representa los dones que recibimos al nacer, y en su escudo aparece un águila, símbolo del cielo y del sol dotado de numerosos atributos positivos, entre ellos el valor y la claridad de visión.
La Emperatriz no es misteriosa sino abierta y se dirige a quienes buscan la verdad. Representa la mente consciente y une la materia y el espíritu. Su cetro indica que gobierna el cielo, la tierra y el mundo que está entre ambos, pero es un mero símbolo: sólo mediante la unión real con lo masculino puede revelarse plenamente el secreto del poder de la Emperatriz, tanto a nivel místico como en su aspecto de madre tierra.

Significado adivinatorio: fertilidad, abundancia, crecimiento, fuerza de la naturaleza y del mundo natural, consuelo y seguridad. *Invertido:* empobrecimiento, estancamiento, trastornos domésticos.

IIII. El Emperador
Las dos cartas siguientes representan los lados masculinos de nuestra naturaleza. El Emperador es el arquetipo del poder masculino: fuerza, liderazgo y éxito. En la mano ostenta los símbolos fálicos de la energía masculina: la esfera y el cetro, que también denotan su poder para guiar al mundo. Dentro del mundo material que gobierna el Emperador se encuentra oculto el mundo espiritual, que sólo se alcanza cuando el macho se une con la hembra, simbolizada por el círculo que corona el tallo del cetro. La Emperatriz y el Emperador combinan aspectos complementarios de una unidad divina.
Al contrario de la Emperatriz, en algunas barajas el Emperador lleva la armadura que protege al hombre en las batallas terrenales, pero que al mismo tiempo le impide revelar su vulnerabilidad, sus sentimientos, su yo más débil. Sin tal revelación el principio masculino permanece a la defensiva, incapaz de descubrirse a sí mismo.

Significado adivinatorio: autocontrol, ambición, mando, fuerza. *Invertido*: falta de ambición, debilidad, servilismo, pérdida de influencia.

V. El Jerofante
El Jerofante o sacerdote, llamado a veces el Papa, es energía masculina expresada como poder espiritual, lo femenino dentro de lo masculino. Está entronizado, al igual que el Emperador, pero su poder sobre sus sujetos, representados como los sacerdotes que aparecen a sus pies, procede de la obediencia, no de la fuerza. El aspecto masculino sigue representando el tipo de espiritualidad externa, exotérica, en contraste con el aspecto femenino que representa la de tipo interno y esotérico. El Jerofante viste el manto rojo del poder externo, pero bajo el rojo aparece un hábito azul (que simboliza el poder interno).
En la cabeza el Jerofante luce una corona de tres pisos, ya que gobierna sobre tres planos: el físico, el intelectual y el divino. El simbolismo del tres se repite en la triple cruz de su mano izquierda, que indica que los misterios de la divinidad se revelan a través de la Trinidad.

Significado adivinatorio: conocimiento, sabiduría, ayuda a la inspiración, sabio consejo. *Invertido*: mala información, calumnia, malos consejos.

VI. Los Enamorados
En muchas barajas del tarot esta carta muestra a un hombre flanqueado por dos mujeres, una pura y respetable, y otra hermosa y lasciva. La figura suspendida sobre sus cabezas es Cupido, con la flecha dirigida indistintamente hacia una de las figuras de abajo. El simbolismo es claro: una vez reconocida la necesidad de que el hombre se una con la parte femenina que lleva en sí mismo, la elección está ahora entre dos versiones de la feminidad: por una parte, la virginal y sagrada (la Sacerdotisa), y por otro lado la fértil y material (la Emperatriz).
La baraja de Waite muestra a un hombre y a una mujer desnudos, con una figura andrógina alada suspendida sobre sus cabezas, que representa la unión de la parte masculina plenamente integrada con la parte femenina. La figura alada es esa parte del yo interior más allá de lo masculino y lo femenino, y que es a la vez causa y resultado de la unión de dos polos opuestos.

Significado adivinatorio: atracción, amor, asociación, elección inminente. *Invertida*: indecisión, problemas en una relación, aversión.

VII. El Carro
En la figura del auriga (que a menudo aparece como una mujer en las antiguas barajas) hay algo del andrógino. El peto es la armadura de la virilidad, pero en los hombros lleva símbolos lunares femeninos. El auriga está en ruta hacia las estrellas, el macrocosmos, como lo evocan algunas barajas con estrellas encima y alrededor de su cabeza y en las alas que adornan el frente del carro. La baraja de Waite muestra una ciudad amurallada con torreones en el fondo, pero el auriga mira en otra dirección, dándole la espalda al mundo material y al poder temporal.
El carro es arrastrado por dos caballos en algunas barajas y en otras por dos esfinges. Uno es macho y otro hembra, símbolos respectivamente del pleno conocimiento y la plena sabiduría.

Significado adivinatorio: éxito merecido, buen progreso, recompensa bien ganada. *Invertido:* egocentrismo, insensibilidad, crueldad, progreso a expensas de los demás.

VIII. La Justicia
MacGregor Mathers, creador del sistema de magia del Alba Dorada (véase p. 144), cambió la posición de esta carta por la de la Fuerza *(véase página siguiente).*

Hay una clara relación entre la Justicia, mostrada como una mujer en todas las barajas, y la Fuerza. La Fuerza muestra la conquista de fuerzas externas (simbolizadas por el león), mientras que la Justicia muestra su asimilación por parte del vencedor. La Justicia luce el manto rojo del poder mundano y ostenta una espada y una balanza. En el tarot la espada simboliza la realización espiritual, no la venganza. La Justicia utiliza su poder sólo para acabar con las cosas que impiden su realización. La balanza le permite pesar el valor de todas las cosas y mantener un equilibrio entre lo externo y lo interno, lo exotérico y lo esotérico.

Significado adivinatorio: arbitrio, negociación, acuerdo, juicio firme. *Invertida:* injusticia, prejuicio, discordia.

VIIII. El Ermitaño
A cierto nivel el Ermitaño representa la soledad de la búsqueda espiritual. La figura es la de un anciano, porque la juventud —o más bien los afanes de la juventud— han sido sacrificados. Pero la edad es también un símbolo de sabiduría, de la realización que surge de la experiencia, del sufrimiento y de la abnegación. A otro nivel, el Ermitaño simboliza la perseverancia, y el hecho de que cada persona debe encontrar la iluminación, el yo verdadero, la verdad interior, mediante sus propios esfuerzos. En la mano derecha el Ermitaño lleva una linterna, y la luz de su interior puede tomar la forma de una estrella, una guía que nos ayuda en la oscuridad. En la mano izquierda lleva el bastón de peregrino, que es también la varita mágica, la vara que aleja la ignorancia.

Significado adivinatorio: discreción, silencio, necesidad de espacio personal o soledad, suficiencia para resolver problemas, confianza en uno mismo. *Invertida:* rechazo de los demás o de los consejos, aislamiento, obstinación.

X. La Rueda de la Fortuna
La rueda representa el movimiento, y aunque pensamos en él como en un impulso que nos hace avanzar, en realidad cada punto de la rueda regresa siempre al mismo lugar. Sin embargo, cada vez que volvemos a un punto en particular, somos potencialmente más ricos por haber experimentado la revolución de la rueda. Algún día nuestra experiencia será tal que podremos salir de la rueda, entrando en una realidad mayor, de la que aquélla es sólo una parte limitada. En muchas barajas del tarot, la Rueda de la Fortuna lleva tres criaturas míticas. A la izquierda una criatura (a veces con una parte de mono) regida por los instintos y descendiente; a la derecha, el animal (a menudo en parte liebre) es inteligente y trepa hacia el cielo; arriba, la criatura (que suele ser en parte esfinge) simboliza el conocimiento espiritual. En su baraja, Waite añade en las esquinas de la carta las cuatro criaturas de la visión de Ezequiel mencionadas en las Revelaciones.

Significado adivinatorio: buena fortuna, acontecimientos importantes, gran cambio en las circunstancias de la vida. *Invertida*: fin de un ciclo de fortuna, giro hacia algo peor.

XI. La Fuerza
En algunas barajas, la Fuerza es masculina y no femenina, pero la lucha con el león de fauces abiertas es casi invariable. El mensaje de la carta es que aunque la fuerza puede estar simbolizada por la energía bruta del león hay otra fuerza superior que se manifiesta por medios distintos a los físicos. La fuerza superior es la fuerza espiritual, la conciencia del poder inmortal e indestructible que llevamos dentro, que trasciende la materialidad y no resulta afectado por la desintegración. En la baraja de Waite la mujer lleva guirnaldas de flores, que hacen eco al simbolismo del Mago, y nos recuerdan el florecimiento de la mente creativa; el símbolo de la vida está suspendido sobre su cabeza, al igual que sobre la del Mago. En otras barajas ambas figuras llevan un gorro en forma de ocho acostado, símbolo del infinito y del entendimiento sin límites.

Significado adivinatorio: triunfo bien merecido sobre los demás o sobre el yo, reconciliación, oportunidad aprovechada. *Invertida*: derrota, entrega a los bajos instintos o a los demás, oportunidad perdida.

XII. El ahorcado
El ahorcado está suspendido cabeza abajo como en el castigo tradicional infligido a los deudores, pero su cara está serena. Está colgado en un patíbulo, pero en algunas barajas el patíbulo lleva las hojas de la vida. El travesaño y los montantes del cadalso representan al tres, el número de la creación, pero las piernas del ahorcado están cruzadas, formando el número cuatro, el número de la realización.
El Ahorcado simboliza la aceptación de las leyes del universo y la rebelión contra las leyes humanas. Quien busque la iluminación deberá seguir su propio camino en el viaje entre la creación y la realización, cueste lo que cueste. Pero debido a que la muerte en el árbol representaba el sacrificio cristiano, el Ahorcado también simboliza el amor desinteresado.

Significado adivinatorio: flexibilidad, autosacrificio por una buena causa, sensibilidad a la intuición interna, rechazo de los aspectos indeseables de la conducta o del ego. *Invertida*: lucha interna infructuosa, negativa a responder a la intuición o a abandonar cualidades indeseables.

XIII. La Muerte
La muerte no es una aniquilación final que deba temerse, sino una parte necesaria del ciclo de la existencia: sin muerte no habría vida. Por tanto, la Muerte no es la última carta, sino que, junto con el Ahorcado, señala la transición entre la primera y la segunda parte de la baraja. El sacrificio del ego, simbolizado por el Ahorcado, nos libera de atravesar el oscuro río Estigio que divide el mundo material del espiritual. La imagen de la muerte, un esqueleto con una guadaña que simboliza la separación y la liberación del yo del cuerpo, también lleva el número trece, funesto en sí mismo. Pero la muerte es parte de la iniciación al mundo espiritual. En todas las religiones ocultas y las tradiciones chamánicas, el iniciado tenía que llevar a cabo una ceremonia secreta en que «moría» y viajaba a través del río oscuro hasta lo que hubiese al otro lado. La muerte nos enfrenta a esa experiencia transformadora.

Significado adivinatorio: «no hay mal que por bien no venga», fin de la situación negativa actual, grandes cambios internos. *Invertida*: inercia, letargo, estancamiento.

XIIII. La Templanza
Tras el trauma del Ahoracado y de la Muerte, llegamos a un símbolo de paz y tranquilidad. La Templanza aparece llenando con las aguas de la nueva vida la vasija vacía dejada por la muerte del ego. Perder el ego significa desprendernos de conceptos erróneos, del orgullo y de las ataduras y aversiones que solemos demostrar hacia las experiencias transitorias de la vida material. Pero una vez perdido el ego, algo debe ocupar su lugar. No podemos convertirnos en hombres y mujeres huecos, vulnerables, o dejarnos invadir por el nuevo ego del orgullo espiritual. La verdadera realidad dentro de nosotros mismos todavía no ha tenido tiempo de llenar todo nuestro ser. Por tanto, la templanza nos proporciona la sustancia que necesitamos para poder seguir avanzando.

Significado adivinatorio: hábil combinación de circunstancias conseguida o necesaria, circunspección, moderación. *Invertida*: torpe combinación de circunstancias, intereses en conflicto, exceso.

XV. El Diablo
Siguen habiendo escollos incluso tras lograr la muerte del ego y recibir el sustento de la templanza. La travesía del Estigio nos conduce a un mundo más allá del ego, pero no nos lleva al «cielo». Una vez fuera de la «seguridad» del mundo material, sólido pero ilusorio, nos enfrentamos tanto con el inframundo como con el mundo superior. El Diablo simboliza el inframundo, pero el mensaje no es el del mal sino el de una prueba. El Diablo es, de hecho, el controlador de la calidad. Levanta la mano para detener la progresión y nos desafía a buscar aún más profundamente en nosotros mismos. A menos que nos hayamos purgado del ego y hayamos templado nuestro orgullo, podemos correr el peligro de tomar el camino del poder personal.

Significado adivinatorio: desafío, reorientación o transmutación de la energía física hacia objetivos más mentales o espirituales. *Invertida*: represión del yo interior, codicia de poder y ganancias materiales.

XVI. La Torre
Si fallamos la prueba que nos impone el Diablo, nos precipitamos hacia la destrucción. La corona de nuestra realización está colocada sobre un edificio que se derrumba bajo un rayo (la justicia divina). El rayo, sin embargo, no es temible, sino benéfico y purificador. Tampoco es la Torre (o Casa de Dios) negativa: simboliza el derribo de aquellos aspectos del yo que subsisten y son susceptibles de fragmentar nuestra unidad esencial del ser.
Muchas barajas muestran gotas que caen del cielo, que simbolizan la energía positiva que puede surgir de la destrucción. No es una casualidad que esta carta lleve el número dieciséis de la baraja. El uno y el seis dan siete, y la Torre está vinculada con la carta número VII, el Carro, por lo que puede ser una carta de progreso y de acción positiva.

Significado adivinatorio: desafío inesperado, cambio brusco en la vida interior, liberación emocional, purga de sentimientos reprimidos. *Invertida*: calamidad evitable, ruptura del equilibrio por los acontecimientos, severa represión emocional.

XVII. La Estrella
Una vez sorteados el Diablo y la Torre, llegamos ahora a prados más apacibles. En muchas barajas la Estrella muestra los vínculos evidentes entre esta etapa del viaje y la Templanza. Esta vez, sin embargo, la figura femenina no necesita alas, ya que no procede de un reino superior para encontrarse con el viajero. Más bien, el viajero ha alcanzado su nivel.
Al igual que la Templanza, la Estrella lleva dos vasijas, pero en lugar de verter lo de una a la otra vacía una en un estanque de agua (la mente subconsciente) y la otra en el suelo (la mente consciente). En el cielo claro aparece una sola estrella dorada rodeada de otras estrellas más pequeñas. El simbolismo predominante es el del renacimiento. Una vez purgados de los remanentes del ego por el Diablo y la Torre, experimentamos ahora el renacimiento en los reinos superiores del ser.

Significado adivinatorio: apertura repentina de horizontes, nueva vida y nuevo vigor, intuición profunda. *Invertida*: renuencia a ampliar la visión, falta de confianza y de apertura, duda respecto a uno mismo.

XVIII. La Luna
La luna es el símbolo femenino por excelencia y revela el lado místico interno de cada uno de nosotros en su pleno poder. Ahora existen condiciones para la reconciliación final entre los polos opuestos que han de conformar nuestro propio ser, el masculino y el femenino, el consciente y el inconsciente, el exterior y el interior. Los perros representados en la carta aúllan a la luna por ignorar su verdadera naturaleza; simbolizan una barrera psíquica para esa reconciliación interna. El ástaco, el elemento femenino de la parte inferior, surge de las profundidades del subconsciente y por su ignorancia trata de emascular al macho. Pero la luz que derrama la luna nos muestra que al final todo puede estar bien. Las torres sólo son una barrera para quienes, tan próximos al fin de su viaje, retroceden ante el pleno entendimiento.

Significado adivinatorio: necesidad de confiar en la intuición y la imaginación más que en la razón; tiempo de confiar en sí mismo. *Invertida*: miedo a sobrepasar los límites de la seguridad, falta de valor, miedo a lo desconocido.

XIX. El Sol

Al igual que la luna es el símbolo fundamental de lo femenino, el sol es el símbolo fundamental de lo masculino. En esta carta, la diecinueve, el Sol aparece en todo su esplendor, y en muchas barajas antiguas del tarot sus rayos caen sobre un hombre y una mujer (o Geminis, los gemelos) abrazados. Se ha realizado la unión plena y el dos se ha convertido en uno. El sentimiento de alienación, de separación y de fragmentación que es el centro de la inquietud humana ha desaparecido por fin. Sin embargo, el camino del buscador es interminable. El sol sale cada mañana. El ciclo de la vida es eterno. Más allá del nivel alcanzado en el Sol hay otros niveles que atravesar, muy por encima de la comprensión humana. Pero por el momento, ésta es una pausa. Podemos saborear el triunfo del espíritu. Hay un muro detrás de las figuras que no aparece en todas las barajas, pero que proporciona cierta sombra protectora. Las figuras *no* miran al sol, como si no estuviésemos todavía listos para enfrentarnos directamente a la realidad última. Incluso en esta etapa, seguimos separados de ella, y su poderosa majestad nos sobrepasaría.

Significado adivinatorio: éxito, logro, triunfo sobre fuerzas superiores, seguridad después del peligro, justa recompensa. *Invertido*: juicio erróneo, éxito ilusorio, desenmascaramiento de un éxito obtenido por medios dudosos.

XX. El Juicio

Una vez llegados tan lejos, ¿acaso todo lo que nos espera es un juicio, que podría mandarnos otra vez hasta el comienzo? El Juicio muestra una figura angélica tocando una trompeta y una tumba al parecer abierta para liberar a los muertos. ¿Representa esta carta el Juicio Final, cuando todo el género humano será llamado a rendir cuentas? ¿O se trata de un símbolo de resurrección y todo el mundo resulta salvado? Si así es, ¿cómo se relaciona con las cartas anteriores? ¿Sugiere que con que un individuo alcance la iluminación podrá salvarse la raza entera, así como los cristianos creen que murió Cristo para expiar nuestros pecados? Es esta última explicación la que lleva mayor fuerza simbólica, y la que se adecua mejor a las enseñanzas de muchas de las grandes tradiciones espirituales y a las demás cartas del tarot. La figura del ángel representa, pues, la siguiente etapa del viaje espiritual. Una vez alcanzada la iluminación, ahora sentimos la necesidad de volver atrás y de despertar a nuestros semejantes. Esa es la tarea del bodhisattva en el budismo, que habiendo alcanzado el nirvana, se niega a entrar hasta que la totalidad de los humanos pueda entrar también.

Significado adivinatorio: regreso de la salud, orgullo justificado por los logros, nueva vitalidad. *Invertida*: castigo por el fallo, arrepentimiento por las oportunidades perdidas.

XXI. El Mundo

Aquí vemos el símbolo supremo del todo. Rodeada de la corona de laureles de la victoria, una mujer desnuda sostiene en la mano un cirio o una varita mágica. Arriba y abajo, macrocosmos y microcosmos, incluso derecha e izquierda, se han convertido en una sola cosa. La figura ya no está limitada por tierra o por agua, sino que se yergue en la libertad suprema del ser puro.

Alrededor de la corona de laureles, las cuatro criaturas de Ezequiel ocupan las esquinas de la carta. El viaje del tarot ha llegado a su conclusión. Ya sea enseñando a los demás o prosiguiendo a otros niveles más allá de la comprensión, el aspirante es ahora libre y nunca más retornará a la prisión de la ignorancia.

La figura desnuda ya no lo está completamente. Un velo le ciñe el cuerpo, ocultando sus genitales, símbolo de creatividad. El velo nos vuelve a recordar que quedan más misterios por venir. Y el número 21, aunque es el número oculto de la realización (ya que es 3 veces 7, dos números de significado mágico), no es el número de la absoluta unidad, de lo infinito, del potencial ilimitado. Ese número es el 0, el número del Loco, la carta que nos encontramos en el punto de partida y que nos ha acompañado a todo lo largo de nuestro viaje. El Loco es el cero, aquel que abandona los conceptos sobre la realidad en favor de la experiencia directa.

El tantra

El tantra no es una religión, sino un sistema de prácticas ocultas basado en ciertos aspectos de la fe hindú, budista y jainista. El practicante, o *tantrika*, explora cada una de las energías de su propio ser y en el proceso las transforma en las energías más sutiles del espíritu. El tantra utiliza los extremos más exuberantes de la vida, contrariamente a las vías espirituales más tradicionales, que los niegan. Admite que, correctamente invocada, cada una de las energías creativas internas al hombre y a la mujer es potencialmente una energía espiritual. Sólo cuando cada una de esas energías ha sido reconocida y se le permite unirse con los demás elementos de la mente pueden el hombre y la mujer ascender al estado fundamental del ser.

Energía erótica
En la tradición tántrica, el simbolismo erótico está incorporado en el arte, desde las esculturas de los templos hasta los diagramas yóguicos. Esta imagen de un manuscrito tántrico de instrucción sobre las prácticas sexuales tipifica la exaltación de la energía sexual como medio de crecimiento espiritual.

Los símbolos utilizados en el tantra son de los más ricos entre todos los sistemas de símbolos. El gran diagrama cósmico del culto es el Sri Yantra (véase p. 60), que constituye el foco de concentración que le permite al *tantrika* vislumbrar el proceso continuo de la creación. Las figuras divinas de Mahakala (el Gran Tiempo) y Kali, la encarnación femenina del Tiempo, representan las funciones creativas de la Verdad Suprema. Kali es una diosa grotesca, cuya fealdad debe ser aceptada y acogida por el adepto.

Los símbolos tántricos más impactantes son los asociados con la sexualidad. Estos son considerados frecuentemente en Occidente como prueba de depravación y libertinaje, pero en realidad representan el hecho de que la energía sexual puede ser utilizada por el adepto con fines de crecimiento espiritual. En el tantra, el estímulo sexual puede ser utilizado para mantener al adepto durante largos períodos en el más elevado éxtasis que el cuerpo pueda experimentar. Este éxtasis no se disipa en el orgasmo, sino que se retiene en el cuerpo de forma más sutil, que puede ayudar al adepto a avanzar en su ascensión hacia la espiritualidad.

La yoni (la vulva) es una imagen recurrente en la iconografía tántrica y refleja la convicción de que la existencia del mundo es un nacimiento permanente. Por otro lado, está la noción de la continua y extática fertilización por la semilla masculina. El órgano masculino es representado por el linga, y el femenino por distintas imágenes de la vulva tales como la flor de loto. La creación se expresa en términos eróticos como la unión de Siva y Shakti, que culmina en una danza en la que Shakti teje la trama del mundo mientras Siva la contempla.

También es capital en el tantrismo la idea del cuerpo sutil, la base de la práctica yóguica. El adepto visualiza el universo que rodea al mítico monte Meru, y luego procura identificar su propia espina dorsal con el eje central de la montaña, de tal forma que él también se vuelve cósmico. Sitúa cada aspecto concreto del mundo como si fluyera en un torrente de su propio ser e identifica esas corrientes en los chakras (véase p. 182) o lotos: una cadena de centros de poder que se suceden en el cuerpo sutil. El tantra hindú pone el énfasis en el loto inferior, donde mora la sutil serpiente Kundalini. Despertada por el ejercicio yóguico, la serpiente activa la energía de la espina central (Sushumna). Luego Kundalini entra a su vez en los lotos superiores, hasta que se transciende el tiempo y se experimenta una realidad más allá de lo temporal.

Iconografía tántrica
Esta tapicería mural tibetana del siglo XVIII representa en miniatura el arte simbólico tántrico y resume el sistema mediante el cual los diagramas simbólicos basados en formas geométricas (y a menudo en figuras espirituales) se utilizan en la meditación. La imagen comprende los mandalas de los Budas Encolerizados, los Budas Apacibles y los Poseedores del Saber.

Los chakras

La palabra sánscrita *chakra* significa «rueda». Generalmente representados en un número de siete, los chakras serían según la tradición tántrica y yóguica los que simbolizan los centros concentrados del *prana* —la energía que, junto con los alimentos y el aire, es necesaria para sustentar nuestra vida. La ciencia médica no ha encontrado pruebas de su existencia, pero esto no es sorprendente, ya que siempre se ha afirmado que están situados no en el cuerpo físico, sino en el cuerpo etéreo. Además del cuerpo físico, el ser humano poseería un cuerpo etéreo y un cuerpo astral, el primero en contacto con el físico y proporcionando un vehículo para el prana, y el segundo como envoltura del alma y sede de la conciencia. Al morir, tanto el cuerpo etéreo como el astral abandonan al cuerpo físico: el primero se desintegra al cabo de tres días, y el astral prosigue la siguiente etapa del viaje de la vida.

Quienes tienen las dotes suficientes serían capaces de ver el cuerpo etéreo como una leve niebla alrededor del cuerpo físico; los chakras aparecen en el ser humano insuficientemente desarrollado espiritualmente como pequeños discos de unos seis centímetros de diámetro que giran lentamente, y en personas más conscientes como pequeños soles deslumbrantes, muchos de un tamaño mayor, y que giran rápidamente. En los individuos poco desarrollados sólo fluye la suficiente energía pránica que transporta la fuerza vital a los chakras para conservar la existencia, mientras que los iluminados reciben corrientes de energía sumamente intensas, que les dotan de facultades y posibilidades adicionales. Las revoluciones de los chakras provocan flujos secundarios de energía, que circulan en todo el cuerpo físico por los meridianos identificados por los acupuntores, cuya realidad física ha sido demostrada hasta cierto punto por la ciencia occidental.

Símbolos de los chakras
Cada chakra se representa tradicionalmente como un loto o una rueda. En su centro hay una inscripción en sánscrito de importancia fundamental para la meditación, junto con el animal que simboliza las fuerzas del chakra (un antílope en el caso de la *Anahata*, o chakra del corazón, arriba).

Además de la energía que fluye en los chakras, procedente de la fuerza vital superior, también se dice que hay una energía terrestre que entra sólo por el chakra inferior. Ésta procede de aquella porción de energía superior que ha penetrado directamente en la tierra y luego, una vez tocado el punto más bajo de la creación, empieza a ascender de nuevo (ya que toda la energía es cíclica) para volver a su origen. Sin embargo, al entrar en el cuerpo humano suele quedar bloqueada por la naturaleza subdesarrollada del chakra inferior, y allí queda inerte la llamada energía de la serpiente o Kundalini. En los seres avanzados, esta energía se puede estimular y se puede hacer fluir por los chakras. Al hacerlo, se funde con las energías superiores entrantes hasta que finalmente alcanza el chakra de la corona, donde estalla como el loto de mil pétalos de la luz, y le abre directamente acceso al individuo a los mundos superiores.

Dado que la energía Kundalini está simbolizada como femenina y la energía superior como masculina, esta unión de los dos posee un paralelismo obvio con las fuerzas masculina y femenina presentes en el tarot, y con el matrimonio filosofal de los alquimistas. Pero aquí conviene hacer una seria advertencia. Al contrario del camino gradual del tarot, la energía Kundalini puede estimularse relativamente rápido si se siguen las prácticas de meditación correctas. Pero si esto sucede antes de que los chakras mismos hayan sido adecuada-

Los chakras del cuerpo sutil
Este diagrama hindú de principios del siglo XIX muestra el sistema de canales de energía y los chakras del cuerpo etéreo. La posición de los chakras en el cuerpo etéreo corresponde aproximadamente a la de ciertos órganos físicos: la base de la columna, los genitales, el ombligo, el corazón, la garganta, la frente (glándula pituitaria) y la coronilla (glándula pineal). Los dos primeros son los dos más bajos de los centros fisiológicos, que cumplen funciones primitivas, animales; los tres siguientes son los puntos centrales o personales, que alimentan las emociones y las funciones mentales que en su conjunto conforman la personalidad; y los dos últimos son los centros superiores o espirituales, que según se cree en la mayoría de la gente están apenas desarrollados. Cada chakra lleva asociado un color diferente, desde el rojo, el color de la energía bruta del chakra inferior, hasta colores progresivamente más espirituales, siendo blanco el chakra de la frente. La coronilla se representa a veces como un resplandor o un color brillante.

mente abiertos mediante el desarrollo moral y espiritual, y mediante el control de la voluntad y de los pensamientos, los resultados podrían ser reales y terribles, desde el daño físico e incluso la muerte, hasta un grave daño tanto al cuerpo etéreo como al cuerpo astral. Es preferible vivir y morir con la Kundalini sin despertar a despertarla prematuramente.

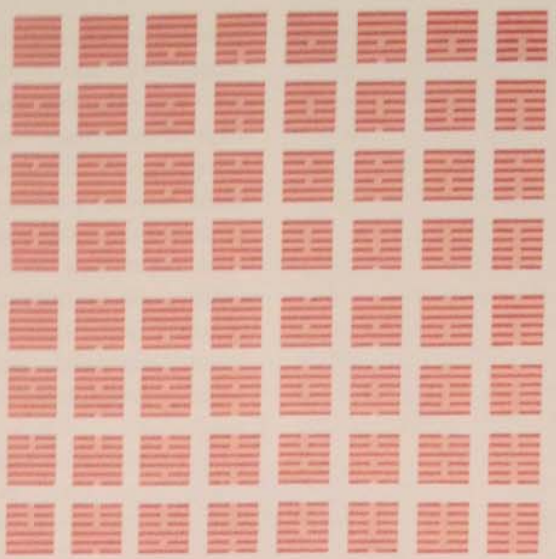
Cada chakra representa un elemento de nosotros mismos, desde el deseo sexual en su nivel más bajo hasta la realización espiritual en su culminación, y los chakras corresponden justamente a la jerarquía de las necesidades de desarrollo reconocida por los psicólogos modernos.

La representación más conocida de estas necesidades es la propuesta por el psicólogo norteamericano Abraham Maslow (1908-1970). El primer chakra simboliza lo que Maslow llama necesidades fisiológicas básicas, el segundo chakra las necesidades de seguridad, los tres siguientes las necesidades sociales, del ego y de autonomía respectivamente, y los dos superiores las necesidades de autorrealización y transcendencia. Parece, pues, que los antiguos yoguis coincidían sorprendentemente con las ideas de los psicólogos modernos.

Pero los yoguis fueron más lejos al concebir un sistema de meditación que le ayudaba al individuo a abrir uno por uno todos sus chakras, ascendiendo progresivamente en ese orden para mejorar su salud física, psicológica y espiritual. En una versión de ese sistema, el yogui medita primero sobre el chakra inferior, concentrando su atención en la parte correspondiente del cuerpo físico. Visualiza al chakra expandiéndose bajo el influjo de una luz roja y lo ve fluir a través de todo el cuerpo físico, aportándole una vitalidad renovada y al mismo tiempo purificándose progresivamente conforme asciende. Una vez plenamente realizada esta visualización, se dirige la atención sobre el siguiente chakra y se repite el proceso. La efectividad de esta meditación se incrementa si el individuo lleva una vida moral, tratando conscientemente de reforzar la voluntad mediante la práctica de la concienciación y la autodisciplina.

El I Ching

¿Vivimos en un universo de objetos y acontecimientos separados y desconectados, o en el que todo lo que sucede es parte de un todo único, vasto, interrelacionado, una imponente corriente de conexiones que se extienden desde las causas primeras hasta el remoto futuro? Nuestra pasión actual por el análisis y el reduccionismo sugieren lo primero; el misticismo, y la visión del mundo de los antiguos y de muchos físicos teóricos modernos sugieren lo segundo. Si la visión holística es correcta, no existe la suerte como tal. Cada suceso, incluso la carta que toca o la cara en que cae una moneda, es causado por una concatenación de acontecimientos previos, ya sean éstos aparentes para los sentidos o no.



Los sesenta y cuatro hexagramas
Este grabado del siglo XIX muestra los sesenta y cuatro hexagramas simbólicos del I Ching formando un cuadrado.

El *I Ching*, o *Libro de las Mutaciones*, uno de los métodos de adivinación más antiguos conocidos por la humanidad, refleja la filosofía de la interconexión. Con una antigüedad que remonta hasta una fecha situada entre el 1222 y el 770 a.C., esta obra ha sido extensamente ampliada con comentarios añadidos por eruditos, entre ellos el propio Confucio. Resumiendo, consiste en una serie de líneas continuas y discontinuas, representando las primeras «sí» (*yang*) y las segundas «no» (*yin*). Cada grupo de tres líneas (*trigrama*) o de seis líneas (*hexagrama*) está asociado con cierto número concreto de significados. Lanzando una serie de monedas, o un puñado de palillos de milenrama, se determina cuáles de esas combinaciones proporcionarán la respuesta a la pregunta.

El I Ching simboliza la presencia universal de los opuestos: la noche y el día, el bien y el mal, la fortuna y el infortunio, y así sucesivamente. Estriba en el reconocimiento de que nuestra percepción de la realidad se basa en esos opuestos, pero reconoce que los opuestos son mutables y que nada es permanente. En los trigramas, las dos combinaciones opuestas de tres líneas continuas (*Ch'ien*) y de tres líneas discontinuas (*K'un*) adoptan progresivamente aspectos de la otra *(ilustración de la derecha)* hasta que la distinción entre ambas desaparece; al igual que los trigramas desembocan el uno en el otro, lo mismo sucede con sus significados.

En cierto momento los ocho trigramas fueron reunidos para formar los sesenta y cuatro hexagramas, y el conjunto de éstos representaría todas las situaciones humanas básicas. Para identificar cuál de los sesenta y cuatro hexagramas proporciona la respuesta a una pregunta concreta, se toman tres pequeñas monedas (más fáciles de conseguir que los palillos de milenrama) y se lanzan sucesivamente seis veces. La combinación de caras y cruces que aparece cada vez determina si se ha de elegir una línea continua o discontinua: tres caras, o una cara y dos cruces, significan una línea continua, mientras que tres cruces, o una cruz y dos caras, significan una línea discontinua. Empezando desde abajo, el solicitante anota la línea adecuada tras cada tiro, hasta tener las seis líneas del hexagrama completo. Todas las líneas producidas por tres caras o por tres cruces se conocen como *líneas móviles* y se transponen para formar un segundo hexagrama, que también se tiene en cuenta junto con el primero. El sentido simbolizado por esos dos hexagramas se lee entonces en la página correspondiente del I Ching, que proporcionará consejos sobre las direcciones relevantes de futuras acciones.

I Ching: la teoría

El futuro se desarrolla a partir del presente. Si aceptamos que todas las partes del universo están intercomunicadas, podemos deducir que conocer el presente es conocer el futuro. Sin embargo, nuestro conocimiento del presente es sólo parcial, y en la adivinación no podemos saber qué partes del presente se relacionan con qué partes del futuro. Sólo podemos simbolizar aspectos del presente en forma de números. Una vez conocidos esos números, los acontecimientos futuros se pueden calcular partiendo de aquéllos y siguiendo una serie de leyes fijas. En el I Ching, esos números se revelan lanzando una serie de monedas, porque todo tiene un significado en un universo en que todo está interrelacionado.

Los trigramas

Todo aquel que desee consultar exhaustivamente el I Ching necesita los sesenta y cuatro hexagramas y las explicaciones correspondientes, aunque trabajar inicialmente con los ocho trigramas puede constituir una buena introducción al I Ching. Familiarizándonos con los ocho trigramas nos pondremos en una disposición de ánimo propicia para acercarnos a los hexagramas. Para trabajar con los trigramas lanzamos tres monedas solamente tres veces e ignoramos las líneas cambiantes. Los ocho trigramas, junto con sus nombres y mensajes, aparecen a continuación. Los símbolos están concebidos para proporcionar consejos sugerentes, no instrucciones. Sopéselos mentalmente y vaya con prudencia.

Ch'ien: lo creativo; el cielo; el padre; activo

K'un: lo receptivo; la tierra; la madre; pasivo.

Chen: el que despierta; movimiento; peligro; trueno.

K'an: lo profundo; agua; pozo; peligro

Ken: la calma; lugares altos; progreso notable.

Sun: el gentil; madera; viento; penetración.

Li: el que abraza; fuego; belleza; brillantez.

Tui: el alegre; placer; lago; satisfacción.

Glosario

adivinación Obtener conocimiento del presente, y más específicamente, del futuro, mediante medios ocultos.

alquimia Precursora medieval de la química, cuyo objeto era la transmutación de los metales corrientes en oro, pero también un proceso altamente simbólico de transformación del yo espiritual. La meta de la alquimia es encontrar la piedra filosofal, el agente de la transformación, tanto física como espiritual.

amuleto Objeto que se lleva sobre el cuerpo para protegerse del mal.

ánima Según la teoría jungiana de los *arquetipos*, el aspecto femenino de la psique masculina.

ánimus Según la teoría jungiana de los *arquetipos*, el aspecto masculino de la psique femenina.

ankh Cruz egipcia, formada por un aro sobre una barra horizontal, especialmente importante en la cultura egipcia como símbolo de vida.

arcanos mayores Las veintidós cartas ilustradas del tarot, que representan escenas alegóricas. Los arcanos mayores suelen utilizarse para la ***adivinación*** y como guía en el viaje espiritual hacia la iluminación.

arcanos menores Los cuatro palos (oros, copas, espadas y bastos), de catorce cartas cada uno, de la baraja del tarot.

arquetipos Según la teoría de Jung, imágenes e ideas simbólicas universalmente significativas que surgen del subconsciente colectivo. Las imágenes arquetípicas trascienden el tiempo, la cultura y la herencia, aunque pueden variar en sus detalles de un individuo a otro.

astrología Sistema de ***adivinación*** basado en la interpretación de las configuraciones planetarias.

bodhisattva En el budismo, aquel que es capaz de alcanzar el estado de ***nirvana***, pero espera antes de hacerlo con el fin de ayudar a otros menos afortunados.

cábala En la tradición judaica, sistema simbólico de sabiduría teórica y práctica que proporciona los medios para el crecimiento mental y espiritual, así como representación simbólica de la creación. La cábala se puede entender por medio de las revelaciones divinas de las sagradas escrituras. Véase también ***sefirot***.

caduceo Varilla en la que se enroscan dos serpientes y provista de dos alas, atribuida tradicionalmente al dios mensajero Hermes. Simboliza paz y protección.

cuerpo etéreo Cuerpo sutil, similar en su forma al cuerpo físico, por el cual fluye la energía vital. El cuerpo etéreo penetra en cada átomo del cuerpo físico y es visible para los clarividentes como una red de corrientes de energía.

chakras Centros de energía psíquica y espiritual del ***cuerpo etéreo*** que corresponden a ciertos órganos del cuerpo físico. Los chakras simbolizan la ascensión del desarrollo espiritual del hombre y forman la base de un sistema de meditación.

chamán Viajero espiritual entre nuestro mundo y el mundo de los espíritus, con el que a veces puede comunicarse.

estupa En la tradición budista, túmulo o estructura en forma de cúpula construido sobre los restos de un emperador o un líder espiritual.

glifo Marca o símbolo.

gurú Maestro espiritual.

I Ching Sistema chino de ***adivinación*** en que el practicante interpreta esquemas de líneas arrojando varitas o monedas. El I Ching refleja la filosofía de que todos los acontecimientos, pasados, presentes y futuros, están interrelacionados. Se basa en 64 hexagramas que representan todas las situaciones humanas básicas.

karma En el budismo y el hinduismo, la ley moral de causa a efecto en que las acciones individuales en una vida son recompensadas o castigadas en las subsiguientes encarnaciones.

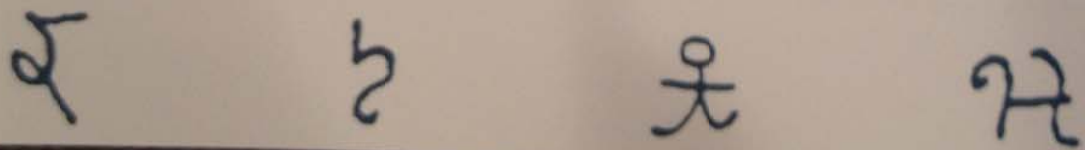
macrocosmos El «gran mundo», el universo más amplio. Véase también ***microcosmos***.

mandala Diagrama simbólico basado en formas geométricas que a menudo incluye una figura humana o divina, utilizado como soporte de meditación en el misticismo oriental. Está encerrado en un círculo y simboliza al ***macrocosmos***, cuyos principios complementarios están contenidos en cuadrados y otras formas dentro del círculo.

microcosmos Modelo en miniatura del ***macrocosmos***. Los filósofos veían el cuerpo humano como un reflejo del conjunto del universo.

nirvana En la filosofía budista, el estado de bienaventuranza final al que aspira el practicante. El nirvana sólo se alcanza una vez que el budista se libera del ciclo de reencarnación continua despojándose de la conciencia individual y los deseos que lleva consigo.

oculto Sistema de saber místico mantenido secreto por quienes lo practican.



pentagrama (o pentáculo) Estrella de cinco puntas dibujada con un solo trazo, utilizada como símbolo sagrado o mágico. El pentagrama con la punta hacia arriba se asocia con la energía positiva, y el invertido con la energía negativa.

puntos cardinales Los cuatro puntos principales de la brújula: norte, sur, este, oeste.

séfiras Diez aspectos de Dios, revelados durante la creación del universo y representados en el *sefirot* cabalístico, o Árbol de la Vida.

sefirot (o Árbol de la Vida) El símbolo más conocido de la cábala. El sefirot establece gráficamente las etapas de la manifestación de Dios y las relaciones que subyacen bajo la totalidad de la existencia y de la creación.

sigilo Símbolo gráfico o señal mágica.

sistema de símbolos «Mapa» simbólico de la realidad que representa los aspectos fundamentales de nuestra experiencia emocional y espiritual y que puede utilizarse como medio para explorar y desarrollar el yo espiritual.

talismán Objeto, que a menudo representa un dios o una diosa, que se supone impregnado de los poderes de la deidad correspondiente.

tantra Culto hindú en que el practicante explora las energías (suele ser la energía sexual) de su propio ser y las transforma en otras energías más sutiles y espirituales.

tarot Baraja de cartas utilizada en la ***adivinación***. Véase también ***arcanos mayores*** y ***arcanos menores***.

yantra Diagrama geométrico simbólico utilizado como soporte de meditación en el misticismo oriental. Suele construirse a partir de triángulos complejamente entrelazados, y típicamente se representa rodeado de hojas de loto. Le permite a la persona que medita contemplar la unidad que transciende la polaridad de los opuestos. Véase también ***mandala***.

yin yang Los dos principios opuestos de la filosofía china que determinan el destino del universo. El yin es femenino, negativo y oscuro; el yang es masculino, positivo y claro.

zodíaco Término utilizado en astrología, refiriéndose a la franja del cielo en que el sol, la luna y los planetas parecen moverse, y en que se sitúan las doce constelaciones zodiacales.

Bibliografía

Binder, P. *Símbolos mágicos del mundo*, Hamlyn, Londres y Nueva York: 1972.

Campbell, J., *El héroe de las mil caras*, Princeton: Princeton University Press, y Londres: Paladin (1949 y 1988).

Campbell, J., *El poder del mito*, Nueva York: Doubleday (1988).

Cirlot, J. E., *Diccionario de símbolos*, Nueva York: Dorset Press (1991)

Cooper, J. C., *Enciclopedia ilustrada de los símbolos tradicionales*, Londres: Thames & Hudson (1978).

Eliade, M., *De los primitivos al zen*, Londres: Fount Books (1977).

Filbey, J. y Filbey, P., *Guía del astrólogo*, Wellingborough, Reino Unido: Aquarian Press (1986).

Fischer-Schreiber, I., *et. al.*, *Enciclopedia Rider de filosofía y religión oriental*, Londres, Rider (1989).

Fontana, D., *La vida de los sueños: cómo entender y utilizar sus sueños*, Shaftesbury, Reino Unido y Rockport, MA: Element Books (1990).

Fontana, D., *Manual de meditación*, Shaftesbury, Reino Unido, y Rockport, MA: Element Books (1992).

Gaskell, G. A., *Diccionario de símbolos y mitos*, Nueva York: Dorset Press (1988).

Hart, G:, *Diccionario de dioses y diosas egipcios*, Londres y Nueva York: Routledge (1986).

Holroyd, S., y Powell, N., *Misterios de la magia*, Londres: Bloomsbury Books (1991).

Huxley, F., *El camino de lo sacro*, Londres: Bloomsbury Books (1989).

Innes, B., *El Tarot: cómo utilizar e interpretar las cartas*, Londres: Black Cat (1987).

Jung, C. G., (Ed.), *El hombre y sus símbolos*, Londres: Aldus Books, y Londres: Arkana (1964 y 1990).

Jung, C. G., *Psicología analítica: teoría y práctica*, Londres y Nueva York: Ark Books (1986).

Kokkinou, S., *La mitología griega*, Atenas: Intercarta (1989).

Kurrels, J., *Astrología para la era de Acuario*, Londres: Publicaciones Anaya (1990).

Merrifield, R., *Arqueología del ritual y la magia*, Londres: Batsford (1987).

Morgan, P., *El Budismo*, Londres: Batsford (1989).

Powell, T. G. E., *Los celtas*, Londres: Thames & Hudson (2.ª ed.) (1980).

Rawson, P., *Tantra: el culto hindú del éxtasis*, Londres: Thames & Hudson (1984).

Scholem, G., *La cábala*, Nueva York: Dorset Press (1987).

Spence, L., *Los indígenas de Norteamérica: mitos y leyendas*, Londres: Bracken Books (1986).

Thompson, C. J. S., *Encanto y fantasía de la alquimia*, Nueva York: Bell Publications (1990).

Van Over, R., *El I Ching*, Nueva York: New American Library (1971).

Willis, R. (Ed.), *Mitología universal*, Nueva York: Henry Holt, y Londres: Simon and Schuster (1993).

Agradecimientos

Ilustración a cargo de Hannah Firmin/Sharp Practice

El autor y los editores desean expresar su agradecimiento a los siguientes museos y archivos fotográficos por su autorización para reproducir su material:

7. Doble dragón, según Norton. Colección Charles Walker, Londres.
9. Francisco I guía el barco de Francia conducido por la Cierva Blanca, 1515, *Codex Guelf* 86.4 The Ducal Library, Wolfenbuttel/Weidenfeld & Nicolson Archive, Londres.
10. Figuras en torneo, detalle del libro de sir Thomas Holme, 1448, Harley 4205 f.37 British Library, Londres/Weidenfeld & Nicolson Archive.
11. Corazón en llamas, grabado, colección privada de George Wither, Lamberhurst, Kent.
12. Rey y reina en la fuente del amor, talla en madera del *Rosarium Philosophorum*, 1550, colección Charles Walker.
14. Héroe y damisela, colección Jan Croot, Londres.
15. Martorelli: *Decapitación de san Juan Bautista*, c. 1450. Museo Diocesano de Barcelona/The Bridgemen Art Library, Londres.
16. Puvis de Chavannes: *Verano*, med. siglo XIX. Musée des Beaux-Arts, Chartres/Fabbri-Bridgeman Art Libray.
17. Zamurrad, miniatura mogol, 1570. Fotos Michael Holford, Londres.
19. Dragón, siglo XIX: seda china bordada, colección privada, Hong Kong/colección Charles Walker.
20. La diosa Amaterasu, talla en madera japonesa, The Japanese Gallery, Londres.
22. Bisonte de las cuevas de Lascaux, Francia, Colorphoto Hans Hinz, Allschwill-Basilea.
23. Máscara africana de la tribu Congo Zombo, British Museum, Londres/The Bridgeman Art Library.
24 *(arriba)*. Ibis, del *Libro de los muertos de Neferrenpet*, Tebas, dinastía XIX, Werner Forman Archive, Londres.
24 *(abajo)*. El arca de Noé, de la *Biblia Sacra Germanica* (Biblia de Nuremberg), 1483, Victoria & Albert Museum, Londres/The Bridgeman Art Library.
25. Tótem, Alaska, Hans Schmied, Z.E.F.A.
26. Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, del *Codex Borbonicus* 3, Bibliothèque de l'Assemblée Nationale Française, París.
27. Visnú en forma de pez, según un texto kashmiri del siglo XVII, British Library, Londres/The Bridgeman Art Library.
29. Ma-Ku creando un vergel en el mar, pintura de Hsiang Kun, siglo II, British Library, Londres/Fotos Michael Holford.
30. El Juicio de Ani, detalle de un papiro egipcio, c. 1250 a.C., British Museum, Londres/Fotos Michael Holford.
31. Emblema de la Pasión, según *El Libro de las Horas*, Francia, finales siglo XVI. Victoria and Albert Museum, Londres/E.T. Archive, Londres.
32. Golem, de *Anatomica Auri*, por J. D. Mylius, 1628, colección Charles Walker.
33. Krisna y Rada, miniatura Kangra, 1780, Victoria and Albert Museum, Londres/Fotos Michael Holford.
34. Los símbolos del sistema alquímico revelados, según *Opus Medicochymicum*, por J. D. Mylius, 1618. Colección Charles Walker.
35. Blake: *Los Ángeles del Bien y del Mal*, 1795, The Tate Gallery, Londres.
36. Dos diosas egipcias y un cocodrilo sagrado, fresco de la villa de los Misterios, Pompeya, siglo I, Werner Forman Archive.
37. Anon: Madona y Niño con media luna, siglo XIII, tabla flamenca, colección Huis Bergh/Colección Charles Walker.
38. Point: *La sirena*, 1897, Barry Friedman, Nueva York/The Bridgeman Art Library.
40. Domenico Venezianno: *La Anunciación*, Fitzwilliam Museum, Cambridge.
41. Los símbolos de los Evangelistas, manuscr. siglo VIII, catedral de Trier, Alemania/E.T. Archive.
42. Utewael: *Perseo rescatando a Andrómeda*, Louvre, París/Giraudon-Bridgeman Art Library.
43. Kali sobre Siva, miniatura india, siglo XVIII, Victoria and Albert Museum, Londres/E.T. Archive.
45. Bardomandala, Tíbet, siglo XIX, Victoria and Albert Museum, Londres/E.T. Archive.
47. Magritte: *Le Joueur Secret*, 1927. Copyright ADAGP, París y DACS, Londres 1993. Colección privada/The Bridgeman Art Library.
49. Fuseli: *La pesadilla*, 1790-91. Goethemuseum, Frankfurt/Colorphoto Hans Hinz.
50. *El águila y la serpiente*, tanka tibetano. Colección privada.
53. Mapa del universo de *The Fine Flower of Histories* de Longman, 1583. Turkish and Islamic Art Museum, Estambul/E.T. Archive.
56. *La rueda de la vida*, tanka del Tíbet oriental, c. 1930. Robert Bere, Oxford.
58 *(arriba)*. Leonardo da Vinci: Golden Section Ancient Art and Architecture Collection, Londres.
58 *(abajo)*. Ojo, de un manuscrito amuleto árabe del siglo XVIII. Dar al Athar al Islammiyyah, Kuwait/Colección Charles Walker.
60. Sri Yantra, Nepal, c. 1700. John Dugger and David Medalla, Londres/John Webb, Surrey.
61. *Avalokitesvara*, tanka nepalés. Fotos Michael Holford.
62 *(arriba)*. Pista de danza, o laberinto, del suelo de la catedral de Chartres, Francia, siglo XIII. Colección Charles Walker.
62 *(abajo)*. Laberinto del techo de la Sala del Laberinto, Palacio Ducal, Mantua, Italia, siglo XVI. Colección Arte y Arquitectura antiguos.
64. Los tres sabios, del *Goelum Stellatum Christianum*, por J. Schiller, 1627. Colección Charles Walker.
65. Diagrama astronómico, Kangra, Himachal Pradesh, siglo XVIII. Ajit Mookerjee, Nueva Deli/Thames & Hudson, Londres.
69. *La Tabla Redonda y el Santo Grial*, del Libro de Tristán III, f.1. Musée Condé, Chantilly/The Bridgeman Art Library.
71. Armas de Robert Devereux, tercer conde de Essex, + 1646, manuscrito E16 f.18v. The College of Arms, Londres.
72. Marte en su carro de guerra, según *Mythologiae, sine explicationis Fabularum*, por Natalis Comites, 1616. Colección Charles Walker.
73. Durero: *La Muerte, el Hambre, la Guerra y la Peste - El Apocalipsis*, 1497/8. Colección privada/The Bridgeman Art Library.
74. Mosaico de Orfeo y las bestias, Tarsus, siglo III, Hatay Museum, Antioquía, Turquía/Fotos Sonia Halliday, Buckinghamshire.
75 *(arriba)* Llave de bóveda de la catedral de Southwark, Colección de Arte y Arquitectura antiguos.
75 *(abajo)*. *Las Tres Parcas*, grabado del siglo XIX. Mary Evans Picture Library, Londres.
76. Caballero y dragón, del *Discorides Tractatus de Herbis*, Francia, manuscr. siglo XV. Biblioteca Estense, Módena/E.T. Archive.
77. *Puente del mono*, estampa de Hokuju, finales siglo XVIII. Victoria and Albert Museum, Londres/The Bridgeman Art Library.
79. A inicial de la *Historia Naturalis*, de Plinio el Viejo, sienés, c. 1460. Victoria and Albert Museum, Londres/E.T. Archive.
80. San Jorge y el dragón, icono sirio (Melquites), primer período, c. 800. Iconos Richardson and Kailas, Londres/The Bridgeman Art Library.
83 *(arriba)*. Señor Olifante, detalle de *Seton's Armorial Crests*. National Library de Esocia, Edimburgo/The Bridgeman Art Library.
83 *(abajo)*. Marco Forzata Capodalista, de *De Viris Illustribus*, siglo XV. Civic Library, Padua/E.T. Archive.
84 *(arriba)*, Bewick: Zorro, grabado en madera, c. 1785. Colección privada, Londres.
84 *(abajo)*. El Can Mayor, detalle de la constelación sur de Argo Navis, del *Atlas Coelestis* por G. Doppelmayer, 1742. Ann Ronan Picture Library, Londres.
85. Tres gatos y una rata, inglés, manuscr. Harleian 4751 f. 30v. British Library, Londres.
86. Durero: *El espejo de la retórica* (Ícaro y Dédalo), grabado, 1493. Mary Evans Picture Library.
87. Melzi: *Leda y el cisne*, med. siglo XVI. Galleria degli Uffizi, Florencia/The Bridgeman Art Library.
88. Botticelli: *El nacimiento de Venus*, c. 1480. Galleria degli Uffizzi, Florencia/The Bridgeman Art Library.
89. Pulpo, grabado siglo XIX. Mary Evans Picture Library.
90 *(izquierda)* Rama, Sita, Lakshman y Hanuman, detalle de pintura india. Victoria and Albert Museum, Londres/The Bridgeman Art Library.

90 *(derecha)* Ganesha, imagen votiva siglo XX, Bombay. Colección Charles Walker.
92 *(arriba)* De Vos: *El rapto de Europa*, fin. siglo XVI. Museo de Bellas Artes, Bilbao/Index-Bridgeman Art Library.
92 *(abajo)* Bewick: Ciervo, grabado en madera, c. 1785. Colección privada.
93. Bewick: Cerda, grabado en madera, c. 1785. Colección privada.
94. Liebre, grabado en madera, c. 1785. Colección privada.
96-97. Sirena de Ambon, 1717. British Library, Londres/The Bridgeman Art Library.
99. Palmer: *Los jardines de Shoreham*. Por cortesía de la Junta de administradores del Victoria and Albert Museum, Londres.
103. Adán y Eva, Escorial Beatus fol. 18. Real Biblioteca de El Escorial, Madrid/Oronoz, Madrid.
104. Mandrágora macho y hembra, manuscr. siglo XV. Colección Charles Walker.
105. Herbario, manuscr. siglo XII. Ash 1462 f.17 y 18. The Bodleian Library, Oxford/The Bridgeman Art Library.
106. Abejas y colmena, de un bestiario inglés, manuscr. siglo XII, 24 f.63. Aberdeen University Library/The Bridgeman Art Library.
107. *La Última Cena*. 1105/6, de la iglesia de Nuestra Señora de los Prados, Asinov. Fotos Sonia Halliday.
109. Grabado de un barco por George Wither. Colección privada, Lamberhurst, Kent.
111. Cossier: *Prometeo transportando el fuego*, med. siglo XVII. Museo del Prado, Madrid/Index-Bridgeman Art Library.
113. Bewick: Neptuno, grabado en madera. Colección privada, Londres.
114. Volcán, grabado de George Wither. Colección privada, Lamberhurst, Kent.
118 *(izquierda)*. Hebilla de cinturón repujada en lapislázuli china, de Badakhstan. Museo de Historia Natural, Londres.
118 *(derecha)* Ágata/119 *(arriba, izquierda)* Perlas. Colección de curiosidades Judy Garlick, Londres.
119 *arriba, centro:* moneda de oro. Cortesía de Spinks and Son, Londres.
119 *(arriba, derecha)* Jade. Colección privada.
119 *(centro)*. Dólar de plata. Cortesía de Spinks and Son, Londres.
123. La Creación, de la *Biblia Luterana*, The Bible Society, Londres/The Bridgeman Art Library.
125. Erección del mayo, grabado de Alfred Crowquill para el Libro de los Días de Chambers. Mary Evans Picture Library, Londres.
126. Bewick: Mujer a la moda, grabado en madera, c. 1790. Colección privada, Londres.
127. Rubens: *El juicio de Paris*, c. 1634. Museo del Prado, Madrid/The Bridgeman Art Library.
128 *(izquierda)* La Muerte, manuscr. inglés de fin. siglo XV. Bodleian Library, Oxford/E.T. Archive.
128 *(derecha)* Bewick: *El horrible segador*, grabado en madera. Colección privada, Londres.
129 *(izquierda)* Detalle de *La Creación*, de Josephe y Fouquet, manuscr. francés. Bibliotèque Nationale, Paris/Giraudon-Bridgeman Art Library.
129 *(arriba, derecha)* Lucifer en los infiernos devorando a Judas Iscariote. Grabado en madera de la edición de 1512 de la *Opera del divino Dante*, Venecia. Colección Charles Walker.
129 *(abajo, derecha)*. Fraile, grabado de George Wither. Colección privada, Lamberhurst, Kent.
130 *(arriba)*. Cristo bendiciendo, de la Escuela de Nonantola, siglo IX. Biblioteca Capitolare, Vercelli/E.T. Archive.
130 *(abajo)*. Cristo entronizado, Evangelio románico, siglo XII. Biblioteca Municipal, Mantua/E.T. Archive.
131. Máscara de oro, costa de Perú, año 400. Tony Morrison South American Pictures.
133. Entrada de Francisco I en Lyon, detalle, manuscr. 1515. *Codex Guelf* 86 f.4. Ducal Library, Wolfenbuttel/Weidenfeld & Nicolson Archive.
134. Quetzalcóatl, obra basada en el *Codex Magliabechiano*. Colección privada, Londres.
135. Saturno, del *Phaenomena et Progostica* de Solensis Acatus, 1569, Colonia. Ann Ronan Picture Library.
136. Bruja montada en una escoba, según el tratado de brujería de Pendle, c. 1621. Colección Charles Walker.
137. Van Kessel: *El jardín del Edén*, 1659. Johnny van Haeften Gallery, Londres/The Bridgeman Art Library.
138 *(izquierda)* El sueño de Jacob, según manuscr. alemán siglo XII, Mary Evans Picture Library.
138 *(derecha)*. El infierno, pintura japonesa del s. XIX, Horniman Museum, Londres/E.T. Archive.
139. Patenier: *Caronte atravesando el Estigio*, principios siglo XVI, Museo del Prado, Madrid/The Bridgeman Art Library.
140. Cellarius: Órbitas de los planetas, 1668. Por autorización de la British Library (mapas C.6.c.2)
141. El hombre astrológico. Colección privada, Londres.
143. Visnú Visvarupa, pintura india, Jaipur, principios siglo XIX. Victoria and Albert Museum, Londres/E.T. Archive.
144 El Hombre Cósmico, según *De Occulta Philosophia*, de Agrippa, 1532. Colección Charles Walker.
145 *(arriba)*. Escritura de Enoch, del doctor John Dee. Detalle de *A True and Faithful Relation...*, de Meric Casaubon, 1657. Colección Charles Walker.
145 *(abajo, izquierda)*. Símbolo de la Orden Secreta de los Rosacruces. Colección de arte y arquitectura antiguos.
145 *(abajo, derecha)*. Instrumentos mágicos, grabados de Eliphas Levi, *Magia Transcendental*, 1896. Colección privada, Londres.
146 *(arriba)*. La piedra filosofal, del rosacrucense *Die Hehren der Rosenkreuzer*, 1785, Altona. Colección Charles Walker.
146 *(abajo)* Alquimista, detalle del *Pergamino de Ripley*. Colección Charles Walker.
147. El fuego frío, del *Tripus Aureus* de Michael Maier, 1618. Colección Charles Walker.
148. La piedra filosofal, según *Multus Liber*, 1677. Colección Charles Walker.
150. Andrógino sobre un demonio lunar, manuscr. siglo XV. Colección Charles Walker.
151 *(izquierda)*. El león verde, de un grabado en madera del siglo XVI. Colección Charles Walker.
151 *(centro)* El pájaro de Hermes, detalle del *Pergamino de Ripley*. Colección Charles Walker.
151 *(derecha)* Rey y Reina uniéndose sexualmente. Grabado en madera del *Rosarium Philosopherum*, 1550. Colección Charles Walker.
152. La cábala, relación macrocósmica, talla en madera. Colección Charles Walker.
153. La cábala: sefirot, según el libro de notas de la Orden de la Cruz de Oro, c. 1903. Colección Charles Walker.
154. Ilustración de Caroline Charch/Garden Studio.
155. La cábala, cuerpo humano y casa, según *Ma'aseh Tobiyyah* de Tobias Cohn, 1721, Venecia. Colección Charles Walker.
156. Imágenes zodiacales, del *Astrorum Scienta*, 1489. Colección Charles Walker.
157. El Zodíaco, manuscr. francés, siglo XV. Victoria and Albert Museum, Londres/E.T. Archive.
158. Mercurio, del *Shepheard's Kalendar*, Inglaterra, siglo XVI. Ann Ronan Picture Library.
159. La luna y los marineros. Manuscr. *De Sphaera*, siglo XV. Biblioteca Estense, Módena/E.T. Archive.
160. Mapa de las estrellas, de un manuscr. sánscrito. British Library, Londres/E.T. Archive.
161. La diosa Nut rodeada de los signos del zodíaco. Cofre de madera de Soter, principios siglo II, British Museum, Londres/Fotos Michael Holford.
168. Cartas del tarot, arcanos mayores. Italia, fin. siglo XIX. Colección Charles Walker.
169. Cartas del tarot, dos cartas de la baraja Waite, fin. siglo XIX. Colección Charles Walker.
171. Carta del tarot, El Loco. Francia, s. XVIII. British Museum, Londres.
172-178. Cartas del tarot. Francesas e italianas, siglo XVIII y siglo XIX. British Museum, Londres.
179. Carta del tarot, El Mundo, Italia, principios siglo XIX. British Museum, Londres.
180. Página de manuscrito tántrico en hoja de palma, Khajuraho, principios siglo XIX. Colección Charles Walker.
181. Iconografía tántrica, pintura tibetana, siglo XVIII. Gulbenkian Museum, Durham/John Webb.
182. El Anahata, lámina 5 del *Poder de la Serpiente* de sir John Woodroffe, 1928. Colección Charles Walker.
183. Diagrama del cuerpo sutil, Kangra, Himachal Pradesh, c.1820. Swen Gahlin, Londres/John Webb.
184. I Ching, los 64 hexagramas formando un cuadrado, obra basada en una estampa del siglo XIX. Colección Charles Walker.
185. FuHsi, el primero de los Cinco Emperadores Legendarios (2838 a.C.). Colección Charles Walker.

Índice

Los números de página en **negrita** corresponden a los símbolos enumerados en el capítulo «El mundo de los símbolos»; las referencias a los encabezamientos de otros capítulos del libro aparecen en *cursiva*.

abeto 100
Acuario 158, *165*
acupuntura 109, 122
Adam Kadmon *154*
Adán y Eva 32, 103, 139
adivinación 144, 170, 184-185
ágata **118**
Afrodita 36, 107, 127
Agni **110**
agua 54, *55*, 58, 59, 66, 106, 108, 112, 113
  signos astrológicos 158, *163-164*
aguador *165*
águila **83**, 95, 110, *164*
Ahorcado (tarot) *175*
Ahriman *17*, 114
Ahura Mazda 117
aire 55, 58, 108, 109
  signos astrológicos 158, *165-166*
ajo **105**
álamo 100
alba **121**
alimentos 106, 107
alquimia 11, *12*, 31, *32*, 86, 108,119, 128, 146-151
  unión alquímica *32*
amarillo 18, **67**
Ammit 26, *30*
amuleto *18*, 68
andrógino 32, *32*, *150*
anillo 75, 104
ánima/ánimus (arquetipos) 13-14, *14*, *15*, 32
  véase también masculino y femenino
animales 22-25, 26, 78-97, **79**
antílope *182*
Anubis *30*, **84**
Apocalipsis **73**
Apolo 36, **64**, 74, 100
Aranrhod 98
araña **94**
árbol 32, **37**, 86, 98, 100-101
Árbol de la Vida 87, 92, **102**, 112, 153-154, **155**
árbol de Navidad *37*, **100**
arcángel **129**
arco iris **52**, 115, **115**, 149
  cuerpo-arco iris **115**
arco y flecha *73*, *163*
arena 18
Aries (astrología) 158, *162*
armadura *173*, *174*
armas de guerra 68, **73**, 82
arpía **97**
arquero *163*
arquitectura 76
arroyo **112**
Artemisa 36, *37*, 91, 92, **124**, 136
ástaco *177*
astrología 119, 141, 156-167
  mapas celestes *160*
  véase también estrellas
Atenea 109, 127
aurora **121**
Avalokiteshvara **61**, 133
ave 86-87, 98, *151*
ave Fénix 82, **110**
avellano 100
azul **66**
  túnica *173*

Ba **87**
Baal 28, *82*
Babilonia *64*, **91**
Baco 36, 74, 100
balanza *73*, *166*, *174*
balsa **112**
ballena **89**
baraja del tarot de Waite 169, *169*
barco *15*, **112**
barco funerario **110**
barco de vela **109**
basilisco **96**
Bastet **85**
bastón de mando 138
bebidas 106, 107
Belcebú 94
Belerofonte 109
Bhagavadgita 122
bien (el) y el mal 129
Blake, William *135*
blanco 52, **67**
  elefante **90**
  cerda 93
  rosa *147*
  toro 92
Bodhidharma 112
bodhisattvas 19, 60, 61, 120, 133, 138, *178*
bosque 100, **101**
Botticelli, Sandro 88
Brahma 26, *43*, 75, 88, 117
brasero de madera *147*
bruja 94, **136**
buen pastor **91**
buena suerte 66
buey **92**
búfalo 92

cábala 26, *43*, 75, 88, 117
cabalístico, árbol de la vida 122, 153, *153*
caballo 73, **93**,*174*
cabra **91**, *95*, *166*
cadalso *175*
caduceo 82, 91
caldero ardiente **117**
cáliz *31*, *172*
camino **63**, 153, *153*, 177
camino de la verdad **62**
Campos Elíseos 137
Can Mayor **84**
Cáncer (astrología) *89*, 158, *164*
cangrejo 89, *164*
canto 74
Capricornio 158, *166*
carnero 110, *162*
Caronte 36, **139**
carretilla 111
carro *28*, 72, 154
  tarot *174*, *177*
casa *155*
Casa de Dios (tarot) *177*
casco 93
castillo y foso 76
catedral *77*
celos 67
centauro 97, *163*
cerda 93
  y su camada 93
cerdo 78
  como gula **93**
  de Gadara 93
  negro 56, 93
ceremonia del baño de vapor 112
Ceres 93
cero *179*
cetro *71*, *172*, *173*
cielo 32, *34*, *55*, 137-138
  véase también muerte; infierno
ciencia y astrología 160-161
ciervo **92**
cimera 71
círculo 34, 54, 55, 58, 60, 82, 121
  de piedra *77*
cirio *179*
cisne **87**
ciudad *174*
cocodrilo 26, *30*, *36*
color 52, 66-67, 149, *183*
cometa **121**
concha 88, **89**
corazón *30*, **128**, *182*, *183*
cordero sacrificado **91**
cordón de seda **75**
cornucopia **124**
corona 71, *150*, *173*, *183*
cosmos 53, 54
criaturas híbridas *30*, *95-96*
crisantemo **98**
crisol del alquimista *148*, 149
Cristo 13, 30, *31*, 64, 36, 66, 69, **70**, 78, 106, **107**, **112**, 119, 126, 128, 130, 152
Cronos 14, 93, 128, 135
cruz **51**, 52, 54, 71, 128
  celta **57**
  egipcia **57**
  esvástica **57**
  invertida **57**
  rosacruz *44*, **57**, *145*
  triple *173*
Cruzadas *76*
cuadrado **54**.
cuarentena 67
cuarzo 118
cuatro 58, **64**, *175*
  criaturas de Ezequiel *41*, *179*
  jinetes del Apocalipsis 73
  mundos (cábala) 153-154
cuenta 68
cuerda 75
cuerno 74
cuerpo humano 58, 76, 104, **108**, 124, 126
cuervo 86, 87
cueva 114
Cupido *173*

chacal 84
chakras 44, 122, 180, 182-183
chamán 32, 92, 126
  máscara de **116**, 130

daga 73, *145*
Dalai Lama 61
danza 74, 128
Dédalo 86
Dee, John *145*
Démeter 93, 124
demonio **129**
desnudez 126, *179*
día y noche 117
Diablo (tarot) *176*, *177*
diamante **119**
Diana 36, *37*, 92, 124
Dieciséis Regiones del Infierno (japonés) 138
diez
  brazos de Durga 134
  séfiras (cábala) 153-154
diluvio *24*, *27*, 113
Dionisos 36, 96, 97, 100, **107**
Dios 26, 27, 54, *55*, 116, 120, 122
  en la cábala 152, 153, 154, *154*
  Padre 57, 130, **132**
  y el hombre 122
diosas 18, 26, 36, 77, 98, 132-135
  babilónicas 64
  chinas 116, **133**
  egipcias 32, *36*, *37*, 62, **85**, 93, 98, **109**, 121, 136, 161
  griegas **28**, 91, 92, 100, 107, 115, 117, 121, **124**, 127, 136, *164*
  hindúes 67, 74, **90**, 93, **134**, 180
  indígenas de Norteamérica 98
  nórdicas 107
dioses 18, 26, 36, 132-135, 137
  aztecas 26, 134
  chinos 107
  egipcios *24*, *26*, *30*, *57*, 62, 66, 104, 109, 120, 126, 139, 144, 169
  griegos 14, 32, 64, 74, 82, 91, 92, 93, 96, 97, 100, **107**, 113, 116, 121, 124, 128, 135, *151*
  hindúes 8, 26, *27*, *33*, *57*, 75, 88, 89, 94, 95, 117, 125, **135**, 168, 180
  nórdicos 16, 91, 115, **116**
  romanos 66, **72**, 74
disco solar alado **120**
dorje **116**
dos reinos *34*
dragón *19*, 80-82, 118, *150*
Durga **134**

Ea (Onnes) **91**
edades del hombre 126
Edipo 29
Ekho *67*
elefante **90**
elementos *24*, *28*, 58, 108-115, 146, *150*
Elena de Troya 127
elixir 146
embustero (arquetipo) 14
Emma-o 138
Emperador (tarot) *173*
Emperatriz (tarot) *172*
Enamorados (tarot) *173*
enfermedad 67, 117
Eolo 109
Eos *28*, 121
Eris 127
Ermitaño (tarot) *174*
escala de Jacob **138**
escarabajo *18*
escita *176*
Escorpio (astrología) 158, *164*
escorpión *164*

escritura mágica *154*
escudo 71, 82, 83
escultura 68, 144
esfera 71, *173*
esfinge 95, *174*, *175*
esmeralda **119**
espada 42, 73, 129, *145*, *172*, *174*
de Damocles 75
de fuego **139**
véase también fuego
espiral **75**
Espíritu Santo 52, 72
espíritu y materia 121
esqueleto **95**, 128, *174*, 175
Estigio, río 36, **139**, *176*
estrella 55, 84, 120, *174*
corona de estrellas 71
de David 58
tarot *177*
véase también astrología
estupa **59**, **114**
evástica 57
eucaristía 30, *31*, 106, 107
Europa, el toro y 92
evocación 144
Exequiel 154

Fabre, Pierre-Jean *148*
faisán 110
falo 73, 88, 124
gigante fálico **125**
Fausto *17*
fertilidad 104, 124-125
ritos 25, 30
flauta 33
flecha 73, 128, *163*
flor 98, 104-105, *174*, *175*
flor de lis 71
formas 52
formas geométricas 54-59
fraile **129**
Freud, Sigmund *11*, 12, 28, 29, 46
Freyja 107
fuego 54, 58, 83, 108, 110-111, 138, *147*
signos astrológicos 158, *162-163*
véase también llama
Fuerza (tarot) *175*
Fuseli, Heindrich *49*

gallo 56, 78, **83**
Gaia 98
Ganesha 18, 90
Ganges, río 112
Garuda **95**
gato 67, **85**, 136
gavilán 87
gavilla de trigo **106**
Geb 32
gemas 118-119
Gemelos Celestes *165*
Géminis 158, *165*
gnomo **108**
gracia **54**
Gran Sacerdotisa (tarot) *172*
granada **106**
grifo **83**
gruta 23, **114**
guardapelo **127**
guerra 66, 72-73
guirnalda **104**
gula **93**
Gurdjieff, George Ivanovitch 141

hada 118
Hades 137
halcón 26, 83
halo **130**
hambruna 73
Hanuman **90**
Hathor 26
hechicera **136**
Heket 26
Helios 121
Hera 127, *164*
heráldica *70*, *66*, 71
animales heráldicos 83
Hércules 36
hermafrodita 32, *32*, *150*
Hermes 36, 82, *151*
Hermetica 144
héroe **29**
hielo **113**, 138
hierbas 104, **105**
hiedra **100**
hilo de la vida **75**
hipopótamo *30*
hombre 55, 122, *175*
edades del hombre 126, *174*
hombre lobo **84**, 117
hombre universal **58**
hombre zodiacal *157*
hongo **106**
horóscopos, origen de los 158
Horus 26, 57, 126, 144
huella **128**
humo **110**
Hypnos 117

I Ching 144, 184-5
ibis 24
Ícaro **86**
iglesia 76, 122
Inari 84
incienso **110**
infierno 55, 89, 137-138
japonés **138**
véase también muerte; cielo
insecto 94, 137
inundación 24, 27, 113
Ishtar 30, **64**, 156
Isis **36**, *36*, *37*, *57*, 62, 93, **109**, 121, 136
isla de los Bienaventurados, 139
celta 67

jabalí **93**
jade **119**
jardín 99, **105**, 137
jarro *177*
Jasón y el Vellocino de Oro 66
Jehová 55
Jeckyll y Hyde *17*
Jerofante (tarot) *173*
jeroglíficos *10*
Jonás y la ballena **89**
joyas 94, 118-119, **127**
Juicio (tarot) *178*
juicio de Paris **127**
Jung, Carl Gustav 8-12, *11*, **44**, **46**, 51, 130, 132, *154*
arquetipos 11-17, 19, 30, 31, 32
dioses y mitos 26, 29
y los alquimistas *12*
Juno 100
Júpiter
astrología 119, *163*
dios 36, 66
Justicia (tarot) *174*

Kali 43, *67*, **180**
karma **129**
Krisna *33*, 41, 126, *143*
Kuan Yin **133**
Kundalini 180, **182**-3

laberinto 22, 62
y el Minotauro **63**
Lakshmi 74
lámpara **71**, *145*
de aceite 71
Lao Tzu 92
lapislázuli **118**
Lascaux, cuevas de *22*, 23
laurel **94**, 100, *179*
leche 36, 106
lechuza 136
Leda **87**
Lei Kung 116
Leo (astrología) 158, *162*
león **30**, **83**, 95, 134, *147*, *151*, *162*, *174*, *175*
Levi, Eliphas *91*, 144, 154, 169
Lévi-Strauss, Claude 28
libélula **78**
Libra 158, *166*
libro 129
de los Muertos, egipcio 28
de magia 144
liebre **94**
limpieza 30
linga **124**, **125**, 180
linterna **111**, *174*
lira **74**
lirio 71, **105**, 129
loba *16*, 84
lobo *16*, 84, *177*
tarot *24*
Loco (tarot) *171*, *179*
Loki 16
Lotan 82
loto 60, **105**, 180
Lucifer 118
luna 56, 94, 120, **121**, *147*,
astrología *159*, *164*, *167*
tarot *177*
luna creciente **121**
luna llena **121**
luna nueva **121**
luto 67

llama 44, 59, 154
lluvia 25, 85, **113**

M **65**
McGregor Mathers *174*
madre (arquetipo) 14, *16*
mago 31, **136**, 145
tarot *172*
Magritte, René *47*
Ma-Ku *29*
mala, islam 68
mandala 11, 34, 58, 60, 61, 65, 144, *181*
meditación sobre *45*
mandorla **130**
mandrágora **104**
mano **128**
manto 126
mantra **65**, 68
Manu *27*
manzana 127
manzana de oro **107**, 127
mar 27, 96, 97, 113, *159*
mariposa **78**
Marte
astrología 119, *159*, *162*, *164*
dios 66, **72**
martillo 116
máscara 23, **116**, 130, **131**
masculino y femenino 32, *178*
matrimonio 30-31, **125**
sexualidad 12, 117, 122, 124-125, 180, *180*
véase también ánimalánimus (arquetipos)
Maslow, Abraham H. 183
materia y espíritu 122
maternidad 93
matrimonio 30-31, 122, 125
mayo **125**
media luna **56**, 121
medicina 82
meditación 44, *44*
Medusa 58, **82**, 109
melocotón **107**
Mercurio
alquimia *147*, *148*, 151
astrología 158, *159*, *165*, *167*
dios 36
miel **106**
Minos, rey de Creta 92
Minotauro **63**, 126
Mirandola, Giovanni Pico della 152
misterios de Eleusis 106
mito 26-29
mito de la creación, 28, **123**
monarquía 70, 71
véase también rey, reina
monje **129**
mono **90**, *175*
montaña **114**
monte Meru 67, 114, 180
Moros 117
mosca 94
mudras 128
muérdago *37*, **104**
muerte 25, 28, *30*, 34, 67, 73, **74**, **83**, 110, 117, 120, 121, *175*, 182
tarot *176*
véase también cielo; infierno
muñeca de paja **124**
murciélago **94**
música 74

Narciso 67
naturaleza 67, 98
Neftis, *36*
negro 66, **67**, 149
ágata 118
caballo 83
Nekhebet 98
Neptuno
astrología *159*, *163*
dios 113
niebla **113**
nieve **113**
nigredo 128, *147*, 149
nimbo **130**
nirvana 56, 61, 121, **139**, 178
noche 117, 149
nodriza de los dioses **117**
Noé *24*, 72, 115
Nokomis 98
nube **113**
nudo 75
infinito **75**
Nueva Jerusalén 137
nueve **65**
números 64-65, 184-185
en la cábala 152
Nut (diosa) 32, *161*
Nyx 117

ojo
de Horus 57
de la Gran Diosa 77
en la geometría **58**
mal de 58
ojos del jaguar **85**
Om 65
Om Mani Padme Hum **60**
ondina **108**
opuestos 28, 34, 184
oración 31
ruedas de 68
Orfeo 32, 74
oro (color) **66**
estrella de *177*
oro (metal) 118, **119**, 146
corona de 71
osa *16*
Osa Mayor **120**
Osiris *30*, 32, 40, *57*, 62, **70**, **84**, 100, 104, **109**, 139
oso 16, **92**
Ouroboros **82**
óvalo 57, 58

padre (arquetipo) 14
Padre Tiempo **128**
pagoda 114
pájaro de mal agüero **87**
pájaro del trueno 116
palmera *100*
palo de escoba 136
paloma **72**
pan 31, 106
Pan (dios) 91, 100
Papa (tarot) *175*
Papisa (tarot) *172*
paraíso 104, **137**
parasol *48*, 120
París 107, 127
pastel de bodas **125**
pavo real **87**
paz 72
Pegaso *112*
pelícano **86**
pelo 75
pena 67
pentáculo 59, *172*
pentagrama **59**
peregrinación 88
bastón de peregrino 129
Pergamino de Ripley 151
perla *19*, **119**
perro 84, *177*
Perséfone 106
Perseo *42*, 109
pesca milagrosa **89**
pez *10*, **88**, 89, 163
pie **128**
piedra 149
círculo de 77
piedra filosofal 146, *148*, 149
pila bautismal **70**
pinturas rupestres 22, 23
piña **100**
pirámide **59**
Piscis (astrología) 158, *163*
planetas en la astrología 158-160
plantas 104-105
plata 118, **119**
corona de 71
pluma 30, **86**
Plutón *159*, *164*
Poseidón *42*, **113**
pozo **112**
prana **109**, 182
prehistoria, símbolos en la 23-25
Prometeo **111**
psicoanálisis, jungiano (*véase* Jung, Carl Gustav)
puente 77
puerta 77
pulpo **89**

Quetzalcóatl 51, **134**
quimera 41, 95, **96**
Quirón 97

Ra 66, 120
Radha *33*
ramita de olivo 72
rana 26
rata 117
ratón **78**
rayo 116
red 89
reina 32, **149**, *151*
véase también rey, monarquía
reloj de arena **68**, 128
reloj de laberinto 62
renacimiento 137
rey 31, *32*, 92, 136, **149**, *151*
véase también monarquía, reina
Rig Veda 132
río 112, 139
ritos funerarios, Antiguo Egipto *30*
ritual 30-31
rituales de los artesanos 68
roble 100
rojo 52, **66**, 149, *175*
ágata 118
manto *174*
rosa *147*
romero 105
Rómulo y Remo 84
ropa **126**
rosa **104**, *147*
rosa (color) 52
rosacruz *44*, **57**, *145*
rosario 68
rubí 118, **119**
rueda 105
rueda
(chakra) *182*
de la Fortuna (tarot) *175*
de la vida, budismo **56**, 68

sacerdote 136
sacrificio 31
Sagitario (astrología) 158, *163*
salamandra **108**
salmón **88**
Salomé *15*
sangre 51
de Cristo *31*
san Cristóbal 36
san Jorge 126
san Lucas 89, *175*
san Nicolás 109
san Patricio 112
san Pedro 89
santa Catalina de Alejandría 36
Santiago de Compostela 88
Santo Grial **69**
sapo 94, 136, 137
Satanás *17*, *19*, 55, 85, 91, 94, 96, 117, 129
sátiro 42, **96**
Saturno
astrología *165*, *166*
dios 126, **135**
sefira, sefirot 122, 153, 154, 155
Selene 121
Sello de Salomón **58**
Semele 116
serpiente 78, 98, *153*, *165*, *167*
de bronce 152
de siete cabezas **82**
entrelazadas **82**
guardiana de la gruta 118
Kundalini *153*, 180
Ouroboros **82**
Quetzalcóatl **134**
quimera 95
serpiente del cielo *115*
verde 56
y pájaros 86
Set 93
setas **106**
sexualidad *véase* masculino y femenino
Shakti 124, 180
Shen Yeh 18
Shou-lao 107
siete 25, 58, **64**, *177*
chakras 182
lenguas 110
signos astrológicos 158, *166-167*
silfide **108**
simbolismo neolítico 25
simbolismo paleolítico 23-25
sirena **97**
sistema del Alba Dorada 144, *174*
sistemas ocultos 144-145
Siva 26, 41, *43*, 117, 124, 125, 134, **135**, 180
sol 120, *147*, *159*
astrología 158, *159*, *162*
dios *57*, *66*
disco **120**
tarot *178*
sombra 14, 16, *17*, **130**
sombrilla budista **120**
sonido 64, 65
Sri Yantra 60, 180
subconsciente colectivo 11, *11*, 12, 26, 30, 44, 46
sueños 8, 46-49, *46*, *47*, *48*, *49*, 63, **117**
suerte 66

Tabla Redonda **69**
Tai Chi 32, 34, **129**
talismán 68
tamarisco 100
tambor 74
Tanatos 117
Tantra 32, 124, 180-181
tarot 141, 144, 168-179
Tártaro 137
tau 57
Tauro 158, *167*
taza 34
Templanza (tarot) *176*, *177*
templo 76, 77
terremoto 113
Teseo 63, 126
tesoro 76
tetragrama **133**, *145*
Thoth *24*, *30*, 144, 169
Tien Mu 116
tierra 32, *34*, *55*, *59*, **108**, 114-115
tigre **85**
Tir Nan Og (isla celta de los bienaventurados) 67
Tolomeo, 156, 158, 160
tomillo 105
Tor 91, **116**
toro 92, *167*
y Europa **92**
Torre (tarot) *177*
tortuga 98, 124
tótem *25*, 30
trance (estados de) 25
trece *176*
tres 54, 58, **64**, 175
magos 64
monos místicos **90**
parcas 75
peces *10*, **88**
puertas 77
reinos **55**
triple cruz *173*
triple lirio 71
triple recinto celta **59**
uñas *31*
triángulo 52, **54**, 55, 59, 60
tridente 73
trigo 28, **106**
Trinidad 54, 64, 88
triple recinto celta **59**
Tristán e Isolda 32
trompeta *178*
trono **70**, *152*, 154
Tsitigarbharaja **138**
tumba **76**
túnica *174*

Última Cena **107**
unicornio *83*
Upanishads 120
Urano
astrología *159*, *165*
dios **88**

vaca 16, *26*
Vajravarahi 93
Valhalla 137, 139
valle **114**
vampiros 117
vapor **112**
varita mágica *179*
venera 88, **122**
ventana 77
Venus
astrología *159*, *166*, *167*
diosa 36, 66, **88**, 92
estatuillas 25, 68
verde **67**
esmeralda **119**
león *151*
vientre 18
vino *31*, 106, 107
violeta **67**
Virgen
Madre 104
María *37*, *40*, 98, 118, 121
Reina de los Cielos 66, 71
Virgo 158, *167*
Visnú 26, *27*, *33*, 57, 74, 75, 88, 89, 90, 93, 95, *143*, 168
volcán **114**
vuelo 86-87

Yama, señor de los muertos 56
yantra 34, 60-61
yin-yang 113, **129**
Yoga 122
yoni 124, 125, 180

zafiro **119**
Zamurrad *17*
Zeus 32, 36, 87, **91**, 92, 93, **107**, 113, 116, 124, 127
zodiaco 156-167, *172*